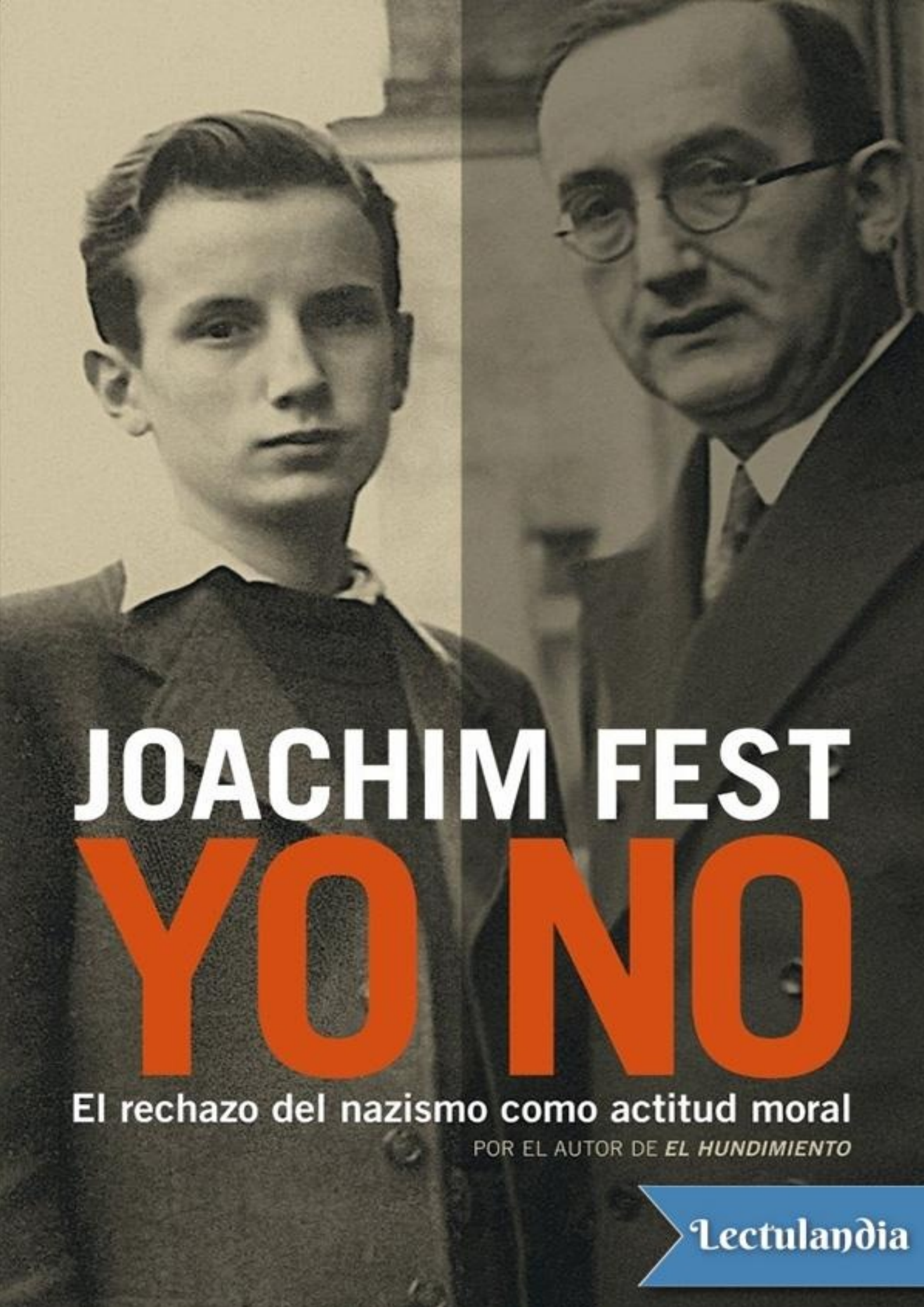




JOACHIM FEST

YO NO

El rechazo del nazismo como actitud moral

POR EL AUTOR DE *EL HUNDIMIENTO*

Lectulandia

Nadie se ha esforzado tanto como Joachim Fest por comprender los rasgos y mecanismos del nazismo. Su ponderado análisis del Tercer Reich, sus biografías de Adolf Hitler y de Albert Speer, así como la magistral descripción de los últimos días vividos en el búnker de Hitler que hace en El hundimiento, cuentan con millones de lectores en todo el mundo. Pero ¿cómo vivió él mismo, nacido en 1926, el nazismo, la guerra y la derrota de Alemania?

Para Joachim Fest que falleció poco después de terminar este libro, la profunda tragedia alemana fue la incapacidad de las élites culturales de hacer frente al fascismo. Atípico y conmovedor, este libro recoge la resistencia al régimen nazi de una familia católica alemana desde la profunda convicción moral de su padre, que asumió la pérdida de privilegios y la precariedad por resistirse a las presiones de unirse al partido nazi y a las estructuras del régimen.

En estas memorias de sus años de infancia y juventud, Joachim Fest nos ofrece por primera vez una visión íntima de sus vivencias más directas durante esos años oscuros. La temprana prohibición de ejercer la enseñanza que sufrió su padre, su propia expulsión del colegio, su iniciación en el mundo de la ópera berlinesa, sus lecturas durante el servicio militar, o su intento de fuga de un campo de prisioneros americano, son algunos de los episodios protagonizados y narrados en primera persona por un observador nato. Pero sobre todo Fest revela cómo, a pesar de las dificultades, era posible enfrentarse al agobiante acoso ideológico del régimen desde la humildad, la firmeza de principios, la cohesión familiar y la dignidad.

Lectulandia

Joachim Fest

Yo no

El rechazo del nazismo como actitud moral

ePub r1.0

Titivillus 24.11.15

Título original: *Ich nicht*
Joachim Fest, 2006
Traducción: Belén Bas Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROLOGO

Por lo general, uno suele empezar a escribir sus memorias cuando se da cuenta de que ya ha transcurrido la mayor parte de su vida y ha alcanzado, en mayor o menor medida, lo que se había propuesto. Instintivamente, se mira hacia atrás: sorprende ver cuántas cosas del pasado han caído en el olvido o han desaparecido como «tiempos muertos». Se querría retener lo más importante o, si ya ha caído en el olvido, rescatarlo para el recuerdo.

Al mismo tiempo, hay que hacer un esfuerzo por recordar el pasado. ¿Qué dijo mi padre cuando mi madre le reprochó su pesimismo mientras intentaba convencerle de que fuera más tolerante con los gobernantes? ¿Cómo se llamaba el profesor de alemán del instituto Leibniz que lamentó ante toda la clase que yo me marchara? ¿Con qué tono me hizo el doctor Meyer sus observaciones cuando me acompañaba hacia la puerta durante mi última visita? ¿Con melancolía o simplemente con resignada ironía? Vivencias, palabras, nombres: todo está perdido o a punto de perderse. Sólo algunos semblantes pueden relacionarse, después de mucho indagar, con una opinión, una imagen o una situación. Otros datos proceden de la tradición familiar. Aunque en muchas ocasiones se ha roto el hilo conductor. Esto se debió en parte a que durante la evacuación de la familia de Karlshorst se perdieron todos sus recuerdos, escritos, dibujos y cartas. Lo mismo ocurrió con las fotos familiares: las imágenes de este libro nos las han facilitado, en su mayoría después de la guerra, amigos que en algún momento las consiguieron y pudieron salvar sus bienes de los avatares de los tiempos.

Yo no habría podido escribir sobre mis más tempranos recuerdos si a comienzos de los años cincuenta la radio no me hubiera encargado un relato sobre la historia reciente de Alemania. Como el material bibliográfico no era por entonces muy amplio, completé el estudio, hasta donde fue posible, con conversaciones con testigos de esa época, desde Johann Baptist Gradl hasta Ernst Niekisch, pasando por Heinrich Krone. Pero a quien más consulté fue a mi padre, quien como ciudadano políticamente comprometido había vivido en primera persona los conflictos y padecimientos de esa época. Por supuesto, estas conversaciones pasaron pronto al terreno personal y pusieron de manifiesto problemas familiares que yo había vivido, pero de los que apenas me había dado cuenta.

Por lo general, yo me limitaba a tomar notas de lo que me iba contando mi padre, y eso me ocasionó ciertas dificultades. Después de casi cincuenta años, en ocasiones no he podido recordar el trasfondo de alguna anotación, por lo que sólo puedo dar somera cuenta de ella o, alternativamente, dejarla fuera. Algunas de sus opiniones no se pueden mantener a la luz de los conocimientos que he adquirido. Sin embargo, en lugar de corregirlas, las he mantenido en su redacción original, ya que me parecían muy importantes como exponentes del punto de vista de un testigo presencial: no reflejan la perspectiva histórica que tenemos hoy, sino las percepciones, las

preocupaciones y las esperanzas frustradas de un contemporáneo de los hechos.

Para facilitar la lectura, me he tomado la libertad de reproducir en estilo directo algunos de los apuntes breves que figuraban en mis cuadernos. A un historiador le está tajantemente vedado actuar así. Resulta innecesario decir que todo lo que aparece en forma de diálogo se ajusta tanto al contenido como al tono de lo que se dijo. Las observaciones aisladas que aparecen entrecomilladas corresponden a una cita literal.

Mis observaciones, como siempre sucede en el caso de registros biográficos, no pretenden ser en modo alguno irrefutables. Lo que cuento sobre los amigos de mis padres, de los profesores y superiores expresa sólo mi punto de vista. Presento a los Hausdorf y los Wittenbrink, los Gans, Kiefer, Donner y otros tal y como yo los recuerdo. Esto no quiere decir que fueran exactamente así, pero esto no me causa ninguna preocupación.

El periodo al que se refieren las páginas que siguen lo he analizado en numerosas exposiciones de carácter histórico. Por este motivo, en el presente libro me he ahorrado reflexiones más profundas: éstas quedan para el lector. En cualquier caso, no he pretendido hacer una historia de la época de Hitler, sino plasmar su reflejo en un entorno familiar. Por ello, predomina lo que se ha vivido, lo incidental, incluso simplemente lo anecdótico, que forma parte de la vida. Cuando de adolescente, a comienzos de los años cuarenta, describía los tics de un amigo de mis padres enfermo de los nervios, mi padre me recriminó: «¡Pues no le mires tanto!». Mi respuesta fue que ni quería ni podía apartar los ojos de él. Nunca me he arrepentido de ello, ni se me ha reprochado dentro del acogedor entorno en el que yo crecí. Para este libro era incluso necesario. Mucho mayor fue la tentación de reprimir las poses de los años de juventud, o incluso presentarlas con otra luz, más clara.

Para terminar, quiero expresar mi agradecimiento a las numerosas personas que me han ayudado en la realización de este libro. Entre la larga lista de nombres, citaremos a la señora Ursel Hanschmann, a Irmgard Sandmyr y a mi amigo Christian Herendoerfer; a los compañeros de prisión Wolfgang Munkel y Klaus Jürgen Meise, que se escapó mucho antes que yo, y con éxito, del campo de prisioneros. Guardo un especial agradecimiento a mi editora Barbara Hoffmeister, por sus importantes y numerosas indicaciones. Por último, cabe citar a los numerosos amigos de mis días de juventud que me han ayudado aportando episodios vividos, fechas y nombres.

El autor
Kronberg, mayo de 2006

CAPÍTULO 1

CÓMO LLEGAMOS A REUNIRNOS TODOS

La tarea que me he impuesto es la de recordar. Al igual que le ocurre a cualquier persona, la mayor parte de mis vivencias y experiencias ha caído en el olvido. Nuestra memoria está trabajando sin cesar, aparta algunas cosas, las sustituye por otras o las cubre con nuevas experiencias. El proceso nunca termina; si echo la vista atrás y miro el largo camino recorrido, surgen un sinfín de imágenes, todas revueltas. En el momento en que ocurrieron no las relacioné con algo en concreto, y es años después cuando he descubierto el hilo oculto de mi vida.

Pero incluso entonces se agolpan de pronto todas las imágenes, especialmente las de los primeros años: la casa, con esa maleza asilvestrada a los lados y que más tarde el sentido del orden de mis padres nos quitó, con gran pena por nuestra parte; la pesca de cangrejos en el Havel; mi querida niñera Franziska, que un día tuvo que regresar a su Lusacia natal; los camiones que, con la bandera al viento, corrían por las calles ocupados por vociferantes uniformados; las excursiones a Sanssouci o Gransee, donde mi padre nos contaba hasta aburrirnos historias sobre una reina prusiana. Todo inolvidable. Al igual que cuando algún domingo de verano, a aquellos de nosotros que hubiésemos cumplido los diez años, nos llevaban al hipódromo —que más adelante se convertiría en uno de los mejores del país para carreras de obstáculos—, mientras tocaba la banda y los elegantes carruajes de los nobles, en su mayor parte calesas de dos ruedas, se alineaban en torno al «pabellón imperial». Mi abuelo había contribuido al desarrollo del hipódromo y de las obras de Treskow. Recuerdo, como si lo hubiera visto ayer mismo, el desfile de los enormes caballos con los pequeños hombrecillos encima, vestidos con sus coloridas ropas de yóquey, así como los solemnes señores pavoneándose dentro de su chaqué gris ratón, con pajarita al cuello y la pechera almidonada. Las damas, en cambio, permanecían ajenas al espectáculo observándose unas a otras bajo el ala de sus grandes sombreros: quizá para descubrir a alguna rival y despacharla con algún comentario demoledor.

El mundo que mi abuelo había llevado a Karlshorst era novedoso y distinguido. Él procedía de una notable familia de comerciantes en paños de Aquisgrán, diseminada por el Bajo Rin, y tan acomodada que, cada dos años, se podía permitir alquilar un tren para peregrinar a Roma y que el Papa los recibiera en audiencia privada. La vida le había puesto muy pronto en contacto con las familias de la alta nobleza. Con poco más de veinte años ya era «mariscal de viaje» del duque de Sagan, y poco después se marchó a Donaueschingen como «inspector del príncipe de

Fürstenberg». Sus años jóvenes los había pasado sobre todo en los internados para nobles de Francia, y allí, en el palacio de Valençay, que había pertenecido a Talleyrand, conoció a mi abuela, que procedía de una familia de Donaueschingen y trabajaba como dama de honor de los Fürstenberg. Fue un gran amor que duró hasta la edad de Filemón y Baucis, antes de que la guerra hiciera saltar todo por los aires. Durante mucho tiempo se siguió hablando francés en la familia, y francesa era también la cocina de la casa, con sopa de cebolla, paté de pato y *crème caramel*. La biblioteca del abuelo contaba con la mayoría de los clásicos del país vecino en majestuosas ediciones en piel. Alguna vez le oí declamar a Racine paseando ante la mesa de su escritorio, pero sus autores favoritos eran Balzac y Flaubert.

El abuelo se había trasladado ya a Berlín cuando en 1890 el matrimonio Heinze perpetró el escandaloso asesinato de un acaudalado terrateniente o, según otra versión, de una señorita del servicio, o quizá, y esto es lo más probable, de una prostituta. Los Heinze, cuyo atroz crimen comparó mi abuelo, y mucha más gente, con los asesinatos de Jack el Destripador, declararon en el proceso que habían cometido el asesinato para llamar la atención sobre la escandalosa falta de viviendas que había en Berlín. Esto dio origen a que dos, y más tarde tres, grupos de familias acomodadas formaran sociedades urbanísticas filantrópicas, la mayor de ellas por iniciativa del presidente de la Cámara, el doctor Otto Hentig, y bajo el patronazgo del príncipe Karl Egon von Fürstenberg. Formaban parte de ella los Treskow, que residían desde 1816 en el cercano Friedrichsfeld, así como August von Dönhoff, los Lehndorff y otras familias del mismo rango. En esta etapa fundacional también estaba el reconocido arquitecto Oscar Gregorovius y, algo después, el famoso proyectista Peter Behrens.

Mi abuelo nunca creyó en la invocación de los Heinze a la miseria de los barrios bajos o al horror de los patios interiores de Wedding. Él pensaba que tan altruista motivo era falso, pues su conocimiento de la vida le decía que los Robin Hood de este mundo pertenecen a la literatura, y casi nunca a la realidad. Por consiguiente, se esforzó en averiguar todo sobre Gotthilf Heinze, al que solía llamar Gotthilf «el acuchillador», buscando incluso cómplices, alianzas secretas y, sobre todo, a esa belleza pelirroja de la que se hablaba en algunas fuentes malintencionadas: el «ángel de las alcantarillas», como la llamó una vez, años más tarde, delante de mí. Nunca he tenido muy claro si fue la prostituta asesinada o una cómplice del asesino. Mi abuelo creía que era la cómplice, y gruñía: «¡Curioso! La esposa le anima a cometer el asesinato, la querida permanece entre bastidores y se muestra dispuesta a divertirse».

El prefecto de turno firmó en mayo de 1895 el llamado acuerdo de colonización para las obras de Karlshorst, que abarcaba 600.000 metros cuadrados, y justo después comenzó una especie de carrera para hacer un reparto de parcelas. La sociedad filantrópica del príncipe de Fürstenberg nombró gerente a mi abuelo, que por entonces tenía veintisiete años. Su trabajo consistía en colaborar con Oscar Gregorovius y con las autoridades para convertir el terreno adquirido en un barrio

periférico, trazar el recorrido de las calles, parcelar el solar y venderlo a precios razonables. En cada fase aparecía un nuevo barrio: estaban las calles «nobles», el barrio del Rin, el barrio de las sagas, el de Wagner, y así paso a paso.

Mi abuelo afrontaba su trabajo con gran acierto, pero pronto se dio cuenta de que a ese lugar, aparte de las viviendas con que

Karlshorst contaba todavía en mi juventud, había que dotarlo de algunos atractivos adicionales. Así, levantaron un hospital, una iglesia protestante y otra católica, y un pequeño parque con un estanque, que ubicaron sobre un antiguo terreno pantanoso y que pronto atrajo a paseantes de muy lejos. También el hipódromo de Treskow se transformó poco a poco en un centro de acontecimientos sociales. Años más tarde, pasada ya la época de mi abuelo, Karlshorst tuvo incluso una escuela militar. El «nido de preocupaciones», como a él le gustaba llamarlo, o también la «yerma pradera», como aparecía en un documento oficial, llegó a tener al final más de 30.000 habitantes, cuando había empezado nada más que con ocho casas, o más bien patios, que albergaban a no más de cien vecinos.

Cuando yo conocí realmente a mi abuelo era una persona estricta, reservada, que en las multitudinarias reuniones familiares afrontaba el a veces incesante parloteo de una manera seca y prosaica. Por la calle solía ir con levita, bastón y sombrero hongo, lo que ya entonces le confería un aire de anticuado del que él se obstinaba en presumir. Al contrario que mis tres hermanos pequeños, que le evitaban cuanto les era posible, mi hermano mayor, Wolfgang, y yo procurábamos conversar con él, aun cuando muchas veces era un diálogo monosilábico. Él era muy buen oyente, y siempre sabía hacer las preguntas pertinentes. Tiempo después, una de mis hermanas le reprochó que tuviera un semblante demasiado hosco y «las comisuras de los labios demasiado marcadas». Pero para Wolfgang y para mí hasta su silencio tenía importancia. Su pañuelo siempre estaba impregnado de unas gotas de colonia. Los paseantes le saludaban con sumo respeto y se quitaban el sombrero en un movimiento que llegaba casi hasta la rodilla, lo que muchas veces nos provocaba la risa. Las personas mayores todavía recordaban que Karlshorst era en parte obra suya.

La mujer que estaba a su lado, mi abuela, era una persona sumamente delicada, que sabía hablar a sus nietos de la manera apropiada para cada uno. Su vida no siempre había sido fácil, y a pesar de que las muchas preocupaciones habían marcado su semblante, no dejaba que el descontento la afectase; bien al contrario, era muy risueña y dotada de un gran sentido práctico. La hacía feliz sentirse útil, y esa sensación la compensaba de todos los pesares, solía decir con cierta frecuencia. El matrimonio tuvo cinco hijas, y ambos lamentaron no haber tenido ningún hijo varón. Dos de las hijas ingresaron en órdenes religiosas: una se fue a trabajar a una misión en África, y a la otra, que tomó el bonito nombre de sor Alcantara, la enviaron sus superiores a un convento de Moran. Muy espigada, su figura poseía la dignidad típica de una abadesa, pero al mismo tiempo parecía singularmente frágil. Estaba mal «del pecho», y en la «fría cueva del convento», como en ocasiones se lamentaba mi

madre, falleció de una pulmonía sin haber cumplido los treinta años.

La hija menor enfermó de difteria con catorce años, durante la guerra, lo que le produjo la terrible minusvalía de una parálisis total. Los abuelos gastaron un dineral en reconocidos especialistas, e incluso recurrieron a curanderos para intentar aliviar a su hija, pero no lo consiguieron. La «tía Agnes» se pasaba todo el día tumbada en la *chaise-longue* del comedor y, como no podía mover la cabeza, cuando entrabas, la veías inmóvil con sus ojos abiertos, en los que se reflejaban las perdidas ansias de vivir. Por las noches, mi abuelo se despojaba de todo vestigio de su orgullo de antiguo caballero y la llevaba a dormir a su habitación. Si se aludía a su enfermedad, ella únicamente replicaba: «¡Por favor! ¡Estoy bien así!».

La más elegante de las hijas de mi abuelo era Dorotea, a la que llamábamos «tía Dolly». Tenía una esbelta figura y, al igual que mi madre, se educó en un internado de Silesia para hijas mayores. Su vestimenta revelaba una predilección por la policromía fronteriza con los límites del buen gusto. Normalmente la veías con los últimos modelos de sombreros y un zorro sobre los hombros, con sus garras reluciendo al sol. Al cuello solía llevar algo discreto de oro, tenía una conversación culta y con frecuencia nos advertía que no «berlineáramos». Mi padre opinaba que en el internado provinciano de Liebenthal había adquirido el interés por el gran mundo, mientras que mi madre se había traído de allí poesía y buen juicio.

Mi madre, de nombre Elisabeth pero a quien la familia llamaba «Tetta», pasaba por ser la más austera de las hermanas. Sin embargo, en contradicción con su actitud, que era altiva y no carente de orgullo, tenía un lado amable y sabía dotar a su entorno de una calidez cautivadora. Si bien tenía un carácter dominante, era evidente que le gustaba la «música tranquila», y ello se veía en sus aficiones líricas. Le gustaban especialmente Eichendorff y Móríke, así como Heinrich Heine, si bien al recitar los poemas de éste omitía los dos últimos versos. «No es fiel a sus sentimientos», decía, «se avergüenza de ellos. Cuando seáis mayores y estéis capacitados para ello», nos decía a mis dos hermanos y a mí, «tenéis que escribir nuevos finales para los poemas de Heine. Entonces podré decir que me gusta realmente».

Había algo de cierto en la, por lo demás injusta, opinión que mi padre tenía sobre Dolly: le encantaba salir a escena. Mi madre, en cambio, cuando sus ruidosos hijos salían de casa, se sentaba al piano, improvisaba un poco, y rápidamente pasaba a sus piezas preferidas: *Para Elisa*, de Beethoven, alguna que otra variación de Mozart y muchos estudios de Czerny. Por último, cantaba con su agradable voz un par de *heder* de Schubert o de Schumann y, especialmente, algunas piezas de Carl Loewe, como la de *Herr Heinrich am Vogelherd* (Don Enrique en el puesto del pajarero) o *Die Uhr* (El reloj). «¿Por qué lo haces?», preguntaba la tía Dolly maravillada. «¿Qué sacas con ello? Deberías dar conciertos en casa y traer invitados». Pero a Tetta, mi madre, no la podía convencer.

Por algún tipo de conexiones familiares, en sus años jóvenes mi madre fue invitada a uno de los bailes que tenían lugar en las caballerizas imperiales, y hasta

bien mayor se emocionaba recordando a los caballeros, con sus fracs y sus coloridas bandas, que se habían turnado en sus galanteos o, como dijo una vez, «le habían hecho la corte». También hablaba de pecheras condecoradas y de cómo se conseguía dejar caer el monóculo del ojo ante una broma pesada o en caso de sorpresa. Y luego estaban los tenientes, a los que recordaba «bizarros; hay que ver cuánta insensatez color de rosa puede haber en la cabeza de una jovencita». Ella ya no sabía si la servidumbre, que pululaba por todas partes y captaba miradas clandestinas, llevaba escarpines con hebillas. «El personal del servicio tenía la habilidad de mirar al vacío cuando uno de los caballeros me ayudaba con el abrigo. Bonito, brillante y superficial, como alguna música barroca», decía, por su parte mirando al vacío, «pero ¡fuera, fuera!». No lloraba por el tiempo pasado, pues ¿quién llora por un cuento que ya ha acabado?

En cambio, la tía Dolly, que con frecuencia hablaba de «temas elevados» y a quien éstos gustaban por su inaccesibilidad, consideraba que el teatro y la música tenían suma importancia en el ámbito social, y le llegaban al corazón. Era como si renaciera al escuchar el murmullo del patio de butacas, cuando la gente iba ocupando sus lugares, así como con los registros de los instrumentos, aunque también disfrutaba con el trasiego en los pasillos y, sobre todo, con los atentos caballeros que, con una ligera reverencia, le lanzaban miradas que unas veces eran tímidas y otras descaradas. En ocasiones respondía con unas risitas disimuladas, más propias de una jovencita, a pesar de que ya había cumplido los treinta años. Fue entonces cuando empecé a sospechar que entre hombres y mujeres existía una enigmática complicidad que con el tiempo habría que explorar.

Todo el mundo se preguntaba por qué tía Dolly nunca encontró un marido, ella que era cortejada por el tipo de hombres experimentados o, como le gustaba decir a mi madre, «fatalmente venidos a menos». La respuesta que se dio con el tiempo es que durante años había estado profundamente enamorada de un oficial de la Marina de Kiel que estaba casado. Y ella siempre lo había ocultado. Sólo sabían algo mis padres, y a nosotros, después de enterarnos de alguna cosa a escondidas, nos hicieron prometer que no diríamos ni una sola palabra. Una vez, cuando Dolly me llevó al palacio Gloria, en la estación de Karlshorst, a ver una película de amor que terminaba de manera trágica, se sonó con su pañuelo y estuvo llorando discretamente durante toda la película, con suspiros cada vez más hondos. Cuando salimos, me pidió, con cara sonriente pero con las huellas del llanto en su cara, que la dejara sola, a pesar de que sin ella yo era incapaz de encontrar el camino de vuelta a casa.

Unos días más tarde apareció por la Hentigstrasse a una hora intempestiva y hablando sin parar. Cuando llegué, me llevó al salón y se disculpó por su «desaire». Como yo le quitara importancia, ella me replicó que también a su edad había que conservar la calma y, más importante todavía, guardar las formas. «Mi lloriqueo se saltó todas las normas». «La orgullosa tía Dolly», pensé yo. Con mis catorce años deduje de cada una de sus palabras lo mucho que envidiaba a mi madre. Ésta había

empezado a trabajar a finales de 1919 en el banco Bleichröder, y todos los días iba al centro de la ciudad. Allí conocía a gente, adquiría experiencias e incluso había subido de nivel en su vida profesional.

Tía Dolly había puesto límites a su ambición y se había hecho bibliotecaria, ya que se supeditaba a ese dichoso oficial de la Marina con el que se prometía un futuro en común. El espíritu de Tetta, por el contrario, no era nada teatrero, y, con su discreción, no necesitaba de apariciones sociales ni de alicientes emocionales. No era ninguna diva, le oí un día decirle a un amigo de mi padre que le recriminó por no aprovechar más todas sus facultades, y durante cierto tiempo esa expresión se convirtió en una frase hecha: «¡Mamá no es una diva!». Apenas dos años después de entrar a trabajar en el banco conoció a mi padre, según le gustaba contar, «embelesada como una jovencita», después «un poco enamorada de él», luego incluso «muy enamorada», y muy pronto se casaron. Todo «sin sorpresa ninguna», todo sumamente «corriente», contaba a veces tía Dolly, y quizá incluso algo aburrido; pero muy esperanzador, como su propia existencia.

Las relaciones familiares por el lado paterno eran bastante más distantes y complejas. En la medida en que podemos retroceder en busca de datos, esto es, hasta el siglo XVII, los antepasados procedían de la villa de Liebenau, en Neumark. Los registros parroquiales reanudados en 1654, después de los desastres de la Guerra de los Treinta Años, los citan por primera vez en los años setenta. La mayor parte de ellos trabajaron como artesanos o comerciantes, y una rama de la familia llegó a poseer una fábrica de cerveza. Muchos de ellos habían trabajado durante generaciones como «consejeros», mayordomos de fábrica, de iglesia o «alcaldes de aldea». Los nombres que con más frecuencia se ponían en la familia también denotan pretensiones más elevadas. En todas las generaciones había una Rosina, muchas antepasadas se llamaron Cecilia o Justina, y mi abuelo se llamó Robertus Tiburtius, nombre latinizado siguiendo la tradición barroca. Era una persona vivaracha y muy alegre, que, como alguna vez se dijo, «revolucionaba todo salón de baile». Cuando era un joven recién casado, el espíritu colonizador de la época le llevó hasta la provincia de Posen, donde adquirió una gran propiedad agrícola. Al año de llegar allí y con sólo veintipocos años, ya era alcalde y estaba igualmente bien considerado por alemanes y polacos. Sin embargo, su mujer no se adaptaba al entorno polaco, por lo que hacia 1895 la familia regresó a Liebenau junto con los siete hijos que habían tenido. Allí, mi abuelo compró un molino harinero en las cercanías del pueblo.

Murió a comienzos de los años treinta, antes de que pudiéramos conocerle un poco mejor, y por ello los recuerdos que conservamos de él son una mezcla de lo que nos han contado y de lo poco que le vimos. Siempre que le veíamos andaba como una sombra taciturna y silenciosa por las habitaciones, apoyado en su bastón, acompañando nuestras riñas infantiles con un «Na, na» dicho como de pasada. Sólo se animaba a contar algo cuando mi padre le pedía que nos relatara algunos de los cuentos de Grimm que se había aprendido de memoria en el jardín de infancia, o que

recitara el domingo por la noche el evangelio correspondiente a la misa matinal. Entonces, cerraba los ojos y empezaba: «En los tiempos en que vivía mucha gente y no tenían para comer...». Cuando nos reunimos en Liebenau para su entierro, le encontramos de cuerpo presente en el patio de su casa: vimos a una persona viejísima, apergaminada, que parecía extraña y quebradiza.

El féretro se había abierto de nuevo para la última bendición, y la abuela, muy encorvada y apoyada en un bastón, en un último y solícito gesto, le estuvo colocando el pico del pañuelo. El fallecido tenía la boca entreabierta y estaba semihundido en la mortaja adornada con encajes, y nosotros, los niños, solamente veíamos la parte superior y huesuda de su cara. Después de las posecillas de ceremonia que preceden a los rituales de este tipo, el sacerdote pronunció las exequias y salpicó a la comitiva fúnebre con agua bendita mientras jóvenes campesinos ajenos a nosotros cerraban el ataúd y lo sacaban al coche de caballos que esperaba en la calle. Casi cincuenta años más tarde, mi hermano menor, Winfried, recordó que a él, más que la abuela llorosa o que la parentela apesadumbrada reunida en torno al ataúd y las montañas de flores, lo que le había cautivado había sido una mosca que volaba en torno al céreo rostro del muerto y que varias veces había desaparecido por la boca. Yo también tenía ese recuerdo imborrable.

El abuelo fue un hombre sensato que, tal como me dijo más tarde mucha gente, era muy apreciado por todo su entorno; en las reuniones del ayuntamiento esperaban que él dijera las palabras definitivas, y siempre se hablaba de él. Mi padre gustaba de contar una historia de sus años jóvenes que reflejaba el sentido de la realidad tan riguroso que tenía el abuelo. Estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina el abuelo y cinco o seis de sus once hijos, cuando a uno de éstos se le ocurrió preguntar qué iba a hacer cada uno con la enorme cantidad de dinero que les iba a llover del cielo por intervención divina, gracia angelical o simplemente por casualidad. «¡El premio gordo! —gritó—. ¡Nos va a sorprender! ¡Va a llover dinero! ¡Os acordaréis de mis palabras!». Franz, de doce años, explicó a los perplejos tertulianos sus planes en relación con ese dinero: se iría a la ciudad, a la taberna de Unkes Kurt, y se rodearía de mujeres bonitas y de los mejores vinos y licores. August, algo mayor, le compraría a Maria Zietsch, del pueblo vecino, el vestido más caro, y sólo entonces se atrevería a hablarle por primera vez. Cecilia se compraría un taller de costura con la maquinaria más moderna, y contrataría por lo menos a cinco modistillas. Y así uno detrás de otro, hasta que le tocó el turno al enjuto Ron, que siempre parecía estar hambriento. «Pues yo —explicó entre bocado y bocado— con todo el dinero me compraría Schlackwurst (embutido de tocino), setenta piezas o incluso cien, tantas como me alcance el dinero. Me pasaría el día entero, el mes entero, qué digo, incluso un año entero, zampando embutido. Una pieza detrás de otra».

Esto era como una consigna. Todos saltaron y aplaudieron entusiasmados: ¡Schlackwurst, es verdad! ¡Es fenomenal!, gritaban como locos. Hasta que el abuelo, que había permanecido todo el rato en silencio, se acercó a la chimenea, cogió su

bastón y apagó el griterío dando un violento golpe sobre la mesa. Sin reparar en la hija que estaba presente, chilló al exaltado grupo: «¡Malditos golfos, hay que comer pan con el embutido! ¡No se come el tocino sin pan!».

La moraleja de la historia la dedujo mi padre de su propia experiencia. Se pueden tener sueños, fabricar castillos en el aire: todo está permitido. ¡Pero siempre hay que mantener los pies en el suelo! Cuando tenía quince años y era un alumno aventajado, quería estudiar «algo relacionado con religión o las matemáticas». Más tarde dudó si debía seguir su amor por la naturaleza y hacerse pescador o guarda forestal. Cuando finalmente, y a instancias de su padre, se decidió por la enseñanza, el hijo del vecino, que era un poco mayor que él, comentó que era una pena que un chico tan capacitado escogiera una «profesión típica de holgazanes». A la vista de sus capacidades, al acceder a la escuela superior se le eximió de dos clases, y al acabar no tuvo que hacer los exámenes orales; después de ocupar algunos destinos como profesor, a comienzos de la Primera Guerra Mundial resultó herido de cierta gravedad en Francia, por lo que volvió a ejercer su profesión y muy pronto estaba de regreso en Berlín. Políticamente comprometido desde joven, en 1919 había organizado diversas agrupaciones locales del católico partido del Centro en los distritos meridionales de la capital, y ocupó en él puestos destacados, como lo haría también, más adelante, en el Reichsbanner,^[1] surgido para proteger a la República.

Era una persona muy alta, dotada de una enérgica expresión, y la «fotogenia» que muestra en la mayoría de sus retratos, como solíamos ironizar mi hermano mayor Wolfgang y yo, revela solamente severidad y determinación, pero ni un atisbo de su cálida bondad ni de la tranquilidad que irradia estar en armonía con uno mismo. Uno de sus amigos dijo una vez que era una mezcla de energía, arrogancia y serenidad. Su agudo sentido del humor podía llegar hasta extremos insospechados. Amigos de juventud a los que he preguntado por los recuerdos que habían conservado de él, suelen comentar que, de niños, nunca habían estado tan a gusto con un adulto como lo habían estado con él, por las locas historias que contaba y porque se sabía canciones bobaliconas. Casi todos hablaban en términos parecidos sobre su carácter divertido y su afición por las bromas. También es cierto que a veces se dejaba llevar por su temperamento colérico, aunque su buen humor y su equilibrio interior hacían que quisiera acabar con todas las posibles miserias.

Hay que decir también que mi padre carecía de pretensiones sociales, y que lo mismo hablaba de manera despreocupada con una panadera que discutía serias cuestiones de Estado con un funcionario del ministerio, y también se sentía igual de a gusto con un profesor universitario que con los niños en nuestros cumpleaños. Cantaba con frecuencia, y solía tener innumerables canciones en la cabeza, desde la de *Prinz Eugen* (Príncipe Eugenio) hasta la olvidada *la hab' mich ergeben...* (Me he entregado...), cuya melodía sólo sobrevive en la académica obertura festiva de Johannes Brahms. En una ocasión, al finalizar una ronda de canto, presentó con mucho gusto unas *KurfürstendammChansons*, que, por lo que yo recuerdo, hicieron

inolvidable la afirmación de que «mi papagayo no come huevos duros», en otro punto formulaban la pregunta de qué arrastra, por amor de Dios, al mayordomo al Himalaya, o, en otro, ensalzaban a una amiga de nombre Titine, de la cual asegura su enamorado, y no sólo por culpa de la rima, que en su «pastel de la vida» no hay nada tan insignificante como la «uva pasa».^[2] Reía con bastante facilidad y podía amenizar una velada durante horas con sus anécdotas ingeniosas, o más serias, si así se requería.

Origen, trayectoria y poder de convicción marcaron el carácter de mi padre, que tenía cualidades muy contradictorias entre sí, pero que se complementaban perfectamente. Estas contradicciones se mantenían en armonía gracias a la fuerza de su personalidad, y cada una de sus líneas de pensamiento desempeñó su papel en su intransigencia frente al régimen nacionalsocialista. Él era un republicano convencido, a pesar de las deficiencias de la institución de Weimar. En distintas ocasiones le oímos decir que las dificultades del momento no podían poner en cuestión los principios. Y cada uno de nosotros, los hermanos, sufrió su enojo cuando, al acabar la dictadura de Hitler, se extendió el argumento exculpatorio de que en 1932-1933 sólo se había podido elegir entre el NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista) o el KPD (Partido Comunista Alemán), y la gente se decidió por Hitler como mal menor. ¿No habría sido más sensato y, desde luego, más responsable, decidirse por la República, replicaba, o para el caso, por el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), el centro o los liberales? De hecho, todos los que más tarde hablaron de una situación sin salida habían carecido de conocimiento y de fidelidad al Estado, así como de determinación luchadora. Mi padre siempre fue un ferviente militante republicano; él quería enfrentarse a las tropas de asalto de las SS no sólo con palabras, sino también con la fuerza de las armas. Por ello, después de que el NSDAP ganara las elecciones del 14 de septiembre de 1930, estuvo deliberando con su amigo Hubertus zu Löwenstein sobre la formación de un movimiento de la juventud republicana, y poco después nació la «Vanguardia Negro-Rojo-Oro», un nombre con una gran carga simbólica.

Al mismo tiempo era un convencido prusiano, aunque no hacía mucha gala de ello. Los numerosos antiguos prusianos que vivían en los antaño dominios de los Federico y los Guillermo eran monárquicos en su mayoría, y no se llevaban muy bien con la República. «Yo no soy un prusiano pertinaz —se mofaba mi padre—, y no soy tan sentimental como para añorar al "desertor" Guillermo II». Ese término, que tomaba del prusiano, lo utilizaba ocasionalmente, y resultaba bastante anacrónico. Junto al conocido catálogo de obligaciones, la voluntaria limitación de los derechos incluye la renuncia a la ñoñería y la capacidad para dominar la vida con una «pizca» de ironía. «¡No olvidéis nunca la ironía!», nos exhortaba con bastante frecuencia. «Es el boleto de entrada a todo lo humano. Exteriormente mostramos la seriedad que requiere la situación, pero en nuestro interior expulsamos el disgusto con un chasquido de los dedos».

Él era lo suficientemente crítico como para saber que la tan cacareada ética prusiana de no defender nada que no fuera la propia Prusia no era una idea humanista. No era raro que le divirtieran los diferentes intentos de endosarle un «alma» o una «misión». Consideraba que los únicos poderes conquistadores habían sido la antigua Grecia y Roma. ¿Qué habían aportado al mundo España, Inglaterra o Francia, preguntó una vez en la comida, además del pequeño mariscal, el té de

las cinco, el oro de los incas y un par de frases bonitas? En cualquier caso, en cada una de estas tres potencias se había tratado de una explotación maquillada con un toque de humanidad, por lo que le gustaba mucho más la voluntad de supervivencia que impregnaba la idea de Estado en Prusia. Ellos también robaban, pero al menos no mentían. «Un viva para Prusia», concluyó por ello con una sonrisa; visto en su conjunto, no ocupaba tan mal lugar en el mundo.

Cuando, años más tarde, le recordé su predilección por las alusiones irónicas, me comentó que en esta vida la ironía hace que todo sea más llevadero, incluso el *a priori* «helador ambiente político» de Prusia. Todos los hermanos recordamos cuando, durante el viaje anual para visitar a los parientes de Neumark, el tren pasaba cerca de un pueblecito pequeño, casi engullido por el horizonte. Entonces mi padre nos contaba, pegados todos a la ventanilla: «Allí detrás está la silueta de Kunersdorf, donde Federico el Grande sufrió la peor derrota de toda la Guerra de los Siete Años. Los prusianos —continuaba—, entre los que por esta vez no me cuento, afirman siempre que después de un Kunersdorf viene siempre un Leuthen, con triunfo, fanfarrias y el cántico *Nun danket alle Gott* (Dad todos gracias a Dios)». Esto suena conmovedor y llena de orgullo el pertinaz corazón prusiano. «Desgraciadamente —seguía mi padre después de una meditada pausa—, la bonita historia no cuadra. La batalla de Leuthen tuvo lugar en 1757, mientras que la pavorosa derrota de Federico en Kunersdorf se produjo dos años más tarde, y sus desastrosas consecuencias sólo fueron mitigadas por la subida al trono de Rusia de un nuevo soberano. Sin embargo —concluía—, debe de haber algo de trampa cuando los prusianos todavía le atribuyen algo más al milagro de la casa de Brandeburgo».

La difícil convivencia de prusianismo y republicanismo en mi padre se vio complicada aún más por su estricto catolicismo. Era una persona piadosa que rendía cuentas al «Señor Dios» de todas sus decisiones privadas o políticas. Gracias a sus diferentes ocupaciones, mantuvo estrechas relaciones con el obispado, y se reunió en numerosas ocasiones con el nuncio, cardenal Pacelli. Perdonó al canciller centrista Brüning la reconciliación tipológica y política entre prusianismo y catolicismo. Mirando atrás, decía que, si lo hubiera conseguido, todo habría sido muy distinto. Tenía amistad con el prepósito Lichtenberg, que años atrás había sido párroco en Karlshorst. A éste, en 1941, le llevaron a un campo de concentración debido a sus protestas contra la eutanasia y la celebración de rogativas a favor de los judíos perseguidos. Dos años más tarde, murió en oscuras circunstancias durante un traslado de prisioneros a Dachau. Mi padre defendía el punto de vista católico sin el habitual

sosiego de éste, a veces incluso como atrapado por la postura de barricada de los católicos de la diáspora. Curiosamente, él, que aceptaba casi todas las debilidades humanas, nunca olvidó el papel tan indigno al que, por ambición y oportunismo, se prestaron los dirigentes de su partido Franz von Papen y el prelado Ludwig Kaas, en el transcurso de la llamada toma del poder.

También era un reconocido ciudadano ilustrado, tal como se intentará mostrar en las páginas siguientes. Si bien por aquella época el concepto no gozaba del descrédito que tendría después. No obstante, la palabra ya aludía a una mentalidad pasada de moda. Una vez que pasaron los años de los nazis, se ha querido considerar al sector educado de la población como una de las principales fuerzas sociales culpables del ascenso de Hitler; una mirada más detenida refleja el resentimiento de los hijos mimados que pretendían situarse moralmente por encima de sus padres y que tachaban toda formación como esfuerzo inútil. Las ciencias sociales han llegado a la conclusión de que es difícil determinar qué porcentaje de la población se puede considerar como instruida. No obstante, en las primeras elecciones de 5 de marzo de 1933, todavía más o menos libres, el partido de Hitler fue votado por más del 40 por ciento de las personas con derecho a voto.

Mi padre amaba los libros. Su orgullo era la edición cronológica de Goethe publicada por la Propyläen Verlag, que había comprado con su primer sueldo, así como una edición más limitada en diez o doce volúmenes. Junto a estas obras se encontraban los escritos desde Lessing hasta Heine, por supuesto también Shakespeare y muchos otros, hasta llegar a su admirado Fontane, todos ellos en las estanterías, no muy grandes, que cubrían tres de las paredes de su cuarto de trabajo. «Éste es de la familia», solía decir con guasa cuando se hablaba de Fontane, y señalaba hacia el sillón que estaba junto al balcón, «allí se sienta de vez en cuando». En la sección científica había dos o tres estantes de literatura teológica, le interesaban las cuestiones sobre la existencia de Dios, la contribución de Lutero al desarrollo de la lengua alemana; al lado aparecían los libros sobre la historia de Prusia, especialmente de la época de los reformistas, y otras obras sobre la imagen del hombre cristiano o la expansión de la fe en los lugares más remotos del planeta.

Estas estanterías, que llegaban hasta el techo, reflejaban con claridad los intereses de mi padre. El único hueco se encontraba encima del escritorio. En él había algunas fotos familiares y la silueta de Goethe con el dedo índice levantado frente al joven Fritz von Stein, así como una lámina de la *Escuela de Atenas* de Rafael: con Pitágoras y Sócrates, Platón y Aristóteles, el uno señalando al cielo, el otro hacia la tierra, tal como, para nuestra diversión, contaba mi padre a todo el que venía a casa. El propio Rafael se había pintado en el margen derecho del cuadro, como también nos refería con frecuencia. En el lado contrario había un retrato de Görres, por encima de un bronce de Dante, y a mi padre le gustaba decir que siempre había querido ser como Görres: rebelde en los años jóvenes, mandón en la mediana edad y conservador a partir de los cuarenta. Pero también tenía que seguir la época. En su

caso, el tiempo se había opuesto repetidamente.

Mi padre hablaba muy a menudo de la época que siguió a la Primera Guerra Mundial, cuando, ya restablecido, regresó del hospital militar. Por entonces se adaptó muy bien a las circunstancias. Estaba lleno de ilusiones y, a pesar de la dolorosa derrota, tenía un fuerte sentimiento republicano que atribuía fundamentalmente a tres motivos principales, que resumía conforme al laconismo de su nueva patria chica, Berlín: la guerra ha terminado, el Káiser se ha ido y los excesos de los consejos de soldados han desaparecido. Al mismo tiempo, se había propuesto una Constitución, y todo junto había derivado en una ciudadanía abierta, definida como clase trabajadora, y una disposición unificadora.

«Sin embargo, antes de que se aprobara la Constitución, el cielo se oscureció», decía él. La primera conmoción vino con el tratado de paz de Versalles, y no sólo por las condiciones draconianas, que pesaban mucho. Causaron mucha más indignación las «circunstancias humillantes» que se exigieron a la delegación alemana, que iban desde la asignación de la entrada de servicio para acceder al edificio de negociación hasta los heridos con graves lesiones en la cara que, en un acto de humillación calculada, se apostaban a la entrada de la sala de reuniones. Él opinaba que éstas y otras escenificaciones similares legitimaban el artículo 231 del Tratado de Versalles redactado con «la arrogancia repugnante del mal ganador»: la declaración de que Alemania era la única culpable de la guerra. En realidad, las potencias demostraron que «no eran capaces de hacer frente a su victoria». La República regresó de Versalles «con un gorro de bufón», según decía una expresión que rápidamente se extendió por todas partes con escarnio y rabia.

Mi padre contaba muchas cosas sobre estos vaivenes. Opinaba que ya en el verano de 1919 empezó a asomar la debilidad. Además, al comienzo de la República no se había producido ningún gran acto fundacional que permaneciese en el recuerdo, sino que, como constataba cada vez más gente, se había originado con una derrota ignominiosa y a traición. Muchos se dejaban convencer con facilidad de que eran víctimas inocentes del engaño y la sed de venganza. Durante los primeros tiempos del nuevo Estado, contaba mi padre, cuando acudía noche tras noche a las federaciones locales, alertaba siempre sobre las dos puñaladas que la naciente República había sufrido: la una, representada por el «fraude de Hindenburg», la otra, por las potencias victoriosas, Francia especialmente, para la que no había perdón. De esta manera se brindaba a Hitler la posibilidad de presentarse como adalid de la llamada honra alemana.

«Pero todavía iba a haber una buena oportunidad», continuaba con sus recuerdos. Fue con el golpe de Kapp en marzo de 1920. El golpe de Estado de los viejos «bigotes» fracasó no sólo por la huelga general de los trabajadores, sino también por la resistencia más o menos cerrada de la inmensa mayoría. Ahí podía haber tenido lugar el largamente añorado acto fundacional de la República, explicaba una y otra vez, y los oyentes algunas veces se levantaban de las sillas aplaudiendo. Pero la

República no había sabido aprovechar el regalo. De todos modos, él y sus amigos habían celebrado la victoria en los salones de fiestas y en las grandes cervecerías de Neukölln, Kreuzberg y Charlottenburg. Todos habían creído que el asunto estaba asegurado. El periodo de prueba parecía superado.

Durante esa época pensó por primera vez en dedicarse de nuevo a su actividad privada después de toda una vida plagada de asambleas y reuniones nocturnas interminables. Hacia finales de 1921 se trasladó del barrio pequeñoburgués de Neukölln a Karlshorst, y en la Hentigstrasse compró toda la planta de una casa, pensando ya en la futura familia. Por entonces estaba convencido de que ya había cubierto con éxito el primer tramo de su camino en la vida. Todo el mundo le predecía un futuro muy prometedor, tanto en el aspecto profesional como en el político. También había conocido a una atractiva joven de buena educación y posición, y ya empezaba a pensar en un posible matrimonio.

El se lo tomaba todo muy en serio. Después de informarse sobre la joven, su familia y su condición, un buen día empezó a coger fluidez en el habla francesa, sin tartamudeos, y durante cierto tiempo prefirió la literatura amena con diálogos distendidos: de esta manera, afirmaba mi padre bromeando, se preparaba para los tradicionales «recelos de los suegros». Le parecía que no debía descartar la posibilidad de que los estrictos Straeter, en un momento dado, empezaran a hablar en francés como sin querer, y que al cabo de un buen rato se disculparan por su pequeña equivocación. No quería que le suspendieran, decía riendo.

Y también riendo comentaba que hasta entonces su formación había estado centrada en los temas serios; en consecuencia, empezó a adornar los grandes «andamios», como decía, con guirnaldas, los ingredientes amenos que también correspondían a una buena formación, aunque solamente fuera para las relaciones sociales. Empezó a recorrer establecimientos especializados con el fin de adquirir seguridad en lo que se refiere al gusto, pues procedía del campo y; como se decía en el gran Berlín, era de «condición ordinaria». En casas de amigos y compañeros de partido había descubierto mobiliario distinguido y obras de arte elegantes, y ya se había hecho una idea de cómo le gustaría vivir. Cuando consideró que ya estaba más o menos preparado, rebuscó en las tiendas de antigüedades del barrio de Hansa para ver muebles, cuadros, alfombras o cualquier otra cosa que se ajustara a sus posibilidades. Adquirió incluso alguna pieza de mobiliario berlinés antiguo. Y, mientras tanto, enviaba alguna que otra señal de sus intenciones a la joven de la Riasstrasse.

Se trataba de las muy nombradas cartas de amor que mi madre guardaba en un cofre junto con otros recuerdos y que en 1945, unos días antes de la entrada de los rusos, enterró en el jardín: la orden de evacuación daba un plazo tan breve que resultó imposible ocultarlo en lugar seguro, y durante toda su vida mi madre lamentó su pérdida. Las cartas contenían incluso algún poema de amor.

Un buen día, mi padre se presentó de improviso en casa de los Straeter. Al

contrario de lo que él se esperaba, el salón estaba decorado con mobiliario de colores claros. La ligereza de los floreros y las coloridas figuras de porcelana de parejas de enamorados, arlequines y pastorcillas parecía no encajar con el aspecto tan serio de mi abuelo. Es cierto que a pesar de la timidez, la visita resultó más sencilla de lo que mi padre se había temido. Los futuros suegros le brindaron la tradicional cortesía francesa, y como se imaginaban por qué había ido el joven a visitarlos, de entrada le ofrecieron un licor ligero y le ayudaron a salir airoso de la situación. Cuando él se levantó de repente de su asiento y se puso ceremonioso, ellos le pidieron que no se levantara. El invitado comentó que para hacer lo que se proponía estaba mejor de pie, mientras que ellos harían bien en permanecer sentados. La situación se relajó de tal manera que mi padre perdió toda rigidez y pudo pedir la mano de Elisabeth con toda naturalidad.

Unas semanas más tarde se fijó la fecha de la boda para mediados de 1923. Cuando mi padre echaba la vista atrás, experimentaba cierta satisfacción. Había sido más afortunado de lo que nunca se había imaginado; había indicios que hacían pensar en que le iban a llamar para trabajar en el Ministerio de Cultura de Prusia. Y después, la vida seguiría. ¿Qué podía pasar mientras tanto?

CAPÍTULO 2

EL MUNDO SE RESQUEBRAJA

Karlshorst era un barrio situado al este de la capital y habitado en su mayor parte por familias de clase media. Su diseño cuadriculado contribuía a que las calles parecieran discurrir con cierto orden, y quien quisiera exagerar un poco las cosas, como un amigo de mis padres, podía afirmar que, en él, el despacho de arquitectos había sustituido al capricho de los príncipes. Berlín tenía la peculiaridad de haber sido levantada por los soberanos prusianos de manera deliberadamente contraria a los páramos de la marca de Brandeburgo. La ciudad poseía en su periferia no sólo un cierto encanto rural, sino también un fascinante entorno melancólico con sus ríos y humedales. Algunos días laborables podías desplazarte en medios de transporte públicos hasta el Gransee o Nauen sin encontrarte más que a una docena de vendedoras que acudían al mercado. Había paradas en avenidas como la de Linden, y al lado las calles pueblerinas de Potsdam o Köpenick.

Berlín permanece en mis recuerdos como una ciudad luminosa y con mucho verde, nada que ver con Londres o con el imperial y pétreo París. Y cabe añadir que, junto al más bello entorno, no tenía demasiado encanto. Contaba con una atractiva modestia: era despierta, ingeniosa y con chispa. La falta de elegancia la compensaba con ironía urbana. Su proverbial tendencia a aprovechar todas las oportunidades era algo más que un lugar común. Berlín no era una ciudad que atrapara tu corazón, pero enseguida te encontrabas como en casa. Y Karlshorst era una especie de variante provinciana de la poderosa metrópoli.

La casa de la Hentigstrasse que mi padre había comprado tiempo atrás no estaba situada en uno de los barrios residenciales, sino justo en el centro de una manzana de casas de alquiler. Los inquilinos eran obreros cualificados, funcionarios, fabricantes de herramientas y algunas viudas. Cada casa contaba, a los lados y en la parte posterior del solar, con una zona verde que solía tener algunas plantas aromáticas a la sombra de algunos frutales. Casi siempre, al lado de la barra para sacudir las alfombras había un cobertizo para guardar herramientas, y como peculiaridad, en nuestro jardín teníamos, bajo los castaños, una barra fija para hacer gimnasia y una pequeña piscina para bañarnos en verano, y que en invierno utilizábamos para pegar saltos encima de las partes heladas con nuestras botas con clavos.

Lo que más nos gustaba a los niños eran los rincones y los márgenes asilvestrados de la finca. Nos deslizábamos por debajo de los arbustos de bayas, llevando en la boca un tomahawk de cartón o un cuchillo, como si fuéramos indios sioux genuinos

en lucha con los comanches, o, si no, nos inventábamos cualquier otra batalla. Normalmente éramos mi hermano Wolfgang, dos años mayor que yo, y algún otro amigo y yo contra todos los demás niños del vecindario. Enviábamos a Hansi Streblow a ver a la gorda panadera con el encargo de comprar «pastel de vómito de cinco *pfennigs*», que es como llamábamos a las sobras de masa amalgamadas, y con una cuerda la atábamos a la entrada de la casa, donde vivía alquilado y siempre amargado el profesor Müllenberg, que inmediatamente tropezaba con ella. También trepábamos por la valla al terreno colindante de la parroquia y colocábamos en el camino del jardín un sujetador viejo empapado en sudor sacado quién sabe de dónde. Escondidos entre los matorrales observábamos, con risa contenida, cómo el viejo párroco Surma descubría la prenda de vestir durante el rezo del breviario, tras un breve momento de sorpresa lo levantaba meneando la cabeza, para, finalmente, y no sin antes echar una ojeada alrededor para ver si alguien le observaba, guardárselo en la sotana. Por aquel entonces yo tenía cinco años y ya empezaba a tener una ligera aunque vaga idea de lo anómalo de nuestra situación.

Éramos cinco hermanos, nacidos todos con un intervalo de dos años: Wolfgang, nacido en 1924, era la máxima autoridad entre nosotros los niños. A mi hermano pequeño Winfried, que era vivaracho, ingenioso y al mismo tiempo ensimismado, le seguía Hannih, muy acomodaticia y querida por todos, y por último iba Christa, alegre casi hasta la locura.

Wolfgang, como en el caso de la mayoría de los hermanos mayores, era mi ejemplo indiscutible, y por su causa me peleaba con frecuencia con otros chicos por culpa de murmuraciones injustas. Él era animoso, respondón, de una dejadez que a veces parecía hasta altanera, y cuando empezamos a ir al colegio no solamente tenía las mejores calificaciones, sino también los más ocurrentes subterfugios. Además, algunas madres de amigos le alababan cualidades cuyo sentido yo no captaba. «Chiquillo sensato», «se expresa muy bien» y «sabe comportarse con muy buenos modales» eran conceptos que yo entendía muy bien, pero eso de «tiene encanto» o sabe «cortejar a las madres de sus amigos» me resultaba bastante enigmático, y, al contrario que a mí, nunca le achacaron una «lengua atrevida».

Wolfgang se ganó mi más rendida admiración en la primavera de 1932. Por esa fecha, el DoX, un hidroavión tan grande como un barco de vapor y apropiado para el agua, con doce motores de propulsión y una cabida para más de 160 personas repartidas entre sus tres plantas, regresaba desde Nueva York después de una travesía por el Atlántico, y amerizaba en el lago Müggel, que distaba de Karlshorst un par de estaciones de metro. Con bastantes semanas de antelación, Wolfgang había estado dando la lata a mis padres para ir con ellos a Friedrichshagen a ver el amerizaje del avión. Como rechazaban su petición una y otra vez, la tarde del 24 de mayo se puso en camino, sin que nadie lo viera, con veinte *pfennigs* en el bolsillo.

Como a las seis no había aparecido para la cena, mis padres empezaron a inquietarse. Después de una búsqueda infructuosa por el vecindario, comenzaron a

telefonear, y hacia las ocho mi padre dio aviso a la policía, mientras mi madre se dedicaba a rezar. Poco después de las nueve salió de casa para buscar por los alrededores cuando, de repente, en la Dorotheenstrasse, Wolfgang le salió al encuentro alegre y con los brazos abiertos. Rápidamente empezó a contar de manera atropellada todo lo que había vivido en el lago Müggel y cómo, todavía en la estación de Karlshorst, había conocido a un matrimonio con los que había hablado «como un adulto». En el lago Müggel había conseguido muy buen sitio y había visto el amerizaje del DoX en el agua. El matrimonio incluso le había comprado dos helados y le había pagado el viaje de vuelta, por lo que todavía le quedaba dinero. Finalmente, habían llegado juntos hasta la lechería Birkholz.

Mi madre estaba deshecha en lágrimas pero al mismo tiempo fuera de sí, y después de llevar a Wolfgang delante de mi estricto padre, ambos le hicieron las más severas recriminaciones. Wolfgang empezó a contar de nuevo su gran día con ese matrimonio, el avión y los helados. Pero mi madre apenas le dejaba hablar. Al final se alteró tanto que llegó a amenazarle con encerrarle en la carbonera si volvía a tener lugar un acontecimiento similar. «Eso no me impresiona nada — replicó el niño de siete años con una tranquilidad digna de admiración—, detrás del tabique de madera están las llaves del agua y de la luz. Llego a ellas con facilidad y os corto todo». Mi madre confesó más tarde que tanta desfachatez la dejó sin habla. Aunque también se sintió un poco orgullosa. Sin embargo yo, que había seguido toda la escena desde detrás de la puerta entornada, estaba simplemente orgulloso.

Esto sucedió en 1932. Más o menos por la misma época hay otra imagen dramática que siempre aparece al agitar el caleidoscopio de mis recuerdos de infancia. Procede de los meses en que la guerra civil de la agonizante República de Weimar se extendió a las afueras de Berlín. Un día, nada más caer la noche, se oyeron unas fuertes pisadas subiendo la escalera y poco después aporrearon la puerta de la casa con impaciencia. Cuando salté de la cama y abrí, me encontré a mi padre con la chaqueta destrozada. Le rodeaba la cabeza una amplia venda de gasa reforzada con esparadrapo y sobre ella se dibujaba una mancha negra grande como un puño. Venía con dos acompañantes que le depositaron sobre el sofá y le dijeron algo así como: «¡Recobra pronto tus fuerzas, chico!». Y mientras yo todavía me asombraba del tono confidencial que empleaban esas dos personas con mi padre, éste murmuró unas palabras de agradecimiento, se levantó con sorprendente agilidad y desapareció en una de las habitaciones interiores sin percatarse de mi presencia. Sorprendentemente, mi madre no se enteró de estos primeros pasos. Después de irse los compañeros de la federación y de unos segundos de sobresalto, oí su exclamación «¡Dios, apiádate!», y luego salió corriendo hacia el teléfono para llamar a un médico. Más tarde nos enteramos de que una brigada de la liga de combatientes rojos había irrumpido en una asamblea del SPD con el jefe de la policía berlinesa Grzesinki y había apaleado a los miembros del Reichsbanner hasta que consiguieron disolver la asamblea.

Durante los meses siguientes, nuestra casa fue un constante ir y venir. Caras

desconocidas aparecían de repente y volvían a desaparecer sin saludar. Diferentes voces que iban desde la combatividad a la inquietud y la resignación salían del despacho de mi padre, todo ahumado por el tabaco. Para Wolfgang y para mí era muy enigmático todo lo que estaba ocurriendo. Se hablaba de luchas callejeras en la Nollendorfplatz y en Wedding, de conflictos sangrientos en lugares que nunca habíamos oído como Altona o Leipzig, y, cuando nos acostábamos, cada uno de estos acontecimientos nos proporcionaba historias horribles de revueltas, atropellos automovilísticos, niños perdidos y finalmente, dado que estas historias siempre van subiendo de tono, cabezas destrozadas o incluso cortadas. Aunque entendíamos muy poco de todo aquello, sí percibíamos la atmósfera enconada que se iba extendiendo no sólo por las calles sino también con cada visitante que llegaba a nuestra casa.

Llegados a este punto, tengo que hacer un inciso que puede ayudar a entender mejor las siguientes páginas. En ellas se habla a veces de la decadencia de la República de Weimar. Se trata solamente de recuerdos fragmentarios de un niño de seis a ocho años, que ha conservado algunas imágenes pobremente perfiladas que ha ido juntando al crecer. La mayor parte me lo han contado, como ocurre en toda familia. Y casi todo tenía un signo político. Sin embargo, hay que apuntar, aunque sólo sea someramente, lo que por entonces constituía el trasfondo de todas las vivencias, ya que con el paso de los años adquirió una importancia determinante.

Algo parecido ocurre con la figura de mi padre. También su imagen está recubierta de relatos familiares que se contaban por las noches en torno a la mesa y bajo la lámpara de pantallas de seda adornadas con borlones. Alto, con gafas y el pelo corto con su raya, proyectaba una sombra muy grande que a los niños nos infundía, a partes iguales, pavor y seguridad. Él concebía la vida como una sucesión de obligaciones que había que cumplir sin aspavientos, con fuertes convicciones y del mejor humor posible. Quizá por ello gozaba de una autoridad que nunca se puso en duda. Dentro de la familia se imponía también cada vez más esta imagen eminente frente a toda resistencia infantil, y más tarde adolescente.

También el carácter de mi madre, con sus dulces ojos que con frecuencia se abrían asombrados, se diferencia de la imagen que tengo en mi recuerdo. Por aquellos años, a pesar de los cinco hijos que había tenido y en mucha mayor medida de lo que yo percibía, era la clásica hija de familia: enamorada de los bellos sentimientos, con una gran familia como objetivo y como su aspiración en la vida, así como la certeza del derecho a la felicidad. «Lo tenía todo —comentaba más tarde—, y a veces pensaba que incluso tenía más de lo que merecía». Pero de repente se quebraron sus sueños y esperanzas, y, al contrario de lo que cualquiera habría esperado, mostró una firmeza que podía llegar incluso a la rudeza. Cuando miro para atrás me da la impresión de que cada uno de nosotros encontrábamos más comprensión y apoyo para los incontables contratiempos de la infancia en ella que en mi padre.

Si profundizo un poco más en las relaciones políticas y sus vinculaciones familiares, hay que decir que las calamidades de los últimos años de la década de

1920, sobre todo el irresistible ascenso de Hitler, habían crispado enormemente los nervios. Al mismo tiempo, y como suele ocurrir en periodos de crisis, aparecían por todas partes los más extraños profetas, doctores con ocultas recetas para salvar el mundo, predicadores de sectas y jardineros del edén, que, con los ojos en blanco, preconizaban que la humanidad estaba abocada al hundimiento. La única esperanza sería la llegada de un Führer que se pusiera al frente con decisión e impartiera nuevas consignas al mundo. Estaban al corriente de las obras más grotescas que se habían escrito en tiempos pasados, profecías de lo más peculiares que con frecuencia coincidían de manera asombrosa con sus chifladuras. Mi padre se puso a reunir bibliografía sobre este tema rápidamente.

La verdad es que le parecía sospechoso este extravagante pronóstico, que comía el terreno a la República. Si se tiene en cuenta su notoria debilidad tanto interior como exterior, el nuevo régimen aparecía, a los ojos de cada vez más gente, como sinónimo de vergüenza, deshonor y desesperación imperialista. Día a día, la gente se iba haciendo a la idea de que la Alemania romántica, profunda y espiritual había cometido con la República un acto de traición metafísica. La cultura alemana nunca apreció el paso que suponía hacia la superficial civilización de Occidente.

A esto hay que añadir que, junto con la gravedad de la crisis, apareció también la necesidad desenfrenada de diversiones económicas. «Por delante, las cocinas de caridad, y por detrás, charleston y peinados a lo *garçon*, la Jana y bailes en el teatro», gruñía mi padre. Los valores tradicionales que hasta entonces habían orientado la vida de la gente empezaban a desmoronarse a ojos vistas. Y muchos contribuían a esta obra de destrucción, envalentonados por las consignas de la época, que en conjunto apuntaban al precipicio y a la ruina: crepúsculo de la humanidad, tormenta de acero, apocalipsis o hundimiento de Occidente. «Los procesos de decadencia —decía un amigo de mis padres, el diputado centrista Richard Schönborn— empiezan siempre por el mundo de los conceptos». Un país y una sociedad que utilizan semejantes vocablos como palabras de última moda no pueden sobrevivir mucho tiempo.

Tal como comentaba mi padre con posterioridad, si se vinculaban estos síntomas con los decisivos acontecimientos que tuvieron lugar en esos años, un contemporáneo podía estar «en contra del espíritu de la época» más que en contra de las formaciones políticas radicales. Mucho tiempo después de la guerra se dio cuenta de que simplemente con este pensamiento ya estaba uno perdido. Su única compensación la encontró en el convencimiento de encontrarse en el lado correcto. A los que se hunden les gusta por lo menos tener la certeza de estar aliados con lo mejor.

La República de Weimar se fue a pique con el golpe prusiano de Papen del 20 de julio de 1932, decía mi padre con frecuencia, y en eso estaba de acuerdo el grupo de amigos políticos de los Risebrodt, Mielitz o Fechner. Una vez, cuando un jefe de sección del ministerio del Interior, que también militaba en el Reichsbanner, le pidió comprensión para el hecho de que se apartase de la Constitución, durante un

momento perdió el control, y casi fuera de sí replicó: «Ojalá la República tuviese enfrente a opositores tan fanáticos y pusilánimes como nosotros. Entonces sí que sobreviviría. Ahora todos saben que este Estado no está dispuesto a mantenerse frente a sus enemigos declarados». Suponía que muchos le replicarían que el derrotismo tampoco ayuda mucho. Pero él no era derrotista, sólo mantenía los ojos abiertos.

Así transcurrían las semanas en la eterna sinceridad de la niñez. Normalmente, el verano lo pasábamos en el jardín, y el invierno, con el trineo y las botas claveteadas en la cercana pradera o en las dunas colindantes, bajando «a plomo» por pendientes cada vez más empinadas, para preocupación de mi madre. Justo pegada a la estación estaba la pista de patinaje sobre hielo donde dimos nuestros primeros y tambaleantes pasos con los patines, nos caíamos, nos levantábamos para volver a tropezar, y por fin dábamos tres, luego diez, pasos seguidos hasta ser «más rápidos que una flecha». Cuando salíamos fuera, al principio nos dedicábamos a chutar el balón por las praderas de los alrededores de Karlshorst; después, un grupo de seis u ocho amigos formaba un equipo que en un primer momento jugaba contra los de otra calle, y poco después se enfrentaba a los de otro barrio. Las porterías se hacían con ramas. En la Hentigstrasse disputamos, empedrado arriba y abajo, campeonatos de balón prisionero bajo la implacable mirada arbitral de «polilla» Böhm. Y si alguien se quejaba alguna vez de que había recibido un balonazo demasiado fuerte, o de que había visto las estrellas, como en el caso de Helmut Sternekieker, del que hay que decir que realmente se apellidaba Sternekieker,^[3] entonces se le impedía jugar de uno a tres partidos.

Nuestro jardín estaba situado en la fachada posterior de la casa. Después de atravesar un pequeño patio vallado y un camino adornado con arriates de flores, se llegaba a un pasillo de unos treinta metros de largo a la sombra de los árboles. En el centro estaba la gran mesa del jardín, y hacia la derecha, a cierta distancia, una mesa de ping-pong con sus robustas patas. A la izquierda, como a unos cinco metros, se encontraba la barra fija de gimnasia, y detrás, a más distancia, el endeble cobertizo para herramientas que mi padre echó abajo en 1935, y que sustituyó con nuestra ayuda por un sencillo cenador hecho de tablones de madera. Delante estaba la pequeña piscina, que contaba con una pequeña fuente. Una vez di un arriesgado salto con los patines de hielo desde el caño del surtidor, me hice un agujero del tamaño de un *pfennig* junto a la comisura izquierda de los labios y perdí un diente. El resto del terreno estaba repartido entre macizos de flores y plantas aromáticas cuidadosamente separados por piedrecitas.

Cuando echo la vista atrás, se me aparece el jardín fabuloso con todas sus plantas; las rosas florecían durante todo el verano, los arbustos de bayas se cargaban de redondos frutos, al igual que los tres o cuatro frutales que se encontraban en el centro de ese sencillo esplendor. Un día otoñal, durante mi séptimo año de vida, mi padre nos dijo que cada uno teníamos nuestras obligaciones y que no nos podíamos sustraer a ellas. Wolfgang tenía que cuidar los rosales y mantener la tierra suelta y húmeda, yo

iba a ser el responsable de las matas de fresas recién cosechadas. «Me lo podías haber dicho antes —creo que respondí—; por este año ya no queda fresa alguna. Todas están comidas». No obstante, él me replicó que el éxito siempre empezaba por el principio.

El 30 de enero de 1933 lo recuerdo solamente por lo que me contaron más tarde en el entorno familiar, pero el espanto que se percibió en mi casa durante días o incluso semanas se me ha quedado incrustado en la conciencia. Como más tarde supe, mi padre había abandonado de inmediato el despacho escolar cuando le llegó la noticia del nombramiento de Hitler como canciller del Reich, y se había marchado a una reunión en el centro de la ciudad. No regresó hasta medianoche, y estuvo hablando con mi madre hasta primeras horas de la mañana. Él no se hacía ninguna de esas ilusiones de las que eran víctimas tantas cabezas con amplia experiencia política: que Hitler iba a recobrar el juicio, que tendría cierto éxito o que fracasaría como el charlatán que realmente era.

En cambio, sí se me quedó grabado para siempre el 28 de febrero. Ese día, mi padre bajó a mediodía al jardín, donde Wolfgang y yo jugábamos al ping-pong. «Nos vamos a la ciudad», nos dijo. El requerimiento sonó tan serio como conspirador, y ya de camino a la estación intentamos averiguar a qué se debía este viaje tan intempestivo. Pero mi padre permanecía lacónico, y sólo cuando ya nos habíamos sentado en el «vagón para el ganado», el compartimento de tercera clase, que estaba vacío, empezó a hablar de unas ruinas reducidas a ceniza que íbamos a ver. Le preguntamos si el fuego se había extinguido ya, si los bomberos habían venido, si se verían muertos, y cosas por el estilo. Mi padre no dijo nada. Sin embargo, en la estación de Ostkreuz nos indicó que llamáramos poco la atención cuando subieron los primeros pasajeros. Y más tarde coincidimos en que durante ese viaje había hablado de cosas de las que no llegamos a entender ni una palabra.

Sin embargo, para nuestro desencanto, no fuimos al edificio quemado del Reichstag, cuya importancia había intentado explicarnos mi padre en la escalera de la estación de Bellevue. Más tarde dijo que yo había escuchado sus explicaciones con mucha atención, pero que claramente no había entendido ni una palabra. Pero esto no era importante para él. Lo que había pretendido sobre todo era hacernos captar «la gravedad del momento».

En lugar de bajarnos del tren y dirigirnos al Reichstag, cuyos escombros todavía desprendían unas pálidas columnas de humo, recorrimos varias veces la curva que describe el tren entre la Friedrichstrasse y Bellevue, y yo observaba con mucha más atención el rostro serio de mi padre que las hileras de casas que desfilaban por la ventanilla del tren. En repetidas ocasiones le oí pronunciar la ominosa palabra «guerra», sin que yo comprendiera absolutamente nada. Cuando, años después, le pregunté si con esa advertencia quería prevenir sobre la Segunda Guerra Mundial que estallaría en 1939, mi padre lo negó sonriendo: no, él no había tenido una visión tan a largo plazo. Se había referido más bien a la guerra civil que pensaba que se iba a

desatar. Por aquel entonces creía que la quema del Reichstag era la señal evidente de la hora del ajuste de cuentas con los opositores de ayer, que mientras tanto habían quedado indefensos. Y también había confiado en que la quema hubiera desencadenado en el último momento el levantamiento al que se habría visto impulsado de manera firme pero inútil junto con otros miembros de la dirección del Reichsbanner.

De hecho, los tiranos, ahora en posesión de todos los medios de represión del Estado, desencadenaron un nuevo tipo de guerra civil el mismo 28 de febrero. También mi padre se vio en dificultades. Un mes después de la quema del Reichstag se acumulaban los indicios de que el régimen le consideraba sospechoso de realizar - actividades hostiles al Estado». En el curso de los días siguientes le llamaron, primero al colegio y más tarde al ministerio, para preguntarle por sus opiniones sobre el gobierno. No había suavizado ninguna de sus palabras, nos aseguró a su regreso, no veía motivo alguno para modificar su crítica sobre todo el «lote». Mi madre, que durante todo el tiempo que escuchaba a mi padre había permanecido tapándose la cara con las manos, al terminar se puso de pie y dijo con un desacostumbrado tono de reproche: «Ya sabes que yo siempre te he apoyado en todo lo que tú considerabas correcto. Eso sigue igual. Pero ¿has pensado en serio en los niños y en lo que tu terquedad puede significar para ellos?». Ante el silencio de mi padre, ella abandonó la habitación sin decir nada.

El desenlace llegó pocos días después. El 20 de abril de 1933 llamaron a mi padre al ayuntamiento de Lichtenberg, y el «comisario del Estado para la salvaguarda de los asuntos del burgomaestre de distrito» Volz le informó de que quedaba despedido con electo inmediato de su puesto en la administración pública. A la pregunta de qué es lo que tenían contra él, el jefe administrativo le respondió con un tono cuartelero: «A su debido tiempo se le notificará». Pero él era un funcionario, objetó mi padre, y Volz le replicó: «Eso se lo cuenta usted a nuestro Führer. Le impresionará mucho». Y después añadió en tono sarcástico: «Considere la suspensión como un regalo. Con ello le da al Führer una pequeña alegría. Pues, como usted sabrá, hoy celebra su cumpleaños». Mi padre le dijo que él no asistiría personalmente, y Volz replicó provocador: «Puede usted ir. Incluso le ruego que lo haga. ¡Heil Hitler!».

Cuando se dirigía hacia la salida, de repente mi padre se sintió como un extraño en el edificio con el que tan familiarizado estaba. Lo mismo le ocurría con los funcionarios, a muchos de los cuales conocía desde hacía años y que de repente miraban hacia un punto lejano que, evidentemente, no encontraban. Desde ahí se dirigió al colegio, donde le sucedió lo mismo, e incluso parecía que en su despacho ya habían cambiado los armarios e incluso los sellos oficiales. El primero que le salió al encuentro fue su colega Markwitz, que era obvio que estaba al corriente:

«Hombre, Fest —dijo después de unas palabras de información—, ¿era necesario que ocurriera esto?»; y cuando mi padre le respondió: «Sí, tenía que ser así», Markwitz replicó: «Vamos, no me diga usted esas cosas. ¡Ya hace tiempo aprendí que

no hay que ser tonto!».

El 22 de abril, justo dos semanas después de la aprobación del decreto para la restauración del funcionariado de carrera, convocaron de nuevo a mi padre. El jefe del negociado, sentado en el lugar del alcalde y sin ofrecer asiento al visitante, le comunicó otra vez de manera oficial, leyendo un texto preparado previamente, que quedaba relevado de la dirección de la escuela n° 20 y apartado del servicio hasta nueva orden. Como motivo de esa suspensión le alegaron su destacada pertenencia al partido del centro y al Reichsbanner, así como su «lenguaje claramente despectivo hacia el Führer» y otros nacionalsocialistas de alto rango, en particular contra el «mártir del movimiento» Horst Wessel. Con todos estos antecedentes, no ofrecía garantía alguna de, como dicta el decreto, defender «en todo momento e incondicionalmente el Estado nacional». «¿Es consciente de que esto es una violación de la ley?», preguntó mi padre, pero Volz le contestó que él no podía discutir cuestiones jurídicas con el primero que se encontrara por la calle. «¡Porque desde ahora ya no es usted más que eso, señor Fest: ya no es el colega Fest!». Mientras pronunciaba estas rudas palabras seguía hojeando papeles personales, y en un momento dado se le cayó una hoja de papel al suelo, seguro que no de forma involuntaria según mi padre, y los gestos malhumorados y autoritarios del hombre daban a entender que esperaba que el visitante le recogiera el papel del suelo. Mi padre, sin embargo, permaneció tranquilo «de pie en su sitio», como contómás tarde; en ningún momento se le pasó por la cabeza arrodillarse delante del alcalde comisionado, tal como éste deseaba.

El comisario político prosiguió en un tono considerablemente más duro, diciéndole a mi padre que con esa suspensión inmediata estaba obligado a traspasar «con todas las de la ley» la dirección del colegio en el plazo máximo de dos días a su sucesor en el cargo, Markwitz. Los detalles se le comunicarían por escrito. Con un movimiento a medio camino entre quien despide y quien ahuyenta, el alcalde comisionado había añadido que al afectado le estaba prohibido desempeñar cualquier actividad profesional. Todo transcurría como un plan trazado, decía mi padre cuando empezó a contarnos todo el proceso.

Al principio, los niños no nos dimos demasiada cuenta de lo que eso suponía, a pesar de que, como le señalé a Wolfgang sin entenderlo, hacía realidad la pesadilla de todo niño: un padre maestro que está todo el día en casa. En cualquier caso, la alteración de la irregularidad de la vida infantil motivada por la simple presencia de mi padre supuso un punto de inflexión y, según lo veía yo, un entorno fastidiosamente serio. Cuando poco tiempo después yo me encaminé al colegio con la cartera, la pizarra y la esponja bamboleándose, él se quedó junto a mi madre, en contra de lo que solía ser habitual, y después de la despedida me pasó la cartera de color chillón. Además, según transcurría el tiempo, solicitaba información sobre cuestiones hasta entonces ignoradas: deberes escolares, amigos, diversiones. También sobre respuestas impertinentes dadas a cualquier vecino y que yo ya había olvidado, y

una vez sobre una ventana rota.

A finales de abril nos dejó nuestra niñera Franziska, la persona a la que más queríamos después de nuestra madre. Mi hermano pequeño, Winfried, llegó a pedirle su mano para evitar que se marchara, después de que la mayor de nuestras dos hermanas, Hannih, se hubiera mostrado dispuesta a ser dama de honor, y la ayudante del párroco, la señorita Schieb, hubiera puesto a su disposición la pequeña capilla lateral de la iglesia. También la asistenta dejó de venir a los pocos días. En un principio, mi padre, contando con los futuros hijos que esperaba tener, había comprado las dos viviendas contiguas, de manera que el segundo piso lo ocupábamos sólo nosotros. Ahora tenía que renunciar a los dos pisos contiguos. Vinieron los albañiles y los separaron con tabiques. De ahora en adelante ya no íbamos a tener un cuarto de juegos ni el corredor infantil con los cuatro dormitorios individuales. En lugar de eso, los tres chicos dormíamos en una de las habitaciones más grandes, en la que, junto a las tres camas, había dos estanterías y un escritorio cerca del balcón. A mis hermanas les adjudicaron la habitación que había ocupado nuestra niñera Franziska.

El nuevo cuarto tenía una ventaja. Estaba pegado al salón, y allí recibían a las visitas o se quedaban mis padres por las noches conversando. Si pegábamos bien la oreja a la pared, podíamos oír cualquier palabra que se dijera en la habitación de al lado. Por supuesto, mucha política. Sin embargo, nos tuvo mucho más preocupados el hecho de que la pequeña Lena, la del indecible apellido polaco, que vivía en la colonia detrás del hipódromo, no volviera a casa durante tres noches. Por entonces tenía solamente catorce años, como decía mi madre, y estaba considerada en todas partes como la «muñeca» más bonita. «¡Precisamente!», objetó mi padre con sequedad. Pero mi madre ya se había encontrado con el siempre indiscreto Rudi Hardegen, que hacía poco se había dado importancia con la «inadmisible» afirmación de que había que apalea a «las esposas» una vez al día, y así todos los matrimonios serían felices. Poco después nos enteramos de que el señor Patzek, que vivía unas casas más abajo y tenía ya seis hijos, se había, como quien dice, disculpado con mi padre porque su mujer estaba embarazada por séptima vez; él no podía ocultar que ya tenía cincuenta años a sus espaldas, decía. No resultaba conveniente que los demás percibieran su lascivia, por consideración a su querida Magda. Nosotros estábamos en los comienzos de la pubertad, y con esta historia nos dimos codazos, tanto que me caí contra la pared y oímos decir a mi madre: «¿Qué ha sido eso?». Como empujados por un resorte nos tapamos con las almohadas, y cuando mi madre miró en la habitación vio a unos roncadores sumidos en un supuestamente profundo sueño.

Semejante comadreo nos atraía y divertía mucho más que todas las preocupaciones domésticas, toda la política y todas las disputas en el vecindario. En algún momento del verano se recibió la notificación que convertía la suspensión de mi padre en destitución, ya que no daba muestras de mejorar sus opiniones. Como fecha para su separación del servicio público se citaba el 1 de octubre de 1933, tal

como preveía el decreto. La administración le concedía, por decisión graciosa de la autoridad, una pensión que ni siquiera llegaba a los doscientos marcos, así como el subsidio por hijos. Suponía la caída en la *Povertät*, como se decía en Berlín, y aunque mi madre siempre estuvo muy preocupada por ello, hizo todo lo posible para que nosotros apenas lo notáramos. De problemas de dinero estaba prohibido hablar. En cuanto alguno infringía la norma, gritaba su nombre regañándole. A veces incluso intentaba ver el lado positivo de las circunstancias. «Esta situación tiene una ventaja —nos apuntaba—, nunca os convertiréis en niños mimados».

Pero, naturalmente, las comidas se volvieron más humildes. Ya no había juguetes, y Wolfgang no llegó a tener su flecha de plata teledirigida de Märklin ni yo el balón de fútbol que hubiera costado 3,75 marcos, lo que jamás he olvidado. En cuanto al tren eléctrico, carecíamos de barreras, puentes, agujas, y para poder seguir avanzando hacíamos colinas con papel maché y las dotábamos de casas, iglesias y torres hechas por nosotros. Por Navidades, Wolfgang recibió, en lugar del coche de carreras Märklin, una chaqueta; yo, unos pantalones que parecían de cuero, y ambos las humildes medias marrones largas, que a nosotros nos resultaban «femeninas» y que cada vez que salíamos de casa nos enrollábamos hasta dejarlas cortas, como calcetines. Cuando mi padre me vio defraudado, dijo en tono consolador: «¡Ya nos irá mejor! ¡En cualquier momento!». Mi madre permanecía en silencio antes las aflicciones infantiles que le exponíamos, y en todo caso apretaba los labios. Una noche, cuando ya estábamos en la cama, Wolfgang comentó que mi madre tenía ojos de haber llorado; él entendía de eso.

Sin embargo, poco a poco la rutina borró la sensación de desgarro. Por las tardes, en cuanto el tiempo lo permitía, la familia se reunía en torno a la mesa del jardín, y con frecuencia solían venir amigos, daba igual si vivían cerca que lejos, como los Lensche, los Schónborn o Hans Hausdorf, con su paté y sus chistes, los Körner y otros. Algunas veces el gordo hijo de la señora Dölle se asomaba a la ventana de la planta baja simulando hacer ejercicio, mientras que del primer piso oíamos a la señora Bikking, que contaba más de setenta años, cantar con voz vibrante de anciana su canción preferida: *Steht ein Soldat am Wolgastrand...* (Estaba un soldado a la orilla del Volga...), o *Gib dem Marmor ein fühlendes Herz...* (Ofrécele al mármol un corazón sensible...), y siempre, después de tres o cuatro números, el modulado y lastimoso *Lang, lang ist's her* (Hace mucho, mucho tiempo). Desde hacía años vivía sola con un viejo gato, y nos reprochaba que apreciáramos a los animales sólo como «comida de domingo», «preferiblemente con lombarda y abundante salsa». Cuando nos regañaba a los niños porque hacíamos mucho ruido, se retorció sus huesudas manos y soltaba un sonido gutural rabioso que parecía que se le rompía el cuello. Como siempre, también venían las tropas de la SA por la calle Marksburg entonando sus cantos de combate: *Als die goldene Abendsonne* (Como el dorado sol crepuscular) o *Es zittern die morschen Knochen* (Tiemblan los huesos podridos), y cada pieza era interrumpida con un «*Deutschland erwache*» (Alemania, despierta) chillado hacia las

ventanas.

Durante algún tiempo te encontrabas por todas partes patrullas uniformadas, aunque no hubiera ni disturbios callejeros ni peleas en locales. En su lugar, se secuestraba a los enemigos más o menos declarados del régimen, y no pocas veces se los apaleaba hasta morir. Muchos de los detenidos sin motivo alguno eran llevados a los llamados centros de detención salvajes, que generalmente habían montado la SA en sótanos apartados. Una imagen que recuerdo de aquellos meses es la de un borracho que en las cercanías de la estación de Karlshorst se había plantado delante de mis padres y de mí, y con voz ronca y el brazo levantado y muy estirado había gritado: «¡Heil Hitler!». Curiosamente, en mi recuerdo oigo lejanos gritos de ayuda, pero no sabría decir qué los provocó ni de dónde venían. Quizá fueran un eco del miedo que nos embargaba, a pesar de no saber lo que estaba ocurriendo, y que enturbiaba el ambiente.

Había motivos más que suficientes para tener miedo: simplemente los hombres que aparecían de vez en cuando con sus chaquetones de cuero con cinturón y entraban en la casa sin ser invitados, y que con el saludo hitleriano ya esparcían por la casa una atmósfera amenazante. Sin decir una palabra se encerraban con mi padre en su despacho, mientras mi madre, con cara aterrada, junto unto al rincón del ropero. Cuando nos sentábamos a la mesa, se mencionaban nombres de amigos que de repente habían desaparecido, en tanto que otros desaparecían de las conversaciones porque ya no eran amigos. Se siguió manteniendo una estrecha relación con diez o doce miembros del Reichsbanner, así como con Hubertus zu Löwenstein, que más tarde causó algún escándalo en la posguerra, y que una noche, mientras estábamos cenando, llamó sumamente alterado para pedir consejo a mi padre: la SA estaba armando jaleo delante de la puerta de su casa. «¿Oye usted el escándalo?», preguntó, y también que qué debía hacer. ¿Quizá abrir la puerta? «¡No!», gritó mi padre tan fuerte que enmudecimos horrorizados. «¡Bajo ninguna circunstancia! ¡No les deje entrar!

¡Salga por la escalera de incendios! ¡Solamente la escalera de incendios, si es que hay una en su casa!». Löwenstein no abrió la puerta y escapó de los esbirros; poco después huyó de Berlín, y más tarde siguió la senda aventurera de Estados Unidos.

En un principio, las innumerables violaciones de los derechos por parte de los nuevos gobernantes causaban una cierta intranquilidad. Sin embargo, dentro de las cosas incomprensibles de esos meses está el convencimiento de mi padre de que todo eso, es decir, que semejantes crímenes políticos sucedieran como si fueran lo más natural del mundo, iba a acabar. Aun cuando yo captara poco de todo lo que ocurría a nuestro alrededor, mi padre no contestaba a mis preguntas: sobre eso no entendía nada, me decía, en dos o tres años te lo explicaré. Wolfgang, a quien siempre terminaba volviéndome, me explicaba con mucho secretismo que se trataba de temas políticos. Según cuenta la familia, yo, que por entonces tenía siete años, le contesté: «¡Pero yo también soy político!».

Tal como llegué a ver más tarde, muchas de las preocupaciones giraban en torno a abusos por parte del Estado y lo poco que la gente se molestaba por ello. Para satisfacción de mis padres, en nuestra casa solamente vivía un partidario de Hitler, el señor Schimmelpfennig, pero su mujer le dijo un día a mi padre «en confianza», que no debía tomarse a su marido en serio. Esto de los nazis era simplemente «algo absurdo», opinaba ella, y entre risas añadía que años atrás, cuando le dio el sí a su marido, muy a su pesar se lo tomó tontamente en serio.

Sin embargo, incluso algunos inquilinos que rechazaban el régimen se expresaban de manera tranquilizadora. «¿Y qué quiere usted?», preguntaba el señor Deecke, de la planta baja, el padre de la bonita Trautchen: «¡Usted exagera!»; todo el mundo se daba cuenta de que las cosas iban cada día mejor. Así hablaba la señora Dölle, a la que le gustaba presumir de portera y no perdía ocasión de alardear del barrigudo de su hijo, siempre dispuesto a hacer cochinadas. Por su parte, el señor Patzeck, cuya mujer había fallecido, hablaba con su voz profunda y franca y decía que se trataba simplemente de un «jolgorio» de los nazis que no amenazaba a Occidente; con este tipo de indulgencia se era cómplice de la «cuadrilla hitleriana». Y el señor Leopold, de un ministerio cualquiera y conocido por su duro cinismo, opinaba que la finalidad de la dictadura nazi, haciendo abstracción de las habituales enfermedades infantiles, era la restricción de la libertad de opinión. Esto no le «dolía ni en la nalga izquierda», afirmaba. Sencillamente, había que escuchar las tonterías que decía la famosa «gente de la calle»; de eso sí que había que dar las gracias a los nuevos gobernantes, de que pusieran fin a las deplorables «habladurías políticas». Mi padre solía responder a tales objeciones, tal como nos contó más tarde, que en modo alguno se trataba de los parados. Ni siquiera de la libertad de opinión. En realidad, cada cual buscaba una justificación para hacer la vista gorda ante los delitos que había por todas partes.

Muy pronto, una creciente indiferencia empezó a extenderse incluso entre los que se oponían claramente a Hitler. En buena parte podía atribuirse al vocabulario minimizador que empleaba el régimen. Mi padre había sido «dado de baja», como decían; otros habían sido jubilados «provisionalmente»; a las detenciones las llamaban «arrestos de seguridad», ¿qué es lo que había de horrible en todo esto? A finales de 1933 mi padre se fue un día a pasear con su amigo del SPD Max Fechner por los pinares de Erkner, a los que iba por motivos de seguridad cuando quería mantener conversaciones sobre temas políticos. «Nos dejaremos gobernar por patanes durante una temporada —dijo Fechner—, no durarán mucho». Mi padre se mostró contrario a esta opinión, y llamó la atención sobre la «ignominia» de la toma del poder. Las organizaciones republicanas se contaban por millones, pero no habían sabido organizar una huelga general. Por el contrario, en pocos días se habían disuelto sin oponer resistencia al nuevo gobierno, y en los desfiles se habían colocado tranquilamente bajo las banderas de los nazis. Ahora, todos encontraban nuevos motivos para simpatizar.

Cuando regresó del paseo por el bosque, mi padre nos contó que luego se había

producido una larga discusión. Fechner había señalado que la zorrería de los nazis les había estropeado todo el esquema: él y sus amigos habían contado siempre con un golpe de Estado, del que habrían derivado otras actuaciones. Pero el golpe de Estado no se había producido, y el hecho de que Hitler hubiera llegado al poder por un camino más o menos legal les «había herido en lo más profundo». La dirección de su partido no podía olvidar que la ley estaba en contra de ellos. En consecuencia, él había prohibido toda forma de resistencia. Según me contó Max Fechner después de la guerra durante una visita a mis padres, mi padre le contestó que ya lo entendía: como buenos alemanes, la ley les parecía más importante que el derecho.

Karlshorst había ido evolucionando y se había convertido en algo así como un nido provinciano en el que cada uno conocía las aficiones, los vicios, los tics y las vanidades de todo el mundo. También sus aventuras amorosas, las pequeñas crisis matrimoniales o las notas escolares de los niños. Y desde la primavera de 1933 también se sabía en quién se podía confiar y con quién había que estar precavido. Un funcionario del número 12 de repente se afeitó la cabeza y andaba con el uniforme del Cuerpo Motorizado Nacionalsocialista (Nationalsozialistische Kraftfahrerkorps, NSKK) no solamente cuando tenía servicio de ruta; el tío de los recién casados de Eckhaus era un personaje importante dentro del partido, y cada dos domingos aparecía con su uniforme pardo; Harry Kehl, con quien jugábamos al fútbol en la calle, había ascendido a dirigente juvenil y, para convencer a todos de lo importante que era, llevaba siempre el cordón rojo y blanco, incluso sobre su traje de marinero. Una vez le oí en la calle gritar hacia las paredes de las casas la «letanía» de las HJ (Juventudes Hitlerianas): «Du Volk aus der Tiefe / Du Volk in der Nacht / vergiss nicht das Feuer / bleib' auf der Wacht»;^[4] y algún tiempo después, Lissy, un poco mayor que nosotros y que vivía en la calle paralela a la nuestra, despedía a mi hermano en la puerta de su casa diciéndole que allí solamente entraría quien hubiera leído *Mi lucha*.

Sin embargo, la mayoría era «gente decente», como se suele decir. Por aquella época apenas se producían denuncias. En cualquier caso, nunca nos sentimos excluidos, y, por otro lado, nuestra ropa remendada una docena de veces nos permitía callejear por los barrios más humildes, mientras que en los barrios acomodados estábamos en casa. Los amigos que tenía del colegio también procedían de hogares «de confianza», Gerd Schülke, Clemens Comer o Ursel Hanschmann, del piso de abajo y cuyo padre era funcionario de la universidad. Nos habíamos puesto en contacto cuando el señor Hanschmann se negó a que le descontaran del sueldo la cuota para entrar en el partido. La relación llegó tan lejos que los Hanschmann se quedaban con las llaves de nuestra casa cuando nuestros padres salían por las noches a visitar a sus amigos, y se granjearon nuestras simpatías, porque no les decían nada de los alborotos que montábamos en esas noches.

Todo esto, tan típico de la infancia, reforzaba la impresión de que seguíamos inmersos en la rutina. Continuábamos jugando a balón prisionero en la arboleda de la

Hentigstrasse, coleccionábamos cromos de arte, bellezas del cine y jugadores de fútbol, hacíamos competiciones a ver quién conseguía el mayor número de flexiones en la barra fija del jardín y tomábamos el pelo al gordito Dölle. Cuando el camión del reparto de leche de Bimmelbolle venía traqueteando por la calle, le pedíamos al conductor un trozo de hielo o, a veces, lo cogíamos en un momento en que nadie nos veía. «¡Vosotros ratead!», nos gritaba el «gordito Dölle». «¡Vosotros vivís de los desconocidos!», y, por lo visto, una vez le respondí que cómo era que tenía tanta grasa en la tripa, si es que se la había pegado su madre con cola.

Por las noches, cuando ya nos habíamos metido en la cama, mi padre nos contaba historias de su época escolar y de sus años jóvenes en Neumark, cómo iba con Frettchen a cazar conejos o cómo una vez, en invierno, se cayó en el hielo del lago Packlitz cuando iba a pescar carpas. También nos leía leyendas heroicas de Suabia, y también recuerdo cuentos de Grimm y de Hauff: *Los seis cisnes*, *El enano narizotas*, *La mano cortada* o *El corazón frío*, y cómo estimulaban nuestra fantasía hasta llegar a soñar con caballeros y princesas, con brujas y duendes. Las siguientes en la lista fueron las historias de Héctor y Aquiles, así como las aventuras de Ulises, cuyas huellas, como opinaba mi padre, todavía se pueden encontrar hoy en Sicilia: por ejemplo, él había visto en el agua, en Siracusa, los fragmentos de roca que el tuerto Polifemo tiró a Ulises y a sus compañeros.

Las lecturas y las «historias contadas», como decíamos nosotros, pasaron muy pronto a ser lo mejor de cada noche, y la progresión se efectuó paso a paso. Cuando tuvimos uno o dos años más, mi padre nos leyó partes de Johann Peter Hebel, después una edición infantil de *Los viajes de Gulliver* de Swift; más tarde, algo de Wildenbruch o de Christian Morgenstern. Y así año tras año, hasta llegar a las novelas de Heinrich von Kleist o hasta Ricarda Huch, cuyas historias, al menos en lo que yo entonces conocí, transcurrían por lo general en la Italia del Renacimiento. Quizá por eso nos las leyó tanto mi padre, pues Italia era su país preferido, e inconscientemente se convirtió también en el nuestro. Sin embargo, la historia más impresionante de la gran escritora se titulaba *El último verano* y transcurría en la Rusia prerrevolucionaria de 1906. Todavía hoy me quedo sin aliento cuando pienso en el final de la obra: cómo la máquina de escribir vuela literalmente por los aires en mitad de una palabra, y tanto la escena como la historia terminan bruscamente.

Naturalmente, teníamos muchas preguntas que hacer respecto a todo lo que nos leía, pero antes de que mi padre empezara a contestar, apagaba la luz de la pequeña lamparita, y estas horas hablando a media luz o en la oscuridad han permanecido ligadas en mí, durante años, al concepto de hogar. Por último, decíamos nuestras oraciones nocturnas y ya no se podía hablar más. De la calle nos llegaba solamente el silencio del barrio, el eco de unos pasos que se acercaban, se confundían con algunas voces al pasar delante de casa y después desaparecían en la oscuridad entre frases de despedida de algunos clientes de la taberna de la esquina. Muy pronto descubrí que Wolfgang continuaba leyendo bajo la colcha con una linterna, siempre iba un paso

por delante. Cuando yo leía *Mozart, camino de Praga* él estaba con *El caso Maurizius*. Años después, cuando yo le hablé de Stefan Zweig, sonrió y comentó que lo que había que hacer era leer a Nietzsche.

A pesar de que los días transcurrían más o menos tranquilos, en ocasiones se percibía algo similar a un crujido en el armazón de la sociedad, que indicaba la sobrecarga de los pilares. Desde finales de 1934, unos meses después del llamado *Putsch* de Röhm, a consecuencia del cual Hitler se alzó como autócrata, los gobernantes empezaron a interferir claramente en la vida cotidiana. Seis meses antes ya le habían rechazado a mi padre dos solicitudes de reemplazo. Poco después le contaron en su grupo de amigos que en los colegios se había implantado la asignatura «Ciencia de las razas» y que se iba a realizar el primer simulacro bélico de defensa antiaérea. En sus reuniones mensuales también le informaron sobre la inminente prohibición de la *Neudeutschland*, el ala católica del movimiento juvenil, y muy pronto se acabaron los «fuegos de campamento» que, donde nosotros vivíamos, montábamos a la caída de la noche en cualquier claro del bosque; mientras que las juventudes hitlerianas se incautaron sin mucho ruido de las canciones de grupo, como si ahora fuesen de su propiedad.

Ese verano llamaron de nuevo a mi padre para que fuera al ayuntamiento de Lichtenberg. Un funcionario de ventanilla le explicó por encima de la barrera, y con voz tan alta como para que lo escuchara la media docena de personas que estaba esperando, que tenía orden de recordarle que la prohibición de trabajar que pesaba sobre él era muy amplia. La oficina había tenido conocimiento de que recibía alumnos para darles clases particulares. Con esto, le comunicaba «por última vez — y, al contarnos el episodio, mi padre imitaba las mismas pausas ya premeditadas que había hecho el funcionario con voz cortante— que... también... tenía prohibido... impartir... clases particulares».

A lo largo del otoño mi abuelo, ya septuagenario, se reincorporó al mundo laboral. La mayor parte de su vida había sido una persona acomodada, hasta que los empréstitos de guerra le quitaron la mitad de sus bienes y las devaluaciones de los años siguientes se llevaron por delante el resto. Cobraba una jubilación, pero la propia necesidad y, sobre todo, el deseo de ayudar a mis padres en la difícil situación en que se encontraban, le decidieron a volver a la vida activa. Aunque él no tenía experiencia profesional como gerente de una sociedad privada, el Köpenicker Bank, en consideración únicamente a su prestigio, le propuso trabajar para ellos después de que realizara un breve cursillo de aprendizaje. Y así, a los pocos meses empezó a desempeñar un trabajo diario como gerente de la sucursal del banco en Karlshorst, actividad que hasta entonces le había resultado desconocida.

De ese año que acababa todavía queda por relatar un suceso de gran trascendencia que nunca he conseguido olvidar, y que ya no sé hasta qué punto debía haberme esperado. El caso es que no me esperaba que tía Dolly, después de muchas insinuaciones enigmáticas que yo trataba en vano de relacionar, me llevase por

primera vez a la ópera. Hacía ya semanas que quería hablar conmigo, y para «nuestra gran noche» exigió un cuello limpio y zapatos relucientes. Además, insistió en que leyese el libreto, y quince días antes de la representación ya me preguntaba por escenas y arias. Todavía hoy le estoy agradecido por haber escogido, para la entrada en el mundo de los cuentos musicales de un niño que todavía no tenía nueve años, *La flauta mágica* de Mozart. A pesar de mis esfuerzos con la lectura y de las explicaciones de tía Dolly, yo apenas entendía una palabra del sentido de todo, de la orden de sacerdocio de Sarastro, de la reina de la noche o de las pruebas del agua o del fuego, y solamente entendía a Papageno, aun cuando nadie pudiera decirme por qué Papagena aparece tanto rato como si fuera una vieja bruja y sólo aparece como joven encantadora hacia el final de la obra, a raíz de la música mágica de Papageno. En toda mi vida no he logrado desprenderme de esa música. «¡Y te lo ruego otra vez: no berlinees!», me sermoneó tía Dolly al acceder al teatro; las salas de teatro eran «recintos sagrados», y yo debería saber qué significaba eso de los «recintos sagrados». Estaba solamente en el vestíbulo del Rose-Theater, si no recuerdo mal el lugar.

En su conjunto, la representación resultó una experiencia fascinante, e incluso llegué a preguntar si no podríamos ir a verla otra vez al día siguiente. Tía Dolly se rió. Pero cuando se percató del éxito que había tenido con su invitación, cinco semanas más tarde fuimos a ver *Zar und Zimmermann* (Zar y carpintero), de Lortzing, después *El rapto* en una casa consistorial, y más tarde *Der Wildschütz* (El cazador furtivo). Después de algunas otras representaciones, la última que aplaudimos, poco antes de mi salida de Berlín, fue *Las bodas de Fígaro*, así como su antecedente textual y continuación musical, como ella decía, *El barbero de Sevilla*. Esa temprana asistencia a la ópera con esa tía mía «aficionada a lo elevado» despertó mi afición a todo tipo de música, y la ha hecho perdurable.

A comienzos de 1936, Wolfgang y yo oímos, a través de nuestro puesto de escucha de la pared, una de las escasas desavenencias entre mis padres. La discusión ya se venía anunciando por el ambiente un tanto extraño que había impregnado el día. Mi madre fue quien la inició claramente al recordar con un par de frases todo lo que les había ocurrido desde hacía tres años, tanto en el aspecto político como en el personal. Pero ella no había soñado con un futuro semejante. Se pasaba de la mañana a la noche delante de cazuelas, pucheros o tablas de lavar la ropa, y cuando el día llegaba a su fin tenía que ponerse con la ropa rota de los niños, que ya había sido remendada unas cinco veces. Y luego, tras una pausa insegura, le preguntó si no quería volver a plantearse su incorporación al partido. En el transcurso del año habían venido dos veces los señores de la administración de escuelas para sugerirle que se diera por vencido, y durante la última visita incluso habían dejado entrever un inminente ascenso. Ella ya no podía más..., y para enmarcar el final de su alegato, añadió un sencillo «¡Por favor!» después de un largo silencio.

Mi padre respondió casi con demasiada elocuencia, pero al mismo tiempo reveló

lo inquieto que le tenía esta situación desde hacía tiempo. Dijo algo sobre los cambios a los que se habían visto obligados, como mucha otra gente. Sobre la rutina que, después de unos difíciles comienzos, proporcionaba cierta serenidad. Sobre la conciencia y la confianza en Dios. Y también que él mismo, mis hermanos y yo podríamos ayuda: la un poco con los trabajos de la casa, y cosas por el estilo. Pero mi madre se empeñaba en recibir una respuesta, y llamaba la atención sobre el hecho de que la incorporación a un partido no cambiaba nada: «Al final, seguimos siendo los que somos». Sin pensarlo mucho, mi padre contestó: «¡Pues sucede que no! ¡Todo cambiaría!».

Mi madre quedó desconcertada durante un momento. Y después replicó que ya sabía ella que lo del partido era un engaño de cara a «los de arriba», ¡y eso seguirá siendo, un engaño! Mil mentiras incluso, en caso necesario. No tenía ninguna duda. Naturalmente, la decisión implicaría hipocresía. Pero ella estaba preparada para eso. La mentira había sido siempre el medio que tenía la gente humilde para enfrentarse a los poderosos; no tenía ningún otro sentido. ¡La vida que ella llevaba era tan decepcionante! Ahora era mi padre el sorprendido. En todo caso, él únicamente añadió: «Nosotros no somos gente humilde. ¡No en esas cuestiones!».

Nosotros pegamos bien las orejas a la pared de la habitación para no perdernos ni una palabra. Sin embargo, nunca pudimos averiguar qué sucedía en las largas pausas, bajo los carraspeos, cuando echaban leña a la estufa y entre los sollozos aislados, si es que eso era lo que nosotros percibíamos. Mi madre todavía dijo algo más sobre los reproches de muchos amigos, según los cuales él era demasiado intransigente, al pensar sólo en unos principios. Pero mi padre replicó que él no podía colaborar con los nazis, que no les podía dar ni un solo dedo. Así era exactamente. Aunque eso frustrara las expectativas que ella tuviera para su vida. Esto les sucede a casi todos, que sus sueños se quedan atascados. De nuevo se produjo una pausa, hasta que mi madre respondió:

«Los sueños no están en peligro. ¡Yo no me refiero a eso! ¡Hace tiempo que se hicieron pedazos!

¡No te engañes con eso!». Los dos sabían que nada cambiaría a lo largo de su vida. Ya no se librarían de Hitler. Y ya al final, después de una nueva pausa indefinible: «Simplemente, resulta muy difícil tener esto en cuenta cada día».

Años después de acabar la guerra, le pregunté un día a mi madre por esta discusión y se acordó de inmediato. En aquel entonces había meditado largamente cada palabra, para poder reunir más valor, como si supiera cuál iba a ser la respuesta y que mi padre tenía razón; durante algún tiempo tuvo que tragar con ello. Los diez años que llevaban casados habían transcurrido hasta entonces sin alteraciones. Luego, de un día para otro, todo se volvió oscuro. Por entonces estaba entrando en la treintena. La polémica que he comentado fue sólo el comienzo de una nueva fase en su existencia sobre este mundo. Después de dejar atrás sus queridos años jóvenes con el internado, el piano y los poemas de Eichendorff, así como sus primeros años de

casada, había tenido que aprender que la vida carece de consideración, por así decirlo, y que de repente todo se trastoca. Esto había supuesto una catástrofe para su cabeza de jovencita. Incluso pensó que su vida se iba a arruinar. «Pero nos mantuvimos —dijo, tras una pausa que yo no interrumpí—, aunque todavía hoy no sé cómo pudimos».

Ese día de febrero, Wolfgang y yo nos dimos cuenta por primera vez de que entre mis padres existía una discrepancia de opiniones muy seria. Era una fría noche de invierno, el balcón de nuestra habitación tenía nieve y en los marcos de la ventana había capas de hielo. Hasta que no cesó la conversación y nos bajamos de la mesa no notamos lo helados que estábamos. Wolfgang me metió con él en su cama para que entrara en calor, y finalmente dijo: «¡Ojalá vaya todo bien!». Yo repuse que hasta entonces todo había ido bien, ¿por qué iba a cambiar ahora?

Cuando ya me encontraba en mi cama, mis padres entraron en la habitación para vernos. Musitaron algunas cosas que no entendimos. Después de que salieran de la habitación, le dije a Wolfgang que yo tenía razón. Y él, en tono exageradamente dubitativo, o al menos eso me pareció, me respondió: «Quizá».

CAPÍTULO 3

AUNQUE TODOS PARTICIPEN...

Una tarde de comienzos de 1936, mientras ensayábamos nuevos saltos en la pista de hielo del jardín, mi padre nos llamó a Wolfgang y a mí a su despacho. El inusual tono que utilizó me hizo plantearle la impertinente pregunta: «¿Qué ocurre? ¿Qué se quema esta vez?». Visiblemente enojado, mi padre nos indicó que nos sentáramos. Al principio nos habló de la recién terminada casita del jardín. Había decidido habilitar en la parte delantera un pequeño espacio, una especie de «celda» con un escritorio, libros y bebidas, y hacer en la parte posterior varios pequeños establos. Pero a mitad de la frase se interrumpió, no nos había llamado para eso.

Tenía que hablar con nosotros sobre un tema, empezó a decir, que le había dado mucho que pensar en los últimos meses. El motivo eran las repetidas diferencias con nuestra madre, que se mostraba muy preocupada y apenas podía conciliar el sueño. Sin duda, ella lo tenía más difícil que cualquier otro miembro de la familia y, además, se tomaba todo más en serio que él. Por supuesto, él sabía que con la llegada de los nazis al poder ella consideraba que su vida, al menos de momento, estaba rota. Quizá él tenía mayor confianza en Dios, quizá sólo fuera más irreflexivo, aunque la expresión «cabeza loca de húsar» con la que tía Dolly, con su desbordante alegría, se refería a él resultaba totalmente inapropiada.^[5] Él sabía cuál era su responsabilidad. Pero también tenía principios que no permitía que nadie pusiera en tela de juicio. Ni siquiera la «banda de criminales» que estaba en el poder.

Repitió la expresión «banda de criminales», y si hubiéramos sido algo mayores seguramente habríamos notado el desgarró con que lo decía. Había hablado, continuó diciendo, con nuestra madre, y habían llegado a un acuerdo, si bien con cierta dificultad. A partir de entonces se servirían dos «cenas»: una temprano para los tres más pequeños y otra tan pronto como éstos se hubieran ido a la cama. Nosotros pertenecíamos al segundo turno. El motivo de esta división era muy simple: él necesitaba tener un espacio en este mundo en el que poder hablar abiertamente y soltar todo el asco que sentía. De lo contrario, la vida no tendría ningún valor. Al menos para él. Delante de los pequeños tenía que refrenarse, al igual que hacía al entrar en cualquier tienda, ante el más ridículo empleado de taquilla o desde hacía ya dos arios —por ley— al recoger a sus hijos del colegio. No lo soportaba, y finalizó con las siguientes palabras: «Un Estado que convierte todo en una mentira no debe entrar en nuestra casa. Al menos en el seno de mi familia no quiero estar sometido a la tan extendida costumbre de mentir». Eso sonaba, naturalmente, algo

grandilocuente. En realidad, sólo quería mantenernos a nosotros al margen de la hipocresía establecida por decreto.

Respiró profundamente, como si se hubiera liberado de un gran peso, y dio un par de paseos entre la ventana y la mesa. Con ello, continuó diciendo, nos convertía, por así decirlo, en adultos. Ello conllevaba la obligación de ser extremadamente cautos. Los labios finos, apretados, eran el símbolo de ese Estado: «¡Pensad siempre en ello!». Nada de lo que habláramos entre nosotros relacionado con la política debía compartirse con nadie más. Cualquiera con el que intercambiáramos un par de palabras podía ser un nazi, un traidor o sencillamente un imprudente. En una dictadura la desconfianza no sólo era una obligación, sino casi una virtud.

E igualmente importante era, prosiguió, no sufrir nunca por el aislamiento que va unido de manera inevitable a la oposición a la opinión de la calle. Para ello quería citarnos una frase en latín que no deberíamos olvidar nunca; lo mejor sería escribirla, luego fijarla a fuego en nuestra memoria, por así decirlo, y después tirar el papel escrito. A él la frase le había servido de ayuda en varias ocasiones y le había evitado tomar alguna que otra decisión errónea. Y casi nunca se había equivocado cuando había seguido exclusivamente su propio juicio. Nos dio un papel a cada uno y nos dictó: «Etiam si omnes, ego non!». Era de Mateo, nos explicó, de la «escena del monte de los Olivos». Cuando vio lo que yo había escrito, se echó a reír. Ponía, si mal no recuerdo, algo así como: «Essi omniss, ergono». Mi padre me pasó la mano por la cabeza y dijo, consolándome: «¡No te preocupes! ¡Ya lo aprenderás!». Mi hermano, que ya iba al instituto, había escrito la frase correctamente.

Así transcurrió aproximadamente una hora en el despacho. Las palabras de mi padre, aunque las he recordado después con frecuencia, no son literales, como se puede comprender. Al volver a nuestra habitación, Wolfgang me repitió, con toda la arrogancia del hermano mayor, que ya éramos adultos, y que esperaba que yo supiera lo que eso significaba. Yo asentí con fuerza, aunque no tenía la menor idea de a qué se refería. Luego añadió que todos juntos formábamos un grupo unido. Orgulloso, me dio un golpe en el pecho: «¡Nosotros contra el mundo!». Yo volví a asentir sin entender lo que significaba estar contra el mundo. Sólo me sentía distinguido de un modo indeterminado por mi padre, con quien en los últimos tiempos discutíamos cada vez más a menudo por cualquier motivo sin importancia. También interpreté como una distinción el gesto de reconocimiento que desde entonces nos hacía con la cabeza de vez en cuando. Esa noche, después de dar las buenas noches a nuestros padres, mi madre entró de nuevo en nuestra habitación, se sentó durante unos minutos en la cama de Wolfgang y luego en la mía. «Yo sólo digo cosas alegres, y si no, prefiero callar», nos había dicho en cierta ocasión citando una regla de conducta de Liebenthal. Ahora la estaba cumpliendo. Pero parecía atormentada.

Durante las semanas siguientes, para mí fue una aventura pensar en ello, feliz, antes de dormirme. ¡Quién tenía la posibilidad de realizar con su padre una empresa tan arriesgada! Estaba decidido a no defraudarle. A lo mejor mi felicidad también

tenía que ver con el hecho de que de vez en cuando volvía a aparecer en mí el infantil sentimiento de indefensión frente a los padres; pero no todo era impotencia, y en conjunto me sentía en una situación privilegiada. Y la confianza en los demás, otra de las ideas de aquella tarde, no es un regalo que pasa de mano en mano, sino una compensación poco habitual que el de enfrente debe ganarse.

Sólo con los años fui consciente del horror de aquella situación, en la que estar en alerta permanente era una especie de ley tanto para los padres como para los hijos, la desconfianza una norma de supervivencia, y el aislamiento una necesidad, donde una simple torpeza infantil podía conducir a la muerte o a la ruina. Cuando, unos quince años después, recordé a mi padre sus palabras de aquella tarde, en su gesto se apreció de nuevo la pena que le había invadido entonces. Luego se serenó y respondió que en aquel momento había sido absolutamente consciente del riesgo al que se había expuesto a sí mismo y a su familia. Quizá había ido demasiado lejos. Pero había confiado en que todo saldría bien. Y, en efecto, la arriesgada empresa había terminado bien. En cualquier caso, ni nosotros ni nuestro hermano pequeño Winfred, que se sumó a la cena del segundo turno, le pusimos nunca en apuros. Y, tal como él había deseado, ninguno de nosotros había olvidado la máxima que, según recordaba, nos había transmitido entonces. De hecho, la bella sentencia en latín formaba parte de toda vida verdaderamente libre: «¡Aunque todos participen, yo no!».

Pero, por lo demás, todo seguía como siempre. Las pequeñas peleas entre los cinco niños, las grandes reconciliaciones. En primavera florecieron los lilos, y cuando llovía, las grandes flores violetas y blancas se inclinaban casi hasta el suelo. El ciruelo que crecía ante la ventana de Deecke se llenó de jugosos frutos oscuros y, como cada tres meses, mi madre se puso su vestido azul oscuro con el cuello claro y el collar de perlas que mi padre le había regalado por su boda y se dirigió al Club Liebenthal, donde se ponía al tanto de las últimas «historias de porteras», como decíamos nosotros burlándonos, de la alta sociedad: los problemas educativos, las frustradas historias de amor de las hijas y a veces, con disimulado asombro, de algún embarazo anterior a la boda.

A comienzos del verano de 1936 mi padre y yo construimos un palomar en el tejado de nuestra casita del jardín. Cuando estuvo terminado, mi padre me dijo que, en reconocimiento, me eximía de la recogida de bayas y, en su lugar, me encomendaba la tarea, más esforzada pero mucho más instructiva, de cuidar las palomas: darles de comer, abastecerlas de agua, limpiar el palomar. Me dio un librito azul claro con el título *Todo sobre las palomas. Para principiantes y expertos*, y a los pocos días yo ya podía distinguir las variedades: las palomas buchonas, con su mecánico movimiento de cabeza; las palomas domésticas, que cuando volaban hacia el cielo se dejaban caer súbitamente y mantenían la caída como si cumplieran una orden; las orondas palomas reales; o las palomas mensajeras, a las que pronto me llevé conmigo cuando salía con mis amigos para enviarlas de regreso, provistas de pequeños mensajes, a la Hentigstrasse, dirección «Ventana de la cocina». Luego los

atardeceres, cuando se callaba el ávido parloteo de los gorriones y en nuestro dormitorio se acababa la conversación, mientras fuera, subiendo desde el jardín, sólo se percibía el perezoso ruido de las gallinas y, a cierta distancia, el traqueteo de un tren al pasar. El día se desvanecía poco a poco, sólo ocasionalmente se oía una voz o, ya casi al amanecer, el timbre de una bicicleta.

La bella regularidad de los días se alteró en el otoño del año 1936. Entonces cada vez más vecinos y conocidos comenzaron a colaborar con el poder no sólo formalmente, sino cada vez más convencidos. Al menos en Karlshorst, donde empezó el gran cambio de posiciones. Quizá habría que atribuir ese cambio, opinó mi padre durante una de nuestras cenas, a los muchos favores que el régimen concedía a esas personas. El señor Patzek nos comunicó feliz que por primera vez había podido escuchar, por un precio razonable, a Willi Domgraf-Fassbänder o a Elly Ney y asistir a la representación de *Fausto* en el teatro, naturalmente también había visto *Nora* de Ibsen y una ópera dirigida por Arthur Rother. Cuando se decía que el ascenso de Hitler al poder era la historia de su menosprecio, había que añadir, nos hizo saber mi padre, que habría que hablar más bien de la historia del «apaciguamiento del pueblo» por Hitler. Ésta dio paso luego a la eficazmente escenificada historia de su aclamación.

No sólo se le aclamaba en nuestro país, sino también en el extranjero, lo que quizá resultó más desolador. Toda una serie de serviciales delegaciones de combatientes franceses, de periodistas o funcionarios pusieron Europa a los pies del dictador alemán. A ellos se unieron los sindicatos, que mostraban su reconocimiento a la política social de Hitler, y otro impulso fueron los juegos olímpicos que se organizaron como una gran fiesta de reconciliación. A ello había que añadir los numerosos adornos seudorrnánticos del mundo moderno, decía mi padre, que en el decorado nacionalsocialista ya no se componían de las orquestas de jazz, la arquitectura modernista y el cubismo, sino del folclore, las trenzas en el pelo y el arte de los viejos maestros. El que no se dejaba impresionar por todo eso decía convencido que colaboraba para «evitar algo peor». En realidad, ninguno de los que así hablaba había evitado nada peor, sino que había proporcionado reconocimiento al régimen y, con ello, había promovido el «mal».

Las adhesiones que el régimen conseguía de este modo se percibían también en la vida diaria. El trato siempre amable en la tienda de comestibles Busch ahora brillaba por su ausencia en cuanto mi padre entraba por la puerta, y antiguos conocidos se cobijaban en un portal cuando él se acercaba, o se cambiaban de acera. En nuestras cenas los llamábamos los «peatones del otro lado de la calle». El señor Henschel, cuyo jardín era colindante con el nuestro, se asomaba ahora al balcón con el uniforme negro de las SS en lugar de lucir el de la SA; con los puños apoyados en las orondas grasas de sus caderas gritaba con una especie de voz de mando que también los «jovenzuelos Fest» tenían prohibido alborotar; cuando la mayor de mis dos hermanas colgó una guirnalda de farolillos por su cumpleaños, él llamó a la policía para que

acabara con tal «desorden». No le molestaba sólo el «jugueteo» de la luz, sino también el peligro de incendio. Otros avisaban al vigilante cuando les metíamos a sus hijos «polvos pica-pica» por el jersey o conseguíamos con engaños que nos dieran sus caramelos para lanzarlos con el tirachinas contra los gorrones o las farolas de la calle. La agradable señora Köhler, que vivía un par de casas más allá, le dijo a mi madre que el señor Fest era padre de «unos pequeños malhechores», y no lo decía con mala intención. Pero daría cuenta de un robo reciente, aunque sólo se tratara de tres manzanas que habían caído al suelo. En cualquier caso, el partido supo enseguida con quién se las tenía que ver y, en consecuencia, puso a mi padre de patitas en la calle.

Eran infamias que hasta entonces no se habían producido y que dejaban claro que en el tranquilo mundo del barrio, en el que siempre había habido desacuerdos personales o familiares, había irrumpido algo nuevo. Era angustioso contemplar cómo la estructura social siempre estable de Karlshorst se descomponía en poco tiempo. De repente surgieron enemistades que, aunque generalmente tenían un fundamento ideológico, no reflejaban más que la envidia, la maldad o la bajeza natural.

Mi padre observaba estos cambios con consternación. Cuando más tarde le pregunté qué era lo que más le había molestado, me dijo que el «vacío» abierto a su alrededor y el «muro de silencio» que se había levantado en torno a su persona y que la gente apartara la vista a su paso. Eso le había afectado más de lo que podía imaginar. En cambio, las malas acciones de aquellos que de pronto llevaban uniforme y tenían poder no le habían resultado inesperadas; a éstos ya los había visto venir, y más bien se había sorprendido de que muchos se comportaran de un modo más correcto de lo que cabía suponer. Pero al final siempre habían salido a la luz instintos malvados, como los de la siempre amable señora Köhler. Habría renunciado con agrado a la satisfacción de haber acertado en su desconfianza ante la humanidad. En cierta ocasión se le escapó, durante un ataque de rabia, que tenía continuas «gananas de vomitar». Pero muy poca gente vomitaba con él.

Sólo encontraba un cierto equilibrio en la tertulia de conocidos y amigos, que cada vez se hallaban más unidos. Sus once miembros se reunían cada cuatro semanas en locales apartados que habían pertenecido al antiguo Reichsbanner. Entre ellos se encontraban el antiguo alcalde Paul Mielitz, Max Fechner —quien a finales de los años cuarenta, tras la asamblea general del Partido de las Manos Unidas, fue nombrado ministro de Justicia de la República Democrática Alemana—, algunos miembros del consejo escolar y directores de escuela que en su mayoría se habían quedado sin trabajo, así como el antiguo presidente del SPD del gran Berlín, Franz Künstler, que había pasado los primeros veinte meses del dominio nacionalsocialista en el campo de de Oranienburg y más tarde había sido liberado. En cualquier caso, nunca contó nada sobre sus experiencias en el campo. No debía hacerlo, contestaba cuando le preguntaban, porque había firmado un «pacto de silencio», y sus reuniones

le convertían en sospechoso. «Con nuestro silencio encubrimos los campos de concentración», aducía mi padre alterado. Al comenzar la guerra, Künstler fue declarado apto para el servicio y, con ello, condenado a muerte. Mi padre solía decir que sus honras fúnebres en el otoño de 1942, a las que asistieron casi dos mil personas, constituyeron la última manifestación de masas contra el poder de Hitler. A las primeras reuniones acudía con regularidad el último «director provincial» del Reichsbanner, Arthur Neidhardt, y eventualmente asistían también Heinrich Krone, que luego sería ministro federal, y otros amigos de tiempos pasados.

De esos encuentros mi padre siempre traía historias de apuros, detenciones o tragedias familiares, y algunas las mantenía tan en secreto que ni siquiera las contaba en nuestras cenas. Por eso, después de esas reuniones de amigos, Wolfgang y yo escuchábamos con atención. En alguna que otra ocasión, según nos enteramos, el grupo había ayudado a los perseguidos a conseguir papeles o algo de dinero. Mi padre nos contaba también los últimos datos, obtenidos de forma indirecta, del número de presos políticos: al comenzar la guerra eran, si mal no recuerdo, más de doscientos mil. En los primeros meses de la era de Hitler los amigos intercambiaron también informaciones sobre los sótanos donde llevaba a cabo sus torturas la SA, que a partir de 1934 pasaron a estar bajo el mando de las SS. Se decía que las gentes de Himmler actuaban de un modo mucho más frío y burocrático que la anterior SA: en lugar de «ir por ahí asesinando», habían descubierto la «muerte administrativa», oímos comentar a nuestro padre en diversas ocasiones, lo que nos provocó una fuerte impresión, si bien ni siquiera Wolfgang podía explicar lo que era. Se refirió también a un renombrado jurista que decía que el Estado constitucional era un invento de judíos y comunistas. La valoración sobre el despreciable papel de Papen era unánime, pues en su afán de notoriedad se había postrado docenas de veces a los pies del dictador. Decía que él iba a domesticar a Hitler. Riesebrodt le llamaba el «domador que se arrastra ante el león».

Pero en nuestras cenas se trataban en general temas de la vida cotidiana; quizá, pensé más tarde, mi madre había conseguido que mi padre se contuviera. Se hablaba de las diferencias con Rudi Hardegen, de la solemne presentación del nuevo párroco o, lo que sin duda fue el punto de discusión más divertido, del nombre que debíamos poner a los polluelos recién salidos del cascarón. Wolfgang y yo éramos incansables inventándonos palabras y poníamos nombres de lo más rebuscados a todos nuestros animales: un gallo especialmente presumido era «Chulo del corral»; su tímido hermano, «Mimosa del rincón»; una joven gallina que siempre chapoteaba, «Captagotas»; y otra, para bochorno de mi madre, «Hombrieriega», porque en todo momento se dejaba cubrir por cualquier compañero del corral. De cuando en cuando Wolfgang y yo buscábamos temas de conversación para evitar que nos preguntaran por la composición de la semana anterior o que nos obligaran a disculparnos ante la señora Weyen por el último alboroto que habíamos organizado. Al final mi padre nos ofrecía breves y agudas frases de su inagotable repertorio, como «pasados tempi

passati» o, con referencia a la pobreza de ideas de una persona, «seguro que ése no ha inventado el plato sopero».

Ésos fueron los momentos de más alegre convivencia, que podían cambiar en cualquier momento. Durante mucho tiempo se me consideró un muchacho difícil de domar, y mis padres tenían que escuchar casi a diario las quejas de amigos y vecinos. Durante años me recordaron mis actuaciones impropiedades. Una de esas historias decía que, en cierta ocasión, le destruí a mi padre su cámara fotográfica, ya algo vieja, después de que él tuviera ciertas dificultades con ella; otras veces se hablaba de cuando, a los seis años, metí un conejito en la jaula de los pájaros y lo saqué para que viera mundo, y así otras muchas historias más. Mi hermana pequeña Christa, que tenía tres años en mi época más desenfadada, contaba hasta bien entrada en años cómo cada día tenía que pegarse a los pantalones de mi padre para escapar a mis castigos. En cualquier caso, no se libró de docenas de collejas. Pero, por otro lado, si no había una reprimenda, no estaba satisfecho; sólo una paliza, o al menos una regañina, restablecía de nuevo el orden.

Sin embargo, los peores enfados se daban cuando yo quería decir la última palabra frente a mis padres. En una ocasión se me escapó en la mesa que la señora Vaupel, que se contaba entre los más íntimos amigos de mis padres, era una «cabra loca». Cuando mi padre replicó enojado que no quería volver a escuchar nada parecido una sola vez más, yo le dije sin titubear que la señora Vaupel era «una cabra loca, una cabra loca». Él me indicó enojado que me acababa de prohibir que dijese tal impertinencia; yo le respondí que él había dicho que no quería que lo dijera una sola vez más, y que por eso lo había dicho dos veces y había cumplido su deseo. Mi padre cambió de tema sacudiendo la cabeza, pero pude ver cómo mi madre se reía disimuladamente mientras abandonaba el comedor poco después.

A veces mi padre hablaba también sobre temas políticos, o mejor dicho: sobre temas ya casi históricos, que eran por los que se habían organizado en realidad esas cenas. Tras lanzarnos una mirada inquisitiva, hablaba del dificultoso establecimiento de la República o de su larga agonía, de sentencias judiciales irritantemente injustas, de los sótanos de la casa Columbia donde la SA llevaba a cabo sus torturas o de muchos otros lugares. En cierta ocasión dijo algo que no he podido olvidar jamás, que Papen y Kaas eran unos traidores y la dirección del SPD, una banda de cobardes.

«Cuando fundamos nuestro grupo de vanguardia Negro Rojo-Oro, nuestro lema era: "¡República Alemana, todos nosotros juramos: la última gota de nuestra sangre te pertenece a ti!" ¿Pero qué hemos hecho? Hemos dado nuestro arsenal a los nazis».

En otra ocasión mencionó un conflicto con el doctor Goldschmidt, un abogado ligado a él desde hacía años y a quien en 1935, tras la aprobación de las leyes de Núremberg, había pedido que abandonara el país lo antes posible. Pero el doctor Goldschmidt, que, como patriota que era, siempre se había sentido obligado a beber sólo vino tinto alemán, en lugar de los infinitamente mejores vinos franceses, y a comprar exclusivamente comida, trajes o zapatos alemanes, era un fanático. Según él,

Alemania era un Estado de derecho y eso estaba también en la sangre de las personas. Su familia había encontrado una acogida casi libre de prejuicios ya en el siglo XVIII «bajo Federico Guillermo», primero en Teltow, luego en Berlín, y vivía allí desde hacía seis generaciones. Por supuesto, habían surgido desavenencias, pero sus antepasados habían sobrevivido a todo. No había que dejarse arrastrar por el pánico.

Había conflictos más prolongados. Pero ni el doctor Goldschmidt ni otros conocidos judíos como David Jallowitz o el doctor Meyer se mostraron razonables. A la mayoría de ellos sólo los vi en visitas ocasionales. Predominaba el tipo de rostro ascético, inteligente y con ese sorprendente ingenio que a mi padre tanto le gustaba. Al recordar a algunos de aquellos amigos judíos, me dijo después de la guerra, se daba cuenta de que, por su autodisciplina, su callada corrección y su valentía ajena a todo sentimentalismo, habían sido realmente los últimos prusianos, y que, en cualquier caso, había encontrado su modelo de prusiano entre los judíos berlineses, por lo general muy cultivados, con mayor frecuencia que en cualquier otro sitio.

Sólo tenían, prosiguió en cierta oportunidad, un único defecto que era fatal para ellos: al guiarse predominantemente por la cabeza, en la tolerante Prusia habían perdido el instinto que les había permitido evitar el peligro a lo largo de los tiempos. Al igual que el doctor Goldschmidt, también otros aducían los más variados motivos para permanecer en Alemania. Casi todos aseguraban que sus familias siempre habían tenido una «idea nacional», hablaban de principios o distinciones familiares en el curso de la guerra mundial en Verdún o en el Chemin des Dames, en Ypres y en el frente del Mame. Muchos de ellos decían que no querían dejarse contagiar por la histeria general, y un comerciante de Spittelmarkt al que mi padre conocía de los tiempos de Weimar le aseguró que uno de sus tíos abuelos había donado importantes sumas a la emperatriz Augusta Victoria, la Benefactora de la Iglesia, para su templo capricho, como decían los berlineses. El argumento más paradójico lo escuchó mi padre de labios de Harry Hirschberg, secretario de un bufete de abogados, que le dijo que los nazis habían empezado a expulsar a los judíos del país. Por eso mi padre no debía convertirse en cómplice y convencerle de que huyera. De este modo sería, sin quererlo, un «ayudante» de los criminales. Y con mirada recriminatoria añadió que eso era, como sabía cualquier persona medianamente versada en leyes, un delito.

Casi nadie, según decía, había tomado sus recomendaciones en serio, y de los que conocía más de cerca sólo lo habían hecho los Rosenthal y el hijo mayor del señor Lausen. En cualquier caso, creía que Aby Lausen no había emigrado a Inglaterra por sus advertencias frente a los nazis, sino siguiendo a su gran amor, que se había marchado al poco de llegar los nazis al poder. Otro argumento que presentaba también con frecuencia era que, tras las campañas difamatorias de los Stócker, Fritsch y otros, ¿quién huía por unos simples gamberros? Wolfgang preguntó que de quién se trataba, y hablando llegamos desde el *Manual de la cuestión judía*, pasando por la abundante literatura antisemita, hasta la idea de la *Volksgemeinschaft* (comunidad nacional).

Mi padre, según dijo en cierta ocasión, carecía de cualquier orgullo social, sus propios orígenes se lo habían impedido. Pero la idea de comunidad nacional, que tenía apasionados defensores tanto en la izquierda como en la derecha, siempre le había parecido absolutamente ofensiva. Nunca estaría de acuerdo con Henschel, el hombre de las SS que vivía enfrente, con el dirigente comunista Teddy Thälmann o incluso con Franz von Papen. En otra ocasión nos habló de la guerra, del amor a la patria o de lo que significaba el «seno de Abraham». Wolfgang y yo encontrábamos estas enseñanzas no menos interesantes que los partidos de fútbol del Oberschönweide SC, a los que acudíamos con frecuencia, y a veces seguíamos hablando de ellas en la cama... hasta que un día fue ya demasiado para mi padre, que se preparaba al menos brevemente muchas de sus charlas. Así, nos propuso mantener debates: sobre el mejor libro que habíamos leído, sobre la diferencia entre la orden de los benedictinos y la de los jesuitas, sobre el origen de algunas expresiones propias de Berlín, la historia de Schwanenwerder o muchos otros temas.

Durante el verano la familia viajaba dos fines de semana «al oeste», con lo que generalmente se hacía referencia a Potsdam, o la Arcadia prusiana, como mi padre decía sin ese tono que más tarde yo, a pesar de su ceño fruncido y cuando entendí la idea de Hans Hausdorf, un amigo de mis padres, denominé «inocente ironía prusiana». Le gustaba todo de la idílica ciudad imperial, desde la «fanfarronada» de Federico, el Palacio Nuevo, hasta el barrio holandés, cuyos alrededores solíamos visitar. Pero lo que más le atraía eran los modestos «lugares añorados», el palacio Glienicke, el Belvedere en Pfingstberg o las construcciones italianas de Persius que se encontraban por todo Potsdam.

Y sobre todo, la Heilandskirche o Iglesia del Salvador en Sacrow. Cuando nos acercábamos al Campanile por los sinuosos caminos de la orilla, hablábamos inevitablemente del oscuro *Ratzenloch* o «nido de ratas» que conocíamos a través de la obra de Fontane *Wanderungen* (Caminatas). Mi padre consideraba muy afortunada la combinación de sencillez, de los primeros tiempos del cristianismo, y espíritu prusiano conseguida en la construcción, y decía que ningún otro sitio expresaba con tanta claridad que el mundo prusiano no se compone sólo de cuero, golpes de bastón y reglamento. También se podía representar de un modo relajado e incluso amable siempre que el tosco sentido de lo «prusiano» se ennobleciera adecuadamente.

Nunca he olvidado la observación que mi padre hizo más tarde, poco antes de mi marcha de Berlín, de que el paisaje de la Marca de Brandeburgo en los alrededores de Berlín tiene, en todas las direcciones, la misma sencillez melancólica. Pero los gobernantes prusianos, enamorados del arte, habían construido alrededor de Potsdam aquí una iglesia, allí un pequeño templo, incluso una mezquita y otras cosas más, entre pantanos, arena y pinos. Y, donde eso había ocurrido, el simple «entorno» se ha convertido en un «paisaje» como por arte de magia. Una Arcadia. Para él eso era, como le gustaba decir con su temperamento de maestro de escuela, una especie de prueba de que en todo momento, a pesar de los avatares de la historia, Prusia supo

buscar el bienestar de sus súbditos no sólo mediante conquistas, sino también de un modo filantrópico. Y de Sanssouci le oí decir en uno de nuestros últimos viajes al oeste, quizá reflejando unas palabras de Federico el Grande, que la historia de Prusia había sido en último término, a pesar de las objeciones no injustificadas, un «rendezvous con la gloria».

Jamás se cansaba de contemplar los efectos luminosos de la Iglesia del Salvador con sus ladrillos vidriados de tonos rosa y azulado. Por eso a veces se enfadaba cuando nosotros no mostrábamos mucho interés por ella y encontrábamos más divertidas las ranas que saltaban del camino al agua cuando nos aproximábamos o los cangrejos que en ocasiones sacábamos del agua a manos llenas. Desde Sacrow se podía ver la Casa de la Máquina de Vapor o el Castillo de Babelsberg, de Schinkel, a través de los «campos de luz», decía mi padre: cubiertos por un manto desgarrado de rayos de sol. Eran intentos llenos de inseguridad estilística por ocultar a la vista el modernismo que ya se anunciaba con sus frías y feas formas.

Otras excursiones que recuerdo nos llevaron hasta Neuruppin, la «ciudad genial» de la Marca de Brandeburgo, como mi padre la llamaba con ironía porque Schinkel y Fontane procedían de este «nido siempre pobre». O al Gransee de la reina Luisa y a Stechlin, donde esperábamos inútilmente para ver cómo las fuentes lanzaban al aire sus chorros de agua; a Rheinsberg, con el Obelisco de la Amistad, y a Lehnin. En cualquier punto de la linde arenosa del bosque, ante los esbeltos pinos alineados, se extendía el mantel y se abría la cesta del *picnic*. Por lo general había sardinas ahumadas de Kiel, compradas en el mercado a un marco la caja de madera pequeña, o la «buena banana alemana de Camerún», procedente de una de las antiguas colonias, que se vendía desecada y envasada igualmente en cajas de madera al mismo precio. Además había pan cortado en gruesas rebanadas, y de postre, una manzana. A mí la mezcla me parecía indescriptible y durante años me ha sorprendido que la hiciera mi delicada madre.

En una ocasión el doctor Knessel nos llevó a Potsdam en su nuevo Horch, porque quería enseñar el automóvil a mis padres. Le acompañaba su bonita hija Sophie, unos dos años mayor que yo, que en opinión de mi madre era demasiado «coqueta» y que se mostró disconforme con que Wolfgang se sentara en la plaza del acompañante junto a su padre, pues todos sabíamos que había puesto los ojos en él. En la larga carretera hasta el puente de Glienicke, mientras los mayores hablaban sobre la magia del palacio de mármol, hacía muecas por puro aburrimiento. Cuando estábamos llegando a la ciudad, de pronto se sentó en mis rodillas e hizo ademán de besarme; cuando los adultos le dijeron que parara de inmediato, simplemente se apartó riéndose. Durante el viaje de vuelta, yo, para tomarme la revancha, me senté en sus rodillas, pero ella no se apartó, sino que me abrazó y comenzó a besuquearme de un modo que a mí me pareció apasionado. Tras varias advertencias inútiles, el doctor Knessel detuvo el coche al borde de la carretera, abrió la puerta y dijo con severidad: «¡Sophie, tengo que llamarte al orden!». Pero la niña no se apuraba tan fácilmente.

«El desorden que yo causo —replicó con un tono más bien ingenuo— es el mismo que vosotros provocabais esta mañana en vuestro dormitorio». Tosiendo ligeramente, el doctor Knessel se sentó de nuevo al volante. «Tú y yo tenemos que hablar», reprendió a su hija. Por supuesto, mi padre tenía previsto hacer lo mismo conmigo.

Los reproches que tuve que oír al llegar a casa fueron más suaves de lo que esperaba. Mi padre recapituló las fechorías de los últimos tiempos y me dijo que cada vez era más «grosero». Luego salieron a relucir acciones de tiempos pasados, como cuando me llevé el gato de Deecke en la cartera del colegio y lo solté detrás del hipódromo para ver si encontraba el camino de vuelta a casa tan bien como nuestras palomas mensajeras. Asimismo, de vez en cuando gritaba por las ventanas descarados versos compuestos junto a mis amigos Ecki y Hoppi Scholz. ¿Pensaba seguir así? Hoy, para colmo, me había sentado en las rodillas de Sophie... Yo le interrumpí con toda la rabia de la mala conciencia por los reproches anteriores: «¡Hoy tenía que ser! ¡Lo que ha hecho Sophie no se puede consentir! ¡Yo al menos, no! ¡Alguien le tenía que enseñar a Sophie que eso se tenía que acabar!». Cuando terminé mi justificación y ¡ni padre, después de un breve intercambio de palabras, se quedó mirándome de mal humor, mi madre se sentó de repente junto a mí en el sofá. «¡Tienes razón, hijo mío!», dijo, y luego añadió dirigiéndose a mi padre: «¡No te tomes todo tan en serio!

¡Los niños de su edad riñen de vez en cuando! Además, ha empezado Sophie. No hay que sentarse en las rodillas de ningún extraño». Desde entonces en nuestro círculo familiar el incidente se llamó «la historia de la disputa sobre las rodillas».

Esas excursiones al oeste las solíamos hacer los domingos para, como decía mi madre, escapar del fisgoneo de Fengler, el vigilante del bloque. Tenía la impresión de que sentía una especial predilección por vigilar nuestra casa, para ver si tenía en el fuego el «puchero de domingo» mensual, tal como estaba establecido desde la denominada toma de poder. Ella le odiaba a él y a su forma de hablar sobre el gasto que suponía la búsqueda de tanto sospechoso, pues él tenía que hacer también de recaudador y cobrar en cada visita de control dos marcos cincuenta en concepto de ayuda de invierno. Cuando, en cierta ocasión, mi madre se armó de valor y durante la «prueba del puchero» le reprochó que pusiera gran empeño en la tarea por la que tanto se quejaba, replicó que él hacía cualquier tarea con «aplicación incondicional». Ella no dijo nada más, pero ya tenía un motivo más para odiar a ese «hombre pequeño con un gran delator dentro», como dijo en cierta ocasión con una agudeza poco frecuente en ella. El tipo incluso la hacía dudar de Dios, con lo que en la siguiente confesión tuvo que reconocer dos pecados: el odio y la falta de fe.

Para no desperdiciar los años súbitamente vacíos, a finales de 1933 mi padre comenzó a refrescar, además de las lenguas antiguas, el inglés y el francés que había aprendido durante sus años de estudiante. Para ello acudía a la Hartnackschule, situada en la Nollendorfplatz, que en aquel entonces empleaba los discos como un método revolucionario en la enseñanza de idiomas. Pero enseguida le resultaron insuficientes los idiomas aprendidos años antes; comenzó a hacer cursos de italiano y

ruso. De este modo amplió su círculo de conocidos con algunos tipos pintorescos, en ocasiones incluso extravagantes. De los franceses recuerdo a Roger Reveille, que era muy ingenioso y que parecía dominar casi todas las lenguas europeas. Entre los nuevos invitados a casa había además tres rusos que habían emigrado a Alemania a comienzos de los años veinte, así como el consejero de embajada italiano Saverio Aprea.

A partir de entonces, en nuestra casa, o en verano en la mesa del jardín, se mezclaron tonos y voces especiales. De los rusos recuerdo ante todo el «tono vibrante» de sus voces bajas y huecas, casi siempre a altas horas de la noche. De tiempo en tiempo interrumpían sus melodías con series de *staccatos*, a su pesar, todo a media voz para no molestar a los vecinos, en especial al señor Henschel, que ya había aparecido varias veces en el balcón con su dedo amenazante. Roger hablaba de Marcel Proust y luego pasaba de golpe a Clémenceau, a la guerra y a su padre, que en 1914 estaba cerca del lugar donde el mío había resultado herido.

Hacia el *signor* Aprea, que poseía esa mezcla italiana única de psicología, encanto y astucia desarrollada en las dictaduras, era hacia el que sentíamos mayor cercanía, casi afecto. Lo que le hacía insustituible eran las entradas que nos conseguía a través de sus contactos diplomáticos. Gracias a él Wolfgang y yo tuvimos acceso a dos competiciones de los juegos olímpicos, con lo que no tuvimos que conformarnos sólo con echar un vistazo alrededor de la Puerta de Brandeburgo, sino que vimos a Jesse Owens en su inolvidable duelo con Lutz Long en salto de longitud. También tuvimos acceso a algunas revistas en el Admiralspalast, lo mismo que a la carrera ciclista de los seis días en el Sportpalast, donde aprendimos a silbar sin ayuda de los dedos, sólo con los labios, la canción de moda de Paul Lincke *Das ist die Berliner Luft, Luft, Luft* (Éste es el aire, aire, aire berlinés). A través de él accedimos también gratis a varias representaciones operísticas, así como a *Hombres, animales, sensaciones* y otros grandes espectáculos.

En el viejo Katlewski, nuestro «espíritu bueno del hogar», teníamos un factótum. Era de escasa estatura, tenía el pelo gris y la nariz gruesa y corta. La tristeza de su rostro estaba surcada por las arrugas producidas por la risa. Era pintor de profesión, pero hacía años que estaba jubilado. Una vez me enseñó su vivienda, que no estaba lejos de la nuestra, y de ella recuerdo el dormitorio con una cama de matrimonio enorme, sobre la que había colgado un cuadro en el que Jesús, con la mano alzada en un gesto a medio camino entre la enseñanza y la bendición, avanzaba por un trigal rodeado de sus discípulos, y enfrente aparecía san Jorge en su caballo clavando la lanza a un monstruo que echaba fuego. «Olle Kat» (viejo Kat) estaba siempre a disposición de la familia para ayudar o echar una mano. «A vuestro padre lo admiro por motivos políticos —decía—, pues soy un viejo "Sozi", un socialdemócrata; pero —añadía— también soy un caballero, y por eso respeto a vuestra madre como dama». Reparaba nuestras bicicletas, y una vez incluso arregló el balón de un amigo al que se le había roto una costura; podaba los lilos, recogía la fruta desde lo alto de una

escalera y nos traía bolsas de comida para las gallinas de procedencia imposible de averiguar. Con motivo de una celebración en la iglesia, trenzó coronas de margaritas para mis hermanas, y siempre estaba disponible cuando se necesitaba ayuda.

Katlewski nos surtía además de los más recientes chistes políticos, y siempre nos anunciaba con los labios cerrados que sabía alguno nuevo. Cuando ya había despertado bastante nuestra curiosidad, mencionaba el «gran aprieto» en que se metería si alguien le oía. Pero después de un cuarto de hora Wolfgang y yo le habíamos convencido, y entre los groselleros o los botes de pintura que le mantenían ocupado accedía a contárnoslo aparentemente disgustado. «¡Pero ni una sola palabra!», decía siempre al empezar el chiste, y nos ponía la azada o la brocha llena de pintura delante de las narices. «¡Ni siquiera a vuestras hermanas! ¡Ni siquiera a ellas!».

La mayoría de los chistes de «Olle Kat» hace tiempo que los he olvidado. Pero con Wolfgang he hablado en ocasiones sobre la cita de Shakespeare que Katlewski contaba al referirse a Goering sobre que un hombre puede sonreír y sonreír y no obstante ser un canalla. «Lo aprendí en el centro de formación de los trabajadores», decía. Uno de los pocos chistes que han quedado en mi memoria trataba de la estupidez de los nazis, con el ejemplo del vigilante que fue a pasar revista con un zapato marrón y otro negro y resultó amonestado por su superior. «¡Hombre, Karsunke! — caricaturizaba Katlewski al jefe en el más puro dialecto berlinés—. ¡Ya le he dicho que tiene que tener cuidado con los zapatos! ¡Uno marrón y otro negro, eso no puede ser! Karsunke —proseguía el chiste— se puso en posición de firmes y respondió: ¡A sus órdenes, señor! Pero no lo entiendo. Ya lo he intentado, pero ¿qué puedo hacer? ¡Ni mi padre puede ayudarme! Es que en casa lo único que tengo es otro par igual».

En el verano de 1937 yo empezaba el instituto y, como en Karlshorst no había bachillerato de humanidades, mis padres decidieron enviarme, al igual que hicieran con Wolfgang dos años antes, al Canisius-Kolleg, dirigido por los jesuitas, a pesar de que estaba al otro lado de la ciudad, en Westend. Debido a la buena fama de que gozaba la institución, el edificio estaba lleno a rebosar y, para hacer frente a la demanda de cada año, la dirección había establecido unos exámenes de acceso difíciles. A pesar de todo, el Ministerio de Educación declaró ese mismo año que, por la escasa demanda, se había decidido su cierre. Pocos días después de que nos comunicaran que yo había aprobado el examen y estaba admitido en el colegio, llegó también un escrito en el que se revocaba mi admisión.

Ésta fue una primera decepción. La segunda fue que ese mismo año se prohibieron las gorras escolares con sus bandas de colores. La de Wolfgang era, según recuerdo, de rayas blancas y verde claro. Los galones de las gorras seguían la graduación de la clase; ahora desaparecían en nombre de la *Volksgemeinschaft*. Una compensación a todo ello fue la cartera que mi abuelo me regaló para sustituir a la ridícula mochila que había llevado a la escuela.

De este modo llegué al instituto Leibniz, un enorme edificio de ladrillo rojo situado en la Mariannenufer, no lejos de la estación de Silesia. Esta zona había sido durante generaciones la puerta de entrada para la gran masa de inmigrantes procedentes del este, lo mismo que el cercano barrio de Scheunen. La clase olía a sudor, a carteras de cuero y a la margarina de los bocadillos. Durante los recreos jugábamos al fútbol en el patio, y al final de las clases ensayábamos los saques de esquina, pases complicados o algunos incluso el difícil arte de los golpes de tacón. También causaba admiración dar tres o cuatro toques al balón de cuero sólo con la cabeza, y en la Hentigstrasse solíamos pasarnos tardes enteras jugando a balón prisionero con Hansi Streblow,

«Kutti» y Sternekieker. Siempre hacía de árbitro «polilla Böhm», que era algo mayor que nosotros y llevaba una cartera de tranviario con los cierres plateados muy pulidos.

Debió de ser por esa época o poco después cuando un día mi padre regresó muy deprimido de una de las reuniones con sus amigos. En adelante sólo habría derrotas, opinaba; Mielitz había informado, y Classe lo había confirmado a través de sus contactos con Inglaterra, que Fleet Street, desde el *Times* hasta el *Daily Mail* de lord Rothermere, mostraba abierta simpatía por los nazis, el *Saturday Review* incluso había llenado recientemente su portada con un «Heil Hitler» en grandes letras. Todos habían estado de acuerdo en que de Inglaterra ya no se podía esperar casi nada, el reconocimiento de la dictadura era lo más urgente, se oía en la isla.

Él mismo no podría entender jamás, prosiguió diciendo mi padre, por qué cualquiera que mantuviera una actitud contraria a Hitler tenía que vivir antes o después la experiencia de verse arrinconado. Esto había sido objeto de una larga y a ratos airada discusión entre ellos. Sólo se había puesto de acuerdo en que no estaban en absoluto preparados para la dictadura. Lo que había ocurrido en Alemania podría suceder en la lúgubre Rusia o en los Balcanes, pero no en la Alemania cumplidora de las leyes. ¿Qué había ocurrido?, se preguntaban todos, pero ninguno tenía una respuesta. En ese ambiente tan agitado Krone había dicho por fin que, en situaciones críticas, una cuestión sin solución es el mejor medio para mantener la firmeza. Sólo había que ser consciente de que no existen respuestas sencillas.

Algunos no pudieron soportar la presión de las circunstancias. Kalli Vaupel, uno de los mejores amigos de mi padre en su época de estudiante, había vivido no lejos de Berlín, en Uckermark, pero nunca había conseguido dar el tan ansiado paso a la capital. Era calvo, de una forma que nosotros llamábamos «pulida», musculoso y tenía un humor inagotable, incluso para los chistes vulgares. Nos contaba que en los «círculos distinguidos» se debía evitar en lo posible la expresión habitual «*denkste!*» y, si no se podía evitar, era preferible emplear la inglesa «*thinkste!*»,^[6] que sonaba mejor; o que al tomar el té había que estirar el dedo meñique. Posteriormente perdió su alegría y empezó a beber, no podía salir del agujero, según él, pero tenía que acabar con ello; aunque no sabía cómo.

Es posible que, como pensaban algunos conocidos, la causa de la depresión de Kalli Vaupel fuera en realidad su atractiva y muy deportista mujer. Al menos ella fue la causa de que los amigos se distanciaran, pues se convirtió en una apasionada nazi. Aseguraba con total convicción que el Führer era un «enviado de Dios» y que a través de él el Señor tenía previstas grandes cosas para Alemania. Por su causa se producían continuas discusiones, de modo que ambas partes prefirieron no reunirse tan a menudo y dejar que la amistad de años se desvaneciera poco a poco.

Irmí Vaupel colaboraba con una organización del partido y, al estallar la guerra, formó parte de una agrupación uniformada, se decía incluso que había hecho carrera en el cuerpo de guardia de un campo de mujeres. Tras la guerra fue encarcelada junto a su marido. No sé qué fue de ella después, pero durante los interrogatorios Kalli Vaupel conoció en un campamento de Baviera a una mujer judía, sumamente atractiva, de la administración americana, de la que se enamoró. Como no se le podía acusar de nada, lo liberaron pocos meses más tarde, se divorció y se casó con la americana. Como persona, Kalli había sido más débil e inconstante de lo que él pensaba, sentenció mi padre. En esa época muchas vidas seguían una trayectoria absurda, guiadas a menudo por una dramática locura. Muchos no supieron reconocer el disparate. Cuando, al final de la era de Hitler, volvieron a recuperar la cordura, ya era demasiado tarde.

Uno de los compañeros de clase con el que me unían ciertos intereses y una buena amistad, Gerd Schülke, vivía en un barrio obrero de pequeñas viviendas unifamiliares con patio próximo al hospital. Tenía un carácter tranquilo y observador, y me prestaba los libros que le habían causado impresión. Sobre un mapa de los océanos dividido en cuadrados jugábamos a «hundir barcos», y luego él representaba batallas navales históricas, de Salamina a Skagerrak, pasando por Trafalgar. Decidíamos cada movimiento de las flotas con una tirada de dados. En sus batallas navales, el Imperio luchaba siempre contra la flota inglesa. Inglaterra era el enemigo, decía, no había ningún otro, pues es necesario un enemigo fuerte para que la victoria merezca la pena. Pero a diferencia del pasado o de todo lo que pudiera venir en el futuro, para él el curso de la batalla lo determinaba el azar de los dados: lo mismo ocurría en la realidad.

Uno de los acontecimientos importantes que ponían fin al año era el mercadillo de Navidad que se organizaba alrededor del palacio, y para mí el recuerdo de esta majestuosa construcción irá unido siempre al alegre barullo de los días previos a la Navidad, con las luces de colores, los adornos dorados y el pan de especias. Admirábamos el resplandeciente árbol de Navidad, los carruseles con los Papá Noel en movimiento, y disfrutábamos del aroma de las manzanas fritas y las almendras garrapiñadas. Nunca faltaban las menciones al origen del palacio o una visita al Schlüterhof. Y, sobre todo, la música de canciones como *O du fröhliche...* e *In dulci jubilo*. En las casetas se podían lanzar dardos metálicos contra estrellas, velas de goma o globos de Navidad, y una vez gané en una jugada acertada cinco piezas de

algodón de azúcar, que enseguida se pegaron al pelo de mis hermanas. Era un mundo de magia, feria y felicidad navideña, y cada una de estas excursiones finalizaba con una tragedia infantil cuando nuestros padres nos llamaban para volver a casa. Desde el tranvía veíamos todavía un rato el resplandor rojizo en el cielo sobre el palacio, hasta que la imagen desaparecía en la penumbra de la gran ciudad.

A veces nos acompañaba también algún amigo de nuestros padres. En cierta ocasión lo hizo Felix Ernst, que llevaba la raya del pelo muy bien hecha y que mostró durante toda la tarde una ligera e inescrutable sonrisa. Ni siquiera la perdió cuando Wolfgang y yo le convencimos para que montara con nosotros en el tren de la bruja. Otra vez nos acompañó Hans Hausdorf, quien, durante las tres horas que pasamos deambulando entre las casetas y las velas, llevó en la mano una caja con una empanada para mi madre. En ocasiones también venían los Goderski, y cierto día lo hicieron los Patzek con «mirlo, tordo y bandada de niños», como susurrábamos entre nosotros. Pero siempre había lágrimas cuando teníamos que marcharnos.

En los primeros días del año 1938 recibimos una llamada del doctor Goldschmidt. Casualmente contesté yo al teléfono, y me preguntó por mi nueva situación en el colegio, por mis asignaturas favoritas y por mi relación con los chicos del «barrio proletario» de Berlín. Al final me dijo que quería hablar con mi padre porque tenía que comunicarle algo importante. Yo me quedé en la habitación y observé cómo mi padre escuchaba con un gesto cada vez más serio, exclamaba de vez en cuando «¡Vaya!» o «¿De verdad?», e hizo una incomprensible observación al final de la conversación. Una vez hubo colgado el auricular, se quedó un rato callado en su escritorio y luego dijo que el doctor Goldschmidt, con su incorregible patriotismo, quería hacerle creer que era un error oponerse a los nazis. Había estado en una oficina de la administración por un asunto de un cliente. El empleado de la oficina que le había atendido, a pesar de la «gruesa» insignia del partido que llevaba en la solapa, había sido muy amable y le había aceptado todo lo que él había solicitado, e incluso le había indicado alguna que otra trampa. Cuando Goldschmidt le expresó su agradecimiento, el funcionario le había contestado: «¡Pero doctor, que no somos monstruos!».

«¡Por favor! —había añadido el doctor Goldschmidt—. ¡Ahí lo tiene: no son monstruos! ¡Sólo un poco cuarteleros en su tono! Demasiado bruscos, por así decirlo, para nuestro mundo civilizado». Pero prefería eso a las palabras vacías; él siempre había dicho que la desconfianza nos vuelve ciegos. Cuando oyó eso, comentó mi padre, se quedó mudo, de forma que sólo pudo añadir:

«Y la confianza, más». El doctor Goldschmidt se había despedido riéndose de tal observación y le había advertido con ironía de que debía corregir su actitud. «¡Es incomprensible!», dijo mi padre cuando vino a cenar. Y que nadie se diera cuenta de hasta qué punto se habían entregado. «¡Ni siquiera cuando se les grita al oído!».

A mi madre le tembló la boca, como le ocurría siempre que mi padre estaba fuera de sí, y parecía que iba a gritar: «¡Por favor, Hans! ¡Delante de los niños, no!».

cambio, sólo nos miró preocupada y guardó silencio. Apenas habíamos dado el último bocado, empezó a recoger la mesa para impedir cualquier conversación posterior.

CAPÍTULO 4

¡NADA DE SENTIMENTALISMOS!

El mundo en el que crecimos estaba totalmente politizado; todas las conversaciones y casi todas las decisiones personales que se tomaban venían determinadas por las circunstancias dominantes. Bien es cierto que conozco a algunos de mis contemporáneos que en esa época crecieron en Berlín y se tomaron las cosas de otra manera. Desde el punto de vista político, ellos solamente percibieron el «rezo popular» que se llevaba a cabo en algunos colegios de manera colectiva los días de fiesta del nacionalsocialismo, el uniforme de las HJ y los cánticos corales, como por ejemplo el de los gansos silvestres, que con estridente griterío zumbaban por la noche.

No obstante, las normas de educación habituales permanecían vigentes, y en mi casa un poco más, si cabe. Nunca se cuestionaban; eran las normas corrientes que siempre habíamos oído y cuyo sentido oculto comprendimos más tarde: «¡No hagas gestos!», «¡Déjate de tonterías!», «Los niños no hablan si no se les pregunta». En la mesa no se podía hablar de dinero, de aventuras amorosas o de la comida servida. Nunca se profundizaba en los fundamentos que se expresaban a través de estas reglas. No se hablaba sobre ello, se entendían por sí mismas y pasaban por ser la base de un comportamiento apropiado. Cuando mi madre se quejó una vez de mi impertinencia, mi padre le respondió: «¡Déjale! Puede ser impertinente. Por lo menos aquí. Lo que tenemos que enseñarle es dónde está el límite. Si aquí no lo comprende, cuando salga fuera se lo enseñarán rápidamente».

Por todo ello, nuestra taciturna educación, por decirlo de alguna manera, suponía un contraste con el mundo del régimen impregnado de afectos anticiviles, y hoy, con la distancia que dan los años, la veo como una especie de evolución civil en una época incivilizada. Los que gobernaban no tenían ni idea de relaciones civilizadas, aseguraba mi padre, y por ello no lo hacían, como a veces decía él con mofa, en la línea de un Reich milenario, sino en la de uno que ha permanecido al menos cinco mil años en lo más profundo de la selva. En una especie de guión pedagógico anotó lo siguiente: «Todas las normas pedagógicas tienen como base un coro polifónico. Este coro abarca desde los diez mandamientos del tratado moral de la filosofía y la gran literatura hasta muchos otros temas que se encuentran en muchas bibliotecas. Y todo ello persigue un único y modesto fin: enseñar al hombre algunas de las verdades del barquero».

Traducidas a la cotidianidad, esas verdades del barquero significaban: cuidar la

«decencia» y practicar las «buenas maneras» y el «respeto». Además, no había que considerar las formas como «simple formalidad», como dijo una vez Hans Hausdorf, amigo de mis padres, con su afición por las paradojas. Y mi madre solía acabar las arengas educativas con una frase que hemos oído con mucha frecuencia desde nuestra más tierna infancia. Daba igual que te hubieras lesionado la rodilla y ella te la curara con yodo, o que nos quejáramos por unas notas injustas o por un árbitro que había pitado en nuestra contra en un partido de nuestro club de fútbol, el Karlshorst SC: «¡Nada de sentimentalismos!», que es lo mismo que decir nada de lamentos, no hay que ser quejica, no derramar lágrimas por lo inevitable. Una vez, la más revoltosa de mis dos hermanas, Christa, se cayó, se hizo una herida en la rodilla y fue llorando a pedir ayuda a mi madre, y ésta le dijo mientras la acariciaba para tranquilizarla: «No llores, querida. No llores. Los berridos se quedan para el cuarto de las criadas». La prohibición de quejarse llevaba siempre implícito un orgullo social. Pero, aparejada a él, estaba la exigencia de un código de conducta más estricto.

No obstante, abundaban más los días tranquilos en los que no había que hacer deberes para el colegio, no había que cumplir con obligaciones propias de la edad ni tampoco se veían botellitas con yodo. Las vacaciones de verano marcaban la frontera. Al llegar el mes de julio solíamos viajar a Walken, la granja de mis abuelos, que estaba situada en Neumark, a unos pocos kilómetros del pueblo de Liebenau, y de la que mi tío Berthold se había hecho cargo al casarse con la hermana mayor de mi padre. Era un buen hombre, muy trabajador. Todos temían su severidad, y cuando se estiraba el bigote para ir a misa, reforzaba aún más la impresión de su enérgico carácter campesino. La finca se hallaba en una región de escaso atractivo, y las suaves colinas que había que arar y rastrillar dificultaban enormemente la explotación. Sin embargo, mi tío tenía dos hijos y dos hijas tan trabajadores y juiciosos como él, que nos sacaban entre cinco y diez años. En cuanto a su relación con nosotros, cumplieron a la perfección su difícil papel, mitad cuidadores y mitad compañeros de juegos. La que más nos gustaba era la vivaracha Irene. Nos enseñó a nadar, nos acompañaba cuando íbamos al acecho de conejos en nuestras cacerías siempre infructuosas, y también nos enseñó a atrapar topillos mordedores en los campos recién cosechados. En su caso, la autoridad que hace que los niños se comporten con sensatez no tenía ninguna connotación de temor. Todos la queríamos.

El caserío, de construcción cuadrada en torno a un patio, constaba de un ala para vivienda, dos establos y un granero con su era, y tenía dos portones: uno daba al camino de tierra que llevaba hasta Liebenau, y el otro, a un camino vecinal ligeramente escarpado que discurría junto a un pinar hasta el cercano lago Packlitz. La construcción con su espacioso patio interior se encontraba más o menos en el centro de unas tierras labrantías que ocupaban unas trescientas fanegas y requerían un mínimo de diez meses de agotador trabajo. Cuando anunciábamos nuestra llegada para pasar las vacaciones, el tío Berthold, bien preparado, nos iba a esperar a la estación de Schwiebus, a unos veinte kilómetros, y, enfundado en un buen traje, con

sombrero hongo y su «bigote engominado», como decíamos nosotros, le veíamos sentado en el «trono» del la-cado carruaje de los domingos. Con una torpe reverencia nos invitaba a uno de los niños a ocupar un sitio junto a él en el pescante. Si hacía mucho calor, mi madre abría una pequeña sombrilla, y nosotros nos reíamos diciendo que parecía una princesa que, por capricho, había ordenado a sus criados de librea que bajaran del carruaje y regresaran andando a palacio. Ella se reía y abrazaba a aquel de nosotros que había tenido la ocurrencia. Si ocupaba un sitio un poco alejado, entonces le acariciaba la cabeza.

El trayecto desde Schwiebus solía durar dos horas o más. A veces la ruta discurría por caminos arenosos y accidentados, y con el calor del mediodía los cuerpos de los caballos se manchaban de espuma de sudor, y los tábanos no paraban de zumbar a su alrededor. Al llegar a la granja, provistos de unos trapos, nos dedicábamos a matar los insectos, agotados de chupar tanta sangre y que solían concentrarse en el cuello y en las patas traseras de los caballos. Mientras tanto, mi tío Berthold se ponía su ropa de diario y, con un palo largo de madera que le pasaba mi tía, sacaba del horno de ocho a diez planchas con delicias todavía humeantes: *Streusel*, pasteles de miel y tartas de manzana cuyo aroma se extendía hasta el último rincón de la casa.

Mi tío solamente tenía un punto flaco en su esencia de incansable trabajador: no concebía que hubiera otra actividad gratificante en la vida aparte del trabajo y la oración. Por eso, la noche de nuestra llegada ya nos informaba de nuestras tareas para el día siguiente. «Hora de levantarse, hacia las cinco», terminaba su arenga. «Aquí es lo habitual, también para los perezosos de la ciudad». Con el paso de los años, entre él y nosotros se estableció una guerra de guerrillas en toda regla cuando al anochecer daba las instrucciones para espigar, segar o agavillar. Las únicas que quedaban dispensadas eran mis hermanas, la dulce Hannih y la revoltosa Christa. Siempre empezábamos pidiendo un par de horas para ir al lago a bañarnos o para leer un rato. Pero mi tío, refunfuñando, lo desechara diciendo que eso eran «pamplinas».

Nosotros, en cambio, pensábamos como hijos obedientes: ¡Nada de quejas! ¡Nada de sentimentalismos! Noche tras noche, cuando salíamos de la cocina con las velas y nos encontrábamos ya en las minúsculas alcobas, Wolfgang, Winfried y yo nos dedicábamos a diseñar astutas estrategias para ver cómo podíamos escabullirnos, cuando atravesábamos el bosque, para buscar setas o para levantar perdices por las colinas. Sin embargo, hasta las ocurrencias más peregrinas nos salían mal, porque nuestro tío recelaba de nosotros. Alguna que otra vez escondimos unas cañas de pescar en un avellanar para escaparnos a la mañana siguiente a una presa cercana donde los peces nadaban tranquilamente. Pero ni el cubo con barbos, tencas, anguilas y algunas pequeñas brecas que llevamos en una ocasión, ni el lucio de tamaño medio que también pescamos otra vez, propiciaron la indulgencia de mi tío: habíamos desobedecido sus instrucciones, gruñó.

Una vez le pregunté a nuestro querido tío si en invierno se ocupaba en algo además de efectuar las reparaciones necesarias. Me contestó con poco más que un

cabeceo: «¿Para qué? Por supuesto que no hago otra cosa». A eso yo le repliqué que, entonces, él tenía que entender que nosotros tuviéramos en verano nuestro invierno; así es como ocurría en la ciudad. El largo periodo de vacaciones era, por así decirlo, *nuestra época de reparaciones*. Por ello, no nos podía obligar a estar todo el tiempo trabajando. Se produjo una larga pausa. Entonces, mi tío se pellizcó las puntas del bigote y murmuró con los brazos extendidos a lo largo de la mesa: «¡Esto es demasiado para mí!».

Mis padres sólo se quedaban unos pocos días, y después de su marcha aprovechábamos para corretear libremente. Durante su estancia en la finca familiar mi padre colaboraba y demostraba que sabía manejarse con la guadaña y los rastrillos, mientras que mi madre parecía perdida en un mundo extraño para ella. Nuestras preferencias infantiles se decantaban claramente por la herrería, donde se forjaban las herraduras para los caballos. En cuanto el fuego estaba encendido, ya podíamos soplar las llamas hasta que el carbón vegetal resplandecía bien rojo en el centro de la fragua. Entonces se colocaban los hierros hasta que también enrojecían, y sobre el yunque se ajustaban a la pezuña del caballo golpe a golpe. Mi tío permanecía ante la forja manejando el martillo, y un olor a cuerno quemado le rodeaba cuando clavaba los hierros a los sufridos animales. También en el transcurso de las vacaciones, normalmente hacia el final, tenía lugar la matanza de un cerdo, que nosotros seguíamos con una mezcla de horror y atracción.

A pesar de nuestra constante guerrilla, Walken era el lugar preferido para nuestros despreocupados juegos en esos años de la infancia. El caserío parecía haber sido colocado por la mano de un artista junto al lago Packlitz, una extensión de agua de unos cientos de metros a lo ancho y a lo largo. Dado que su superficie discurría un poco por debajo de la linde del bosque que lo rodeaba, yo lo recuerdo oscuro, liso como un espejo y con sólo unas pequeñas olitas brillantes en la orilla. Nunca olvidaré la delicada luz azulada sobre su superficie, el aroma de los pinares detrás de nosotros y la suave arena blanca del lugar del baño, que durante mucho rato se nos quedaba pegada a los dedos de los pies. A todo esto cabe añadir los sonidos que se oían en las calurosas tardes veraniegas: los murmullos de las olas, el pico martilleando en algún lugar, los chasquidos de los peces saltarines, así como, un poco más lejos, el griterío de los buceadores que, después de cada grito, se tiraban de cabeza al agua. Era como si se detuviera el tiempo. Sólo las miríadas de mosquitos que volaban por encima de nosotros nos estropeaban esa sensación de vacaciones indefinidas.

El verde de las hayas, abedules y sauces llorones que poblaban la orilla del lago, con sus ramas jugueteando en el agua, únicamente se interrumpía en la orilla opuesta. Se veía sobre todo cuando se ponía el sol. Entonces aparecía la fachada de color amarillo subido de un monasterio barroco con dos torres fundado por la orden de los cistercienses en el siglo que se reformó posteriormente con la llegada del Barroco desde Silesia. Su sereno encanto desprendía una atmósfera de quietud y solemnidad que desde entonces he relacionado siempre con este estilo. El pequeño pueblecito que

se encontraba detrás del monasterio, tapado por el arbolado de la orilla, llevaba un nombre que para todos nosotros significaba la armonía indiscutible entre belleza de la naturaleza y belleza arquitectónica: se llamaba Paradies. Y, desde luego, era nuestro paraíso.

Otro edén que empecé a descubrir con ocho o nueve años, igual que si se me hubiera abierto con un «¡Ábrete sésamo!», fue el mundo de los libros. Al igual que casi todos los niños, ya antes de ir al colegio nos habían leído el *Struwwelpeter*^[7] y sabíamos recitar de memoria sus versos moralmente intimidatorios. Más tarde, y para regocijo nuestro, venía Wilhelm Busch; recuerdo que *Die fromme Helena* (La devota Helena), *Flipps der Affe* (El mono Flipps) y, sobre todo, *Max y Moritz*, fueron los primeros textos que yo leí siguiendo los renglones con los dedos antes de empezar a ir al colegio. Cierto es que no vislumbrábamos nada de la opacidad del ánimo, al estilo de Schopenhauer, de Wilhelm Busch, que tarde o temprano le viene a la cabeza a todo lector entendido, pero versos como «*Wer in Dorfe oder Stadt, / einen Onkel wohnen hat...* » (Quien en pueblo o ciudad, un tío viviendo ha...) o «*Ach, wie ist der Mensch so sündig! / Lene! Lene! Gehe in dich!* » (Ay, ¡qué culpable es el hombre! / Magdalena, Magdalena, ¡arrepíentete!) todavía me complacen, y en nuestra familia han adquirido casi rango de frase hecha. Sin querer, en cada fase de mi vida he caído en la lectura tan pronto tenía ante los ojos una parábola en verso escrita con ese ingenio tan magistralmente pesimista con respecto al hombre.

Todo esto, unido a las historias que mi padre nos contaba por las noches, supone mi satisfacción literaria de aquellos años. Ni el Dr. Doolittle ni las leyendas germánicas ni la cabaña del tío Tom pueden igualarse a los versos de Wilhelm Busch. Me volqué mucho más en la lectura cuando, una noche, Wolfgang me dijo que tenía que leer a «Kamai», que él ya iba por el tercer volumen, y Hansi Streblow aseguró que él ya se había leído cinco. A mi pregunta de cuántos libros había de ese Kamai, me respondieron que unos sesenta o setenta títulos, y entonces decidí que bajo ningún concepto iba a meterme con ellos. Pero entonces leí *El tesoro del lago de la Plata*, y me volví tan adicto que en poco más de un año me leí *Winnetou* y unas veinte obras más, y sólo hice una pausa para las historias de hombres de los bosques de Cooper, en una edición encuadernada en cuero y que, a pesar de las numerosas ilustraciones, encontré aburrida o, por decirlo con palabras de entonces, «tonta».

Hubo otra interrupción en las aventuras literarias por medio mundo del autor que, para entonces, también para mí se llamaba Karl May. Esa interrupción la constituyeron *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, de Mark Twain, las otras dos grandes vivencias literarias de esos años, aunque peguen muy poco con las otras. Durante cierto tiempo situé al autor de *Tom Sawyer* en la misma categoría que Goethe, considerado como el mejor poeta del mundo, y pensaba que el orden correcto debía ser, en primer lugar y a gran distancia, Wilhelm Busch, y después, Mark Twain, seguido muy de cerca por Goethe.

Tiempo después, con trece o catorce años, leí *Moby Dick*, la historia de la ballena

blanca, que me había recomendado Wolfgang. Decía que me tenía que escapar de las «joyas literarias de la biblioteca familiar» de nuestro padre, y aunque le contesté malhumorado, muy pronto comencé a leer el voluminoso libro. Aunque muchas cosas apenas las captaba, la tensión del turbador libro me embargó por completo. Nunca olvidaré el drama de Ismael y el tétrico capitán Akab, recorriendo los mares con su única pierna, la cicatriz de su cara como trazada por un rayo y el arpón consagrado al demonio. Por primera vez me di cuenta de que la selección de mi padre no lo era todo y que, junto a las leyendas y las historias de almanaque, cuyo desenlace se conoce, existía otro mundo desconocido e inquietante. Melvil le me abrió otras puertas.

Por aquel entonces, a mis hermanos y a mí nos mortificaba el hecho de que sólo recibíamos diez *pfennigs* semanales para nuestros gastos corrientes, y la única posibilidad de conseguir un sobresueldo consistía en aprendernos poemas. Mi padre había ofrecido una propina de un marco por cada diez poemas que recitáramos sin cometer error alguno. De esta manera me aprendí «El rey de los elfos», de Goethe, y «El aval» y «La grulla del hibisco», de Schiller y otros muchos romances, para después pasar poco a poco, y sobre todo por complacer a mi madre, a la poesía lírica naturalista y a los poemas intelectuales hasta llegar a Rainer Maria Rilke y Stefan George. Cuando regresé a la época clásica y pude recitar «Susurra el agua...» de Goethe, mi padre me recomendó el poema de Gottfried Keller titulado «Seemärchen». Ambos se me antojan todavía hoy geniales, a la vez que una especie de continuación, explorando lo demoníaco de los versos reflexivos de Goethe, que al final empiezan a resultar inquietantes. La literatura barata por entregas, desde John Kling hasta Tom Shark, y otras cosas que tenían éxito entre los amigos y los compañeros de clase era raro que a mí me gustaran. Un día empecé a leer un libro que se titulaba *Der Krieg der Miami* (La guerra del Miami), pero me aburrí, y me puse a leer una novela del imperio de los incas, *Das Gottesopfer* (La víctima de los dioses), y como no me fue mucho mejor regresé a Karl May. Lo mismo pasó con Binding, Steguweit o Wittek. Pero no así con Hans Dominik, cuyas novelas abrían el panorama hacia un futuro altamente tecnificado lleno de aparatos plateados.

A comienzos de 1938 pude ver cómo el señor Hofmeister, que vivía en las cercanías, hacía entrar a mi padre en el portal y con voz apagada le echaba en cara que fuera un insubordinado.

¡Tenía que abrir los ojos de una vez! Cuando, por la noche, durante la cena, le pregunté a mi padre por qué dejaba que le hicieran esas cosas, admitió que en el fondo el señor Hofmeister tenía razón. De hecho, las cosas iban mejor. Los siete u ocho millones de parados habían desaparecido como por arte de magia. Pero los diez millones o más de Hofmeisters no querían ver los medios con que Hitler conseguía sus éxitos. Ellos pensaban que tenía a Dios de su parte; quien todavía conservara aunque sólo fuera una pizca de sentido común le veía más bien como un aliado del demonio.

Wolfgang preguntó si lo que estaba pasando no podía ser algo más que

conjeturas, y si realmente existirían pactos con el diablo. Eso mismo diría la explicación teológica al respecto. Volvimos sobre ese tema en reiteradas ocasiones, pues ejercía una fascinación especial sobre nosotros. Naturalmente, mi padre dirigió enseguida la conversación hacia el histórico doctor Fausto, que en la Edad Media y en diferentes lugares se llevaron a cabo experimentos para intentar conseguir oro, piedras preciosas o la piedra filosofal, y que acabaría convirtiéndose en el motivo de la principal obra de Goethe.

Las discusiones encontraron un brusco final cuando, en marzo de ese mismo año, tropas alemanas cruzaron la frontera de Austria, entre los gritos de las masas que cubrían los bordes de las carreteras y que ondeaban banderas y les lanzaban flores. Sentados delante de la radio escuchamos los vivas a Hitler, los cánticos y el traqueteo de los vehículos blindados, en tanto que el reportero informaba por encima de los cuellos estirados de mujeres entusiasmadas, alguna de las cuales llegó incluso a desmayarse.

Esto supuso un nuevo golpe para los opositores al régimen, a pesar de que mi padre, como los católicos en general y la aplastante mayoría de los alemanes y los austriacos, pensaba en términos pangermanistas. Permaneció sentado con la familia durante mucho tiempo ante el gran aparato Saba de radio y persistió absorto en sus pensamientos, mientras de fondo sonaba una sinfonía de Beethoven. «¿Por qué Hitler tiene éxito en todo?», murmuraba. Sin embargo, predominaba la satisfacción, incluso aunque se indignara una vez más con las antiguas potencias victoriosas. A la moribunda República de Weimar le habían prohibido la simple unión aduanera con Austria y la habían amenazado con la guerra. Sin embargo, frente a Hitler los franceses olvidaban su «afán revanchista», y los británicos se inclinaban con reverencias tan profundas que, verdaderamente, a uno le venía a la mente su «conocida falsedad». En cualquier caso, la República probablemente habría durado más tiempo si se le hubiera permitido un acierto del tipo del *Anschluss*.

Por lo menos, continuaba mi padre, la unificación llevaba aparejada la esperanza de que ahora Alemania fuera más «católica». No obstante, sólo hicieron falta unos días para que se diera cuenta de su error. En anteriores reuniones del grupo de amigos ya había tenido noticias de las vejaciones contra los judíos, y también escuchó estupefacto cómo el respetado Egon Friedell, cuya *Kulturgeschichte* (Historia de la civilización) se contaba entre sus libros preferidos, se había arrojado por la ventana desesperado, y que en la zona que muy pronto se llamaría Ostmark (Marca Oriental), las SS habían encontrado una aceptación hasta entonces desconocida. «¿Por qué sigue teniendo Hitler esas victorias tan fáciles?», preguntó una noche después de una enumeración detallada de los acontecimientos. Y por qué de nuevo se desencadenaba precisamente en Alemania esta mezcla de ambición y arrogancia. ¿Por qué no fracasaba la estafa nazi, que escarnecía a los intelectuales? O que escarnecía a la gente sencilla, que normalmente tiene más «carácter».

Así, siempre había nuevos motivos para esa sensación de conspiración que nos

unía; en cualquier caso, mi padre sabía interpretar los antecedentes. A lo largo del verano nos visitaron algunos miembros de la «sociedad secreta» paterna, como decíamos Wolfgang y yo con cierta ironía, como Riesebrodt, Classe y Fechner. También Hans Hausdorf volvió a venir con cierta regularidad, y siempre traía «regalos para chupetear» para los niños, y para mi madre, un pastel de carne. Llevaba la raya en medio y el pelo muy repeinado, con gomina que casi brillaba. Nos gustaba su manera de hablar, tan llana, y una vez, después de una de sus visitas, Wolfgang me pidió que fuera a la ventana y escuchara los chistes que corrían por la calle. Corrí hacia el balcón y oí cómo Wolfgang se mofaba de mi perplejidad: yo tendría que saber que cuando Hausdorf estaba en casa corrían montones de chistes políticos por Karlshorst, porque «no dejaba escapar ninguno». Cuando le repliqué muy enfadado, me contestó sin inmutarse: «Esto también es un chiste. ¡Mejor que los de Hausdorfi ¡Pero con los suyos te ríes!».

De hecho, parecía que Hausdorf no se tomaba nada en serio. Pero cuando una vez le pedimos que nos explicara algunas cosas, su ánimo se volvió de repente reflexivo. Dijo que la convivencia comenzaba con la broma, y que para los nazis la ironía era cosa del demonio. Desde el principio entendí con claridad que se refería a que la hermosa civilidad estaba en peligro. Pero, a pesar de ello, mantuvo su opinión de que las ataduras se estaban relajando. En una ocasión, mientras mi padre despedía a Hausdorf, le oí quejarse de que hasta entonces los desahogos que permitía el régimen no habían modificado nada de su vida: siempre había tenido una casa hospitalaria, pero hasta eso había acabado ya, los medios con que contaba entonces solamente le permitían invitar a cenar una vez al mes, y ofreciendo una cena humilde. En realidad, ni siquiera eso. Ésta era la razón de que hubiera comenzado a invitar a las «horas del té»; eso todavía se lo podía permitir.

David, conocido como «Sally» Jallowitz, era un vendedor de maletas que antes venía ocasionalmente y que ahora acudía a mi casa con más frecuencia, y que revisaba los pucheros de la cocina ante la enojada mirada de mi madre. Una vez que ella se quejó del calor que hacía —treinta grados a la sombra—, él le dio el «buen consejo» de que lo que tenía que hacer era, precisamente, no ponerse a la sombra; y cuando ella encontró el chiste estúpido e inoportuno, Jallowitz se rió. También nos visitaban Walther Rosenthal y su mujer, que, según Wolfgang, era «delicada como una colegiala», pero a la que siempre se veía prestar atención con una cara muy melancólica y con su rebelde pelo rizado echado hacia un lado.

Sonja Rosenthal apenas pronunciaba una palabra, y por eso nos llamó poderosamente la atención que una vez contradijera a su marido y su afirmación de que el mundo nunca había sido tan brutal y tan violento como en esos tiempos. Él estaba equivocado, intervino ella con delicadeza, totalmente equivocado. Pues nunca había existido un mundo, unos hombres y unas circunstancias más pacíficas que las de entonces, y la vida había sido siempre una pura exigencia, cruel hasta el exceso; y apenas acabó, se sumió de nuevo en su silencio expectante, observando a los demás

invitados.

Entre los amigos que solían venir con frecuencia se encontraba también August Goderski, que padecía una protuberancia en la boca y al que, a pesar de su humilde retraimiento, llamábamos el «hombre de los labios gordos». Al principio solía pasarse con su hijo Walter, ya un adulto. Walter era también quien nos visitaba siempre el 6 de diciembre disfrazado de Nikolaus. Año tras año me exponía sus larguísimas exhortaciones personales sobre el Niño Jesús y me aclaraba que un grupo de ángeles me juzgaría con severidad por las gamberradas que había hecho durante el año. Naturalmente, yo prometía rezar todo lo que me pusiera de penitencia y ser un ejemplo a partir de ese momento, y luego, con las manos juntas y piadosas reverencias, acompañaba al Nikolaus hasta la puerta. Sin embargo, una vez causé enojo general cuando, desde el rellano de la escalera, le grité:

«¡Felices Navidades, señor Goderski! ¡Y vuelva pronto! ¡Sus visitas nos alegran mucho!». Por entonces yo contaba ocho años. En cuanto se cerró la puerta, mis padres me echaron en cara que, con mis impertinencias, había arruinado la alegría navideña a mis hermanas Hannih y Christa.

En verdad, las visitas de Walter Goderski suponían siempre una satisfacción, porque era alegre y contaba muchos chistes. Todavía hoy recuerdo algunas de sus historias, que a nosotros nos parecían «tontas», como la de un inculto que reprende a un amigo con la siguiente observación:

«¿Quieres ser *teligente*, Maxe? Pues te diré lo que eres: totalmente *in-inteligente*».^[8] Por lo que respecta a la galería de mis invitados favoritos, debo citar al doctor Meyer, que cuando se producía una pausa en las conversaciones se ponía a hablar de los libros que estaba leyendo por segunda, tercera o cuarta vez. Entre sus autores predilectos se encontraban Grimmelshausen y Lessing, así como Fontane, naturalmente Goethe, Heine y, como aseguró en una ocasión sonriendo ante una pregunta que yo le había hecho, «todos los demás también».

Sin embargo, poco después, una especie de rayo atravesó de forma inesperada esta tertulia hipotéticamente distendida, aunque también sirvió para unirla más. El 9 de noviembre de 1938 los gobernantes desencadenaron la llamada «noche de los cristales rotos» y, como decía mi padre, mostraron su verdadero rostro al mundo después de tanta mascarada. A la mañana siguiente se acercó a la ciudad, y después nos contó toda la devastación que había visto: sinagogas incendiadas, escaparates destrozados, aceras llenas de cristales, jirones de telas, papeles y basuras dispersos por el suelo. Al final, telefoneó a algunos amigos y les aconsejó que escapasen de allí lo antes posible.

«¡Mejor hoy que mañana!», le oí gritar una vez al auricular. Pero sólo los Rosenthal se hicieron cargo de la situación.

Fue por esta época cuando el único alumno judío de nuestra clase dejó de asistir al colegio sin previo aviso. Era muy callado, muy introvertido, y casi siempre se mantenía apartado, pero alguna vez me pregunté si no mantendría esa actitud ante el

temor de que los compañeros de clase le rechazaran. Todavía nos estábamos preguntando por su ausencia repentina cuando un día, en las cercanías de la estación de Silesia, me salió al encuentro como por casualidad y aprovechó la ocasión para despedirse personalmente, según me dijo. Ya lo había hecho con algunos pocos compañeros de clase, los que habían sido honestos con él; los demás le seguían resultando unos extraños, o incluso jefecillos de las Juventudes Hitlerianas, y aunque se habían mostrado amistosos con él, «quizá incluso demasiado amistosos», no veía razón para despedirse de ellos. Como era judío, ya no podría ir más al colegio. Su familia tenía ahora la oportunidad de emigrar a Inglaterra. No querían dejar pasar esa oportunidad. «Es una pena», me dijo al despedirse, alejado ya unos tres o cuatro pasos de mí. «Esta vez ya es para siempre».

Poco después de empezar el nuevo año, en marzo de 1939, mi padre telefoneó al doctor Meyer para preguntarle por qué llevaba tanto tiempo sin venir a tomar el té. El doctor le contestó que, desde que había fallecido su mujer, apenas salía con gente y que, además, el 9 de noviembre se habían hecho realidad sus más lúgubres presentimientos. Jamás había imaginado cuánta maldad anidaba detrás de las puertas de sus vecinos. Había tenido que cerrar su consulta, alguna vez acudía a las reuniones de la liga cultural, pero incluso le costaba hacer la compra, ir al banco o recoger la correspondencia del buzón. Al final de la conversación quedaron para tomar el té en el transcurso de la semana siguiente.

El doctor Meyer vino a Karlshorst uno de los primeros días de la primavera. Como la temperatura era agradable, propuso tomar el té en el jardín; con el abrigo puesto se estaba muy bien al aire libre. Cuando llegó, yo me encontraba en la casita del jardín ocupado en limpiar algunas herramientas y, ante una señal de mi padre, acerqué a la mesa el pesado servicio de loza que estaba en una balda del aparador, mientras mi madre preparaba el té en casa.

El doctor Meyer tenía cerca de sesenta años, y contó que se podía decir que su mujer había muerto de «falta de ganas de seguir viviendo». Él continuaba habitando su antigua casa de la Hallesches Tor, que con los años se había deteriorado y estaba un tanto deslucida. Mi madre, que había acudido con mi padre a darle el pésame, relataba cosas horribles sobre el estado de la vivienda. Platos sucios, tazas a medio llenar de té que se había vuelto grasoso; ropa tirada por todas partes sin ningún cuidado. Únicamente la biblioteca, que se encontraba en la llamada habitación berlinesa, presentaba un esmerado orden, sólo estropeado por dos o tres montones de cuadros enmarcados de expresionistas alemanes. Cuando llegó, mi madre comenzó a lavar toda la vajilla que estaba dispersa y a recoger todo lo que estaba por en medio. Sin embargo, el doctor Meyer le dijo que no se preocupara, que pasaba los días casi sin salir de la biblioteca, ya que la ventana daba al patio y allí no se podía oír ni ver a nadie.

Mi padre solía decir del doctor Meyer que siempre iba inclinado hacia delante, como si considerase que la inclinación para auscultar fuera su posición habitual. Si le

observabas con más detenimiento, podías percibir en él un ligero estremecimiento. Tenía una voz un tanto ronca, y cuando nos recitaba poemas, tosía continuamente, de manera que nos preguntábamos si no se la provocaría una laringitis o más bien el profundo respeto con que lo hacía. Mi padre aseguraba que nunca había mantenido una conversación anodina con el doctor Meyer, y por eso me llamó esa tarde, cuando terminé de limpiar las herramientas, para que me sentara con ellos en la mesa del jardín. «Escucha lo que el doctor Meyer tiene que contar», me dijo. El tema abordado era precisamente el de los *poetae minores* alemanes: Geibel, Rückert, Gellert y Bürger, así como la «maravillosa Droste-Hülshoff». A excepción de Bürger, por entonces yo no sabía gran cosa de esos personajes. Sin embargo, el doctor Meyer cambió de tema y dejó caer algunas observaciones despectivas, dichas con enojada carraspera, sobre los judíos de su vecindario que ya habían emigrado; él no se contaba entre ellos. Él siempre se había sentido alemán, no se sentía judío ni siquiera en cuanto a cultura. Ya sus padres habían ido un par de pasos por delante de este mundo, y sólo los nazis le habían empujado de nuevo hacia esa «condición judía que le resultaba realmente extraña». A continuación volvió a sus poetas de segunda categoría, Matthisson, Hólty, Stolberg.

«Es curioso —pensaba yo—, los dos hombres aquí, bajo la fresca luz primaveral, embozados con sus gruesos abrigos..., parece como si estuvieran en una sala de espera».

Por la noche, mi padre contó que le había hecho algunos reproches al doctor Meyer por su enfoque tan arrogante respecto a los judíos de la estación de Silesia. Sin más, había admitido que era orgulloso como todos los judíos. Pero estaba permitido burlarse de los propios parientes. Mi padre, en cambio, no podía hacerlo, al menos si deseaba conservar su amistad. Después supe que mi padre había acordado que todos los sábados yo visitaría al doctor Meyer después del colegio. Ya había oído yo lo mucho que le costaba hacer la compra e ir a la oficina de correos, y me rogó que lo hiciera por él. El doctor Meyer aseguraba que estaba a gusto conmigo, y como era una persona muy culta, las visitas no me harían ningún daño. Además, era lo menos que se podía hacer por personas como él. Después de pensar un poco, mi padre añadió que iba a preguntar a los Rosenthal si les venía bien que Wolfgang fuera a su casa los sábados.

En cualquier caso, todavía transcurrieron algunos meses hasta que comenzaron las visitas, ya que, inesperadamente, el doctor Meyer empezó a poner objeciones, y mi padre creía que estaba claro que tenía miedo de permitir que un extraño viera las condiciones de su hogar. No obstante, a finales del verano de 1939 visité al doctor Meyer por primera vez, y durante un tiempo acudí a su casa prácticamente todos los sábados, mientras que Wolfgang, según recuerdo, solía desplazarse a visitar a los Rosenthal durante diez minutos cada cuatro semanas desde su colegio en la nueva Kantstrasse.

Esa etapa fue para mí sumamente instructiva, siempre llena de nuevos

descubrimientos. Por lo general, llegaba a la «casa mohosa» del viejo Berlín a mediodía, hacia las dos. Lo primero que hacía era recorrer las tiendas de la vecindad con la lista que me había dado el doctor Meyer. En el vestíbulo de su casa me comentó que, además de la bolsa de la compra, debía llevar, como lo hacía él, una cartera para la otra mano, hiciese falta o no. Él siempre llevaba un objeto en cada mano para evitar tener que hacer el saludo hitleriano, que siempre le exigían, aunque sólo fuera levantando el brazo hasta el hombro. «Yo no saludo cuando tengo *una* mano libre —repliqué yo con aire jactancioso, y añadí—: mi padre tampoco lo hace, ni siquiera cuando tiene las *dos* manos libres».

A mí apenas me molestaba el caos que reinaba en la vivienda y que tanto había incomodado a mi madre. Naturalmente, no se me escapaba que el doctor Meyer vivía en el escenario de un gran burgués que se había vuelto pobre y decadente. Las librerías, adornadas con tallas de madera oscura, llegaban hasta el techo, y aunque la estancia presentaba un orden tolerable, el doctor Meyer se disculpó por el revoltijo; él siempre había mantenido el orden en su habitación, todo lo demás era asunto de su mujer, y, antes de eso, del personal a su cargo. En algún momento empezó a hablar sobre el último viaje a la Provenza, del encuentro con sus hijos, de lo dichosos que habían sido entonces. Hasta que una mañana, hacía escasamente un año, su mujer se quedó en la cama, y tras muchos ruegos, le había explicado que ella no estaba hecha para esos tiempos y que ya no quería seguir viviendo. Él había recurrido a toda la elocuencia de la que era capaz. Pero al final ella se tapó los oídos, meneó la cabeza sin decir una palabra y ya no comió nada más. Mientras contaba todo esto, el doctor Meyer recorría inquieto la biblioteca de arriba abajo. De repente, se quedó quieto y dijo: «Al undécimo día, Hilde Meyer murió».

Algunas veces me he preguntado si era el recuerdo de sus días de vacaciones en Niza o su negativa a asumir el fallecimiento de su mujer lo que hacía que el doctor Meyer me recibiera casi siempre ataviado con un traje de verano de color beige y un pañuelo de cuello rojo. Volví a notar con claridad la precipitación con la que hablaba. Mi padre opinaba, con razón, que, cuando el doctor Meyer hablaba, transmitía la idea de que no le quedaba mucho tiempo. Cuando regresé de la compra, volvió a su mujer y a sus tres hijos, que ya hacía tiempo que habían emigrado; dos de ellos vivían en Sudáfrica, aunque no se sentían parte de ese país.

La vida se presta a muchos equívocos, continuó diciendo tras hacer una pausa en sus meditaciones, pero a veces los hombres solos se ponen sobre la pista falsa. Él era realmente una persona fracasada. Sus abuelos, vendedores ambulantes, habían vagado de acá para allá entre Cracovia y Lodz desde su nido galiciano, hasta que se quedaron varados en el Este proletario de Berlín. Si la historia de su familia hubiera sido algo más «normal», al menos él o alguna de sus hermanas podrían haber llegado hasta lo mejor del barrio de Kreuzberg, y sus hijos, hasta Charlottenburg, y los hijos de éstos, a una villa en el Grunewald. Ahora, dos de ellos vivían en Johannesburgo, y el otro, en México. «La vida ya no se atiene a unas normas —concluyó—. Pero ¿por

qué?». Lo decía como si esa pregunta no tuviera respuesta.

Sin decir una palabra más se volvió y, con gesto sombrío, repasó algunas filas y nombres en la librería. Después me pidió que le leyera algunos poemas de una antología. Yo le conté lo que hacía mi padre, que nos ofrecía un marco por cada diez poemas, y para la vez siguiente me recomendó algún poema de Heine, Platen y Rilke. «*Ich grolle nicht*» (No guardo rencor), recuerdo instintivamente, «*Es liegt an meines Menschen Schmerz*» (Está en mi dolor de hombre) o «*Jardin du Luxembourg*» (Jardín de Luxemburgo), de Rilke. Una vez me di cuenta de que al doctor Meyer se le humedecieron los ojos durante uno de mis recitados. Según recuerdo hoy, estaba leyendo «*Schlafe, was willst du mehr?*» (Duerme, ¿qué más quieres?), de Goethe; pensé que seguramente se debía a que lo veía como el cumplimiento del último deseo de su querida difunta. Más tarde nos pasamos a la prosa, y leí *Schach von Wuthenow* de Fontane y algunas novelas de Kleist. El doctor Meyer plagaba todo de comentarios literarios o históricos; más adelante leí alguno de los relatos particularmente fríos de Conrad Ferdinand Meyer, y otro día *El haya de los judíos*, de Anette von Droste-Hülshoff, y *Freund Hein*, de Emil Strauss. El doctor Meyer era mi escuela.

Al mismo tiempo me enseñaba normas de conducta, algunas de las cuales no he olvidado. Es mucho mejor para el mundo que los hombres sean tontos a que tengan prejuicios, decía una de sus máximas; y otra decía que no pagamos nada tan caro como lo regalado. Una vez también me exhortó a prestar atención a la distancia. «Es mejor que no nos abracemos unos a otros — explicaba —, porque con demasiada frecuencia el abrazado guarda un cuchillo en la manga». Y después: «En todo caso, se abraza a una mujer. Pero incluso ella suele ocultar un cuchillo bajo el camisón». Ante esta afirmación, al parecer, le debí de mirar estupefacto, pues tras esas palabras le oí reírse por primera vez: «¡Es sólo un mal chiste!».

Las visitas al doctor Meyer hicieron que me acostumbrara a no volver inmediatamente a casa al terminar las clases en el colegio. A comienzos del verano de 1939, yo estaba por entonces a medio camino de los catorce años, y mi padre me comentó que ya había llegado el momento de tomar en serio el Renacimiento italiano y encaminar mi profesión hacia su estudio. Pues si iba a dedicarme a la historia, haría bien en no remontarme más allá del siglo XV para acercarme al presente; de lo contrario, caería inevitablemente muy cerca de las épocas dominadas por los nazis. Por esas fechas encontré en su biblioteca el libro de fotografías de Alfred Hentzen sobre el Nationalmuseum. Esto supuso hallar el material complementario para mis intereses, por lo que con frecuencia, al salir de clase, me iba a la ciudad, a la Isla de los Museos. Muy pronto quedé cautivado por la espaciosa pero a la vez íntima instalación, las construcciones en escalera, las galerías y sus filas de columnas. En cuanto al aspecto pictórico, mis preferencias se centraron en las salas de los románticos, los artistas alemanes residentes en Roma y Feuerbach, Hans von Marées, Böcklin y todo entre el David tardío y Manet. Respecto a los pintores italianos, desde Giotto hasta Reni, admiraba sobre todo su genialidad técnica, la palpable pesadez del

brocado de los cuadros de Tiziano o la hermosa carnosidad de los cuerpos desnudos; pero al mismo tiempo me preguntaba por qué apenas se reflejaba en los cuadros la tan dramática agitación de la época. A menudo hablé sobre este tema con mi padre. Al final llegamos a la conclusión de que, desde el punto de vista histórico, el Renacimiento italiano era infinitamente más esplendoroso y melancólico, así como más sugerente en cuanto a materia de trabajo científico o literario, que los idilios de Olevano o Barbizon. No obstante, bajo las nieblas de Caspar David Friedrich o en el monte bajo y los pantanos de Monet se descubre más vida que en los cuadros de Salvatore Rosa o de Guido Reni, donde los santos luchan con dragones y otras jadeantes bestias venenosas. Sin embargo, mi padre opinaba que ambas cosas resultan interesantes, la figuración del arte y sus dominios de la realidad.

De tarde en tarde seguía un par de estaciones más con Gerd Donner o algún otro compañero de clase y nos íbamos al planetario, en la estación del Zoo. En realidad era un cine normal que, antes del noticiario semanal y del largometraje, nos mostraba y explicaba en la cúpula el cielo estrellado de cada día. Mis padres, un tanto ajenos al mundo, pensaban que un cine que ofrecía semejante programa complementario tan enriquecedor decididamente no podía exhibir películas de baja calidad y, en consecuencia, me veía las películas con toda tranquilidad acompañado de Heinz Rühmann, Willy Fritsch y Zarah Leander, Heli Finkenzeller y Heinrich George, en una palabra, veía todo lo que se llevaba. Mis padres se habrían sorprendido hasta cierto punto. Sólo les habría tranquilizado a medias el hecho de que, sea por instinto o gracias a las indicaciones de Gerd Donner, evité todas las películas de propaganda.

Ese verano nos anunció su visita Emil Lengyel, un amigo de mi padre de los años de Weimar, que desde entonces se había ganado respeto y reputación en Estados Unidos como profesor y como escritor político. A comienzos del verano de 1939 había iniciado un largo viaje por las capitales de Europa Occidental con el fin de examinar la situación política cada vez más amenazante. En la carta que nos mandó hablaba abiertamente sobre la responsabilidad de Hitler en la inminente guerra y calificaba al régimen del nacionalsocialismo como una versión de la dictadura húngara, de la que él había huido al acabar la Primera Guerra Mundial, pero dotada de la minuciosidad alemana.

Mi madre estaba horrorizada. «No me gusta el ardiente temperamento húngaro para la política. Y además: un americano tan enemigo de Hitler en nuestra casa —le dijo a mi padre durante la cena del segundo turno—, ¡piensa en tu familia! Nos van a buscar un lío por esto. ¿Por qué no os vais mejor a algún local?». Mi padre miró enojado delante de él y parecía pensar que no estaba dispuesto a discutir con mi madre delante de Wolfgang y de mí en esa segunda cena. Finalmente respondió:

«Al igual que tú, yo también pienso en todos nosotros. Pero la cobardía no está permitida. Eso parece olvidararlo». Mi madre se puso de pie y, con las manos apoyadas en la mesa, le replicó, no sin brusquedad: «Tú no piensas en valor o cobardía. Tú sólo tienes en la cabeza tus principios». En todos esos años, ésta fue la

única disparidad de criterios que mantuvieron mis padres en nuestra presencia.

Pero mi padre se mostró inamovible. Lengyel vino a la Hentigstrasse y, a sugerencia de mi madre, pasamos una agradable velada sentados a la mesa del jardín con pasos de Csárdás y palmoteos. Cuando se hizo de noche, el invitado hizo aparecer cinco farolillos de papel como por arte de magia y continuamos todavía un rato con los juegos. Después, apareció en su balcón el insoportable señor Henschel y nos pidió silencio: «Son las diez de la noche», rugió. En vista de esto, Lengyel y mi padre se retiraron al despacho.

Yo seguía con mis visitas al doctor Meyer, y un buen día llegamos a Thomas Mann, «indiscutiblemente el mayor poeta alemán», como solía afirmar el doctor. Hasta entonces yo sólo había oído ese nombre de pasada, pero ahora el doctor Meyer hablaba con su voz ronca sobre la categoría del poeta, el premio Nobel, el hermano mayor de Heinrich y la capacidad literaria de sus hijos. Sin embargo, yo me hacía un lío con tantos títulos y nombres. Al final me leyó algunas páginas de *Tonio Kröger* y me comentó que el libro era la versión más breve del problema que afectó a Thomas Mann durante toda su vida. Todos sus protagonistas eran gente marginada, y cada uno de sus libros representa una variación sobre el tema. Una vez citó de un tirón algunos pasajes de *Alteza real* y de *Los Buddenbrook*. Se subió a una escalera plegable y cogió de la librería algunos volúmenes del escritor. Después de hojearlos, me pasó *Los Buddenbrook* para «la próxima quincena» y me rogó encarecidamente que no doblara ninguna hoja del libro ni lo perdiera o estropeará bajo ningún concepto. Thomas Mann no gustaba en esa época y, por tanto, era muy difícil hacerse con alguna de sus obras nuevas.

Empecé a leer las primeras páginas del libro cuando todavía iba en el tren, pero durante la cena no comenté nada, ya que conocía las reservas de mi padre ante toda la literatura novelesca. Una vez que mi tía Dolly, que trabajaba como bibliotecaria, trajo para Wolfgang *Narciso y Goldmundo*, de Hermann Hesse, a mi padre no le hizo gracia y dijo que las novelas eran generalmente para amas de casa desocupadas o para sirvientas. Tras una larga discusión, se leyó dos o tres páginas del libro y se lo devolvió a Wolfgang con un burlón «Vale, vale, ¡que te guste, señorita Magda!».

Su actitud respecto a Thomas Mann fue diferente. Pasados unos días, precisamente cuando había llegado a la descripción del fallecimiento del tío de Gotthold, mi padre descubrió el libro y me preguntó de dónde lo había sacado. Cuando le hablé de la predilección del doctor Meyer por Thomas Mann, me contestó con total indiferencia: «El doctor Meyer no lo sabe, pero no quiero a Thomas Mann en casa». Aunque era un escritor importante, era un irresponsable en política. Para él, continuó mi padre, Thomas Mann había perdido todo crédito con sus *Consideraciones de un apolítico*. Este libro, precisamente por estar tan bien escrito, había hecho más que el propio Hitler por el distanciamiento de los ciudadanos respecto a la República. Algo así no tenía disculpa. Por tanto, me invitaba a devolver el libro al doctor Meyer de inmediato, y él mismo le enviaría unas líneas aclaratorias.

Cuando regresé del colegio al día siguiente, el libro ya estaba en la oficina de Correos; mi madre comentó que había tenido cosas que hacer por allí cerca y había hecho el envío en mi nombre. El doctor Meyer me recibió el sábado siguiente meneando la cabeza y con *Los Buddenbrook* en la mano. Tímidamente, me dijo que mi padre quizá no sabía que la literatura es simplemente un juego. Se tomaba a los autores y los libros demasiado en serio. Toda buena literatura debe ser, por decirlo de alguna manera, un circo en casa, y tiene un lado algo humorístico. Algunas semanas más tarde pude comprobar cuánta razón tenía, cuando mi padre me exigió de nuevo que devolviera un libro. Esta vez se trataba de *Ein Kampf um Rom* (La batalla por Roma), de Felix Dahn, que me había prestado Heinz Steinki, el hijo de un sastre de la Blumenstrasse. Mi padre dijo que sentía actuar en este caso como un censor, pero tampoco quería en casa a un autor políticamente tan sospechoso como Felix Dahn. «Convivimos con gente así —decía—, se puede decir que se cuelan en la familia». Meneó la cabeza de un lado a otro: « ¡Felix Dahn nunca formará parte de ella!». En consecuencia, durante años nunca he sabido con detalle cómo pudieron llegar los godos a Cosenza y cómo les fue históricamente cuando hubieron enterrado a su rey, junto con su tesoro de oro, de noche en Busento. Lo que sí tuve claro fue la gravedad del trauma que causó el hundimiento de la República de Weimar a sus partidarios.

Por esa época más o menos volvió a aparecer Sally Jallowitz, a quien mi madre no podía soportar. Yo le conté la evolución de los domicilios por los que había pasado el doctor Meyer, según la cual la primera generación de judíos inmigrados se había establecido poco menos que en graneros, y cien años después los nietos residían en Grunewald. Desgraciadamente, esto ya se había acabado, había dicho el doctor Meyer, y él mismo era un ejemplo de lo incapaces que se habían vuelto los judíos. Jallowitz se limitó a sonreír con su inquebrantable optimismo. Sus padres y él habían vivido en un sótano en Andreasplatz; y ahora ya no vivía en una vivienda del subsuelo detrás de ropa tendida, sino en una confortable casa de vecinos cerca del Spittelmarkt. Sí que era verdad que todavía tenía que ir con dos pesadas maletas visitando a los clientes, pero eso ya no le afectaba. Tenía escondida una «bonita suma» que había ahorrado, así como algo de plata, debajo de una tabla de madera de la tarima de su pequeña pero acogedora vivienda de dos habitaciones: «Los muebles, todos sin excepción, del Barroco más noble y moderno». Y pensaba casarse en un breve plazo.

«Pero yo le juro a usted —empezó a decir mientras se quitaba el sombrero para secarse el sudor del cuello y la frente— que mis hijos vivirán en Charlottenburg sin tener que dar el rodeo de pasar por la Seydelstrasse, y uno de los tres o cuatro hijos que tendré quizá vivirá en Grunewald. ¡Lo juro!».

A comienzos del verano de 1939, el fundador y director de la escuela de idiomas donde mi padre estudiaba italiano y ruso le propuso la dirección de la oficina de Berlín. Al recordarle mi padre la prohibición administrativa que pesaba sobre sus clases particulares, el doctor Hartnack le cortó diciendo que, después de seis años,

hasta los nazis se habían vuelto más tratables. No obstante, recomendó a mi padre que presentara una solicitud en la oficina correspondiente en la que pidiera la autorización necesaria, y mi madre acudía todas las mañanas a la «misa rogativa» para rezar por un feliz desenlace del asunto. La respuesta llegó unas tres semanas después: no se había podido conceder la autorización, decía el escrito, porque el «comportamiento conocido del solicitante en los círculos oficiales» no mostraba que su filiación política hubiera cambiado en los años precedentes. Ni siquiera había terminado su petición tal como estaba ordenado desde hacía años, con el «saludo alemán». En cuanto la oficina tuviera constancia de que el solicitante mostraba una apreciación positiva del ordenamiento nacionalsocialista así como del Führer Adolf Hitler, estaría dispuesta a reconsiderar las circunstancias.

Mientras mi padre lanzaba sobre la mesa el escrito, exclamó con risa enojada: «Esos tipos asquerosos pueden esperar sentados, todos eran colegas», mientras mi madre no disimulaba su desesperación. Aunque resultaba evidente cómo la impresionaba la intransigencia de su marido. A veces la veía por la noche agotada después de todo el día, sentada en el sillón del salón, cuando se le cerraban los ojos mientras remendaba y parecía invadirla una especie de desmayo. Si sentía que la observaban, entonces pegaba un respingo y decía sonrojándose que no se había dormido, que sólo estaba meditando. Después me pedía que le hiciera compañía durante un buen rato, pero yo solía fracasar en mi intento de encontrar un chismorreo divertido. Por tanto, le hablaba de las redacciones para el colegio, del pacto hecho con Wolfgang, según el cual yo ya no iba a apoyar al Schalke 04, sino que en el futuro iba a ir con el Rapid de Viena, y de mi observación de que últimamente había visto a bastantes personas con perros pastores. Al final mi madre dijo: «Seis o siete años, y mundo y hombres irán de cabeza». Ella jamás lo entendería.

Por esas mismas fechas se despidieron Walter Rosenthal y su atractiva mujer. Habían dejado de entender a los alemanes, contaba él por teléfono, y en tres días abandonarían el país a pesar de todas las dificultades que les ponían las autoridades. Les habría gustado ir a despedirse, pero las circunstancias se habían precipitado. Después se puso Sonja Rosenthal para decir unas «simples palabras de despedida». Solamente quería decir que la poca confianza que todavía conservaba en la gente debía agradecérsela a algunos amigos berlineses: «Quizá no tan pocos», añadió. Dijo un «¡Hasta la vista!», que sonó casi como una pregunta, y colgó.

Pero en conjunto, el verano de 1939 fue para mi hermano Winfried. Un día llegó a casa casi sin aliento debido al cansancio y la alegría y gritó: «¡Lo he conseguido! ¡Por fin! ¡Ya lo he logrado!». Llevaba dos o tres meses practicando el molinete grande en la barra fija con una determinación propia de su juventud y sin importarle el tiempo que hiciera. Wolfgang, que no era un gimnasta especialmente dotado y que sólo conseguía hacer el molinete flexionado, pronto se había dado por vencido, y yo, después de dos semanas, era capaz de hacer el pequeño molinete gigante, mucho más fácil. Únicamente Winfried había seguido esforzándose hasta conseguir por fin no

sólo una rotación, sino dos molinetes gigantes. Toda la familia, incluidas mis dos hermanas, que nunca habían mostrado interés por nuestro mundo de chicos, le seguimos hasta el jardín. Como ellas estaban invitadas a un cumpleaños, llevaban en el pelo grandes y coloridos lazos en los que mi madre había puesto mucho empeño antes de la interrupción para que todo estuviera «como es debido». En esto, Winfried saltó a la barra desde una silla, tomó impulso un par de veces y se lanzó a hacer el molinete. Al terminar, quedó clavado en el suelo, y el viejo Katlewski resultó a su vez tan impresionado que se ofreció a inscribir a Winfried en el club gimnástico de Karlshorst, el KTV 1900, y mi padre despertó nuestra envidia cuando le dio a Winfried un marco: la misma cantidad que por diez poemas.

Al día siguiente pasó por casa por casualidad Hans Hausdorf, que seguía haciendo negocios lucrativos con la venta de instrumentos de dentista y accesorios, y vio una exhibición del molinete. Quedó tan asombrado que sacó cinco marcos de la cartera. Pero cuando se enteró de la cantidad que le había dado mi padre a Winfried, le dio también sólo un marco: «No puedo darte más que tu padre», dijo, y Winfried respondió con sequedad: «¡Claro que puede! ¡Pero no quiere!». Entonces, el señor Hausdorf, después de titubear un poco, añadió setenta *pfennigs*. «¡Con este dinero tienes que invitar a tu familia a un helado!».

Por esas mismas fechas, el organista de nuestra iglesia se mostró dispuesto a darnos clases gratuitas de piano a mis dos hermanas y a mí. En el caso de mis hermanos, se habían mostrado tan despectivos ante la simple pregunta sobre la clase, Wolfgang incluso un tanto burlón, que no tuvieron opción. El señor Tinz era una persona muy temperamental, dotado de la típica amabilidad renana, medio calvo y con el pelo de los lados peinado hacia atrás. Me enseñó tanto la postura del pianista como los distintos tipos de pulsación, y no sólo me acercó a compositores de los que yo apenas sabía algo, como Händel, Telemann o Schütz. Me enseñó mucho más su incesante entusiasmo, que en una conversación podía llegar a cansar. Decía que en la música era necesario el sentimiento tanto en intérpretes como en oyentes; «sin fuego» no queda de ella más que «resoplar en un montón de ceniza»: la pasión es más importante que la técnica, nos decía con su aguda voz. Una vez, después de una de sus ilusionantes clases, que él solía terminar con un movimiento transcrito en lo posible como *presto* de alguna sonata clásica, le pregunté a mi madre si, tras aquella hermosa apoteosis de artista, querría ella tocar el *Ah, vous dirais-je maman* o algunas de las danzas de Johannes Brahms, y ella me miró sonriente y casi compasiva desde su fogón. Con un laconismo que no solía ser habitual en ella, explicó: «¡Ahora no es momento!».

Ahora procede hablar de mi nuevo amigo, que también al piano me sacaba al menos un año: Wigbert Gans había llegado a nuestra clase hacía poco. Procedía de Halle, y las circunstancias quisieron que un año antes su padre también hubiera sido «despedido» de su puesto de director de instituto, como le había ocurrido al mío en abril de 1933. Bajo su pelo ondulado, su cara mostraba una concentración reflexiva, y

Hans Hausdorf, que coincidió una vez con él en nuestra casa, opinaba que Wigbert escuchaba con tal vehemencia que provocaba desazón. Un día apareció por el colegio como salido de la nada, y después de cinco horas de clase todos sabíamos que ya teníamos un nuevo «primero» de la clase. No solamente nos aventajaba a nosotros y a algunos profesores en todas las asignaturas de ciencias naturales, sino también en las lenguas extranjeras, e incluso en la clase de gimnasia se contaba entre los mejores, en contra de todas las reglas del primero de la clase. Como no era ambicioso ni fanfarrón, desde el primer día se integró en el grupo. Poco después me visitó en Karlshorst por primera vez, y se presentó a mis padres con unas desconcertantes palabras:

«Yo soy Wigbert Gans, y procedo de una familia que también es "de buena ley" o "anti", como ustedes prefieran».

Nos hicimos amigos rápidamente, y también conseguimos sentarnos juntos en uno de los pupitres dobles. Intercambiábamos las más dispares experiencias, criticábamos sin piedad la falta de conocimientos de nuestro profesor el doctor Appelt, y también leíamos juntos *La leyenda de los nibelungos*, *Hiperión* de Hölderlin y a Knut Hamsun. De vez en cuando, al acabar las clases seguíamos un par de estaciones más hasta Alexanderplatz o hasta la Friedrichstrasse, y los peinados cardados, las blusas llamativas o las medias de malla verdes de las damas que se dejaban ver por allí nos parecían más excitantes que ellas mismas. Algunas veces también callejeábamos por la zona entre Hackescher Markt y Mulackstrasse, y mirábamos perplejos los zaguanes y las viviendas de los sótanos de este submundo mohoso. Delante de las entradas de las casas colgaba ropa mísera, ollas o lencería; del subsuelo subía un avinagrado olor a pobreza. Había vendedores de colillas dispersos por la zona que tenían las mercancías colocadas con todo esmero sobre viejas tablas y clasificadas según tipo y longitud. Tres puntas de cigarro costaban un *pfennig* un cigarro a medio fumar, tres *pfennig*. También pasamos al lado de algunos grupos de judíos que hablaban con las cabezas muy juntas y que, incluso en los calurosos días de verano, llevaban abrigos y sombreros oscuros. Transmitían una impresión de abandono y una sensación, difícil de explicar, de fascinación, estremecimiento y tristeza.

El instituto Leibniz era una escuela sin reputación, nada comparable con instituciones docentes tan legendarias como el instituto Fichte, el Graue Kloster o el Canisius-Kollege, cuyos nombres se saludaban con admirativos levantamientos de cejas. La pedagogía algo simple de la mayoría de los profesores enseñaba sobre todo a estudiar y asociaba la adquisición de conocimientos con un sencillo sistema de la valoración apropiada.

El director del colegio, Wilhelm Weinhold, pasaba por ser un nazi convencido, pero en realidad no lo era. El porte marcial que se esforzaba en mostrar y su barbilla pegada al cuello conferían a su autoridad algo de afectación. Los acuosos ojos, que tenían una expresión penetrante cuando echaba las reprimendas, también revelaban el

esfuerzo que le costaba aparecer como el «sargento Wilhelm», que era como le llamaban los alumnos. ¿Pero fue de verdad casualidad que encomendara los temas ideológicos precisamente al apocado señor Pfaff, cuyo dialecto suabo nos provocaba la risa cuando hacía sus patéticas declamaciones? Mientras él explicaba por párrafos y con expresión perpleja *El mito del siglo XX*, de Alfred Rosenberg, nosotros colocábamos bolsas con agua encima de la puerta de clase, hasta que él se desmoronaba, en un suabo totalmente ininteligible, entre el griterío de la clase. Llevándose las manos a las sienes, trataba de buscar ayuda en el director Weinhold, que no hacía otra cosa que acudir a nuestra clase con enérgicas zancadas y con su barbilla pegada al cuello para ordenarnos repetidas veces «¡De pie!», «¡Sentados!», y daba el incidente por concluido con una llamada de atención sobre la guerra y el buen nombre de la institución. Como antiguo alumno de teología, durante la celebración anual de la Navidad en el salón de actos del colegio, y después de haber celebrado la parte oficial con cánticos nazis y poemas políticos, hacía retirar del salón la bandera con la cruz gamada antes de pronunciar un discurso religioso entre la lectura del evangelio y el canto del *O du fröhliche*.

También estaba el profesor de historia, el doctor Schmidt, un calvo que llevaba trajes de *tweed* y al que le gustaba contar episodios de su vida, además del sensible doctor Hertel, que nos daba clases de alemán y latín, así como el profesor de geografía, el doctor Püschel, un hombre gruñón al que, ante una pregunta complicada, le brillaban los ojos y se acariciaba el bigote con el puño cerrado. Cuando la clase comprendía demasiado bien sus ambigüedades políticas con la percepción ágil propia de los chicos de la gran ciudad, se corregía aturullado, no sin enlazar su rectificación con un nuevo sentido oculto: un verdadero patán, un villano, que con el tiempo se reveló como un funambulista político, en contradicción con su carácter y temperamento.

Y, finalmente, cuando estábamos en segundo curso, apareció la señorita Schneider, que se presentó como la nueva profesora de gimnasia y que, cosa rara, respondía al nombre de «señorita Doris». Era atractiva y tenía una figura en la que, según el experto Gerd Donner: «Todo está en las curvas exactas y los lugares precisos». Para perplejidad de los alumnos, venía a clase en pantalones, lo que a nosotros nos causaba una especie de entusiasmo, aunque no así al claustro de profesores, según dicen, que lo tomó con extrañeza no disimulada. A la señorita Doris le gustaba inventarse nuevos ejercicios para hacer en el potro, la barra fija o las espalderas, todo ello con amplios saltos, y para ayudar al saltador le cogía a la salida del ejercicio con un fuerte abrazo. Muy pronto algunos reconocieron que la beldad de pechos turgentes ayudaba no sólo con los ejercicios físicos, sino que brindaba otras muchas posibilidades. Schibischewski fue el primero que aprovechó la oportunidad. Cuando volvía de un salto de plinto, nos hizo la siguiente observación: «¡Diana!», mientras Jendralski hacía gestos y Gerd Donner se limitaba a levantar dos dedos de la mano derecha, con lo que él siempre quería decir con eso. La semana siguiente se

presentó con una «delegación» de tres condiscípulos ante el doctor Weinhold para manifestarle que, según «opiniones profesionales» y también en pro del deseable «fortalecimiento político», eran necesarias dos horas complementarias de gimnasia. Tras largas negociaciones, se decidió cumplir el «deseo ejemplar» de la clase con una hora más de gimnasia.

El tercer curso del instituto Leibniz tenía en Gerd Donner un líder nato. En la escuela primaria había tenido que repetir un curso, y por ello no sólo era mayor que los demás, sino más experimentado que nosotros. Además, tenía un instinto darwinista de supervivencia que había adquirido en los patios interiores del barrio obrero SO 36. Siempre iba vestido algo cursi y jugaba continuamente con el peine de bolsillo que sacaba en cada recreo y que, con la cabeza echada hacia atrás, se pasaba por el largo pelo rizado, cortado a la última moda. Su belleza proletaria le permitía, como experto, contemplar con asombro los bares de noche llenos de misterio y de historias excepcionales de mujeres. Según su lema, había que entrar siempre por las puertas traseras, así se alcanzaba mejor el objetivo. Una vez, de camino a la estación, me llevó a casa de un compañero de clase al que conocía de su época de primaria, Harry Wolfhart, cuyo padre tenía una colección de más de mil soldaditos de estaño. Bajito, algo corpulento y con el pelo cortado a cepillo, este hombre de unos cincuenta años mostraba tanta melancolía natural como nostalgia por sus antiguas e interminables noches de bebedor. Disfrutó enseñándonos los armarios de una habitación doble muy recogida donde guardaba su colección y hablándonos sobre las banderas que reproducían fielmente el original, los uniformes y las piezas de artillería.

Después nos dejó solos. Harry explicó que llevaba días organizando la batalla de Jena y Auerstedt con unos dos mil soldados uniformados como los de la época. Con un libro sobre la batalla abierto a su lado, señalaba los geniales movimientos envolventes de Napoleón, hacía avanzar unidades, las desviaba o las hacía huir en desbandada. Gerd me había avisado antes de llegar: cuando la batalla estaba en marcha, a veces a Harry le invadía la rabia y quería hacer trampas. Entonces sacaba una antigua cadena de lámpara de una de las cajas que había al pie de la vitrina y empezaba a derribar las filas, hasta que mandaba al diablo toda la bonita formación que estaba dispuesta para la batalla.

Eso fue lo que pasó exactamente durante nuestra visita, y Gerd comentó más tarde que ese día la acometida se había producido muy pronto, pues Harry había querido impresionarnos. Cuando le pregunté a Gerd la razón de ese ataque de locura, me contestó que Harry no estaba loco; simplemente, reproducía la vida. Su padre había sido un afortunado comerciante que había perdido todo por una serie de desgracias y que, desde Dahlem, había pasado a este oscuro rincón de Berlín. De hecho, mientras atacaba el terreno de batalla jadeante y con la cabeza enrojecida, Harry había gritado totalmente fuera de sí: «¡Yo soy el destino! ¡Nadie escapa de mí! ¡Soy todopoderoso!».

Gerd sabía que cada arrebató de su amigo le costaba entre ochenta y cien soldaditos. Algunos se podían volver a soldar, se pegaban, se pintaban de nuevo y se podían volver a exponer. Sin embargo, casi la mitad de los «gravemente heridos» se perdían, así como la totalidad de las veinte casitas repartidas por el terreno en torno a Auerstedt. El padre, añadía Gerd, solía llorar cuando veía sus ejércitos destrozados. Pero permitía que pasara.

CAPÍTULO 5

DESPEDIDAS

Del verano de 1939 guardo los más felices recuerdos. Un día radiante seguía al anterior, y además hizo tanto calor que el cochero de los carritos Bolle de productos lácteos tenía que poner hielo continuamente. A veces, el camión de riego subía por la calle, rodeado siempre de una cohorte de niños alborotadores, y conservo imborrable el olor que dejaba el vapor del agua con la que mojaban el asfalto caliente. En muchos tramos del recorrido esperábamos ese momento en que nadie nos viera para meternos debajo del chorro del agua, hasta que el personal del carretón, como en el caso del lechero, nos echaba. El calor hacía que resultara demasiado cansado jugar a balón prisionero, por lo que solíamos jugar a pillar la bola, un juego en el que se trataba de hacer correr al equipo contrario calle arriba y calle abajo detrás de una pequeña bola de cuero.

A pesar del sol abrasador, algunas veces jugábamos al fútbol. Todavía recuerdo que nuestra Hentigstrasse 1937, al igual que el legendario Breslau Elf ganó ocho a cero a Dinamarca (todavía puedo citar de corrido los nombres de los jugadores, empezando por Jacob, Janes y Münzenberg, y siguiendo con Kupfer, Goldbrunner y Kitzinger), perdió ocho a cero frente a la Marksburgstrasse; una deshonra que, durante años, clamó por la revancha, que logramos en alguna ocasión. Los frutales estaban muy cargados de frutas en este último verano de paz, y durante el día estábamos muy atareados acarreando agua para los árboles del jardín y para las gallinas. Hacia el final de las vacaciones volvimos a Walken, y al poco de regresar a Berlín, después de las peleas mañosas con el tío y las horas de baño en el lago Packlitz, el cielo se oscureció.

«Habrà guerra», dijo mi padre un día al regreso de su tertulia, «y será inminente». A casi nadie que se lo dijera quería creerlo. «Usted y su pesimismo», le llegó a decir, incluso, algún amigo. Cuando estalló el conflicto, sufrió un nuevo desengaño. Estaba de acuerdo con sus compañeros de tertulia en que Hitler era del tipo de «cobarde temerario»; las personas así suelen llegar al límite, pero al primer contratiempo serio se rompe la cuerda y, con lo que les queda de petulancia, se pegan un tiro. Todos los tertulianos estaban de acuerdo en que Hitler era un suicida nato. Sin embargo, tanto los ingleses como los franceses habían permanecido inflexibles, y Hitler no se había suicidado por eso. «Éste se carga todos los principios», dijo mi padre durante la cena del segundo turno.

El sábado 3 de septiembre de 1939, cuando empezó a correr el ultimátum

británico de dos horas, después de ir a la iglesia nos dirigimos a casa de los abuelos a desayunar. Mi madre estaba totalmente afligida, y unos días antes la había escuchado decirle a mi padre: «¡Todavía nos van a quitar a los niños!». Hacía años que lo arriesgaban todo, replicó mi padre, y habían conseguido muy poco, y ahora mi abuelo intentaba tranquilizarlos afirmando que Wolfgang y yo éramos demasiado jóvenes para esta guerra, que los avances de la tecnología no permitirían los frentes fijos y que la contienda duraría uno o dos años como mucho. Tras la comida emprendimos la vuelta a casa a través de la Stechlinstrasse hacia el Seepark, pasando junto a los altos rododendros y magnolios, y, sorprendentemente, muchos paseantes volvieron a saludar a mi padre, incluso gente que antes «se cruzaba de acera» llegó a intercambiar unas pocas palabras con él. La mayoría seguía siendo «fiel al Führer», pero algunos parecían empezar a percibir que el país se había metido en una aventura incierta.

La guerra la notamos sobre todo en el hecho de que los faroles se apagaron de golpe. Cuando llegaba la oscuridad, en el interior de las casas se tapaban las ventanas con cartones negros, y si a alguien se le olvidaba, desde abajo se oían varias voces que chillaban: «¡Fuera la luz!». Por la calle te cruzabas cada vez con más gente que llevaba una señal fosforescente en el abrigo o que se marcaba el camino con una linterna pálida. En lugar del camión de riego, por la calle sólo circulaban vehículos desde los que se gritaba: «¡Leña por mondas de patatas! ¡Venga, señores!

¿Quién tiene todavía mondas de patatas, crudas o cocinadas? ¡Aquí traigo la leña más fina para su estufa!», al tiempo que hacían sonar su campana.

Al margen de todo esto, la guerra se notaba en cualquier caso por la vida acelerada. Los transeúntes, entre los que ahora surgían de repente soldados o enfermeras, parecían correr con mucha prisa por las calles, los revisores del tranvía daban órdenes con impaciencia, los triunfalistas noticiarios de la radio sonaban más fuerte que antes, interrumpidos por *Das Engelland-Lied* (La canción de la tierra de los ángeles), que se alternaba con *Erika* y, por supuesto, con las orgullosas mujeres a las que Heinz Rühmann rompía el corazón con su encanto. La célebre bomba aérea alada, más alta que un hombre, que años atrás se había colocado como monumento en Rondeel, un buen día apareció adornada con un festón de flores con los colores ingleses, y muchos dudaron de que la corona estuviera dedicada a los valientes pilotos alemanes y a sus sacrificios. Después volvía a salir por las ventanas abiertas el vocerío de los receptores populares con arengas, proclamas y vivas. Una amiga de mis padres contó que había encerrado a sus dos criadas en la habitación de la radio para que oyeran un discurso de Hitler diciéndoles que, si le habían votado, tenían que escuchar palabra por palabra lo que tuviera que decir. Una noche mi padre comentó que él ya no podía oír más las sempiternas «arengas apasionadas», te hacían sentir patético simplemente al pedir una sopa de guisantes en Aschinger. Yo encontré bastante cómico ese comentario. Sin embargo Wolfgang dijo, con total indiferencia, que la gracia es lo que había sido patético.

Esas Navidades de 1939 me encontré sobre la mesa de los regalos, junto a un

jersey, tres pares de calcetines y una camisa, un libro sobre la armada inglesa de un reputado historiador británico. Mi padre me explicó que esto era, de alguna forma, el resarcimiento por *Los Buddenbrook*, pues los libros sobre estos temas eran más provechosos que los de ficción, y en este caso, además, ayudaban al lector a conocer a qué enemigo se enfrentaba Hitler. Yo estaba a punto de ponerme a llorar, y mi padre intentaba consolarme, pero el libro me chafó el día de Navidad. Al principio él pensó que podría hacerme cambiar de opinión con palabras tranquilizadoras. Sin embargo, yo me iba poniendo de peor humor, hasta que le pregunté si al menos no podía haber sido un libro sobre el Renacimiento. Entonces mi padre me acusó de ingratitud y de amargar a todos la alegría por la Navidad. Furioso y con infantil temeridad, le respondí que no podía hablarme de esa manera. Al final, los dos estábamos «contra el mundo». Mi padre me miró dubitativo durante un buen rato, y temí un estallido de cólera. Pero, sencillamente, me abrazó. Este silencioso gesto expresaba al mismo tiempo reconocimiento y autocrítica. El incidente no volvió a comentarse nunca más.

Muy pronto encontramos apoyo para nuestra alianza «contra el mundo». Hacía ya algún tiempo que habíamos observado al nuevo párroco mientras decía sus oraciones paseando por los caminitos del jardín de la iglesia. Un día, mi padre intercambió con él algunas palabras, comprobaron que coincidían en algunos temas, y a partir del contacto casi diario se desarrolló una buena amistad. Sus misas eran de una formalidad litúrgica orientada al modelo benedictino, y además el párroco resultó ser una persona culta y de risa pronta. Era alto, y poseía una dignidad natural y numerosas arrugas en la cara, como huellas de su sonrisa.

Wittenbrink procedía de Waldenburgo, en la cuenca carbonera silesiana, y estaba profundamente ligado al mundo austriaco. Su enorme interés por la historia de los Habsburgo, las artes plásticas y la música lo había heredado de su madre, cuya ascendencia se remontaba a la nobleza de Silesia del siglo y que había nacido como princesa de Pless. En cambio, su aptitud para la comedia se la debía a su padre, un veterinario. Siempre que tenía ocasión, nos representaba alguna situación cómica. Todavía hoy recuerdo una imitación de un orador en el Hyde Park londinense que tenía un defecto de pronunciación, de tal manera que la «s» o la «th» las pronunciaba siempre como «sch». O la de una dama en el Café de París que se quería liberar de un molesto pelo que tenía en la nariz, y primero se ocultaba detrás de la carta de bebidas, después utilizaba un pañuelo de seda y, por último, intentaba ayudarse con la flor roja que llevaba en su solapa. Pero antes de que terminara con toda la operación, algunos de los clientes que estaban sentados a su alrededor empezaron a reírse, primero de manera disimulada y luego ya a carcajadas, lo que brindaba al narrador la oportunidad de imitar los más diferentes registros de las intensas risas que llegaban hasta la última fila.

A ambos les unía su apego a lo religioso y lo católico, que se daba por descontado en la forma de pensar de mi padre. Los dos eran personas creyentes, tanto por su mentalidad como por su educación. La familia iba a misa todos los domingos, y tanto

Wolfgang y Winfried como yo mismo colaborábamos como monaguillos. También habíamos ayudado a la construcción de la nueva casa de Dios en 1936 acarreando piedras o material de construcción, y habíamos intentado, junto con otros niños, ser útiles de alguna manera. Con todo, mi padre no estaba ciego ante los funestos desaciertos del catolicismo político; sin embargo, durante largo tiempo los consideró como una manifestación de ingenuidad eclesiástica. Nunca renunció a su convicción de que una persona estaba «incompleta» sin un compromiso religioso. Ni la razón ni el andar erguido es lo que separan al hombre del mono; la diferencia entre uno y otro viene marcada por la necesidad de creer en una vida futura.

Las conversaciones con Wittenbrink, que empezaron siendo distendidas, pasaron a ser de amistad más profunda cuando empezaron a intercambiar puntos de vista políticos bajo los castaños que había junto a la valla del jardín, justo al lado de la gran mesa. Las confidencias se ampliaron cuando constataron que coincidían en considerar a Hitler como una «caricatura del anticristo». Una vez pregunté si la resistencia a una dictadura se podía justificar teológicamente y si el tiranicidio estaba considerado como un pecado, y por primera vez oí nombres como Altusio o conceptos como el de los dos reinos. En otra ocasión discutieron sobre la eterna cuestión de cómo el Creador podía tolerar la maldad en el mundo, o si se podía impartir la absolución a quien se confiesa, cuando reconoce su odio contra un vecino o un régimen político, pero les sigue odiando mientras está en el confesionario y no muestra el arrepentimiento necesario para recibir la absolución. Yo estaba sentado en la mesa del jardín, en el sitio donde solía hacer mis deberes escolares durante el verano, mientras seguía también los debates que se traían, y al llegar a la cuestión de la absolución, Wittenbrink permaneció inflexible: «¡No hay absolución para quien siga odiando!», insistió, teológicamente no existe la menor duda al respecto. En cierta manera, mi padre tenía razón con sus argumentos frente a esa opinión tan estricta, pero la Iglesia no podía hacer excepciones. Mi padre permaneció callado durante un rato, buscó otras justificaciones y, cuando se marchaba, meneando la cabeza murmuró que Dios consideraría las circunstancias; en cualquier caso, confiaba más en él que en los teólogos.

Junto a estas cuestiones, también se discutía de asuntos ajenos a la teología, como, por ejemplo, si el protestantismo tenía algún futuro, después de las experiencias de los últimos años y de su apoyo desde el púlpito como una SA divina. De todos modos, objetó mi padre, la lengua alemana le debía mucho al protestantismo a través de Martín Lutero, la música, a través de Johann Sebastian Bach, y la cultura en su conjunto, por los autores protestantes desde Lichtenberg hasta Nietzsche. Y tampoco había que olvidar a la Iglesia reconocida.

Apoyados en los picos de la valla con los brazos cruzados, prosiguieron la conversación y estuvieron de acuerdo en que tampoco la Iglesia católica había aprobado sin tacha su examen de confirmación durante los primeros años de Hitler. Alguna que otra vez la conversación se perdía en especulaciones, como por ejemplo

si en el más allá se oiría música. Seguro que no las composiciones paganas de Richard Wagner, objetó Wittenbrink horrorizado, pero sí Mozart, Haydn y Schubert, sobre todo Schubert. Mi padre encontraba estas reflexiones completamente equivocadas. ¿Qué será entonces, replicó, del suicida enamorado Heinrich von Kleist, del Goethe de *Las afinidades electivas* o del marqués de Sade y su obsesión por el pecado? Él les daba una oportunidad a todos los músicos, poetas y artistas plásticos en el reino de los cielos, ya que las locuras que se les ocurrían carecían de significado en el más allá. Personalmente, tenía esperanzas en escuchar allá arriba, junto a Schubert, también a Paul Lincke o Emmerich Kálmán, e incluso confiaba en que Claire Waldoff también fuera admitida, en caso de que él pudiera decidir.

A pesar de las muchas sombras que caían sobre las conversaciones, tocaron muchos temas, y años más tarde mi padre se acordaba todavía de ellas con fervor. Aseguraba que había sido una manera de equilibrar la cadena repleta de exigencias con que le oprimía el régimen de Hitler. En cuanto veía desde la ventana de su cuarto de trabajo que el párroco salía al camino del jardín del terreno colindante, bajaba rápidamente a su «academia», como decía a veces, y también parecía que a Wittenbrink le agradaba la oportunidad de interrumpir sus rezos. Para mí, sentado a la mesa del jardín, era una especie de escuela superior o, al menos, su antesala. Por primera vez experimenté la plenitud de los argumentos, las incongruencias de la vida y, además, sobre cuántas cuestiones se podía discrepar. También percibí la satisfacción que nacía del desacuerdo, así como del esfuerzo por encontrar argumentaciones para el punto de vista propio y mantenerlo con la mayor convicción posible. Sin embargo, la lección más importante que aprendí de estos diálogos fue que había reglas para llevar una discusión de manera amistosa. De vez en cuando he pensado que el efecto imborrable de estas «conversaciones en la valla del jardín» se debe, quizá, a que ninguna frase iba dirigida a mí en plan didáctico. Si bien es verdad que cuando tocaban algún tema político o erótico, alguno de los dos me lanzaba una mirada inquieta, sin embargo nunca me invitaron a que me fuera para que no lo oyese, o a que fuese a echar un vistazo a los groselleros que se encontraban en la otra punta del jardín.

Uno de estos días de la primavera de 1940, justo cuando yo entraba en casa después de dejar mi sitio en la mesa del jardín, sonó el teléfono. En el otro extremo de la línea se percibía un interlocutor que claramente llamaba desde un teléfono público y que casi sin respiración dijo con voz disimulada: «¡Van a recibir una visita!». El comunicante no dio nombre alguno, no dijo nada más y no se despidió. Simplemente colgó. Desde la ventana llamé a mi padre para que subiera. «¡En diez minutos!», respondió, pero yo debí contestarle: «¡No, inmediatamente! ¡Es importante!». Muy extrañado, tiró a un lado la pala con la que en ese momento estaba arreglando las hortalizas y subió. Me preguntó, qué era eso tan importante, yo le conté lo de la llamada, y cuando iba a preguntar qué podía significar eso, él ya estaba en el cuarto de estar junto a la radio sintonizando Beromünster en la emisora de

Alemania, acto seguido fue a toda prisa al cuarto de trabajo y cogió el primer torno del *Marlborough* de Winston Churchill, que no sé de dónde lo habría sacado, para colocarlo en un estante, y después fue cuarto por cuarto revisando lo que pudiera haber de «sospechoso».

Todavía estaba mi padre apurado por todas las habitaciones, cuando llamaron a la puerta. Sin mediar palabra alguna, dos hombres, que a pesar de su vestimenta civil parecían uniformados, se metieron en casa mientras hacían con energía el saludo hitleriano. Junto con mi padre pasaron al despacho, y desde la habitación contigua estuve escuchando voces tranquilas que en alguna ocasión pasaron a un intercambio de palabras un poco más fuerte. Los visitantes se fueron al cabo de una media hora sin haber comprobado la radio. Mi madre, que desde la llegada de los hombres de la Gestapo había estado sentada en su cama tapándose los ojos con las manos, se precipitó hacia mi padre. Sin embargo, él permaneció bastante tranquilo, no pasaba nada, ella no tenía por qué preocuparse. Quizá era así, o quizá lo decía sólo para tranquilizarnos. En cualquier caso, a lo largo de los años siguientes se produjeron como unas quince llamadas de este tipo previniendo a la familia. No siempre se producía la visita anunciada. La identidad del misterioso informador se conoció ya pasada la guerra y por casualidad.

Por esa misma época se produjo la primera alarma aérea. Apenas terminó el clamor de las sirenas, mi padre subió con mis hermanos y conmigo al tejado de la casa para observar la ofensiva. Después de una hora sin incidentes, durante la cual nos dedicamos a escudriñar el cielo en busca de los signos del zodiaco que conocíamos, empezamos a percibir el zumbido de los motores, primero más lejos y enseguida acercándose más, pero sin poder descubrir nada en la trayectoria de los reflectores, que parecían buscar al azar. Fue cuando se juntaron los haces de luz en el cielo cuando percibimos en los puntos de cruce aviones plateados, y poco después vimos rayos de fuego. Sin embargo, la ofensiva tenía lugar muy lejos, por Britz, Kreuzberg y hasta Rudow. Cuando ya había sonado el final de la alarma y nosotros seguíamos sentados en los travesaños del tejado, empezaron a pasar sobre nosotros multitud de pequeñas partículas negras, y Wolfgang comentó que se trataba de las llamadas nubes de Shrapnell que se formaban después de cada disparo. Al día siguiente las clases no empezaron hasta las diez. Y así cada pocos días.

Los ataques se convirtieron en el tema de conversación favorito. Algunos decían saber de casas que estaban en las cercanías y que se habían visto afectadas, y cada uno por nuestra cuenta empezamos a coleccionar cascos de granadas. Una vez que la alarma no sonó en unos cuantos días, Gerd Donner se mostró bastante enfadado; ya no se puede uno fiar de los «viejos Tommys», refunfuñaba, a él le gustaban las alarmas aéreas y bajaba al sótano como quien iba al cine. Y no solamente porque las clases empezaran una hora más tarde los días en que la noche anterior había habido una alarma después de las diez, sino porque había montado en su sótano, detrás de una mampara de cartones de embalajes de Persil, un «rincón de carantoñas», donde

no iba nadie, y en el que desde hacía dos semanas «tenía un poco de ronroneo con la bonita Inge de cinco casas más abajo». La bella Inge tenía entonces trece años y medio, «pero con todas sus cosas», remarcaba él con ademanes muy expresivos. Unos días antes había llegado ya hasta el tercer botón de la blusa, y precisamente entonces había sonado el final de la alarma. «Pero según llegué ayer a mi rincón, ya estaba allí la bonita Inge preparada y con la blusa abierta hasta el tercer botón, y me dijo a modo de invitación: "Puedes seguir". ¿Y qué podía hacer yo? Continué lo que había empezado. ¡Palabra de honor!». Otro compañero de clase se quería dar importancia contando que su padre, cuando él se retiraba a su dormitorio, siempre cerraba la puerta con llave, y preguntaba con estudiada ignorancia:

«Bueno, digo yo, ¿a qué viene esto?». Gerd Donner le interrumpió: «Deja ya de aburrirnos. Yo no hablo de mi viejo, sino de la preciosa Inge y de mí».

Una de las veces que mi padre regresó ese invierno de su tertulia mensual vino diciendo que el grupo de amigos ya no iba a poder seguir ayudando con documentación falsa o dinero a las personas que lo necesitaran. Habían destruido las pocas hojas que les quedaban con nombres falsos, las direcciones y el código. Solamente podrían prestar ayuda en caso de extremo peligro. Los controles se estaban volviendo más rigurosos, los castigos muy duros y casi todos podían aportar algún caso reciente de persecución sin tregua. Escuchar «emisoras enemigas» se iba a castigar con la cárcel, y por tanto, casi seguro, con la muerte, al igual que la simple difusión de chistes políticos. Sólo aludir a ellos iba a suponer una dura amonestación, y finalmente, añadió, en el largo debate todos habían notado lo desesperado que estaba. En tiempos como éstos lo que a uno le queda es saber que tiene algún amigo cerca. Más tarde nos contó que juristas de primer orden estaban trabajando en la tipificación de un nuevo «delito de estilo de vida», para hacer el Derecho más flexible y adaptarlo a las «necesidades nacionales», delito que criminalizaba *el* simple aislamiento de la comunidad.

Por esa época más o menos fue cuando Wolfgang y yo cerramos nuestro segundo negocio de los 25 *pfennigs*. Él me ofreció diez fotos de desnudos de procedencia francesa que había conseguido de un vendedor ambulante que se ponía cerca del Admiralspalast. Según recuerdo, las fotos mostraban mujeres más bien corpulentas que llevaban botas con cordones hasta media pierna, y que con un pie sobre un escabel miraban al observador con una sonrisa lasciva y a veces con los brazos estirados como expresando deseo. Wolfgang pedía 25 *pfennigs* por cada semana de préstamo, por lo que tuve que volver a aprenderme poemas para poder reunir la cantidad que me requería. A mí no me parecía que esas mujeres desnudas fueran «perversas», sino que las encontraba bastante «chifladas». Supuestamente formaban parte de la etapa de hacerse adulto, según opinaban Wolfgang, Rudi Hardegen, Helmut Sternekieker y todos los demás amigos. No obstante, antes de cerrar el trato yo le pregunté si con este negocio no estaríamos incurriendo en un «delito de estilo de vida». Me contestó que nosotros éramos enemigos de los hitlerianos y no teníamos

que sentirnos intimidados por sus leyes.

Desde que el párroco Wittenbrink oyó que yo iba a asistir con mi tía Dolly a la representación de *Las bodas de Fígaro* de Mozart, empezó a llamarme, cada vez con más frecuencia, para que me acercara a la valla cuando salía por las tardes a hacer los deberes en la mesa del jardín. Esas conversaciones me hicieron descubrir lo mucho que le gustaba el arte, especialmente la música. Me preguntó qué era lo que yo sabía sobre Mozart, qué operas había escuchado, si me era familiar el concepto de «niño prodigio», y me relató los episodios conocidos sobre su precocidad con el violín y los viajes que realizó por media Europa con su padre y su hermana. Nunca dejaba de causarle admiración el hecho de que Mozart escribiera una sinfonía siendo un niño y compusiera una ópera con poco más de diez años. También admiraba su habilidad técnica y que parecía saber todo sobre la vida y, como a veces pensaba, también algo sobre la muerte.

Wittenbrink volvió sobre *Fígaro* con más detenimiento. Decía que Mozart introduce en la pieza, de una manera inimitable, que sólo él domina, un alegre enredo amoroso, pero al final irrumpe la seriedad mortífera. En sus obras, al menos en las óperas «italianas» como *Don Giovanni*, cuyo argumento me contó en síntesis, siempre sale a escena un convidado de piedra que anuncia a los asustados actores: «¡La obra ha terminado!». En *Fígaro*, continuaba, ese momento llega cuando la condesa se retira el velo de la cara y el conde cae de rodillas totalmente arrepentido: es la escena más conmovedora de toda la historia de la ópera. Me aconsejó que leyera sin falta el libreto antes de asistir a la representación, pues en caso de no hacerlo no entendería bien la confusión aparentemente cómica. Y nunca debía olvidar que las melodías de las óperas de Mozart, que se tarareaban por todas las calles debido a su combinación de gracia y canto popular, tenían un efecto conciliador. Pero todo oyente experto sabe que la dicha mientras suena la música anuncia en secreto la desdicha.

Al día siguiente Wittenbrink me invitó a su casa. Recuerdo que de las paredes de la llamada habitación grande colgaban dos Ruisdael con su característica fácilmente reconocible, la rama de árbol que aparece en el fondo del cuadro en diagonal, además de un Jacques d'Arthois y uno o dos lienzos de los innumerables pintores de segunda línea italiana y de primera línea alemana, como me aclaró. A continuación pasamos a su colección de discos, que ocupaba bastantes armarios y repisas. Después de unas largas explicaciones puso el final de *Fígaro* y, como no sabía parar cuando se trataba de Mozart, siguió con el *Così fan tutte*. Sobre ese *finale* pretendidamente sereno comentó que era el final más lúgubre de todas las óperas, y que solamente Mozart poseía ese genio capaz de hacer sonar el do mayor de estos compases como claros gritos de auxilio. Me preguntó si yo lo oía así. Contesté que no, pues para eso seguramente tendría que haber oído mucho a Mozart y a muchos otros; en lugar de eso, yo tenía al señor Tinz y su *forte prestissimo* resonando por todas las esquinas.

Justo en esos días, bajo la espesa cubierta de hojas, cuando en el colegio pasábamos de la *Anábasis* de Jenofonte a *La Odisea* de Homero, y en la clase de

historia nos hablaban de los turcos a las puertas de Viena, volvió la casi olvidada guerra: en la madrugada del 10 de mayo de 1940 comenzó la ofensiva contra Francia, demorada durante más de medio año. Al contrario que en la Primera Guerra Mundial, el conflicto quedó resuelto en pocas semanas, y mi padre cayó de nuevo en el dilema de los últimos años. Durante la segunda cena, en la que ya participaba también Winfried, nos comentó que se alegraba de corazón de la derrota de los franceses, pero nunca jamás de la victoria de Hitler. Poco después, en la valla del jardín comentó que prácticamente nunca se había sentido tan desconcertado ante la «lógica de la historia» como en esos días, y Wittenbrink le replicó que no existía ninguna «lógica de la historia». Que lo que así denominamos no es otra cosa que lo que, *a posteriori*, llamamos casualidad, y que estaba al alcance de cualquiera comprobar que, por cada diez ejemplos de lógica de la historia en el pasado, había varias decenas de ellos de falta de lógica. En la cara de mi padre se podía leer lo deprimente y certera que le parecía esta afirmación.

Todavía se hacía sentir en nosotros el efecto de esta conversación cuando al poco tiempo nos visitó el doctor Gans, el padre de mi amigo del colegio. Como el cielo estaba cubierto de nubes grises, los dos se retiraron al despacho. Mi padre ofreció al visitante un cigarro Boenicke mientras mi madre preparaba café. Me invitaron a que me quedara, y así me enteré de que, sobre la guerra contra Francia que había terminado hacía unos días, el doctor Gans opinaba que Hitler había pasado a dominar media Europa; ahora tenía que consolidar el poder que había conseguido hasta entonces y convertirlo en hegemónico. Esto lo tenía que entender Hitler; además, alguna vez tendría que saciarse el gran devorador, o al menos necesitaría tiempo para la digestión. Por eso, él pronosticaba con moderada seguridad que por el momento no existía la amenaza de una nueva campaña. Sin embargo, cuanto más hablaba y argumentaba sus reflexiones el doctor Gans, con más escepticismo escuchaba mi padre. Cuando terminaron el café, ya se había despejado el cielo, por lo que ambos bajaron al jardín y se sentaron bajo los castaños.

Todo eso que comentaba, dijo mi padre retomando la conversación, sonaba razonable, pero precisamente por eso estaba en un error. No se podían hacer cálculos sin contar con la sinrazón de Hitler. Él siempre había actuado contra lo evidente. Por eso, sólo se podía decir una palabra para describir la situación de manera apropiada, es de Goethe y dice así: «Todos los consuelos son indignos / y la desesperación es obligación». Esto era precisamente lo que reflejaba nuestra situación. Después de dar unas cuantas vueltas a sus ideas, se despejaron las facciones del doctor Gans y se pudo ver cómo cambiaba de opinión: «¡Es verdad! —balbuceó, no sin esfuerzo—. No había considerado en su justa medida que este Estado tiene a un loco al frente». Y después de una breve pausa añadió: «La cita proviene del "Paralipomena", de *Fausto II*. También la conozco». Meneando la cabeza, el doctor Gans oyó decir a mi padre que allí sólo están recogidos algunos «fragmentos». Entonces se entabló una especie de disputa filológica. Cada uno se mantenía firme en su opinión, y, dado que nos

encontrábamos en la mesa del jardín, era un poco complicado bajar los libros para hacer las comprobaciones. Quedaron de acuerdo en que al día siguiente se llamarían por teléfono. Al día siguiente, cuando volví del colegio, se demostró claramente que los dos habían tenido en la cabeza el mismo texto, pero bajo títulos distintos. Esta escena se me ha quedado en la cabeza como un ejemplo de lo que debe ser una disparidad de criterios entre ciudadanos educados.

Por esas fechas escribié mi padre a Roger Reveille, según me contó éste después de la guerra. Él se alegraba de la derrota de Francia, el país se lo había buscado. Lo único que él le quería hacer saber, recurriendo a un poeta alemán, pero con otra entonación, es que «nosotros estamos sobre un barco fúnebre». Al preguntarle si no había sido bastante imprudente al mandar una carta así a Francia, mi padre contestó que no había puesto ni remitente ni firma y que había echado la carta en un buzón de Lichterfelde. Su amigo Roger le había hecho saber a través de una tercera persona que había recibido la carta. Volví a plantearle si Roger, en caso de fuerza mayor, esto es, bajo amenaza de tortura, no habría podido delatar al remitente ante la Gestapo. Sin riesgo no se consigue nada, me dijo mi padre, y añadió sonriendo que lo peligroso también tiene su aliciente.

Quizá tomé éstas y otras observaciones similares de una manera demasiado literal. En cualquier caso, por esta época establecí un nuevo récord en «salto del andén». La cosa consistía en bajarte antes de tiempo, de un salto y sin vacilaciones, del tren que llegaba, recorrer con el impulso los treinta pasos desde la caseta del vigilante y caer lo más cerca posible de la escalera de bajada de la estación. Pero caí muy pronto en empresas más irreflexivas, realmente imprudentes. En algún momento del otoño de 1940 empecé a garabatear una caricatura de Hitler en vallas, farolas o puertas de las casas, dibujo que estaba formado por un círculo ovalado, una línea ligeramente curvada hacia la derecha y unas manchas a base de puntos: siempre salía la cara de Hitler. Esto sólo lo sabía Wigbert Gans, que alguna vez incluso participó; más tarde oí que también otros compañeros se habían aventurado en imprudencias similares, algunos, por cierto, con un boceto de la hoz y el martillo chorreando gotas de sangre. Para todo esto nos resultaba muy útil el hecho de que desde hacía poco las clases duraban hasta el anochecer, ya que, por motivos de ahorro de energía, se había trasladado el colegio desde la Mariannenufer hasta la Dieffenbachstrasse, y las horas lectivas se alternaban por semanas de la mañana a la tarde.

El profesor encargado de la clase era el doctor Appelt, un hombre melancólico, siempre sudoroso, con cara ancha, que raras veces entraba en el aula sin llevar el emblema del partido. Las oscuras ojeras bajo sus gafas evidenciaban la fatiga de las muchas horas pasadas por la noche para hacerse con la materia de enseñanza, sin conseguirlo del todo. En cualquier caso, Wigbert Gans le descubrió varias veces errores en sus cálculos y en la aplicación de leyes físicas, ante lo cual la clase se burlaba y pataleaba mientras él corría a la mesa para repartir malas notas y horas de arresto a troche y moche. Por algún motivo que a mí se me escapaba y que

probablemente tenía que ver con mi padre, sentía hacia mí una antipatía que no disimulaba jamás, y a la que yo correspondía con todo el descaro de mis trece años. En una ocasión en que me reprendió desde la mesa, le contesté que le agradecía que se hubiera acercado a echarme un «rapapolvo»; éste te lo suelen mientras estás de pie, en tanto que el doctor Appelt me había sermoneado estando yo sentado.

Esta fue una muestra de rebeldía de adolescente por la que, además de las risas de mis compañeros, conseguí una amonestación en mi diario de clase. Consecuencias mucho más graves tuvo otra imprudencia que cometí algo después. Por algún motivo que no recuerdo, llegué un día al colegio un cuarto de hora antes del comienzo de las clases. Como estaba aburrido en el aula y con mucho frío a causa de la lluviosa mañana de invierno, saqué mi navaja y, sin pensar, me puse a arañar en el pupitre la caricatura de Hitler que desde hacía algún tiempo solía garabatear en las paredes de las casas y en las vallas.

Por suerte para mí, el primero que llegó a clase fue Gerd Donner. Después de echar un rápido vistazo al banco, me susurró con ese instinto de supervivencia aprendido en la jungla de los patios traseros del Berlín oriental: «¡Quita eso inmediatamente!». Sin esperar a que yo reaccionara, sacó su navaja y empezó a raspar pequeñas esquirlas lacadas del tablero del banco. Entretanto fueron llegando los demás, el aula se llenó, algunos se nos acercaron y pudieron descubrir los rasgos de la conocida caricatura. En medio del alboroto que se organizó, Gerd Donner amenazó con enfadarse con cualquiera que se chivara de algo.

Ante el estupor de todos, apenas el doctor Appelt había entrado en la clase, uno de los alumnos se levantó y, tal como había aprendido como cabecilla de las juventudes hitlerianas, dijo que, «en cumplimiento de su deber», le tenía que comunicar un asunto. Cuando terminó, el profesor se me acercó moviendo la cabeza con fastidio, se inclinó sobre el banco para examinarlo, volvió a agitar la cabeza perplejo y finalmente me conminó a que le siguiera hasta la clase en la que estaba el director. Allí me sometieron a un breve interrogatorio, y al día siguiente volví a ser interrogado por un funcionario al que habían llamado para la ocasión.

Tal como me hicieron ver mis padres esa misma noche, lo que había hecho había sido una solemne tontería y, con toda la razón, me preguntaron si no había pensado en las consecuencias que el incidente podría acarrear para nuestra familia. Algunos compañeros de clase también se apartaron de mí. Por primera vez me embargó la sensación de sentirme excluido. El doctor Appelt afirmó que mi mala reputación iba a más, y que cada irregularidad que yo cometía había que contemplarla como expresión de un elemento desagradable que no sirve absolutamente para nada, ni en el aspecto político ni en el humano. Pronto di un salto extraordinario y encabecé la lista de los alumnos censurados en el libro de clase o con anotaciones de arrestos, y, como muestra de que los sufrimientos no habían acabado, llamaron a mi «desventurado padre», según me explicó el doctor Weinhold, para que acudiera a la Dirección. De nuevo estaba allí un señor de mirada severa, que claramente representaba a la

administración del colegio y que de inmediato tomó la palabra como si estuviera en un interrogatorio. Yo protesté por la imputación de intencionalidad política, aunque admití el daño efectivo, y pedía perdón por ello, tal y como me habían aconsejado desde distintos puntos. Tras largas deliberaciones, que me sirvieron para conocer la habilidad negociadora de mi padre, estuvieron de acuerdo en que se iba a prescindir del próximo *Consilium abeundi* decisorio. Sin embargo, la condición era que, en el plazo más inmediato posible, en Pascua de 1941, esto es, en unos tres meses aproximadamente, yo abandonaría el colegio de forma voluntaria. «¡Mejor llévese también a sus otros dos hijos!», le aconsejó a mi padre el representante de la administración. Después de la conferencia, que había tenido lugar durante la última hora de clase, mi padre me abrazó delante de todos los presentes en un gesto poco habitual en él, y abandonó la sala con expresión reservada para regresar a Karlshorst, mientras yo volví a incorporarme a mi clase. Entre los amigos que se mantenían leales a mí estaban, naturalmente, Wigbert Gans, Clemens Comer y Gerd Donner. Gerd me esperó fuera en el pasillo al terminar las clases, y a pesar de que yo iba a estar ya poco tiempo con él en clase, desde entonces me acompañó con bastante frecuencia, durante ese invierno extremadamente frío, en mi recorrido de una media hora hasta la estación. El primer día le conté lo ocurrido en la sesión con el director, y exclamó: «¡Ocurrió!», y después de dar algunos pasos añadió: «¡Pero también has tenido una suerte loca! ¡Puedes estar contento!». En ese preciso momento mi relación con él pasó a ser esa amistad tardía, que antes o después todos vivimos. Daba igual el tema sobre el que habláramos, siempre encontrábamos la armonía que requiere la amistad y los desacuerdos que la avivan y alimentan, daba igual que se tratara de fútbol o de bellezas del cine, de libros o de receptores de radio, de amigos o de alguna «bonita Inge».

Como es natural, he olvidado el contenido de casi todas nuestras conversaciones. Sin embargo, en mis recuerdos ha permanecido una que mantuvimos poco antes de las Navidades de 1941, porque en su transcurso interrumpimos nuestro recorrido y, a pesar del frío, nos quedamos un rato en el oscuro puente sobre el Spree. Caía mucha nieve apelmazada del cielo gris, se amontonaba en la barandilla, se empezaba a derretir, y caía al suelo. Los transeúntes, que pasaban rápido a nuestro lado, siempre embozados y muchos con un árbol de Navidad debajo del brazo, parecían como encogidos. Nos pusimos a dar patadas en el suelo. En un par de ocasiones pasó a nuestro lado alguno de los carros que se volvían a utilizar, y sus caballos resbalaban y coceaban entre nubes de vaho.

Lo que nos mantenía tan ensimismados era una conversación sobre las últimas cuestiones. Gerd Donner opinaba que, como yo era una persona inteligente, no podía creer todo lo que se contaba en las iglesias. No tenía nada en contra del capellán Lauen, nuestro «cortante» profesor de religión; pero los cuentos sobre el querido Dios de barba rizada, junto con la resurrección y la «inmaculada concepción», todo eso le provocaba la risa. Y en el fondo, de eso estaba él bien seguro, yo también me reía.

Del pretil del puente colgaban témpanos de hielo, cuando hablábamos nuestro aliento era puro vaho, y finalmente le respondí que yo sí creía en lo que él consideraba un cuento. Quizá todo era inventado. Pero en cualquier caso se trataba de adornos para mentes sencillas y me sorprendía en gran manera comprobar que él era una de ellas. Lo que la fe me proporcionaba en el fondo era el sentimiento de tener una especie de segunda casa que proporciona seguridad y que hace frente a todo. De aquí él podía esperar lo mejor. Gerd Donner hizo un movimiento desdeñoso con la mano y replicó que sólo faltaba eso; por su parte, él no había sospechado que yo fuera de éstos. En cualquier caso, él se las arreglaba sin «el viejo barbudo de allá arriba». Y cuando nos volvimos a poner en marcha ya casi congelados, comentó: «Quien procede de mi calle, que tú ni siquiera conoces de vista, no necesita al querido Dios de los católicos». Ese sentimiento de entenderse con el mundo lo adquiere no por el querido Dios, sino a través de la leche materna; de lo contrario, está perdido. Cuando nos separamos en la estación de Silesia, no nos habíamos acercado ni un milímetro.

Un domingo de comienzos de febrero, poco después de volver de la iglesia, dos altos mandatarios de las Juventudes Hitlerianas aporrearon con fuerza la puerta de casa y exigieron hablar con mi padre. Acababan de descubrir, le gritó uno todavía desde el pie de la escalera, que ninguno de sus tres hijos había pertenecido a la organización de las juventudes hitlerianas ni a la de los adultos. Eso tenía que acabar. «¡Holgazanería!», ladró el otro mientras tanto. «¡Qué desvergüenza! ¡Qué cosas se permite usted!». Todo el mundo tiene obligaciones que cumplir.

«¡Usted, también!», se hizo oír de nuevo el primero.

A todo esto, mi padre ya había llegado junto a ellos. «Sean ustedes quienes sean —replicó, frunciendo enojado la frente—, no les consiento que me vengan con mentiras también un domingo. Sus juventudes ya nos han incomodado en repetidas ocasiones, incluso en mañanas de domingo. Así que no vienen ustedes a descubrir nada». Y con un tono cada vez más elevado, les chilló:

«Ustedes me echan en cara que somos unos holgazanes y ustedes mismos son unos cobardes». Y después de otras cuantas reprimendas gritó desde el segundo escalón por encima de sus cabezas con corte militar: «¡Y ahora les exijo que abandonen mi casa! ¡Fuera! ¡Inmediatamente!». Los dos parecían haberse quedado sin habla ante el tono que se permitía utilizar mi padre, y antes de que pudieran responder, se puede decir que los empujó por el pasillo de entrada y los echó por la puerta. El jaleo había sobresaltado a toda la casa, y muchos convecinos se habían asomado a la escalera. Cuando vieron a los uniformados, cerraron con cuidado las puertas de sus viviendas.

En cuanto cerró la puerta de la casa detrás de los dos dirigentes de las Juventudes Hitlerianas, mi padre subió las escaleras a toda prisa para tranquilizar a mi madre. Estaba como petrificada delante de la puerta y sólo dijo: «¡Esta vez has ido demasiado lejos!». Mi padre le pasó un brazo por los hombros y confesó que por un momento había faltado al respeto. Pero primero los nazis le habían robado su

profesión y sus ingresos, y ahora arremetían contra el domingo y contra sus hijos. Al menos una vez había que marcarle un límite a la gente. «Ellos no conocen límites», dijo mi madre con voz apagada. Por eso es mucho más importante hacérselos ver, replicó mi padre. Él no había ido demasiado lejos, pero sí los golfos de las JH. Precisamente él definía a un nazi como alguien que siempre iba demasiado lejos.

Para nuestra sorpresa, el incidente no tuvo consecuencias. Únicamente, dos días más tarde pasó por casa el vigilante del bloque, Fengler, y aleccionó a mi padre delante de toda la familia, justo cuando estábamos sentados a la mesa: «¡Compórtese, hombre! Usted no está solo en este mundo.

¡Dese cuenta de eso de una vez! ¡La pertenencia a las Juventudes Hitlerianas ya es una ley!». Mi madre invitó a mi padre a que siguiera sentado, y acompañó al odioso vigilante hasta la puerta de casa: «Mi marido no suele ser así —dijo en plan conciliador—. Pero el domingo volveremos a la iglesia. ¡Eso nadie nos lo puede impedir!».

La visita de Fengler nos llevó otra vez al pasado. Mi padre estaba furioso y divertido al mismo tiempo. «*Volksgemeinschaft*». ¡Por Dios! ¡Ese tipo repugnante produce náuseas!». Después de todas las cosas incomprensibles que se habían llevado a cabo de manera oficial a través de las leyes, la exclusión de todos los judíos de las profesiones civiles, incluidos médicos y farmacéuticos, la retirada de aparatos telefónicos y la «estrella amarilla», ahora, continuaba mi padre, se atenta cada vez más contra la gente corriente de la calle y se inventan nuevas formas de acoso para las autoridades. Los judíos no se podían sentar ya en los bancos de los parques, no podían «apestar con sus paseos el fresco aire del bosque alemán». Tampoco podían ya estar suscritos a revistas y periódicos, y el doctor Meyer, que hasta hacía poco había sido un gran «paseante», había tenido que entregar su bicicleta y su máquina de escribir. Hacía poco se había decretado que los judíos tampoco podían tener animales domésticos como perros, gatos, canarios o hámsteres. Cuando un judío amigo de Hans Hausdorf quiso comprar flores para llevar a su mujer recién fallecida, el vendedor le espetó que las flores eran un ornamento de estilo alemán, que los judíos no tenían derecho a ellas y que se largara. Y a la pregunta que hacía el empleado del registro civil de si los contrayentes estaban dispuestos a permanecer unidos toda la vida, los propios alemanes tenían que responder no con un sencillo «Sí», como era habitual desde hacía generaciones, sino con un «¡Sí! ¡Heil Hitler!». ¿Qué había pasado con el país?

Mis hermanos y yo comenzamos a finales de marzo nuestras visitas de despedida. Con la ayuda de un amigo de mis padres había sido posible encontrar plaza en un internado católico de Friburgo, cuyos alumnos estaban asignados a uno de los dos institutos municipales. Visité a la familia Gans en el parque de Treptow, y con Gerd Donner me acerqué una vez por su barrio, detrás de la estación de Silesia, que estaba sin luces, miserable y con fachadas a las que se les había caído el revoque. En torno a nosotros correteaban mocosos, a lo largo de las calles había carretones de mano con

patatas, leña y otras mercancías menores, había niños recostados en algunos edificios, como si estuvieran a disposición de alguien, y algunos de esos pilluelos intentaban tirar al vacío a una cabra testaruda desde uno de los pisos. En los días siguientes me despedí de los padres de mis compañeros de clase que vivían en Karlshorst y del párroco Wittenbrink, que me hizo prometerle que le escribiría con regularidad. También visité al doctor Körner, médico jefe del hospital de Karlshorst, que era íntimo amigo de mis padres y cuyo hijo había sido mi compañero de pupitre en el colegio durante mucho tiempo. También me despedí de Gerd Schülke y de mi amiga Ursel Hanschmann. Wolfgang encontraba excesivo todo esto, y observó: «Pero ¿qué es esto? ¡Si no nos vamos a una colonia penitenciaria! ¿O acaso nos vamos desterrados?», preguntó. «¡Algo así!», le contesté. La víspera de nuestra partida visité al doctor Meyer.

Cuando me abrió la puerta de su casa estaba como siempre, con un traje ligero de color claro y un pañuelo de color al cuello, y esta vez tenía puesto incluso un sombrero de verano redondo. Por el pasillo llegaba un olor a sopa de col, pobreza y vejez. Mientras nos saludábamos, una sonrisa recorrió sus facciones, con frecuencia como petrificadas. Dijo solamente: «¡Pase usted!», y me precedió hasta la biblioteca. Cuando llegamos a la habitación berlinesa, el té ya estaba preparado sobre la mesita auxiliar. En algún sitio había conseguido pastas. Me pidió noticias sobre mis padres, mis hermanos y los amigos, me rogó que evitáramos temas políticos y me propuso que le leyera algunos de sus poemas preferidos. Todavía estaba leyendo uno cuando ya había elegido el siguiente: empecé, tal y como recuerdo hoy, con «Salutación y despedida», leí «Pienso en ti...» así como «El aprendiz de mago», de Goethe, continué con «Nänie», de Schiller, y por último leí algunos versos de Heine, Lenau y Chamisso. Iba a continuar con Stefan George, pero el doctor Meyer de pronto me pidió que parara; no se encontraba en la mejor de las disposiciones. Y después de unos cuantos sorbos, dijo que quizá no había sido buena idea que hubiera ido a visitarle. Estaba desanimado y se planteaba demasiadas preguntas para las que no tenía contestación.

Comenté algo sobre el futuro, que era una incógnita para todos, pero el doctor Meyer siguió hablando sin prestar atención a mis palabras. Lo peor de todo era que los grandes poetas, de los que yo había leído algunas cosas, no eran ajenos a su desdicha: Goethe, Schiller y todos los demás... Cuántas veces, todavía en vida de su mujer, había reflexionado sobre la emigración y había estado a punto de irse. Pero siempre había prevalecido la confianza en el espíritu cultivado de los alemanes... Se dijeron que un pueblo que ha engendrado a Goethe, Schiller y Lessing, a Bach, Mozart y a muchos otros, sería incapaz de cometer barbaridades. Siempre habían existido, creían ellos, invectivas contra los judíos, desprecios. Pero nunca persecuciones manifiestas. No nos harían nada... «¡Vaya! —se interrumpió—, usted ya sabe cómo nos hemos engañado...».

Después, el doctor Meyer hizo una pausa. Su mujer, continuó con sus

pensamientos, había sido más sensata que él. Al contrario que ella, él había supuesto que sus admirados alemanes tenían buena fe e ingenuidad política. Los hombres sólo son unos torpes. Pero ahora ya era demasiado tarde para lamentaciones. ¡Teníamos que dejar de quejarnos! Por eso, siguió hablando con un apreciable cambio en el tono de su voz, él me envidiaba. Por ejemplo, porque podía viajar a un lugar elegido por mí; porque los teatros de la ópera estaban abiertos para mí y, sobre todo, porque todavía tenía ante mí la lectura de *Los Buddenbrook*. Yo debería saber que en esta vida pocas cosas hay comparables a leer un libro como éste por primera vez. Bebimos unos sorbitos de nuestras tazas un tanto preocupados. Pasados unos minutos, el doctor Meyer se puso de pie con decisión y me pasó un brazo por los hombros: «¡Ya va usted mejor!». Cuando hubimos alcanzado la puerta de la casa al final del pasillo, pensé, cansado, en lo que le podía decir, pero estaba como paralizado y solamente me acordaba de las palabras de mi padre de que, en tiempos como los que corrían, había que evitar toda emoción.

De regreso en Karlshorst, ya desde el portal se oía cantar a la señora Bicking, con un trino estridente, que iba a bailar en el cielo con no se sabía quién, donde ella, imitando a la golondrina, según seguía cantando sin descanso, construiría un nido con su novio. Pero enseguida volvía a su canción preferida. La señora Dölle, a la que le gustaba hacerse pasar por policía, me preguntó si «el griterío de la vieja Bicking era todavía canto o si había pasado a ser atosigamiento fónico». Como no esperaba ninguna respuesta por mi parte, comentó que por esta vez iba a dejar canturrear a la vieja loca; sin embargo, añadió señalando repetidas veces con su escoba al techo de madera: «¡Aunque todo tiene un final!». Y terminó: «¡Sí, sí, pronto llegará!», imitando sin gracia los berridos de la vieja Bicking.

Mis padres se estremecieron cuando les conté mi visita al doctor Meyer, y mi madre me interrumpió para preguntarme cómo le podríamos ayudar. Cuando sugirió que se podía recurrir al apoyo del grupo de amigos, mi padre meneó enérgicamente la cabeza: él ya les había hablado de la necesidad de emigrar después del boicot de abril de 1933, de las leyes de Núremberg de 1935 y siempre que había habido ocasión, hasta llegar a la noche de los cristales rotos, cuando perdieron la ocasión más propicia. Pero nadie había querido escucharle. Todos habían mencionado miles de motivos para quedarse, e incluso llegaron a echarle en cara que, al igual que los nazis, quería una Alemania «libre de judíos». No obstante, una vez que se tranquilizó, prometió hacer lo posible por ayudar a su amigo.

Albert Tinz pasó por casa a la mañana siguiente. Mientras mi madre nos llamaba habló algunas palabras con ella, luego pasó al cuarto de estar, donde estaba el piano, se sentó en el taburete y, tras una sucesión de acordes, pasó a improvisar un *andantino*, combinando con gracia algunas melodías tomadas de los *Lieder* de Schubert preferidos por mi madre, desde *Nacht und Träume* (Noche y sueños) hasta *Brieftaub' im Sold* (Una paloma mensajera a mi servicio). Después interpretó una de las primeras sonatas de Beethoven, que también se contaba entre las preferidas de mi

madre, y al extinguirse el último tono interpretado con los ojos cerrados, comentó: «Una vez más, lo que yo siempre digo: no hay que forzar ni siquiera en lo sentimental. En ese caso es como soplar en un montón de cenizas. ¡Sin pasión no hay nada! ¡Ni siquiera un *pianissimo*! ¡Nada de música en absoluto!». El hombrecito de pelo primorosamente rizado se puso de pie y nos dijo que, exceptuándome a mí, con nosotros no había obtenido ningún resultado. Quizá en algún momento llegáramos a comprender dónde estaba el comienzo y el final de toda la música. Estaría contento de que así ocurriera, y no perdía la esperanza. Después de estas palabras, agitó la melena y, como siempre, se fue con prisas.

La última persona de la que me despedí, acompañado de mis dos hermanos, fue del viejo Katlewski. Estuvimos con él al lado de las plantas de especias, y cuando nos preguntó si de verdad nos marchábamos esa noche, le respondimos como con una sola voz: «¡Sí, a las 20:12!». Nos quería dar una despedida importante, nos dijo, y contarnos un chiste sin las habituales precauciones, completamente a sus anchas. «Pero ni una sola palabra a nadie», comenzó diciendo, para continuar después: «Vale, empezamos: Está uno del socorro pidiendo con una bolsa y gritando: "Venga, hombre, un Groschen (moneda de diez *pfennigs*). ¡Compatriotas, cualquiera tiene un Groschen! ¡No seáis remilgados! ¡También puede ser un Sechser (moneda de cinco *pfennigs*)! ¡Vamos, vamos!

¡Anda, anda!". Allí apostado hay un hombre con las manos en los bolsillos que dice tranquilamente: "¡No doy nada!", y cuando el del socorro le objeta: "¿Y eso por qué? ¡No doy nada! ¿Yeso?", el otro responde: "¡No soy ningún compatriota!", a lo que el que tiene la bolsa replica: "¡Eso tiene gracia! ¡No es compatriota! ¿Cuándo se ha oído algo así? ¿Y por qué, si puedo preguntarlo?". El interrogado se ríe irónicamente y contesta: "¿Que por qué? ¡Porque soy judío!". El del socorro se queda totalmente perplejo durante un rato largo. Después dice: "¿Dice usted que es judío? Judío... ¡Eso lo puede decir cualquiera!"».

Estallamos en ruidosas carcajadas, pero «Olle Kat» se llevó el dedo índice a los labios y nos advirtió de nuevo: «¡No lo vayáis contando! ¡Ya lo sabéis! ¡Esto es para siempre!». Ya al final se empeñó en contarnos un «dicho» muy fresco, vamos, de ayer mismo. «Lo que tiene Hitler», le había confiado un antiguo amigo socialdemócrata, es que miente con tanto descaro «que incluso es falso lo contrario de lo que él dice». Después se despidió con un «¡Que os vaya bien, chicos! ¡Estuvo bien conocerlos! ¡A cada uno de vosotros!», dio media vuelta y se marchó.

El doctor Appelt fue el único profesor del instituto de quien no me despedí como es debido. Después de su última clase, que terminó con una somera alusión a mi marcha, me acerqué a unos tres metros de él e incliné ligeramente mi tronco hacia delante, con la pretensión de dar un sentido irónico a mi acción, pero pareció envarado. En cualquier caso, no le estreché la mano.

Toda la familia nos acompañó por la noche a la estación de Anhalt. El tren ya estaba allí. Tras haber colocado el equipaje y haber intercambiado unas palabras de

despedida en el andén, ninguno de nosotros tenía la sensación de que terminaba una etapa de nuestras vidas. Mi padre nos llamó a sus hijos uno por uno y caminó con cada uno unos cincuenta metros a lo largo del andén hasta el final del techo de cristal. Era un auténtico profesor, opinó Winfried, y no podía hacer otra cosa: todos recibimos palabras reconfortantes o, en el peor de los casos, de advertencia, una oportunidad así no la podía dejar escapar un profesor de escuela. De hecho, cada uno de nosotros recibió en ese paseo una especie de reglas de conducta. A mí me dijo mi padre que él solía dividir a las personas en los que preguntan y los que responden. Los nazis, por ejemplo, eran gente que siempre tenía una respuesta. Yo debía procurar estar siempre entre los que preguntan.

Poco después, el tren, con su vapor, se puso en movimiento, entre exclamaciones y pañuelos agitados. Ese periodo, con su punto de inflexión de 1933, sus inseguridades y sus innumerables temores, fue muy duro para mis padres. Para nosotros, por el contrario, fueron años dichosos. Por una parte, porque ellos intentaron que percibiéramos sus preocupaciones lo menos posible; por otra, como me dije más tarde, porque esas preocupaciones, cuando, mejor o peor, se superan, no sólo no perjudican la vida, sino que la hacen más sólida y completa.

CAPÍTULO 6

MUNDOS DESCONOCIDOS

Cuando empezó a amanecer por la ventana del compartimento, pudimos ver la silueta de la Selva Negra y, algo después, cuando el paisaje se volvió más rústico y nos aproximábamos a Friburgo, pudimos divisar el Kaiserstuhl reluciendo al resplandor de la mañana. Mientras intentábamos adivinar los nombres de las poblaciones, los valles y las regiones que pasaban volando por la ventana, Wolfgang, que todavía tenía la mitad de su cabeza en Berlín, comentó que lamentaba que ya nunca iba a poder participar en una de las «tertulias de la sociedad secreta», tal como hacía poco le había prometido mi padre. Se tendría que conformar con el «tan noble como inmoral» Raskolnikov, que ya estaba terminando.

Yo todavía estaba muy lejos de esos conceptos, y sólo había oído hablar de Dostoievski a mi padre y, últimamente, a Wolfgang. A diferencia de mi hermano, me había dedicado durante casi todo el viaje a los dramas de Friedrich Schiller, que, después de las baladas y poemas, supusieron para mí el mayor descubrimiento de esa primavera. En la estación de Friburgo nos esperaba el amigo de mis padres que se había hecho cargo de los gastos de nuestra estancia. Dos taxis, que se hicieron esperar bastante tiempo, nos llevaron con nuestras maletas y cartapacios al internado, situado en la Adolf-Hitler-Strasse.

Era un edificio alargado de varias plantas y con la fachada principal orientada a la calle; subí la amplia escalera central con una mezcla de sentimientos. Al instante comprendí el extraño mundo que se abría tras la pesada puerta doble. La monja que estaba sentada al final de la entrada, en el cuarto de guardia, y que saludó nuestra llegada con tres inclinaciones de cabeza amables y afectuosas, me causó la impresión de una marioneta, pero cuando le susurré a Wolfgang una observación al respecto, él me cuchicheó disgustado: «¡Nada de chistes tontos! ¡Esto es un poco provinciano!». El silencioso pasillo que llevaba a la rectoría olía demasiado a productos de limpieza y cera para el suelo. El rector, doctor Hugo Hermann, a cuya puerta llamamos, tenía una apariencia impresionante: un hombre espiritual con unas facciones de clérigo muy características, alto, delgado y con modales simpáticos. Detrás de los cristales de sus gafas sin montura se veían los ojos pequeños, un poco rasgados.

Cuando entramos en la habitación estaba ocupado con un libro, pero continuó leyendo casi sin alzar la vista. Quiere decir «Yo soy el jefe aquí», susurré, esta vez a Winfried, que se echó a reír y con ello obligó al doctor Hermann a levantar los ojos. Se acercó a donde estábamos y estuvo hablando con nuestro acompañante sobre

nuestros padres, sus compromisos políticos y las cualidades de cada uno de nosotros. Sólo entonces se volvió el doctor Hermann hacia nosotros. A mí me preguntó, en relación con el casi decretado *Consilium abeundi* del instituto Leibniz, por qué tenía tantos problemas con la disciplina, y yo le respondí con la presencia de espíritu de mi patrimonio berlinés: eso dependía siempre de la persona que me la exigía; mi padre nunca se había quejado. El doctor Hermann meneó la cabeza sonriendo con ironía; hizo ver que consideraba mi contestación poco habitual o incluso impropia. En este encuentro ya pudimos ver que era una persona inteligente, sensible y superior por naturaleza. Pero al mismo tiempo también se podía apreciar un toque de rigidez que, junto con su arrogancia clerical y su energía ascética, y a pesar de toda su simpatía, conformaba un carácter más bien paradójico.

Tal como pudimos constatar al término de la charla de presentación, llamaba la atención su agudo y a la vez correcto conocimiento de las personas. Me di cuenta de que el doctor Hermann reconoció de inmediato lo perturbadores que íbamos a resultar para el apacible funcionamiento de su institución, nosotros, alemanes del norte que procedíamos de una gran ciudad muy atea, según sus esquemas. Además, comprendió que «los berlineses», como muy pronto nos empezó a llamar en un arranque de irreflexión que resultaba excepcional en él, precisamente por su carácter subversivo, se sentían excluidos en ese mundo de la Selva Negra impregnado de espiritualidad. «¡Y nada de política! —nos advirtió al despedirse—. ¡Eso nos ocasionaría serias dificultades a todos!».

La noche del primer día, que en gran parte había pasado con Wolfgang y Winfried explorando la pequeña y agradable ciudad entre la catedral y la Martinstor, el doctor Hermann me llamó junto a él y su grupo de alumnos favoritos, que estaban conversando debajo de uno de los grandes y frondosos árboles del patio del internado. Su intención, en parte, era resarcirme de la impresión de la mañana delante de todos. Con una sonrisa que se esforzaba por parecer agradable pero que resultaba forzada, dijo que él también tenía que pedir comprensión, que yo no era el único que tenía derecho a ella, sino que él también. Hacía pocas semanas que había ido a Berlín por tercera vez en su vida, aunque para una estancia de sólo dos días. Se había sentido muy extraño allí, añadió en un tono jovial fingido, porque encontraba exagerada su introducción medio disculpatoria. En todo caso, en ese monstruo que es Berlín se había sentido tan desplazado al Este como si se hubiera ido a Brest-Litowsk o a Minsk, donde, ¡alabado sea Dios!, él no había estado nunca. ¡Y la gente! ¡Una raza desconocida, inquietante! Después, con una arrogancia satisfecha, se arregló su sotana entre las risas de los presentes y a la espera de mi contestación. Sin esperar a que cesaran las risas sumisas intervine: ¡Ahora entiendo por qué Friburgo es como es! ¡Tan cerca de África!^[9] Porque vayas donde vayas, según hemos visto esta tarde en la ciudad, te tropiezas con «algún negro por el camino».

El semblante del doctor Hermann se congeló de pronto, y todavía hoy puedo percibir el espanto que produjo esta observación entre los presentes. El rector me dio

la espalda con brusquedad y, meneando la cabeza, desapareció dentro del edificio por la puerta más próxima. «Al rector no se le puede hablar así —me increpó uno de los alumnos—, ¿es que no tienes educación?». Claro que la tenía, repliqué, pero para cuando hay *respeto mutuo*. ¿Qué opinaba él sobre la observación del rector? ¿Acaso había estado bien? Me volví a mirar a mi alrededor, y vi que poco a poco todos se apartaban de mí, y muy pronto me encontré allí, solo apoyado contra el muro de ladrillo. Wolfgang y Winfried se me acercaron. Dejaron que les explicara el incidente y Wolfgang hizo el resumen: «¡Fracaso total! Te va a costar mucho salir del hoyo. ¡Pero no te preocupes! Estaremos a tu lado, a pesar de haberte comportado como un imbécil total».

A pesar de todos los reproches que se me hicieron en ese momento y durante mucho tiempo a causa de mi «facundia berlinesa», nunca intenté «salir del hoyo». Además, las autoridades me consideraban demasiado indolente e influido por el ejemplo de mi padre. Incluso, a pesar de los pocos años que contaba por entonces, sospechaba que en las reprimendas que me echó el doctor Hermann durante nuestro primer encuentro había también intención de ofender. Tiempo después escuché comentar a una persona que le conocía bien que durante largo tiempo el rector se había reprochado su poca habilidad. Sin embargo, no había podido comportarse de otra manera. Él creía reconocer en nosotros, «berlineses», a pesar de nuestros «respetables antecedentes familiares», una variante de ese espíritu dominante que él veía materializado sobre todo en los odiados hitlerianos.

Aunque hubiera habido mayor comprensión, yo tampoco me podría haber acostumbrado al estilo de vida del internado. Echaba de menos la libertad berlinesa del día a día. El horario, según el cual se toca la campana para despertarte, rezar, comer, guardar silencio, y así durante todo el día, hasta la hora de dormir; eso de hacerlo todo en común, tanto en el refectorio, como se llamaba al comedor para ajustarlo a modelos conventuales, como en los gabinetes de estudio, con su veintena de pupitres plegables alineados, como en los desnudos dormitorios de paredes blanqueadas: toda esta «vida en fila» al estilo de una academia militar me desagradaba profundamente. «Me he ido del Berlín tan denostado —escribí en una de mis primeras cartas a casa intentando ser irónico—, para conocer, precisamente aquí, la instrucción prusiana. Antes me gustaba; ahora, la odio». Mi padre contestó, como recordábamos más tarde, diciendo que no utilizase «palabras altisonantes».

Tampoco conecté con los compañeros de habitación. En su mayoría eran hijos de campesinos de la Selva Negra o del Alto Rin, a los que la institución brindaba la posibilidad de asistir a una escuela superior: la mayoría con talento, ambiciosos y extraordinariamente aplicados, pero de una estrechez aldeana que cerraba el paso a todo lo que venía del mundo berlinés. Algo apartado y siempre algo malhumorado, como me indicó Wolfgang, seguía sus conversaciones en ese lenguaje suyo tan difícil de entender y que desprende ese intenso sabor a terruño. Añoraba Berlín, la zona en torno a la estación de Silesia, el salto del andén e incluso la hermosa perversidad de la

Friedrichstrasse. Además, cada vez echaba más de menos las conversaciones junto a la mesa del jardín. Y tocar el piano. Las plazas del internado para los tres o cuatro profesores que había estaban dadas hacía tiempo, y lo único que pude hacer fue apuntarme a las listas de espera. Me dijeron que en 1944 quizá habría alguna oportunidad, cuando los bachilleres de ese curso abandonaran el internado; de momento sólo había alguna plaza con las profesoras mayores, que daban clase de flauta dulce y laúd. Después de dar algunas horas de clase con la profesora de laúd, que creo recordar que se llamaba señorita von Neuenburg o algo parecido, decidí, sumamente afligido, abandonar el ejercicio de la música.

Donde sí encontré amigos fue en el colegio al que acudía desde el internado. El director, doctor Brühler, al que tuvimos que presentarnos antes de empezar nuestro primer día de clase, nos pareció un hombre de mundo, y automáticamente uno se preguntaba qué circunstancias le habrían llevado hasta ese puesto. Con su traje cruzado de color gris claro, a menudo con una flor en el ojal, causaba una impresión de gran elegancia. Aunque todavía estaba en los cincuenta, tenía el pelo blanco, peinado hacia atrás y ligeramente rizado en la nuca, y un rostro apopléjico enrojecido, como corresponde al tipo de caballero de su clase. Con una voz clara que revelaba gran seguridad en sí mismo, nos comunicó que su ambición era convertir el instituto Friedrich en el mejor colegio de Alemania, y mantenía con ahínco esta pretensión, a pesar de todas las circunstancias. Él esperaba rendimiento y disciplina. Pero también era muy importante que sus alumnos comprendieran algo del espíritu humanista sin el cual el aprendizaje degenera en un adiestramiento sin sentido. Y como si quisiera insinuar que él sabía algo de los antecedentes de nuestro cambio de colegio, añadió que todo lo demás le era totalmente indiferente. Sin duda alguna tendríamos que recuperar el tiempo perdido en Berlín a causa de los ataques aéreos y las numerosas interrupciones de clases. Al cabo de un año decidiría si el colegio quería que siguiéramos allí.

Sin embargo, la diferencia en cuanto a conocimientos con los alumnos de nuestras correspondientes clases nos exigió un esfuerzo mínimo. Más nos sorprendió otra cosa. Por contraste con la enseñanza en Berlín, volcada en el trabajo, en el instituto Friedrich soplabla una corriente de escuela científica. Prácticamente en cada materia, los conocimientos que se adquirían servían al mismo tiempo como material para hacer evidentes las relaciones entre ellas y para comprobar el atractivo y la dificultad que conlleva hacerse preguntas inteligentes. Esto es, llegar a conocer métodos cuyos rudimentos yo ya había aprendido durante las conversaciones junto a la valla del jardín. Un ejemplo de ello nos lo ofrecía nuestro profesor de griego, el doctor Breithaupt, un hombre espigado de nariz aguileña que se entregaba a su profesión con un fervor entusiasta. Había llegado a conocer al viejo Dörpfeld, que había participado en las excavaciones de Troya, Pérgamo y otros enclaves del mundo griego. Siempre que había ocasión traía alguna carta del investigador, que sostenía en alto con las puntas de los dedos como si fuera una reliquia de la época de los apóstoles, mientras,

con los ojos iluminados, cosechaba la admiración que leía en las caras. Después, citaba algunas preguntas mencionadas en el escrito y a las que se estaba dedicando Dörpfeld, y quería escuchar nuestras respuestas a las mismas. También conocía a Karl Reinhardt y a otras grandes autoridades de la ciencia de la Antigüedad, cuyos nombres pronunciaba con susurrante veneración mientras trataba de familiarizarnos con las diversas teorías sobre la cultura minoica o la espartana, el desarrollo de la odisea de Ulises o la discusión sobre la aplicabilidad de los conceptos platónicos sobre el Estado.

Otra diferencia que encontrarnos con respecto a Berlín fue la mayor franqueza por parte de los profesores a la hora de expresar opiniones políticas. Esto no había que atribuirlo solamente a la tradicional liberalidad de Baden, sino también al catolicismo consciente de ese Land, que constituía un respaldo para todos. Nuestro profesor de historia natural se burlaba abiertamente de la «física aria»; el doctor Brühler, que posteriormente perteneció al Bundestag como diputado del D P, imitaba en la clase de inglés las intervenciones (le Otto Gebühr en las películas sobre Federico el Grande, y la simple traducción de alguna frase al otro idioma ridiculizaba la vacía afectación de esas intervenciones: «*I am so lonely*», suspiraba con una fatigosa caída de ojos después de una de las derrotas del gran rey. Poco después inflaba los carrillos: «*But now I am going to victory! Who could hinder me? Me, the one and only Frederic... no, Otto Gebühr!*»^[10] Durante la clase de religión, y en relación con las pastorales del obispo de Galen, se habló sin rodeos sobre los «asesinatos de la eutanasia». Muchos profesores en Berlín pensaban de la misma manera sobre estos temas, pero difícilmente llegaban a expresar sus opiniones.

Los únicos a los que se podía considerar seguidores del régimen eran el profesor de gimnasia, un hombre de soberbios músculos y con el nacimiento del pelo muy atrás, y, más aún, el doctor Malthan, que impartía clases de alemán y de historia. Pero mientras uno era del estilo fanáticopatético que consideraba cada ejercicio y cada mejora en el salto de altura como una aportación al programa nacional de entrenamiento, el otro personificaba el tipo del intelectual que justificaba cínicamente la intromisión del Estado en todos los ámbitos con razones que revelaban una mentalidad autoritaria. Alto, de pelo ralo y algo bizco, enseñaba sobre el *Philotas* de Lessing, sobre los emperadores alemanes y los Federicos de Prusia, sobre Kleist y Napoleón, Górrés y Metternich, hasta llegar a la guerra de la independencia pangermana, incluyendo heroísmo y sacrificio. Le gustaba llamar *Würstchen* a los alumnos que no satisfacían sus exigencias, finalmente les ponía un «cinco» en su libro de notas, y se burlaba en el margen del cuaderno: «¡No pongas una cara tan desgarrada!». Los días señalados en el calendario como festivos para el nacionalsocialismo a veces se le veía con el uniforme parduzco de dirigente político. Atravesaba los corredores con pasos cortos y rápidos, y como solía llevar los brazos muy estirados hacia abajo, parecía una extraña figura de madera.

Sin embargo, el doctor Malthan no era en modo alguno una figura cómica, sino

que todos le temíamos por sus exigencias escolares e ideológicas, y tanto nuestro profesor de religión como nuestros compañeros mayores nos habían advertido de que tuviéramos cuidado con él. Un día, como si tuviera que probar su peligrosidad, le hice una pregunta bastante escéptica mientras hablaba sobre el sentido de la campaña rusa como la ocupación de un espacio vital prometido a los alemanes desde tiempos remotos. Pero en lugar del esperado «trueno» con el que hacía callar a todo el mundo, del frecuente grito de «¿Qué es esto? ¿A santo de qué?», que a veces sonaba como desesperado pero que estaba ensayado, el doctor Malthan se mostró despectivo pero amable, y me mandó hacer en casa un trabajo sobre «la importancia económica de la cuenca del Donez para el Reich». «Cuando sepas esto —añadió—, comprenderás de una vez por todas lo necesario que es para nosotros el espacio vital en el Este».

Quizá fue sólo la furia irreflexiva que ya en Berlín me había puesto en aprietos en alguna ocasión, o quizá también la intención de hacerme el tema más interesante: en cualquier caso, escribí el trabajo, que me ocupó unas cuatro páginas y que detallaba cuidadosamente todos los yacimientos de materias primas, las instalaciones industriales y toda la superficie agrícola utilizable del inmenso territorio. El doctor Malthan me hizo salir y yo me esforcé por organizar bien el texto, por poner un punto o un punto y coma donde solamente había una coma, y mientras tanto él observaba al resto de la clase con desconfianza. Como no percibió movimiento alguno, dijo simplemente un «¡Bien!», e incluso se arrancó con un modesto elogio: «¡Eres capaz de hablar en público! Quizá alguna vez se te necesite en el colegio para una intervención en público». En cualquier caso, informaría sobre mí en la dirección.

Mi vía de escape del fastidio del internado seguía siendo Friedrich Schiller. Me había llevado a Friburgo el volumen con los primeros dramas, y durante el viaje había leído *Los bandidos* y el comienzo de *Intrigas y amor*. Sin embargo, esas lecturas se vieron entorpecidas por el jaleo en el compartimento, por el continuo cambio de pasajeros y por el parloteo sobre los pequeños cambios que los grandes acontecimientos habían provocado en sus vidas. Por tanto, al poco de llegar a Friburgo, empecé a leerlos desde el principio, y leía especialmente por la noche, debajo de las mantas, cuando reinaba el silencio.

Lo que me tenía atrapado desde el primer renglón era su tono elevado y su bella exaltación, como ya me había ocurrido durante el viaje. Por oposición a las fórmulas oscuras con las que Schiller suele tratar de todo lo vulgar y lo maligno, al final sale a escena de manera irresistible la clara luz, o al menos su reflejo. Hay algunos pasajes que todavía hoy no puedo recordar sin experimentar una sensación de emoción, dicha y encantamiento como solamente se siente con la música. En este punto hay que mencionar al menos algunas expresiones que por entonces eran habituales para todo el mundo. Por mi parte, no he podido olvidar las palabras con las que Thekla, que para consternación de su madre se ha enamorado de Max Piccolomini, se justifica ante su amiga por su retraso, palabras que resumen en dos renglones el conflicto, sin solución, de los sentimientos: «La madre lloraba tanto, yo la veo sufrir / y no puede

cambiar nada el hecho de que yo soy feliz». O el arrebató del viejo Miller, con la fórmula cortesana que emplea a menudo, pero que convierte en ligera ironía. Y, naturalmente, el monólogo de Wallenstein y esos pasajes que han quedado en mi memoria como ejemplo de laconismo schilleriano. Y el más conocido, el final de *Los bandidos*, según el cual se puede ayudar al pobre diablo, del que había oído hablar Karl Moor. O la sencilla pero al mismo tiempo aplastante réplica de lady Milford a la locuacidad despectiva de Ferdinand: «¡Esto no me lo he merecido, señor mayor!». Y así mucho más.

Y luego, las imágenes sublimes y sin embargo no forzadas del poeta, como yo las veía entonces, su idea de la libertad o su sagacidad psicológica, que nosotros, como me aleccionaba Wolfgang, que siempre iba más adelantado que yo, traducíamos instintivamente a la política. Porque, a ver, decía él, ¿quién no piensa en el «farsante barrigudo Goering» cuando oye la frase «monos de la divinidad»? ¿O en un bellaco como Goebbels cuando se habla de «alojamiento junto a la horca»? ¿Y en todos ellos cuando el poeta habla del espectáculo de la fuerza, que sólo es desesperación? Medio enfadado se me escapó preguntarle dónde lo había leído, cómo sabía ya todo eso. ¿Cómo encontraba siempre citas con las que se me adelantaba?

En cualquier caso, en Schiller se podía percibir un escepticismo acerca de la humanidad que impregna casi todas sus obras dramáticas. El poeta está considerado entre los alemanes como un patético de la libertad más bien ingenuo; cuando se habla de él se piensa en la *Novena sinfonía* y en el abrazo universal del coro final, en el fin de toda tiranía, contra la cual el hombre agarra el cielo para hacer bajar sus «eternos derechos», «que estaban prendidos allá arriba como si fueran estrellas». Pero pronto me di cuenta de que Schiller era menos ingenuo desde el punto de vista político que el resto de la nación junta. Es cierto que podía ensalzar al «querido padre sobre el firmamento» y componer el idilio pequenoburgués de la «Campana», pero también un ensayo como *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, cuya astuta sagacidad no tiene parangón en el ámbito de la lengua alemana.

Al menos yo comprendía que Schiller, considerado en su conjunto, en los textos más generales y, sobre todo en los poemas, seguía aferrado a su optimismo en las cuestiones de la humanidad. En cambio, en las piezas dramáticas, más cercanas a la realidad, en *Intrigas y amor*, en *La conjuración de Fiesco* o incluso en *La doncella de Orleans*, prevalecen los contrapuntos más melancólicos. El *Wallenstein* es una larga ristra de taimadas intrigas, e incluso Hegel, como leí años más tarde, descubrió «un pozo de nihilismo» en su paisano suabo: un mundo gigantesco de traición, perfidia y juramentos quebrantados, de misterio, malicia y desdén. El poeta hace decir a Franz Moor que el hombre nace del fango, camina un tiempo por el fango, produce fango y luego regresa al fango. No cabe más pesimismo en una imagen del hombre.

Leí estas obras a lo largo del año, hasta el comienzo del invierno en Rusia, de manera que, para mí, el nombre de Friburgo estará vinculado para siempre a Schiller y, en absurdo contraste, a las tormentas de hielo frente a Moscú. Entretanto, también

aprovechaba todo lo que caía en mis manos. En recuerdo de mi padre, tomé prestado de su biblioteca *La cultura del Renacimiento en Italia*, de Jacob Burckhardt, que me impresionó profundamente y que me animó a realizar más lecturas sobre los Borgia, los Sforza y la casa Malatesta, sobre Federigo da Montefeltro, Miguel Ángel y muchos más. Era una evasión. Al mismo tiempo leí, en caótica alternancia, a Rilke, desbancado por todo lo demás durante mucho tiempo; por entonces podía recitar de memoria la maravilla lingüística de *La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke*.

En el colegio estábamos con *La Odisea*, que sustituía a esas «obras para el tiempo libre», como decían mis hermanos burlándose, y también con Virgilio y Horacio. Incluso durante una temporada llegué a considerar entre las materias agradables los deberes de matemáticas, que no me gustaban nada, pero dos veces a la semana pasaba las tardes con los demás de mi clase fuera de las puertas de la ciudad, en el estadio Dreisam. Al igual que en Berlín, Winfried destacaba en las distancias cortas, y en varias ocasiones corrió los cuatrocientos metros por debajo del minuto, lo que yo nunca logré. Para mi propia perplejidad, descubrí que yo tenía talento para el salto de altura, y llegué a alcanzar hasta el metro setenta y seis, mientras que Wolfgang mantenía su aversión hacia los ejercicios físicos y desarrolló una sorprendente imaginación para encontrar pretextos siempre nuevos que le eximiesen de practicarlos. Nuestro sentimiento de compenetración se mantuvo intacto frente a la «institución educativa», si bien ya no nos sentíamos «en contra del mundo». De vez en cuando emprendíamos nuestros «paseos por la pequeña ciudad», subíamos a la torre de la catedral, desde donde en días claros se podían ver Alsacia y los Vosgos, y escamoteábamos el tiempo libre para ir al Schlossberg o al Günterstal y así poder pasar algunas horas nosotros solos o en compañía de los amigos que íbamos haciendo.

Hacia finales del otoño leí la *Historia de la guerra de los Treinta Años*, de Schiller, así como, una vez en el tren, *Historia del declive de las provincias unidas de los Países Bajos*. Al contrario que Goethe, por entonces los alemanes consideraban a Schiller como una especie de «héroe de la cultura», y Daniel Rauch le presentaba como el joven perfecto en el que se reconocía la nación. Después de los primeros acercamientos, que terminaron en su disputa turingia, Schiller constató que Goethe «humaniza la propia existencia, pero sólo como un dios, sin entregarse». Los hombres no deberían tolerar entre ellos a alguien como él, añadió en una frase, mezcla de respeto, admiración y, por supuesto, envidia.

Pero entonces, Schiller, según leí en la letra pequeña de algún sitio, cuando menos se esperaba, escribió a Goethe la carta de admiración en la que figura la frase, a mi parecer absolutamente equivocada: «Usted tiene que gobernar un reino, yo sólo una familia de conceptos algo numerosa». Por entonces yo estaba profundamente convencido de que era justo al contrario: el monarca del reino poético era Schiller, mientras que Goethe estaba al frente de una familia que, si bien era grande, entre sus

innumerables proyectos vitales sin acabar tenía también un nutrido grupo de bastardos. Y, a mi modo de ver, disponía, al igual que Heinrich von Kleist en *El príncipe de Homburgo*, de un matiz al que Goethe se aproximaba a lo sumo en sus primeros poemas, con su combinación de cálido naturalismo y artificiosa belleza: la armonía de un concepto siempre grande con una pasión impulsiva y con la belleza incomparable del vocablo. Cuando, a las pocas semanas, se me declaró de nuevo la fiebre schilleriana, al principio yo tenía mala conciencia, pues sólo seguí encontrando elegantes *La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke* y algunos poemas de Rilke. Seguro que eran algo más que eso, y todavía hoy estoy agradecido a las muchas circunstancias que me llevaron, aunque fuera por poco tiempo, a una «fiebre de Rilke» que nunca se me ha curado del todo.

Al comenzar las vacaciones de verano nos fuimos a Berlín. La estancia empezó con una especie de historia de terror. Una noche, dos días después de nuestra llegada, empezaron a oírse de repente gritos de «¡Fuego!», los camiones contra incendios se precipitaron calle arriba con los neumáticos chirriando, y por todas partes sonaban sirenas a pesar de que no se había anunciado la alarma aérea. Se había desatado un incendio en la Junker-Jörg Strasse, un par de casas más arriba de nosotros, y en muy poco tiempo el edificio entero ardía en llamas. Nos tiramos de la cama a toda prisa y fuimos corriendo al lugar del suceso. Justo cuando llegábamos, el entramado del tejado se vino abajo y atravesó los cuatro pisos; los curiosos que contemplaban la escena con la boca abierta exhalaban un profundo suspiro. En ese momento, como salido de la nada, en un hueco de una ventana apareció un matrimonio mayor que no dejaba de mirar al vacío; entre el griterío de la gente, se lanzaron, cogidos de la mano, sobre la lona de salvamento que estaba preparada, para después, llorando y arrastrando las piernas, desaparecer acompañados por los sanitarios. Wolfgang, que siempre tuvo mala pata para las salidas irónicas, gritó al ver el corro de gente iluminada por el reflejo: «¿Por qué nadie grita "Luces fuera"? ¿Y dónde está el aviso de defensa antiaérea, maldita sea?». Un transeúnte que estaba a mi lado comentó: «¡Mocoso! ¿Te crees que puedes hacer eso?».

Nosotros nos quedamos por allí hasta que, a pesar de todos los esfuerzos, ardieron casi los cimientos del edificio, y sólo empezarnos a retirarnos después de que mi padre nos regañara unas cuantas veces. «¡Vamos para casa! —decía—. ¡Esto lo vais a ver con bastante frecuencia!». A la pregunta de Wienfried de qué significaba eso, mi padre respondió: «Esto es sólo el comienzo». Al poco de estar ya de regreso en nuestra casa, nos juntó a los hijos en un rincón y nos dijo: «Esto no era la guerra con bombas. Hasta hoy nos ha respetado. Pero en cualquier momento llegará hasta Karlshorst, y esto ha sido un preludio. Quizá un buen espíritu nos quiere decir que debemos acostumbarnos». Cuando mi madre le oyó, se puso de pie y abandonó la habitación. En la puerta dijo, más bien para sí misma: «¡La culpa de todo la tiene la horrible política! ¡Lo destruye todo!». Como Wolfgang fuera detrás de ella, le comentó: «Tu padre puede pensar en el apocalipsis si quiere, pero dile, por favor, que

al menos se lo guarde para él».

Para que nos diera tiempo a hacer algunas visitas, hasta pasados tres días no nos fuimos a Walken. Como era habitual, en la estación nos esperaba el tío Berthold con el coche de caballos, pero esta vez hicimos una parada en Schwiebus para visitar a unos parientes, entre ellos a «la otra Franziska», como la llamábamos en recuerdo de nuestra niñera, a tía Cille y a otros miembros de la familia paterna. Después, todo fue como siempre, atravesamos calles con baches en distintos pueblecitos y caminos de tierra hasta llegar a la granja junto al lago Packlitz, y esta vez lamenté desde el día de nuestra llegada que, como siempre, mis padres se marcharan a los pocos días y nos dejaran allí. Pues más que cualquier otra cosa, lo que aprendí a echar de menos en Friburgo era a alguien que respondiera con inteligencia a mis preguntas y contradicciones. Yo no encontraba sustituto para mi padre a la hora de orientarme en la diversidad del pensamiento, ya se tratase de preguntas simples o rebuscadas, y fue entonces cuando fui consciente de esa carencia. Wolfgang, siempre malhumorado y sensato, me dijo que no siempre iba a poder tener a personas listas a mi alrededor. Inútilmente, según me pareció, añadió: «Ahora estás fuera de las faldas del jardín de papá, o, si lo prefieres, del segundo turno para cenar. ¡Confórmate!».

De nuevo en Friburgo, nos esperaba una desagradable sorpresa. El miércoles, día de nuestra primera velada casera, como las llamábamos, el rector suplente del internado nos descubrió en el estrado de uno de los gabinetes de estudio, donde hasta entonces habíamos pasado las horas de JH conversando en voz baja o leyendo. Con evidentes muestras de espanto constató que no cumplíamos con una «obligación legal», y aún se mostró más estupefacto cuando se enteró de que nunca habíamos sido miembros de la organización de las juventudes nacionalsocialistas. Nos echó en cara nuestro «comportamiento irresponsable» y que, con ello, poníamos en cuestión la «existencia misma de toda la institución». Por la noche, «los berlineses» fueron citados ante el doctor Hermann, y al final de la semana apareció un dirigente de las juventudes, más o menos de nuestra edad, y nos entregó el carnet de miembros para el «Compromiso JH», y nos dijo que a ningún joven alemán honesto se le exigía demasiado por prestar servicio en una escolta. «¡No os preocupéis por eso! —gritó—, ¡Venís con gente como vosotros! Abrigaos bien, o mejor, desabrigaos —dijo intentando hacer una broma—. Los niños bien andan descalzos con nosotros por el infierno».

Al igual que Wolfgang y Winfried, yo tampoco me sentí mal en el Compromiso JH. Mientras los «respetables» cantaban en el sótano del instituto Friedrich «*Aus grauer Städte Mauern...* » o «*Die Glocken stürmten vom Bernwardsturm...* » y escuchaban con atención el redoblar del tambor del lansquenete, que iba marcando no sólo las alocuciones y los cánticos, sino también las heroicidades principales de las historias bélicas que se narraban, nosotros, hiciera el tiempo que hiciera, teníamos que marchar en círculo por el patio del colegio, avanzar cuerpo a tierra por el suelo o andar sobre el terreno en cuclillas con una pala o una rama en la mano extendida

hacia delante.

Por regla general, se trataba de jóvenes simpáticos, rebeldes, infatigables, con el pelo cortado a la moda y que se referían como «veladas de música doméstica» a las *Swing-Sessions* que se organizaban en las casas paternas, para, según decían ellos en tono burlesco, acercar al mundo las pretensiones culturales del Führer. Hacía poco Himmler les había amenazado con el campo de concentración, pero es que él no sabía precisamente qué es «alemán» y qué no, me explicaba uno de ellos. Después de permanecer dos horas «empuercándonos por ahí», como decíamos entre nosotros al referirnos a ese tonto deambular por el sucio patio del colegio, esperábamos a los dirigentes de las Juventudes Hitlerianas y nos mostrábamos de mejor humor; a dos de nosotros nos encomendaron que preparáramos un chiste al que los presentes debían contestar con estruendosas carcajadas. A diferencia del internado o la clase del colegio, aquí no se escandalizaban con los chistes de adolescentes, la mayoría bobos, con los que Wolfgang y yo contribuíamos, tomados de nuestra cosecha de Berlín. Sin embargo, aunque los chistes no fueran buenos, disimulábamos: cuando los de las Juventudes se acercaban rompíamos en estruendosas carcajadas y nos alegrábamos cuando les veíamos pasar a nuestro lado enfadados.

Para Navidades regresamos de nuevo a Berlín. Tras el primer intercambio de noticias sobre cuestiones familiares, las noches discurrían contando historias interminables sobre el vecindario, bajo nuestra lámpara con borlones. Para entonces se habían suprimido los dos turnos de cena, y mis dos hermanas podían estar con todos hasta la hora de irse a la cama. Nos enteramos de los chismes más recientes sobre «Kalau» Hausdorf, sobre los Goderski, y del viejo Katlewski, que desde nuestra marcha «había ido cada vez a menos», así como sobre los Schönborn, y mi padre lamentaba que, a pesar de todas las invitaciones que se le habían hecho, el doctor Meyer no había vuelto a dejarse ver. Los Rosenthal habían informado a través del círculo de amigos que, más o menos pobres pero sanos y salvos, habían llegado a Inglaterra, y que tenían previsto seguir hasta Estados Unidos. «¡Bien lejos de la horrible Europa!», habrá dicho el señor Rosenthal.

Luego, mi padre empezó a hablar de Sally Jallowitz. Hacía poco, un día, ya de noche cerrada, habían bajado los dos juntos dos maletas con plata, joyas y telas ricas para enterrarlas debajo de la caseta del jardín. Les había costado bastante porque el suelo estaba muy duro a causa del hielo. Después comentó que abandonaba Berlín, que debía hacerlo así, pero sólo por unas semanas, y en cuanto pasara el fantasma nazi regresaría en el primer tren. Incluso lo haría en primera clase, había añadido, sobre «mullidos cojines», una «buena infusión» ante él y un buen cigarro en la boca. «y por fin la paz! —concluyó—. Y por todas partes gente encantadora. Todo lo que hoy se ve parecerá un pasado lejano. ¡Apenas puedo esperar a que eso llegue!». Le había regalado a mi padre un corte para hacerse un traje, «para un buen fin», había apuntado, «azul oscuro con raya fina, incluido chaleco». Y al final: «Este artículo se lo podrá poner cuando celebremos en la Esplanade el final de la guerra, usted y yo».

El doctor Goldschmidt también se había presentado una tarde, siguió contando mi padre, con una pequeña maleta que también habían enterrado como a un metro de profundidad, en la oscuridad de la noche, debajo de la mesa de ping—pong. El doctor Goldschmidt le comentó que solamente había llevado objetos valiosos, pero que ocupaban poco sitio. Mientras estaba dando sus explicaciones, que a mi padre le sonaron como un testamento definitivo, se retorció el pelo, bien repeinado hacia atrás, con lo que dejaba ver lo despoblada que en realidad tenía la gruesa cabeza. Hablando perdieron la noción del tiempo, e incluso el doctor Goldschmidt tuvo que pasar la noche en nuestra casa, ya que no se podía salir a la calle después del toque de queda, pero también estaba preocupado porque alguno de los convecinos de su casa de Charlottenburg pudiera notar su ausencia y denunciarle para no inculparse a sí mismo. Para alegría de mi padre, el doctor Gans había estado hacía poco de nuevo en Karlshorst, muy abatido porque la suerte también parecía sonreír a Hitler en su aventura de Rusia. El, en cualquier caso, procuraría tener cuidado con considerar la aparentemente fallida ofensiva de invierno como un cambio en el signo de la guerra. Y así, con todo el *tour des personnages* conocidos, como lo llamaba mi padre.

Para la fiesta de Navidad mi padre tenía pensado un pequeño desagravio. En mi mesa de regalos estaba *Sobre los acantilados de mármol* de Ernst Jünger, de reciente aparición. Mi padre me comentó que no se trataba de *Los Buddenbrook* o de *La montaña mágica*, pero tampoco de un libro sobre una potencia naval. Era una especie de novela pero con «mucha realidad escondida en ella»; lo que había que hacer de verdad era leer entre líneas, pues allí se descubrían muchas cosas conocidas. Él esperaba darme una alegría. Esta vez fui yo quien le quiso dar un abrazo.

Naturalmente, al poco de llegar me fui a visitar al párroco Wittenbrink. Me invitó a ir a su casa alguno de los días entre Navidad y Año Nuevo para escuchar música, y al final fueron tres. Le hablé de mi aversión hacia la esencia del internado, ese «mundo cuartelero» obtuso, tampoco tolerable a través del catolicismo, y me contestó, sin equivocarse demasiado, que con mi susceptibilidad ante las medidas disciplinarias sólo me hacía la vida más difícil. Seguramente resultaría más ingenioso, en lugar de quejarse por no poder encontrar amigos, dar los pasos necesarios para que surgiese una amistad.

Rápidamente cambié de tema, y como estábamos sentados delante del gramófono y de montañas de discos, derivé la conversación hacia Mozart. Hacía poco había leído una manifestación de Leopold Mozart en la que afirmaba que nunca había conocido a nadie que no le hablara de su «hijo prodigio» como de un «milagro», incluido Haydn. Sorprendentemente, Wittenbrink no se paró en Mozart, sino que pasó pronto a Rossini y habló encantado de sus excepcionales escenas de conjunto, que, según vino a decir, con su combinación de *crescendo* y *accelerando* se convierten en mágicos palacios musicales. Los finales de acto como los de *El barbero* hacía ya tiempo que le dejaban sin respiración, me comentó, y me puso algunos de los nuevos discos con pasajes de *La Cenicienta*. Sin embargo, continuó como si de repente regresara a este

mundo, cuando después de toda la dicha ruidosa que despliega Rossini recorremos más despacio los salones de estos palacios musicales, encontramos que toda su enorme amplitud está extrañamente vacía: el más exquisito placer terrenal, por así decirlo, en medio de la riada. La separación de espiritualidad, consuelo e intensidad se encuentra allí al lado, en los compositores alemanes.

Por entonces yo sólo conocía de Rossini *El barbero de Sevilla*, de aquella representación a la que me invitó mi tía Dolly, y apenas podía decir nada. Pero Wittenbrink ya había llegado a Beethoven. Goethe había observado que en la comedia nunca se muere, su objetivo es siempre el amor, el matrimonio y la felicidad. Pero la gran excepción es el *Fidelio* de Beethoven. Esta ópera, a pesar de todo su regocijo por la unión, al final no tiene nada de comedia; eso lo piensa una cabeza plena de la confianza universal de la Ilustración, que considera que toda necesidad y toda opresión acaban convirtiéndose en dicha. Pero, naturalmente, eso no es así. La salvación es lo más raro de este mundo, no ocurre ni en un sueño. En cualquier caso no le ocurre a él. ¡No hay más que mirar alrededor! Está por todas partes, en la política, la guerra y los incontables horrores.

Para el viaje de vuelta escogí *El Cicerone* de Jacob Burckhardt. Con la lectura de este libro buscaba hacerme una imagen del arte italiano, forzosamente descolorida a pesar de todos los esfuerzos por insuflarle color. Más tarde hojeé la *Historia de la cultura griega*, pero los demás viajeros molestaban tanto que a ratos me adormilaba. «Todo Berlín está huyendo —susurró Wolfgang mirando la congestión de los pasillos y las redes para equipajes atestadas de maletas—, el asunto del invierno ante Moscú parece haber contribuido a que muchos se hayan dado cuenta de las dificultades en que estarnos metidos». Después siguió leyendo su mamotreto de Dostoievski, pues el barullo de alrededor no parecía afectarle.

Pocas semanas después de nuestro regreso torné, por decirlo de alguna manera, la decisión sobre mi futuro profesional. El doctor Breithaupt nos leyó en la clase de griego un poema escrito en arcaizante, y si no recuerdo mal se titulaba «Las lágrimas de Nausicaa» o algo parecido. Su autor era Eckart Peterich, apuntó el profesor, y mostraba, hablando metafóricamente, el perfil de una muchacha que mira hacia un lado, y que con la mirada sigue una dicha ansiada o desvanecida. Cuando quise saber más cosas de este autor, nos habló sobre las publicaciones de Peterich, sobre su procedencia de una familia de eruditos ítaloalemana de Florencia y sobre su boda con una descendiente de una acomodada familia patricia, con la que pudo mantener una vida señorial. Todas estas circunstancias le permitieron llevar una existencia, a ver, decía mientras buscaba el término apropiado, podríamos decir que de intelectual independiente. El concepto, dicho como de pasada, actuó en mí como una iluminación. Incluida Florencia, por supuesto, la vida influyente y la adinerada mujer patricia. Cuando volví a reflexionar sobre ello, me di cuenta de que como «intelectual independiente», y conforme a las palabras de mi padre, podría eludir las miserables exigencias de la jerarquía nazi y sentirme tan libre en cuanto a los temas que me

interesaban como ningún profesor universitario. Así y todo, mis predilecciones apuntaban sin excepción al pasado más alejado, fuera Atenas o Florencia. Tal y como años después me solía recordar mi madre, divertida, con fecha 22 de noviembre de 1941 escribí a mis padres con entusiasmo de sabelotodo: «¡Ya tengo profesión!».

Seguramente nunca se lee en la vida como se hace entre los quince y los veinticinco. Sin embargo, las circunstancias hacían que la guerra se nos incrustara en la cabeza e hiciera que temiéramos perdernos alguna de las obras importantes. Esta preocupación era más fuerte en lo que respecta a la música. Siempre que enredaba con el receptor de radio que me había regalado Wigbert Gans durante la última visita a Berlín, solía oír bruscos chirridos y los tonos intermitentes de un *Basso Continuo*, que me decían que precisamente podía estar ante la última oportunidad de escuchar esta interpretación del cuarto concierto para piano de Beethoven con Edwin Fischer, o aquella sinfonía de Haydn bajo la dirección de Eugen Jochum.

Esta sensación era tan fuerte que no era raro que me pasara horas enteras pegado al botón del receptor para no recibir más que algunos compases desfigurados de una pieza musical sin identificar, o que estuviera ratos y ratos leyendo libros de los que, en circunstancias menos amenazadoras, apenas habría leído un par de docenas de páginas. Me esforcé con *La vida sencilla* de Ernst Wiechert, que gozaba de amplia acogida y que todo el mundo alababa, con el comienzo de una novela de aventuras de Dwinger cuyo título he olvidado, al igual que el de un novelón de guerra de Werner Beumelburg, y empecé a leer *El doctor Gion*, de Hans Carossa, sin llegar muy lejos. La mayoría de los libros los podía leer después de la orden de apagar, con una linterna que metía debajo de la colcha, por lo que tuve que renunciar a *Crimen y castigo* y a *El idiota*, de Dostoievski, que Wolfgang se había traído de Berlín. Tanto el uno como el otro pesaban demasiado y resultaban inmanejables para leer debajo de la colcha. Después pasé al gran libro de Robert Graves *Yo, Claudio*, y por primera vez, después de tantas vueltas, volví a leer una obra que no solamente trataba sobre uno de mis temas preferidos, sino que con su categoría literaria combinaba esplendor lingüístico y enseñanza interesante.

El primer año no remitieron mis desavenencias con el reglamento del internado y que dieron lugar a continuos percances, que en algunas ocasiones resultaban cómicos. Nunca he llegado a entender por qué mis dos hermanos llegaron a llevarse bien con el reglamento, e incluso Wolfgang se tomó algunas libertades que prácticamente no tuvieron consecuencias. Al poco de llegar ya dio alguna conferencia a las tres últimas clases del seminario sobre el *Fausto* de Goethe a la luz de experiencias modernas, tal como rezaba el título de una de ellas que yo recuerdo, sobre el «Romanticismo del Sturm und Drang, al que nadie denomina así», al igual que sobre la batalla de Tagliacozzo, que terminó con el poder de Conrado de Hohenstaufen. Cuando, en una ocasión, el doctor Hermann intentó poner a Wolfgang en mi contra con palabras de aparente preocupación, éste, según se rumoreaba en el internado, habría impedido semejante pretensión, incluso utilizando un «impertinente tono berlinés». Se negó a

darme más detalles. «¡No ha sido nada! —dijo simplemente—. ¡Ha habido cosas peores!».

A lo largo del invierno fui varias veces al teatro, y en primavera asistí a la ópera. En el programa figuraban *Los maestros cantores de Núremberg*, bajo la dirección de Bruno Vondenhoff al frente de la orquesta municipal. A mi modo de ver, esta representación plasmaba el lado amable y a veces desgarrado de la imagen de Wagner. Al mismo tiempo, animado por conversaciones y reflexiones, descubrí, junto al romanticismo de vidrio abombado de la antigua Núremberg, mucho Neuschwanstein gracias a aparatosos bastidores de cartón. Me causó muy buena impresión en conjunto, pero ésta se esfumó al regresar al internado. Por algún tipo de absurdo orgullo juvenil no había querido pedir permiso especial para salir, y le había pedido a Winfried que preparara mi cama como si estuviera ocupada para cuando llegara la hora en que realizaban el control nocturno, que siempre solía ser muy rápido. La mayor dificultad estaba en saltar la alta verja de metal del seminario y pasar por delante de la puerta. Pero todo discurrió sin incidentes, de tal manera que poco después emprendí mi segunda excursión a la ópera por invitación de un amigo de clase.

El padre de Willibald, así se llamaba el amigo, era un respetado editor de Friburgo, que por un contratiempo repentino no pudo acudir esa noche a la ópera. Aunque yo hubiera preferido alguna de las óperas de Mozart que yo conocía, en el programa figuraba *Fidelio* de Beethoven. Poco antes de salir me telefoneó el párroco Wittenbrink para responder a una de las «cartas interrogatorio» con las que yo intentaba proseguir nuestras conversaciones berlinesas, y cuando le conté mi invitación a la ópera se quedó como electrizado. «¡*Fidelio!*!», gritó, y a continuación se le agolpaban las palabras. Habló de los papeles, las gradaciones, del final y entre medias siempre decía algo así: «El final: ¡presta mucha atención! ¡Ahí llega la señal!». Después continuó hablando con entusiasmo, hasta que llegó un momento en que yo ya no entendía nada de la historia. Al término de la atropellada conversación me recomendó que leyera el libreto de *Fidelio*.

La lectura del libreto me llevó bastante tiempo, y le decía a mi amigo que era una pena que no lo hubiera escrito Schiller en lugar de un francés desconocido junto con alguien más. La noche anterior a la representación me telefoneó Wittenbrink por segunda vez y me recomendó, esta vez en tono imperativo: «¡Estate pendiente de la trompeta! Esto es lo que te quería decir. ¡Ella es la señal! ¡La trompeta lo es todo!». Y así un rato más, hasta que al final añadió, sin ningún tipo de cautela política: «¡Nunca hay que perder la fe en la señal de la trompeta, ni siquiera hoy en día!».

Era evidente que la representación no comenzaba con Schiller, sino con «un francés desconocido». Después de la obertura me entretuve en contemplar la expresión de interesado aburrimiento que, en la penumbra del patio de butacas, podía leer en todas las caras. Sin embargo, la escena fue ganando en trascendencia con la salida a escena del prisionero, la escena del calabozo y la aparición del carcelero

acompañando a Leonore y al comandante. Nunca he podido borrar de mis oídos cómo la cantante que interpretaba el papel de Leonore, y que yo no conocía, se enfrentaba a Pizarro, que merodeaba con un puñal, y al penetrante grito de «¡Mata primero a su mujer!» tiraba de pistola, como se decía entonces. En ese momento llega como de lejos e irrumpe en el silencio del horror el toque de la trompeta. Cuando has oído algo así, no se olvida nunca, o incluso puede que jamás se haya escuchado algo semejante, en ningún sentido.

La impresión causada fue más o menos así. Naturalmente que su grandiosidad, junto a la música impetuosa de Beethoven, tenía que ver con las circunstancias políticas que dominaban todo nuestro pensamiento y nuestra conciencia. A comienzos de año nos había llegado la noticia de que uno de los hijos del tío Berthold se había congelado en la nieve rusa, y ahora nos enterábamos de que también había muerto su otro hijo. Impresionado por estos precedentes, pensé que la escena de la trompeta con «el deseo y presentimiento» del mejor rey, la felicidad por la liberación y la alegría por el reencuentro nunca se iba a entender tan bien como lo entendíamos nosotros en los años de Hitler. Pues, ¿dónde se da el que, por una simple señal, revienten las puertas de la prisión, los condenados a muerte sean liberados y los opresores puestos fuera de combate? Mientras aún estábamos aplaudiendo, le aseguré a mi amigo Willibald que, en el fondo, esto lo tenía que reconocer todo el mundo. Sin embargo, a medida que salían los asistentes, comentaban el tono agudo, que sonaba intenso, de Florestan, las últimas noticias del frente y, retomando el tema, que Marzeline no terminaba de conseguir su voz. En cambio, para mí todo había sido un cuento, incluso un cuento alemán, y creía que por parte del régimen había sido bastante imprudente autorizar la representación de *Fidelio*. Willibald me ayudó a saltar la verja del seminario.

Una semana más tarde empezaban las vacaciones de verano y viajamos a Berlín. Wolfgang se sumergió entre suspiros en *Guerra y paz*, mientras que yo volví al Renacimiento italiano. Ante mí tenía un libro profusamente ilustrado sobre el «iluminador» y el «tirano más gentil del mundo», según ponía literalmente en la obra, Lorenzo el Magnífico, y describía, como en un *collage* colorido y algo arbitrario, la época dorada de Florencia, su esplendor y sus tinieblas. Nada más llegar a Berlín, la familia se reunió en la mesa del jardín para cenar; poco después ya estaba el párroco en la valla para preguntarme por *Fidelio*. Aún hoy recuerdo que le contesté que había asistido a «la ópera alemana de cuento», más cuento que *La flauta mágica* tan querida por mi tía Dolly o que *El rapto*. Después quiso saber detalles escénicos, desde el dueto del principio hasta «la alegría infinita» del final, si Don Pizarro se había representado tan tétrico y con «las patillas tan cortas» como lo exige el papel, y que si Rocco, a pesar de que canta con el potente bajo de un tirano, había personificado al desgraciado.

Naturalmente, llegué al toque de trompeta, y tenía preguntas al respecto. Yo expresé mis dudas sobre la percepción escénica de Beethoven y volví sobre Schiller,

apunté algunos olvidos del texto, que al poeta nunca se le habrían pasado, y finalmente llegué a la explosión de alegría del final. Con toda seguridad, Schiller habría añadido al coro final, aunque sólo fuera como advertencia, algunos contrapuntos que lo matizasen, ya que el espíritu del siglo, según todo lo que yo había aprendido con él, nunca se manifiesta del todo como heraldo de la libertad, y si lo hace es sólo en la lírica política. Observé que, en lugar de derribar a los canallas, más bien les proporciona oportunidades de reaparecer, y Wittenbrink se mostró desconcertado. Pero esto ya lo había dicho él alguna vez en la valla o por teléfono, le comenté. El decía que yo hablaba con tono despectivo de la gran parábola, al referirme a ella como un «cuento». Le respondí con palabras escogidas, pero manteniéndome en mis trece: seguramente era el cuento más bonito del mundo, y al mismo tiempo el más inverosímil. «Pero sólo un cuento. ¡La libertad no funciona así! ¡Y un cuento alemán! ¡Nada más que una ocurrencia operística!».

En cualquier caso, con el paso del tiempo siempre se me ha reprochado lo mismo. Antes de viajar ese año a Walken, cada vez que la conversación volvía al *Fidelio*, me ponía de mal humor por lo obstinados que eran todos los de mi entorno, ya que incluso mi padre se pasó al bando contrario. Le dije que no podía hacer eso, pues, según palabras de mamá, él siempre se expresaba de manera apocalíptica. «Sí, sí», contestó malhumorado, pero al calificarlo como un cuento había echado abajo una gran esperanza. Después de pasar unos días en el regimiento del tío Berthold, comencé a echar de menos nuestras desavenencias.

CAPÍTULO 7

AMIGOS Y ENEMIGOS

Durante el viaje de regreso a Friburgo leí las escenas del Renacimiento de Gobineau que Schönborns me había prestado. Pero en Kassel subió una mujer que no paró de hablar de los problemas matrimoniales que traía consigo la guerra, de sus hijos de unos diez años de edad, del malhumor de los vecinos y otras cosas más. Después de tomar aire durante unos segundos dijo que hacía poco que, en la Pariser Strasse de Berlín, le había llamado la atención un transeúnte que llevaba los tacones torcidos. Se había acordado entonces de la observación que le había hecho su padre de que una de las características de los judíos es que llevan los tacones torcidos. Al llegar a la calle Güntzel se había acercado al hombre para comprobar que no llevaba la estrella de judío. «Pero lo era», prosiguió. Le había seguido otras dos calles hasta la casa en la que él se metió y había comunicado la dirección en el puesto de policía más cercano, por desgracia sin el nombre, pero ella tenía un «buen olfato» para todo lo judío. Tras echar una mirada escrutadora al departamento, añadió en un tono algo más bajo: «Se dice que los judíos ocultan dinero y joyas en los tacones; el que esté atento puede hacerse muy rico».

Ninguno de mis dos acompañantes dijo una sola palabra. Winfried dormía. Wolfgang murmuró algo de «estirar las piernas» y me invitó a salir: «¡Vamos, no es bueno estar sentado tanto tiempo!». Apenas estuvimos en el pasillo empezó a protestar en un tono imprudentemente alto: «¡Qué asco! ¡Una compatriota!». Yo le pedí que hablara más bajo, pero él me reprochó: «¡Cállate! Papá tiene razón: yo no quiero formar parte de esto. ¡La comunidad nacional da ganas de vomitar!». El viajero de mayor edad se bajó en la parada siguiente, en la estación de Mannheim, sin despedirse. En Offenburg le vi en el pasillo del vagón de al lado. Hizo como que no me veía, a pesar de que hasta Kassel, donde se había subido al tren la mujer habladora, habíamos conversado animadamente y era evidente que me había reconocido.

Cuando llamé a mis padres por teléfono para comunicarles que habíamos llegado bien, mencioné el incidente y luego pregunté por el doctor Meyer, pues durante nuestra estancia en Berlín había intentado visitarle varias veces en vano. «Ya no puede abrir la puerta —dijo mi padre, y luego añadió irreflexivamente—, por dar la explicación más benévola». Por detrás oía mi madre exclamar su «Dios mío, apiádate de nosotros». Mi padre me aseguró que uno de esos días se acercaría a la Hallesches Tor para, por así decirlo, llamar a la puerta como un loco.

En el seminario volvía a estar vigente la «regla monacal», como nosotros decíamos; en la escuela se estudiaban *La Odisea* y Virgilio, mientras que en clase de alemán aparecía Schiller con *Intrigas y amor* y se ponía de manifiesto mi superioridad de conocimientos. Unas semanas después, la clase recibió una especie de llamada a filas para obtener una formación militar básica para la defensa antiaérea, conocida por la abreviatura FLAK (Flugabwehrkanone). El campamento en el que debíamos presentarnos estaba en los alrededores de una antigua casa del partido en uno de los suburbios del sur de Friburgo.

Era el mismo régimen que yo ya conocía del internado, y aun así me sentí como liberado. Posteriormente me he preguntado con frecuencia por qué el reglamento mucho más férreo de los militares me resultaba más soportable que la vida con el doctor Hermann. Lo importante era que, a partir de entonces, ya no tenía que convivir sólo con jóvenes campesinos de la Selva Negra que por la tarde, en la sala de estudio, sacaban sus latas llenas de trozos de tocino y, con la boca llena, preguntaban por la *Consecutio temporum*. Pues se había reclutado no sólo a los alumnos del instituto Friedrich de Friburgo, sino también a los de cuarto y quinto curso del instituto Berthold y a los mismos cursos del cercano instituto de Emmendingen. Esa composición más heterogénea abrió nuevas posibilidades, amplió los temas de conversación e hizo ésta más libre. Y, naturalmente, uno estaba tan atrapado por los reflejos de la época, que acataba con mayor presteza las órdenes de un rudo suboficial que las advertencias, acompañadas de una inclinación de cabeza, de un monseñor.

El trabajo en el campamento de Haslach era tan estúpido como lo es cualquier formación militar. Teníamos que desfilas arriba y abajo por los amplios caminos de tierra entre los barracones, tirarnos al suelo al recibir la orden, presentar el arma, llevar polainas de punto y realizar una y otra vez los saludos militares prescritos en las normas del servicio militar, la HDV (Heeresdienstvorschrift), «con la espalda bien recta». También hacíamos maniobras de artillería y prácticas de tiro, limpiábamos las letrinas, ordenábamos las taquillas o servíamos el café, que salía de las cocinas en pesadas cafeteras que se entregaban a los encargados de repartirlo antes de llegar al comedor. No sé cómo se me ocurrió gritar entonces «¿Contraseña?». En cualquier caso, mi compañero, Franz Franken, un experto melómano, entonaba entonces parte de un aria: «Olvida pedir en silencio», a lo que yo contestaba, por ejemplo, «Qué tortura será siempre el café esperar», o bien con una deformación más simple, «Somos los factótums de un mundo bello...». Con el paso del tiempo, nuestras consignas pasaron a ser textos operísticos cada vez más deformados, como «Dame el puchero, mi vida», a lo que el otro respondía: «Arráncame el trago de café...» o cualquier otra cosa que se nos ocurriera.

Transcurridas aproximadamente cuatro semanas finalizó nuestra formación básica, pero yo llegué a Berlín después que mi hermano, ya que, en respuesta a una invitación de Wittenbrink, pasé antes por Viena. Viví con una familia que él conocía en la Weyringer Gasse, y cada mañana, cuando pasaba con Wittenbrink por delante

de Belvedere camino de la ciudad, Viena se extendía ante mis ojos como pintada con un lápiz de plata. Los amigos opinaban que Viena, a diferencia de París, Berlín o Washington, no impone por su majestuosidad imperial; incluso la Heldenplatz le resulta hogareña a quien la observa con todos los sentidos. La elegancia austriaca permite que incluso la arquitectura extravagante entre en los barrios señoriales, y precisamente de la combinación de ambos surge una metrópoli cosmopolita que es, al mismo tiempo, grandiosa y humana. Estas reflexiones, planteadas ya en el desayuno, me impresionaron más aún por el hecho de que, a pesar de toda su evidente autocomplacencia, eran nuevas y convincentes para mí.

Pero la experiencia que más me marcó fue el encuentro musical con los amigos de la familia, que se reunieron una de las tres noches que yo pasé con ellos y que intentaron persuadirme de que Viena era indiscutiblemente la capital musical del mundo y Schubert su soberano, por delante de Mozart y de Beethoven. Hasta entonces yo conocía a Schubert casi exclusivamente como compositor de *heder*; entonces me di cuenta con progresivo asombro de que su música de cámara está muy por encima de ellos, desde los cuartetos tardíos hasta el incomparable octeto. Su inspiración llega hasta las raíces de la muerte, exclamó el entusiasta joven al que todos llamaban «señor consejero» para evitar su nombre checo prácticamente impronunciable. Incluso los *scherzi* parecían escritos para reírse de la muerte evocada unos compases antes, y con cada nota dejaban ver la pasión que los había inspirado. Un corpulento caballero se acercó de puntillas al piano para entonar un pasaje mencionado, retrocedió bailoteando para completar uno de los motivos de los *Lieder* y pidió, tanto en uno como en otro caso, que se prestara atención al «tono fundamental» de terror que Schubert escondía tras su melodiosa amabilidad. Todo lo que había compuesto, opinaba otro caballero, era «pura música fúnebre», y empezó por su parte a teclear para apoyar su afirmación con *Winterreise* y con pasajes del «Arme Peter» (Pobre Pedro) o de la «launische Forelle» (trucha enojada).

Así es como recuerdo aquella velada, y, por supuesto, sólo se trata de dos o tres detalles dentro de toda una variedad de temas e ideas. En el viaje de regreso a Berlín repasé con Wittenbrink todo lo vivido y le pregunté si la exaltación de Schubert tenía algo que ver con que éste, a diferencia de Mozart o Beethoven, por ejemplo, hubiera nacido en Viena. Wittenbrink consideró que era posible, que los vieneses estaban orgullosos de su ciudad y que les gustaba presumir de ella, sin menoscabo de la originalidad de Schubert.

Así se ampliaron para mí las imágenes, se hicieron más completas, y también más contradictorias, como lo es asimismo lo que describo en estas páginas, lo que retengo en la memoria y la adquisición progresiva del mundo. En esos años, Wolfgang y yo acudimos al Deutsches Schauspielhaus, después de esperar desde las siete de la tarde hasta que abrieron las taquillas a las nueve de la mañana. Por desgracia, al consejero de embajada Aprea le habían enviado a un remoto lugar del globo terráqueo. Ahora no sé decir con precisión si en esa ocasión hicimos cola para ver *Fausto* con Gustaf

Gründgens y Paul Hartmann, *Don Carlos* con Horst Caspar, o una versión de *Turandot*, pues vimos todas estas obras, pero no recuerdo con exactitud en qué orden. Con la tía Dolly asistimos a la representación de *La flauta mágica*, porque cuando la vi por primera vez lo único que quería era volver al día siguiente, como ella recordaba a menudo.

En el año 1942 no tuvimos la típica discusión de Navidad. Casi la provoqué al mediodía del segundo día de fiesta, cuando agradecí el buen transcurso de las celebraciones, pero no pude evitar añadir que sólo había echado de menos el habitual enfado de mi padre. Y le dio de inmediato. Me reprochó mi inoportuno afán de molestar, pero yo le respondí que las discusiones formaban parte de los días festivos en nuestra casa. Cuando mis hermanas se mostraron de acuerdo conmigo con una sonrisa irónica, mi padre abandonó la habitación muy enfadado, pero enseguida regresó y dijo, mientras se colocaba de nuevo en el chaleco la servilleta que acababa de arrojar: «¡Olvídalo! Las impertinencias no merecen que me enfade».

Al día siguiente, frío y soleado, mi padre nos invitó a Wolfgang y a mí a dar un paseo hasta el Seepark. Comentó algunas impresiones políticas de los últimos tiempos y pasó a hablar del doctor Meyer, al que había intentado localizar en vano. La semana siguiente iría a la Kottbusser Platz; si no encontraba al doctor Meyer, debería temerse lo peor. Y «lo peor» significaba en este caso literalmente lo peor.

Después de dar unos pocos pasos, abandonamos el Seepark porque los caminos estaban demasiado helados. De regreso, mi padre dijo que nos tenía que contar lo que, para su disgusto, había escuchado recientemente en una emisión de la BBC, y no lo quería comentar en casa en presencia de mi madre. Uno de los locutores había informado detalladamente sobre un debate en la Cámara de los Comunes en el que se afirmaba que, en contra de lo que se rumoreaba, los nazis no instalaban a los judíos expulsados de Alemania en campos abiertos en el Este, lo que ya sería espantoso, sino que los asesinaban por decenas de miles. Todo se lo atribuía a Hitler y a sus secuaces. Aunque todavía pensaba que en este caso se trataba de una de las historias atroces como las que había inventado la poco escrupulosa propaganda de guerra inglesa ya en la Primera Guerra Mundial. Por ello buscaba pruebas nuevas, que se pudieran demostrar. Ninguno de sus amigos había podido aportar nada, y el tema no había vuelto a aparecer en ninguna emisión de la BBC, y eso que había pasado muchas horas junto a la radio.

Parecía muy inquieto, y nosotros intentamos aplacar sus temores. Dijo que rezaba para que lo que había escuchado no fuera cierto. Los nazis no podían llegar tan lejos, opinó cuando doblamos por la Hentigstrasse. Quizá sería más exacto decir «de momento no». Porque aún no estaban con el agua al cuello. Cuando se llegara a ese punto, ya no se podría garantizar nada. Entonces no habría nada seguro. Yo pensé en el doctor Meyer y en Sally Jallowitz. Cuando más tarde vi a mi padre entrar en su despacho, le seguí y le pregunté si sabía algo nuevo. Contestó que, a pesar de todas sus pesquisas, no había descubierto nada, quizá todos tuvieran miedo de revelar lo

que sabían. Al final de la conversación le hice prometerme que, si se enteraba de algo, me pondría al corriente enseguida.

Pocos días después de volver al internado recibí, como todos los de mi clase, el llamamiento a filas. Nuestro destino era Friedrichshafen, junto al lago Constanza, que estaba rodeado de una amplia corona de baterías antiaéreas debido no sólo a las fábricas de piezas aeronáuticas, sino sobre todo a la producción de ruedas dentadas. «Sin ruedas dentadas no puede haber guerra», exclamó el sargento primero Grummel a nuestra llegada, para concienciarnos de la importancia de nuestra misión. Era un afable estibador del norte de Alemania, con la cara extrañamente arrugada, y responsable de nuestra formación como cuerpo de infantería. Después de habernos explicado sus cometidos, gritó de pronto: «¡Al suelo!» y «¡A cubierto!». Luego nos condujo hasta el barracón donde recibimos los uniformes azules de ayudantes de aviación y demás equipo, desde el quepis de servicio hasta las botas. Naturalmente, también el casco de acero y los utensilios de cocina. Apenas habíamos arreglado las taquillas cuando nos llamaron para que nos presentáramos ante el sargento mayor Knappe, al que, al día siguiente, ya habíamos puesto el mote de «estaca».

A continuación nos asignaron nuestras funciones. La mayor parte de las tres clases, que nos habíamos vuelto a juntar, debía prestar servicio en la artillería de 8,8 cm instalada en terraplenes de unos dos metros de altura recubiertos de madera. A un grupo más reducido se le adjudicó el denominado equipo subterráneo, que estaba en búnkeres y debía determinar la posición de los objetivos volantes y comunicársela a los artilleros. Yo estaba en un puesto subterráneo.

La batería se encontraba en una colina sobre la ciudad de Friedrichshafen, en un florido campo de manzanos. Abajo lanzaba sus destellos el lago Constanza, y enfrente, más allá de la orilla, se elevaba, cubierto de nieve, el Asentís, en medio de un abrupto macizo montañoso. Cuando anochecía se veían las luces de los pueblos de la parte suiza reflejadas en el agua, mientras que a este lado, hasta Constanza y Lindau, todo estaba sumido en la más callada oscuridad.

En el transcurso de las primeras semanas llegaron algunos profesores para continuar las clases en las materias más importantes. Seguimos estudiando latín, historia y, durante un tiempo, también matemáticas y alguna que otra asignatura relacionada con el mundo natural. Pero las horas de estudio, subordinadas generalmente a las maniobras militares, pasaron a ser casi por fuerza secundarias, hasta que apareció el doctor Kiefer. Con una indumentaria poco habitual, pelerina negra y una bufanda roja alrededor del cuello, llegó a la clase, lanzó su sombrero sobre la mesa y se presentó con una breve frase que decía más menos así: «Tengo que contaros una historia sobre la estrechez y el provincianismo alemanes. También sobre el adelanto de las culturas italiana y francesa, así como sobre las itinerantes gentes del teatro que, con entusiasmo pero sin esperanza, viajaban con sus carretas mientras París tenía ya varios teatros y Nápoles incluso una ópera. Hasta que con Lessing apareció el primer poeta alemán de renombre mundial. Su genio convirtió el país en

los cien años siguientes en un lugar de irradiación de las artes y las ciencias como Europa no había conocido hasta entonces. Ahora hablaré de Atenas. Y en caso necesario de la Florencia de Lorenzo el Magnífico».

La vestimenta de artista que Kiefer llevaba tenía que ver sin duda con el hecho de que consideraba la profesión docente como una especie de interpretación y, en el fondo, se veía a sí mismo como un pintor. Las horas en que no había clase las aprovechaba para vagar con su caballete, sus pinturas y su silla plegable por los terrenos en torno a las baterías. De vez en cuando se veía a ese hombre, que tendía a la corpulencia, entre los manzanos cargados de frutos rojizos buscando algún motivo apropiado mientras trepaba por una loma o una ladera; un par de horas más tarde regresaba al campamento sin aliento, pero cautivado por impresiones fascinantes, con dos o tres trabajos pintados con estilo expresionista, y entablaba con gusto una conversación con nosotros. En tales casos solía enlazar con los temas tratados en clase por la mañana.

Podía hablar sin cesar sobre Goethe y Schiller, sobre Kleist, Georg Büchner o sobre las traducciones que Schlegel y Tieck habían realizado de Shakespeare, sin aburrirnos con personajes muertos. Explicaba *Intrigas y amor* de Schiller como la tragedia de amor entre Fred, el hijo de un alto funcionario ministerial, y la hija de un portero que, según recuerdo, se llamaba Irmtraut Schönquell. Lady Milford, que con Kiefer recibía el nombre de Pamela Grace, como yo escribí a mi madre, era en palabras de él una «persona que había salido torcida». También trasladó Kiefer a la actualidad a *El príncipe de Homburgo*, con cambios insignificantes pero no exentos de peligro, lo mismo que al *Fausto* de Goethe, sin desvelar el origen de la historia. Al final Kiefer siempre explicaba que, por supuesto, él no había vivido el caso mencionado. Más bien se trataba de enseñarnos de un modo inusual, por decirlo de alguna forma, el tema de una de las grandes obras de la literatura clásica. Al mismo tiempo quería demostrar que el temor tan extendido a las obras de poetas famosos era totalmente infundado. Luego comenzaba el análisis literario de la obra en cuestión. Lo que le importaba ante todo era la duda, a la que, en una época de «creencias establecidas», había convertido en una especie de ídolo. «¡En caso de duda, a favor de la duda! Tiene que ser vuestra norma de vida», le gustaba decirnos.

Probablemente debieron ser las historias sobre el doctor Kiefer y algunas líneas arrogantes sobre la vida de soldado lo que le escribí en una carta larga y formal a mi abuelo en Berlín. En cualquier caso, él me contestó enseguida, y me invitó «a tomar el té en la Riastrasse» durante las próximas vacaciones. Un compañero de cuarto que vio la carta sobre la cama se rió de su tono formal y me preguntó si yo trataba de «usted» a mi abuelo. Yo le respondí: «No, nada de usted ni de formalidades. Sólo lo propio de una gran ciudad». Desde entonces fue diciendo por ahí que yo era intratable y maleducado.

Otro compañero de cuarto me recomendó, mientras limpiábamos las armas en el patio del cuartel, a Josef Weinheber, del que hasta entonces yo no sabía nada. Me

prestó un libro de poemas, y yo lo leí con creciente interés. El título rezaba, si no me equivoco, *Adel und Untergang* (Nobleza y hundimiento). En aquellas páginas encontré un tono elevado, en mi opinión influido por Schiller, a veces grandilocuentemente heroico, que hermanaba siempre la muerte y la vida, y dominado por el *pathos* de la época. Se hablaba de «viajes sagrados», también del «fuego de los mundos», pero en el verso siguiente, con ecos expresionistas, de «escarpadas pasiones» o «rizos de ambrosía»: todo nobleza y decadencia, que luego cambiaban a un clasicismo nunca exento de esfuerzo. También me impresionaron los juegos de rimas y líneas, sobre todo en las denominadas coronas de poemas. Wolfgang, al que di a leer uno de los libros durante un encuentro que tuvimos en Fráncfort del Oder, donde él estaba de recluta, no pudo evitar reírse del «repicar de palabras», como él decía, y parodiar algunos pasajes como un *Dies irae* sacerdotal. Yo, por mi parte, que durante un tiempo vi un lirismo considerable en los «cuerpos coronados de flores» y las «bocas curvadas de sueños» de Josef Weinheber, años más tarde aprendí del poeta que se puede sucumbir al espíritu de la época a pesar de haber sido educado en contradicción con él.

A comienzos de mayo de 1943 llegó una carta de mi padre en la que contaba algunos acontecimientos de Karlshorst, y en una posdata me informaba de que había ido un par de veces a la Hallesches Tor, pero que no había podido encontrar a nuestro amigo «el doctor Müller»; seguramente había sido «enviado a una sucursal»; sólo podíamos confiar en que regresara sano y salvo. Por supuesto, yo tuve horribles sospechas, y volví sobre mis recuerdos de algunos poemas y sus observaciones en nuestra despedida, que habían creado y fortalecido nuestros lazos de unión. Pero no dije nada de ello en mi carta de respuesta. Antes bien, escondí mi intranquilidad tras algunos detalles sin importancia y comenté que probablemente tuviera vacaciones a finales de junio, y que esperaba tener más noticias para entonces. Al mismo tiempo confirmé mi intención de llevar a dos amigos conmigo. Todo lo demás lo debíamos aplazar. Y como posdata añadí: «¡Qué le vamos a hacer!».

A finales de junio viajé a Berlín con Helmut Weidner y Norbert Steinhardt. Mis padres nos esperaban en la estación de Anhalt. Mi padre parecía muy abatido, y mientras poco después caminaba junto a mi madre a unos pasos de los demás, ella me comentó que confiaba en que nuestra visita le levantara el ánimo. Había que hacer todo lo posible para conseguirlo, y evitar cualquier discusión política. Estaba preocupada, y con motivo, y esperaba mi apoyo.

Al principio, nuestras conversaciones derivaban siempre hacia asuntos políticos, pero mi madre y yo conseguíamos cambiar de tema, y una mañana en que el padre Wittenbrink apareció en el jardín, tuve tiempo de advertirle. Aunque nuestros amigos tenían más o menos las mismas ideas políticas que nosotros, le dije, nadie podía estar seguro de que fueran discretos en caso de apuro. Además, yo no los había invitado para hablar de política, sino para que conocieran Berlín, con el palacio, su avenida Linden, los museos y la Alexanderplatz. Sólo queríamos disfrutar de unas vacaciones

del servicio militar, continué explicándole, ir al teatro y a algún concierto, a las carreras ciclistas del Sportpalast, y a ver a las «llamativas muchachas» de la Friedrichstrasse. Me sentí lleno de orgullo mientras los guiaba de un lado a otro, sobre todo cuando visitamos Potsdam, tan querido desde los días de la infancia y ahora algo desolado, Sanssouci, el Marmorpalais y la Garnisonkirche.

Cuando, a la mañana siguiente, nos dirigimos al jardín para desayunar, Wittenbrink ya estaba paseando arriba y abajo junto a la valla con su breviario. Apenas llegamos, y recordando mis advertencias, empezó a hablar sobre Mozart y cómo había nacido, por así decirlo, ya enseñado. Y cuando añadió que era casi como el milagro de Caná, me permití prevenirle contra el pecado de la herejía. Wittenbrink se rió y respondió que, por suerte, ya no existía la Inquisición. Pero como ni un tema ni otro encontraban el eco adecuado entre mis amigos, pasó a hablar de pintura. Sentía gran admiración por los italianos y los holandeses, aseguró. Luego describió las distintas escuelas, Siena, Florencia y Roma, y de ahí pasó al «gran Caravaggio», como él decía, al que admiraba incondicionalmente por su predilección por la «carne en exceso desnuda». El sueño de su vida había sido siempre un cuadro del «gran pintor», si bien el legado de Caravaggio era bastante reducido debido a los pocos años que vivió y que, además, pasó en su mayor parte entre tabernas, burdeles y prisiones. Su arte de tratar la luz como una especie de fuego frío le parecía fascinante, da calor y al mismo tiempo hace pasar frío al observador. No podíamos dejar de admirar las obras del «gran Caravaggio» en la Nationalgalerie.

Luego fuimos a visitar la ciudad, aunque me pareció que las pocas imágenes que me eran conocidas de visitas anteriores habían desaparecido. Pero mostré a mis invitados la Isla de los Museos, el barrio de San Nicolás y la avenida Linden, así como mi viejo instituto y otros lugares notables, para evitar los debates políticos con mi padre. Pues durante todo el tiempo en que nos acompañaron mis amigos tuve la sensación, reforzada quizá por mi preocupada madre, de que a mi padre le iba a dar uno de sus ataques de ira. Aproveché una ocasión para preguntarle por el paradero de algunos amigos, como Walter Goderski, Bruno Block o el doctor Meyer, pero no pudo darme detalles al respecto.

Cuando mi padre nos preguntó por la marcha de nuestras clases, la conversación derivó hacia Virgilio, y Norbert, que precisamente estaba leyendo un libro sobre el poeta amigo de Augusto, se presentó como gran experto en el tema. «¡Por favor, nada de charlas eruditas!», rogó Helmut. Pero una vez hubo empezado, Norbert no se dejó desviar del tema y narró innumerables detalles, históricos y legendarios, que relacionaban el auge de Roma con la decadencia de Troya. Contó cómo Eneas, cuando descubrió la horrorosa imagen de su ciudad natal, tuvo la certeza de que en Cartago tenían que vivir personas con sentimientos, pues la capacidad de sentir la desgracia ajena forma parte de la esencia humana. En algún momento mi padre hizo la observación de que Virgilio no había tenido nunca en Alemania la misma fama que en el resto de Europa. Para él era muy significativo que *La Odisea* acabara con un

matrimonio y *La Eneida*, en cambio, con la fundación de un Estado.

Uno de los días siguientes acudí a tomar el té a la Riastrasse, y por primera vez en mi vida vi a mi abuelo como un conversador locuaz e incluso versado. No sabía sólo quejarse de la vida y los negocios, como nosotros afirmábamos siempre, sino que podía hablar con todo conocimiento de la literatura francesa clásica, desde Montaigne hasta Chateaubriand. Sorprendentemente, habló de la «pequeña y primera pieza literaria» que le había enviado con mi carta, quería escuchar más sobre el doctor Kiefer y los demás profesores, qué libro me había impresionado últimamente y cómo compaginaba mi gusto por la literatura con el embrutecimiento de la vida militar. Incluso las atenciones que siempre corrían de nuestra cuenta procedían esta vez de su parte: sirvió el té, acercó las pastas y de cuando en cuando me preguntaba si deseaba algo más. Además, quería conocer mis planes; yo le contesté que todo se limitaba a sobrevivir a la guerra. ¡Nada más! Había oído hablar de la carta en la que yo mostraba mi intención de ser «intelectual independiente», y me dijo: «¡Aférrate a estos tiempos! ¡Si algunos se ríen, no hagas caso! ¡Siempre se tienen problemas con los sensatos!». La abuela, que se sentó con nosotros como una media hora, me regaló al final un tarro de loza con su *crème caramel* tan apreciada por todos.

Poco después mi abuelo dio a entender que debíamos marcharnos. Cuando, en la puerta, hice ademán de despedirme, negó con la cabeza y dijo: «Hoy te acompaño yo a ti». Durante los primeros diez minutos de camino a la Hentigstrasse hablamos sobre el paisaje de Friedrichshafen y el lago Constanza. Yo le conté que durante una guardia de noche un camarada había dicho que era «amoroso», pero que enseguida me había pedido casi horrorizado que olvidara esa palabra. Mi abuelo opinó que eso se debía a que no era propia del mundo militar y sólo habría provocado risas, lo que de nuevo le hizo reír.

Cuando llegamos a nuestra casa, yo le dije que ahora me tocaba a mí acompañarle a él, que eso era lo apropiado. De nuevo sacudió la cabeza y dijo: «¡Hoy precisamente no! Hoy te he acompañado yo a ti a casa». Y mientras yo me preguntaba por qué mis hermanas le temían tanto al abuelo, me recomendó casi como una advertencia: «¡Procura sobrevivir!». Luego añadió que se podía hacer algo al respecto: «¡Ya sabes a qué me refiero!». Yo no tenía ni idea, pero hice como si le hubiera entendido. Por fin hizo el gesto como de darme un abrazo, pero giró sobre sus talones y se fue. Cuando se lo conté a mi madre, dijo sonriendo: «¡No le gustan los sentimentalismos! ¡Yo lo he heredado de él!».

Por la noche, en la cena, se produjo el temido enfado de mi padre. Empezó casi inocentemente, cuando observó que todo hombre tiene que pagar una deuda por llevar una vida rutinaria, si las circunstancias lo permiten. Con poco tacto, yo le pregunté que si con el final de la frase intentaba justificar su propia existencia, y en un segundo fue como si soltara toda la ira que había contenido. No podía permitir que le dijeran eso, gritó arrojando los cubiertos, incluso en presencia de mis compañeros. Hacía años que lamentaba su inactividad. Y todo por la familia, ¡por Dios! Pero

detestar el régimen que se extendía más allá del jardín, escuchar la BBC y rezar por los que sufren: ¡eso no era nada en realidad! «¡Sí! —prosiguió—. Me mantengo al margen. ¡Como todos! ¡Y tengo motivos para ello! Pero sé que en las circunstancias actuales no hay tierra de nadie entre el bien y el mal. El aire está envenenado. ¡Nos infecta a todos!». Y así durante un buen rato. Ocurrió aproximadamente así, según hemos intentado reconstruir después a partir de nuestros recuerdos.

Durante este ataque de ira insólitamente intenso de mi padre, mi madre se levantó de la mesa, pero se quedó de pie junto a la puerta. Tras una breve pausa se dirigió hacia él y le puso las manos sobre los hombros. «Te lo ruego, Hans —dijo en voz baja—. Tenemos invitados». Mis amigos estaban como petrificados, pero era evidente que mi padre aún no había terminado. «Nadie puede sentirse libre de culpa —volvió a exclamar—, ni siquiera el odio más justificado da la absolución.

¿Qué es eso, a fin de cuentas? El odio es demasiado poco. ¡Acabemos ya de una vez con la palabrería! ¡Sólo tenéis que liberaros de la culpa!».

La escena finalizó cuando mis dos hermanas, asustadas por el escándalo, aparecieron por la puerta en camisón y llorando. Mi padre las acompañó a su dormitorio con palabras tranquilizadoras y volvió poco después a la mesa disculpándose. Mientras recogía sus cubiertos del suelo, dijo que se reafirmaba en cada una de sus palabras. Su disculpa sólo se refería a los gritos que había proferido y a la pérdida de autocontrol.

Los tres días que nos quedaban los pasé con mis amigos en la ciudad, que ya estaba marcada por los ataques aéreos, y en la mesa del jardín. Una vez nos visitó el doctor Hausdorf y nos implicó en una seria conversación sobre el escepticismo, al que consideraba, junto con la fe, una virtud verdaderamente humana. Cuando faltaba uno de los dos, la convivencia era difícil o imposible; en cambio, los dos juntos garantizan la escasa capacidad de soportar que puede alcanzar el hombre. Al plantearnos cómo se pueden compatibilizar ambas ideas contradictorias surgió un largo debate en el transcurso del cual le fuimos acorralando cada vez más. Pero cuando se marchó, estuvimos de acuerdo en que tenía razón. La vida se compone, al fin y al cabo, de contradicciones.

El día antes de nuestra partida volvimos a reunirnos en la mesa del jardín. El padre Wittenbrink, que ya estaba junto a la valla, se acercó a nosotros con pasos apresurados. «¡Por fin lo tengo! —empezó a gritarnos desde lejos—. ¡Olvidad a los escolásticos y a Tomás de Aquino, olvidad a Descartes y a Leibniz! ¡Tengo la prueba definitiva de la existencia de Dios!». Wittenbrink parecía fuera de sí, y mi madre, que en ese momento nos traía el té, más tarde comentó que tenía los ojos húmedos. «La cuestión no requiere complicadas deducciones —prosiguió—, sino que consiste en una palabra tan sólo, como todos los conocimientos concluyentes. La prueba más concluyente de la existencia de Dios es: ¡Mozart! Cada página de su biografía nos enseña que procede de otro mundo y, a pesar de la torturadora soledad, al mismo tiempo nos lo hace visible. ¿Por qué nadie lo ha visto hasta ahora?».

Wittenbrink continuó hablando en ese tono casi extasiado. «¿Cuándo se ha dado que alguien no tenga que elaborar algo, sino que simplemente escriba su inspiración porque es lo que siempre ha tenido? ¡Comparad las anotaciones de Mozart, la cantidad al menos, con las de Beethoven! Éste lucha con todo aquello con lo que Mozart vino al mundo, y escribe siempre música de exorcismo». Naturalmente, he olvidado la mayor parte de las palabras de Wittenbrink. Pero lo indómito de su arrebató quedó grabado en mi memoria. Lo mismo que alguna idea, como la de que uno puede ser ligero como el aire y al mismo tiempo profundo, alegre y triste literalmente en el mismo tono, grande y nunca trivial. Que puede convertir las contradicciones más evidentes en armonía total, sin quitarles nada de su carácter antagónico. «Quien escucha el *Ave verum* —comentó— tiene que entender que ningún tono humano puede expresar así la fe. Y se comporta del mismo modo con innumerables sentimientos: para el amor habría que mencionar el aria de las rosas; para la ilusión, el primer dueto entre Fiordigili y Dorabella de *Così fan tutte*; para otros, muchos movimientos de los conciertos para piano o pasajes de los cuartetos de arco». Hablaba sin parar. Sólo se permitía incisos para volver a mencionar el tan repetido concepto de la «prueba de la existencia de Dios». Mis dos amigos apenas entendieron algo de lo que pensaba; yo, al fin y al cabo, tenía una especie de escuela tras de mí. Resultaba más convincente por la forma en que lo decía. Hasta ese día yo no sabía que el argumento puede esconderse completamente tras el tono.

Poco antes de nuestra partida, cuando las maletas estaban ya prácticamente preparadas, mi padre me propuso dar un breve paseo. En las montañas de arena, donde no se veía a nadie en muchos metros a la redonda, volvió a explotar: estaba tan alterado porque tenía horribles noticias del Este. Cuando le pedí que me diera más detalles, rechazó contestarme y dijo: «¡Ahora no! Quizá en otra ocasión. ¡Sólo te pondría en peligro!». Sólo lo mencionaba, añadió, para que comprendiera su ataque de ira. Su comportamiento había sido disparatado. Pero yo debía saber que había tenido motivos para ello.

Y es que quien indagaba y mostraba cierta desconfianza ante los gobernantes se encontraba siempre con nuevas pruebas de asesinatos en masa en Rusia, Polonia y otros lugares. Muchas informaciones resultaban contradictorias y se transmitían en forma de rumor; la repetición las convertía casi en certezas. Las primeras insinuaciones me las hizo Wigbert Gans en mi siguiente visita a Berlín, y también en Friburgo corrían rumores sobre fusilamientos indiscriminados frente a fosas comunes. En la primavera de 1944, y de nuevo tres meses más tarde, Wittenbrink me puso al corriente, bajo promesa de guardar el más estricto silencio, de actos atroces apenas imaginables que le habían contado miembros de la parroquia enviados al frente oriental. Me dijo también que en ocasiones había discutido con mi padre casi hasta la desesperación sobre qué se podía hacer contra tales atrocidades. En cualquier caso, no debía decirle a él ni una sola palabra de lo hablado, pues le había tenido que prometer a mi padre que no nos contaría nada. Todas sus conversaciones finalizaban

con la certeza de que su impotencia tenía que haberles resultado lo más deprimente. De cámaras de gas no se hablaba en ninguna de las noticias fiables que llegaron a mis oídos. Lo que sí se planteaba era por qué las emisoras de radio británicas no difundían lo que sabían sobre el exterminio de personas y ponían así al mundo en alerta. Pero Londres se había quedado mudo, me dijo nuestro profesor de religión, al que me encontré al volver a casa desde la catedral de Friburgo, después de escuchar uno de los encendidos sermones de domingo del arzobispo Gröber.

Cuando llegamos a la estación de Anhalt, mi padre nos llevó aparte. Avanzó por el andén hasta el final de la cubierta de cristal, rota a trechos, e incluso algunos pasos más allá, mientras mi madre se quedaba junto a la puerta del vagón con la mayor de mis hermanas, y dijo a mis dos amigos:

«Confío en vosotros, y sé que no vais a decir una sola palabra». Cuando ellos asintieron, siguió diciendo: «Espero a los rusos en la Puerta de Brandeburgo. Todos me tachan de pesimista. Pero no es eso. Me gustaría equivocarme, pues tener razón es a la larga un triunfo estúpido. Ya me ha ocurrido en demasiadas ocasiones». Cuando estuvimos de nuevo junto a la puerta del vagón, dijo: «Intentad, en la medida de lo posible, quedaros en el Oeste». Y cuando nos asomamos por la ventanilla para despedirnos, añadió: «Espero que Dios haga al fin una señal. No me atrevo a decir cómo sonará su voz». El tren se puso pesadamente en movimiento, y a pesar del estruendo aún pudimos oír a mi padre mientras corría por el andén: «¡Espero que volvamos a vernos!».

En Friedrichshafen volvimos al viejo trajín de los ejercicios militares, el cuidado de las armas, las horas vacías por la tarde y los atronadores ronquidos por la noche. Durante la instrucción, el sargento Grummel no paraba de gritar e intentaba poner cara de mal genio. El barrigudo y arrogante capitán Kersting, que regentaba una tienda en Karlsruhe, inspeccionaba regularmente las filas y nos exhortaba a estar más vigilantes. Pues desde la caída de Mussolini, y a medida que el frente avanzaba lentamente, se habían incrementado las incursiones, y apenas pasaba una semana en que no nos llamaran, de día o de noche, a coger las armas.

Todavía estaban allí los pocos profesores que nos habían acompañado al ser reclutados. A una señal de silbato corríamos con libros y cuadernos al barracón escuela. El doctor Kiefer estaba entretanto con el *Woyzeck* de Georg Büchner, y en el noveno curso leyó con nosotros *Antes del amanecer*, de Gerhart Hauptmann. Ya no recurría a su truco de cambiar a los personajes para sorprender a la clase, pero cuando ya nadie contaba con ello volvió a recuperarlo con la ayuda de una historia paralela de *Enrique el Verde*, de Gottfried Keller.

A la vista de la marcha de la guerra esta vez habló también de la duda como la primera virtud, y yo pensé en el doctor Hausdorf, que decía lo mismo con otras palabras. Siguiendo la recomendación del doctor Kiefer, en esa época empecé a leer a Nietzsche, junto a fragmentos de Oscar Wilde, cuya obra se había llevado Norbert, lo que me resultó muy sorprendente pues tenía un carácter melancólico, algo pedante,

que difícilmente encajaba con el ingenio aforístico del escritor. Como muchos de mi generación, leí con atención *La decadencia de Occidente*, de Spengler, así como una edición comentada del *Apocalipsis*: todo mezclado, entendido a medias, atrapado por el sentimiento de que se acababa una época.

Nuevos eran los seis u ocho prisioneros de guerra rusos que prestaban servicio alrededor de las baterías. Cargaban las pesadas granadas de 8,8 cm, limpiaban los puestos y los barracones y hacían todo tipo de trabajos. Por lo general eran amables y solícitos, y, a veces, de las pequeñas tiendas en que se alojaban salían los cantos que yo ya conocía de escucharlos en Berlín. Con alguno de los rusos llegué a tener, con el paso del tiempo, una relación casi cordial. Pero un cabo primero que era un intransigente miembro del partido y que me vio en cierta ocasión hablando con Michael y Lew me llamó y me previno de tratar «con la chusma rusa como si fueran camaradas». Dijo: «Ésos son todos unos revolucionarios. Les gustaría matarnos a todos. Uno detrás de otro». Luego, levantando el dedo índice, añadió: «¡Si pudieran! ¡Y tú los alientas!».

Con él debíamos tener mucho cuidado, sobre todo cuando escuchábamos las emisoras extranjeras a altas horas de la noche. Desconfiaba incluso de la emisora de los Balcanes que se anunciaba con la música de *Lili Marleen*. Cuando avisé a mis compañeros de clase de que estaba terminantemente prohibido escuchar las llamadas «emisoras enemigas», y que el castigo suponía al menos diez años de prisión, una mayoría decidió que los beneficios y la satisfacción eran demasiado pequeños, y el peligro del «delito radiofónico», demasiado grande. A pesar de todo, una docena de compañeros escuchaba con gran cautela y atención las «emisoras enemigas» en un barracón que estaba algo más apartado.

Otra novedad eran las ayudantas de la plana mayor, que habían llegado durante los días de Navidad como refuerzo para la sección de mecanografía. Vivían en un edificio situado a unos cientos de metros de distancia. Los camaradas más avisados descubrieron que en la «residencia de las ayudantes» se celebraban regularmente «concursos», en los que una de las muchachas bailaba sobre la mesa con la música de la radio. En un momento dado se paraba de pronto la música, mientras la «danzarina» se quedaba quieta. Al grito de las espectadoras de « ¡ Quítatelo, quítatelo, ya no lo necesitas!», se ponía de nuevo en movimiento y, tras bailotear otro poco, dejaba caer otra prenda de su vestimenta con un gesto lascivo, hasta que la música se interrumpía de nuevo.

En Navidad estuve en Berlín, y dio la casualidad de que Karlshorst vivió en esos días su primer ataque aéreo. Las bombas no provocaron daños especialmente grandes, pero los impactos y la destrucción podían apreciarse por toda la ciudad. Quizá fue el hecho de que el avance de la guerra pareciera cada vez más inevitable lo que determinó que esos días de celebración transcurrieran en una atmósfera extrañamente agobiante. Winfried y yo intentamos elevar algo el ánimo general, sobre todo el de nuestras dos hermanas, que habían entrado en la fase poética de la adolescencia. A la

dulce Hannih le contábamos historias más o menos inventadas sobre chismorreos y amoríos, mientras que Christa, de carácter mucho más práctico, prefería las historias alegres, a ser posible de humor.

El ambiente resultó más relajado cuando Wolfgang llegó a Karlshorst para pasar unas breves vacaciones de día y medio. De camino a la misa de Navidad me contó que quería haberle regalado a mi madre un poema que había compuesto él mismo, un poema en el tono de Heine, pero sin las dos líneas irónicas del final que a ella tanto le desagradaban. Ninguno de sus muchos intentos había tenido éxito. El poema debía contener la expresión favorita de mamá, «brisa de verano», su actividad preferida, el «piano», su prenda de vestir habitual en aquel momento, el «delantal negro», o al menos una combinación de todos esos conceptos tan antagónicos. Pero como poeta él era «demasiado simple», al menos eso había aprendido. Yo le contesté que era evidente que había querido escribir el poema con la mano izquierda. Se rió y dijo que los chistes sobre su propia incapacidad podía hacerlos él mismo.

En esos días, poco después de Nochebuena, vi a mi madre muy pensativa ante la caja donde guardaba sus recuerdos. Poco antes se había quejado de que todas las previsiones habían resultado erróneas. Wolfgang y yo éramos soldados, el régimen de Hitler no se iba a acabar. Ahora acariciaba con los dedos las preciadas bagatelas que, junto a algunas cartas y papeles familiares, guardaba en la caja: los primeros rizos de los niños, los diarios que había escrito sobre cada uno de ellos, así como tres viejas monedas de oro que supuestamente debían asegurar un perpetuo bienestar, y otras cosas más. También algunas cartas de Wolfgang y mías. Estaba sentada en silencio, mirando a la pared, y se asustó cuando de pronto me vio de pie a su lado. «¡No deberías hacer eso! —dijo—.

¡Imagínate que hubiera estado llorando!». Yo me senté a su lado y le pregunté si tenía ganas de llorar con frecuencia. Ella respondió: «Todos los días». Luego cerró la caja, se guardó la llave en un bolsillo y dijo, como reprochándose a sí misma: «Pero no son los sentimientos de cada día los que forman una vida».

A mediados de febrero de 1944 finalizó nuestro servicio como ayudantes de artillería antiaérea. Cuando se nos comunicó que, dos días después de nuestro licenciamiento, debíamos incorporarnos al Servicio de Trabajo (RAD) en representación de la unidad, negocié con el capitán Kersting unas «vacaciones» de catorce días hasta el comienzo de nuestra nueva misión. Como mi amigo Helmut Weidner entendía mi aversión al internado, me invitó a pasar esos pocos días libres en la habitación de invitados de la casa de sus padres.

Al día siguiente de mi regreso visité el seminario de Friburgo, y entre las tres o cuatro cartas que habían llegado hasta allí encontré, para mi sorpresa, un llamamiento para que me incorporara al servicio de trabajo a los dos días. Me enteré de que los demás compañeros habían recibido un escrito que ordenaba su entrada en servicio a finales de febrero, tal como habíamos acordado con el capitán Kersting y con la autoridad militar. Tras numerosas consultas, que me ocuparon todo el día siguiente,

decidí presentarme en el lugar indicado, pero para defender mi derecho a unas vacaciones con la ayuda de una confusa historia difícil de entender.

A las ocho de la mañana acudí al punto de concentración, no lejos de la estación. Me dirigí hacia un oficial que gritaba órdenes a diestro y siniestro y cuyo uniforme marrón estaba lleno de cordones plateados. No pude evitar reírme para mis adentros del estúpido gorro de Robin Hood verde que se usaba en el servicio de trabajo. A la pregunta de qué quería, murmuré algo acerca de una «equivocación» y un «error burocrático». Pero el oficial me dijo en tono imperioso, como si yo fuera para él una carga infame: «¿Tiene un llamamiento?», y al yo asentir, me ordenó: «¡Bien, entonces a la fila!».

Hice como si me incorporara a la fila por atrás, y en un segundo paso me acerqué al barracón que hacía las veces de oficina. Los días anteriores había intentado conseguir por teléfono un certificado del capitán Kersting que justificara que yo también tenía derecho a catorce días de vacaciones. Pero sólo había conseguido toparme con el sargento Knuppe, que me había gritado:

«¡Aquí no hay certificados! ¡Puedo darle un par de polainas! ¡Pero tiene que recogerlas usted mismo!». Entonces conseguí un papel en el que se decía que, al finalizar su servicio, todos los miembros del año 1926 de la batería antiaérea 218 obtenían, por su trabajo ejemplar, un permiso especial entre el 12 y el 26 de febrero de 1944. El escrito estaba firmado a máquina por el doctor Hans Kersting y a mano por los once compañeros de clase que había conseguido localizar la tarde anterior.

Después de exponerle mi caso al militar de la oficina, le enseñé el escrito. Lo miró desconcertado y, rascándose indeciso la cabeza, me preguntó por los detalles. Cuando le estaba contando los antecedentes del modo más inconexo e incluso contradictorio posible, me interrumpió gritando: «¡Vaya, vaya! ¡No entiendo una sola palabra! ¿Usted ha sido llamado o no?». Yo contesté con el tono enérgico que todos empleaban en ese cuarto lleno a rebosar: «¡Naturalmente que no!

¡Aquí está la prueba! ¡Es un malentendido!». Mientras yo seguía hablando para hacer el tema aún más ininteligible, gritó: «¿Hombre, entonces por qué me molesta? ¡Tengo miles de asuntos que resolver! ¡Y encima tengo que tratar con idiotas como usted! ¡Fuera de aquí!». Yo hice un breve saludo militar a pesar de ir vestido de civil, y me marché.

Durante media hora vi desde una distancia prudencial cómo los reclutados se subían a los camiones que iban pasando y cómo la columna partía poco después. Catorce días más tarde me hallaba de nuevo, ahora con mi clase, en el punto de encuentro y me presenté en la oficina. Como nadie encontraba mi nombre, tomaron mis datos personales y me dijeron que me marchara. Durante las dos semanas siguientes no tuve noticias del RAD.

En esos días tuve una discusión inusualmente fuerte con mi padre. En una de mis cartas le había contado casi de pasada que no hacía mucho que me había presentado como voluntario en la aviación. Apenas había llegado la carta a Berlín cuando ya

pude oír por teléfono cómo mi padre se iba enfureciendo cada vez más. «¿Voluntario? —gritaba intentando tomar aire—. ¿En esta guerra?

¿Has pensado en mí? ¿En nosotros?». Cuando yo le contesté que sí, él replicó: «¡Nunca lo podré entender!». Yo le dije que lo tenía que comprender, que casi toda la clase se había presentado y que ya conocía sus ideas a través de mis cartas. El volvió a rechazar mi argumento, y al final de la discusión, basada ya en meras repeticiones, se me escapó: presentarse como voluntario era la única forma de que no te incorporaran a las SS, cuyos reclutadores habían estado recientemente en la clase. No recuerdo las palabras exactas con las que le hice ver a mi padre las razones de mi decisión. Después de una larga discusión y un más largo silencio, colgamos el teléfono. En la carta que llegó pocos días después me escribió con una franqueza inconcebible que «a la guerra criminal de Hitler» no se presenta uno voluntariamente, ni siquiera por escapar de las SS. «Esa decisión — concluía — se la tienes que dejar a Dios o, si lo prefieres, al destino. En cualquier caso, no está en tu mano, aunque tú lo creas así».

A pesar de hablar e intercambiar cartas a menudo, no llegamos a un acuerdo. Por fin, mi padre me anunció que iría a visitarme a Friburgo para dirigir una instancia al mando aéreo con el fin de anular mi solicitud. Yo le dije que no era posible retractarse; además, cualquier día tendría que incorporarme al servicio de trabajo. Le oí decir algo y después, sin esperar una contestación, colgar el teléfono. Evitamos el tema durante años. Sólo una vez volvimos brevemente sobre él, y no he podido olvidar las ingeniosas palabras de mi padre, tan típicas de él: «En la única discusión seria que tuvimos durante la época nazi tú no estabas equivocado. ¡Pero yo tenía razón!».

Una vez finalizadas las clases tuve catorce días de vacaciones. Una mañana, poco antes de las seis, sonó el timbre en la casa en la que me encontraba como invitado. En la puerta había dos hombres con abrigos que parecían de uniforme y con el ala del sombrero bajada. Preguntaron por mí, y cuando se enteraron que estaba en la habitación de invitados, subieron corriendo la escalera sin decir una sola palabra. Una vez en el piso de arriba, abrieron primero la puerta de la habitación de al lado y me despertaron con el alboroto que armaron. «¡Así que usted es el desertor!», gritaron. Cuando yo lo negué y les dije mi nombre, me ordenaron: «¡Prepárese!». Esperaron en la puerta del cuarto de baño, metiéndome prisa de vez en cuando, y luego salimos de la casa. Delante de la entrada me dijeron casi al unísono que no querían tener problemas. De lo contrario tendrían que llamar a la policía. Nos dirigiríamos, continuaron explicándome, hasta la parada del tranvía en la Komturplatz. Yo debería ir diez pasos por delante de ellos. Luego sólo añadieron: «¡Andando!».

El funcionario del puesto de la Gestapo en la Dreisamstrasse me hizo esperar durante una hora mientras leía un legajo de actas. Cuando me atreví a preguntarle si no sería mejor que me marchara, pues no había desayunado, él me miró sonriendo, se quitó las gafas y dijo que tendría mucho, mucho tiempo. «¿Desayunar? Bueno, si

quiere llamarlo así». Media hora más tarde llegó otro funcionario, comentó mi caso con su colega y revolvió con desgana en un montón de papeles. Luego trajo uno de los dos un té, y algo más tarde el otro, poniéndose de pronto de pie, empezó una especie de interrogatorio.

La declaración duró bastante tiempo, las preguntas se referían sólo a los hechos más recientes. Pero el procedimiento se repitió varias veces, por la mañana, por la tarde, ya de noche. Entretanto, me habían encerrado en una celda. La segunda tarde vino el empleado que me había hecho esperar tanto la primera vez, y me dio una serie de papeles sin decir nada. Uno era el llamamiento al servicio de trabajo; otro, la comunicación del destino, el valle de Stubai, en el Tirol; el tercero, la orden de partir. «Mañana a las 7:12 salida de Friburgo —dijo—. Si no pierde ninguna de las conexiones, debería estar mañana a las seis de la tarde en Innsbruck. Allí tomará el tren hasta el valle de Stubai».

Aliviado, me puse en camino hacia Herdern. Durante los interrogatorios y en las pausas no había dejado de pensar en mis padres y lo preocupados que estarían si se enteraban de que me había detenido la Gestapo. El disgusto de mi madre me importaba más que las objeciones de mi padre. Él mismo estaba ya bastante metido en problemas.

CAPÍTULO 8

DE LA VIDA DE SOLDADO Y DE LA MUERTE

A principios de abril de 1944 mi padre recibió un escrito oficial. Procedía de una oficina del partido, y en él se le comunicaba que debía presentarse el día 19 de ese mes en un punto de encuentro concreto, ya que había sido reclutado para construir barreras antitanque. Él contestó inmediatamente que las autoridades competentes conocían sin duda que, según el párrafo 4 de la ley para la restauración del funcionariado civil profesional, él había sido separado del servicio; por ello había evitado realizar cualquier actividad incluida en el catálogo de medidas de dicha ley. Dado que la administración ejercida a partir de la colaboración entre Estado y partido daba gran importancia a la correcta aplicación de sus disposiciones, estaba claro que en el caso de su llamamiento debía tratarse de un error. Esperaba recibir una respuesta concreta «lo antes posible».

El escrito era una verdadera ironía. Esta vez hasta mi madre estuvo de acuerdo, a pesar de que años más tarde todavía le temblaba la boca cada vez que salía el tema. Que tres miembros de su familia defendieran el régimen de Hitler, que sólo le había traído desgracias, era demasiado para ella. Pero había tenido, como le gustaba decir más tarde, la «suerte del valiente». La mano protectora que creíamos que cubría las disparatadas acciones de mi padre la había ayudado de nuevo.

En esos días de inquietud llegué yo a Neustift, situado casi a mil metros de altitud al final del valle de Stubai, con Innsbruck y la brillante Nordwand de fondo. Allí se había levantado un campamento de barracones en un bosque situado detrás de unas granjas. En la noche de Pascua se había quemado una de las casas. Cuando, hacia las tres de la madrugada, terminaron los trabajos de extinción, a los que se incorporó nuestra unidad a toda prisa, bajé andando por el valle hasta Innsbruck en compañía de mi amigo Franz Franken, con el que me había vuelto a encontrar en ese campamento. Quizá tuviera algo que ver con el particular atractivo del paisaje el que de pronto odiara todo lo relacionado con el servicio de trabajo: los arrugados trajes de dril con la suciedad de los que los habían utilizado antes, el pan de cuartel con la repugnante margarina, el denominado cuidado de las palas, con el pulido de las brillantes superficies y la ridícula voz de mando de «¡Palas en alto!», «¡Palas abajo!» o «¡Palas en mano!». A ello se añadía el hecho de que, en esa fase tardía de la guerra, ya no había nada razonable que hacer, ni construir diques, ni desecar zonas inundadas, ni hacer carreteras, con lo que la realización continuada de ejercicios se convirtió en una solución de compromiso, lo mismo que cantar las mismas series de canciones que

entonaba años antes el grupo Schwarzer Haufen de Geyer o ir a acampar al otro lado del valle. Crecía la impresión de que los jefes del RAD eran soldados de carrera fracasados que tenían un terrible complejo de inferioridad.

Al cabo de unas semanas, la unidad se trasladó desde el alto valle de Innsbruck a Hohenems, en Vorarlberg, y uno de los jefes nos explicó que nos acercábamos al frente que se formaría en breve en el Oeste. Pero lo que realmente vimos fue cómo a finales de abril, más allá del lago Constanza, caía el fuego de un ataque nocturno sobre Friedrichshafen, que había sido respetada mientras estuvimos allí. Nos acordamos de nuestros compañeros de clase más jóvenes, que se habían quedado en la ciudad. Con el primer correo llegó una carta de mi madre en la que me contaba que habían llamado a mi padre a filas. Sin un ápice de la discreción que yo conocía en ella, añadía que alguien había querido protegerle, con la ayuda del ejército, de alguien situado en una «posición superior». Pues con casi sesenta años no se llamaba a nadie al «servicio activo», sino, en todo caso, a la reserva. «¿Pero de qué nos vale?».

Mi madre adjuntaba un informe del doctor Hermann o de uno de sus ayudantes. «Tu padre ya lo ha leído —escribía—, pero creía que tú debías conocerlo también». El certificado lo había extendido un superior de la dirección del internado como nota final de estudios, por así decirlo. No puedo citarlo en todo su eclesiástico tono burocrático, ya que se perdió, como muchas otras cosas, en la confusión del final de la guerra. Pero sus frases me alcanzaron como bofetadas contra las que nada pudieron hacer ni siquiera las mordaces anotaciones de mi padre. Decía más o menos: Joachim F. no tiene ningún interés intelectual y sólo trata los temas que le resultan más sencillos. Le cuesta esforzarse. Su actitud religiosa deja mucho que desear. Es difícil de abordar. Muestra un interés precoz por las mujeres desnudas, que esconde tras su afición a la pintura italiana. También se aprecia en él una notable dedicación a la literatura fácil, en un control realizado poco antes de su marcha se encontraron en su pupitre obras de Beumelburg y Wiechert. El hecho de que hubiera también un volumen de las obras dramáticas de Schiller no mejora las cosas, ya que la literatura dramática exige mucho menos esfuerzo que los libros del mundo de las ideas. Es reservado. Todos los intentos de la dirección de la institución por conversar con él han sido inútiles. No se puede descartar que J. consiga regresar al camino correcto. Se lo deseamos a él, y a usted también.

Mi padre había adjuntado una hoja al escrito. En ella se podía leer algo que no iba mucho con su severo carácter: «Para que tengas un motivo de risa en estos tiempos tan serios». Había subrayado la frase sobre el escaso interés intelectual y había anotado al margen: «Me sorprende. El doctor Hermann y el director me parecieron personas razonables en el encuentro que tuvimos el año pasado». Mi madre, por su parte, había escrito: «Wolfgang tuvo un informe sobresaliente.

¡Tampoco sois tan distintos! ¿Qué hace él de diferente?». Yo le contesté: «Mis superiores del RAD no paran de reprocharme de que aprovecho para leer casi cada minuto que tengo libre. Hace un par de días uno de ellos me gritó, a la vista de mi

falta de habilidad para montar la tienda: "¡Eh, tú, idiota ilustrado!". ¿Qué se aprende de todo ello? Que las valoraciones son parloteo, como se dice en alemánico».

A finales de junio finalizó el periodo del servicio de trabajo. Entonces me destinaron a una unidad de aviación en Landau del Lech. La casualidad hizo que ya el primer día hiciera un amigo. Reinhold Buck procedía de Radolfzell y tenía un temperamento genial que oscilaba entre la severidad, el encanto y el demonio. Las horas que pasaba delante de partituras y notaciones eran la prueba del esfuerzo que le costaba estar tranquilo: quería ser director de orquesta, y estaba poseído por la música. Fue inevitable que, mientras hacíamos las camas, llegáramos a temas y compositores que eran la pasión de ambos. Algo más tarde, cuando un silbato llamó a revista, nos pusimos juntos y hablamos de las sonatas para piano de Beethoven mientras recibíamos órdenes. Un subteniente que revisaba las filas y escuchó parte de nuestra conversación le preguntó a Reinhold en qué tono mayor estaba compuesta la *Novena sinfonía* de Beethoven, y recibió la siguiente contestación: «En ninguno. En re menor. Y, aún más, es la Opus número 125». El oficial se mostró muy sorprendido. «¿Y usted no sabe nada?», me preguntó a mí. «Sí, mucho —le respondí de un modo poco militar—, pero de literatura». El subteniente se quedó un rato pensando. «Entonces recíteme el verso final de "El rey de los elfos"». Sin vacilar, le contesté: «En sus brazos, el niño ha muerto...». A partir de ese día, cada vez que nos ordenaba llevar el café o limpiar las letrinas, nos llamaba «los profesores».

Después del servicio, que también aquí consistía en una embrutecedora formación de infantería, nos abstraíamos cada tarde en nuestra pasión por los debates. Nos acalorábamos hablando sobre Mozart y su inclinación hacia el estilo «alla turca», determinado por las guerras turcas y por el gusto por el café tan extendido en su época. Yo le hablé de la admiración que sentían por Schubert en Viena o de cómo el sentido dramático de Beethoven en lo musical, unido a un desinterés literario, le diferenciaba de forma tan llamativa del genio escénico de Mozart. En algún momento llegamos a hablar de la búsqueda inútil de libretos o libretistas por parte de Mozart. Shakespeare ya estaba traducido desde los arios setenta del siglo, y mi amigo berlinés y yo nos imaginamos la magia que tendría una ópera de Mozart basada en *Romeo y Julieta* o en cualquier otra obra. Como si quisiera defender a Beethoven frente a Mozart, «Buck», como empecé a llamarle enseguida, hablaba entonces de los compases finales de cualquier pieza para orquesta de Beethoven, que, al igual que en el caso de Brahms, parecían buscar el punto culminante, que era al mismo tiempo una catástrofe. «El afán por el abismo —anoté en una hoja—, algo así existe, según B.».

Durante nuestros largos paseos charlábamos también de literatura. En cierta ocasión le hablé de mis lecturas de Fontane, de las experiencias con Schiller, así como del desafortunado intento con Thomas Mann; pero también de Ernst Kiefer y su inusual forma de difundir la literatura. Buck, en cambio, casi siempre volvía a la música, sobre todo al Romanticismo. *Carmen* era su punto culminante sobre el escenario, luego pasaba a hablar de Wagner, para llegar después a Richard Strauss.

Todo a grandes saltos, le reproché en cierta ocasión, lo que le hacía tan fácil encontrar conexiones. Pero él se rió y dijo que ésa era la libertad que le concedía la seudoerudición.

Estas conversaciones, que manteníamos generalmente por la tarde, cuando paseábamos alrededor del campamento, me enseñaron también que mis conocimientos musicales estaban llenos de lagunas y que, en la callada rivalidad que se crea en toda amistad como la que Buck y yo teníamos, sólo podía competir con mis conocimientos literarios. O con el Renacimiento. Con Lorenzo el Magnífico, por ejemplo, sobre el que acababa de leer una biografía y que era la extraña figura de un tirano al que admiran incluso los amantes de la libertad. Todo el mundo sabía, decía el autor citando a una de las grandes cabezas de la corte de Lorenzo, que en breve Platón regresaría del Hades, pero no lo haría a Atenas, sino a la Florencia de los Medici. Buck escuchaba con admiración las maravillas y singularidades de aquella época, su mezcla de osadía espiritual, esplendor y sentido de la belleza. A veces se olvidaba del entorno en medio de una conversación, daba un par de pasos a un lado y empezaba a hacer anotaciones a toda prisa.

Uno de esos días nos despertaron antes de lo habitual y nos llamaron a formar. Ante las unidades que llegaban había tres oficiales de rango superior. Uno de ellos leyó en una hoja manuscrita que el Führer había sufrido un atentado insidioso y deshonesto, indigno de un oficial alemán. Los otros dos oficiales se mantenían de pie mirando al frente. El acto, continuó leyendo, era aún más reprobable por el hecho de que, desde la invasión de Normandía, el Reich estaba amenazado también por el Oeste. Luego detalló algunas medidas para mejorar la respuesta defensiva.

Los jefes tomaron el atentado del 20 de julio como pretexto para intensificar los ejercicios y sacarnos de la cama una y otra vez, incluso a altas horas de la noche. Si «la única consecuencia era un aumento de la imbecilidad», dijo un camarada que hasta entonces no se había destacado por sus manifestaciones políticas, lo que más lamentaba era que el atentado hubiera fracasado. Casi todos recibieron también con fastidio la supresión del saludo militar, que unos días más tarde, en la lectura de órdenes, se sustituyó por el saludo hitleriano. Buck dijo en el círculo de los camaradas que se sentía como un mono, y yo añadí que hacía poco había visto un dibujo de un desfile histórico de máscaras en Berlín, en el que algunos iban disfrazados con grotescas cabezas de cerdo o de asno. La misma imagen debíamos dar nosotros ante los demás, añadió Buck, aunque los otros habían hecho voluntariamente lo que a nosotros se nos había ordenado. Tenía que reflexionar sobre qué resultaba más ridículo.

También me resulta ahora sorprendente la franqueza con la que el heterogéneo grupo de estudiantes de instituto que allí estábamos manifestaba su oposición a las circunstancias reinantes. Por supuesto, no se trataba de pruebas de valor. Todos sabíamos al primer o segundo vistazo en quién se podía confiar y cuándo había que tener cuidado; todo el que tuviera una mente medianamente despierta sabía qué se

podía decir delante de quién y sobre qué era mejor guardar silencio. Pues en esa fase tardía de la guerra no cabía ninguna duda de que, incluso con manifestaciones aparentemente inofensivas, se jugaba uno la vida.

Así pasaban los días, que nos regalaron una amistad inesperada. Pero no duraron mucho. En la segunda mitad de septiembre la unidad fue llamada a formar y, después de unas frases supuestamente destinadas a levantarnos el ánimo, la dividieron en dos grupos. Un secretario escribió los nombres, y el sargento nos dio media hora para hacer el «equipaje reglamentario», pues los camiones habían llegado ya al campamento. Para mi espanto, Buck y yo estábamos en grupos distintos. Como la partida se preparó con la demora habitual entre los militares, al menos tuvimos un momento para despedirnos el uno del otro y de algunos camaradas. Yo le dije a Buck algo de las ideas sobre música que él me había transmitido y que debíamos mantenernos en contacto. Él me respondió que también me estaba agradecido, pues gracias a mí se había dado cuenta de cómo había perdido el tiempo en las clases de alemán y de historia. Ahora tenía algunas ideas más claras, y quería decirme que jamás en su vida se había sentido tan libre como durante nuestras conversaciones. «¡Y eso como miserable soldado! ¿Quién puede entender el mundo?».

Mientras dábamos ya los últimos pasos juntos, Buck me contó que cuando tenía siete años empezó a quitar los adoquines del empedrado de la plaza del mercado de Radolfzell, justo delante de casa de sus padres. A la pregunta de un transeúnte de qué estaba buscando, él respondió: «¡Al demonio, naturalmente! ¡Alguno tengo que encontrar!». Y si no había ninguno, iba a seguir buscando para ver qué se escondía bajo las piedras en lugar del demonio. Algo más tarde me escribió en una carta que nos habíamos acercado un poco más a la solución del misterio de la plaza. Cuando terminara esa «guerra idiota» debíamos continuar con la búsqueda. Era una feliz coincidencia que Friburgo fuera una capital de la música tan famosa.

Luego vimos los camiones a lo lejos, y alguno de los suboficiales que andaban muy ocupados dando vueltas por allí nos gritó que cómo nos habíamos ido tan lejos. Una hora más tarde las columnas se pusieron en movimiento. No se mencionó ningún destino, aunque enseguida nos dimos cuenta de que íbamos hacia el norte. En Aquisgrán se separaron ambos grupos. Aproximadamente tres días más tarde llegamos, después de hacer una parada en Tilburg, a un campamento militar próximo a la ciudad holandesa de Eindhoven. Apenas habíamos bajado de los camiones cuando se difundió la noticia de que ya no entraríamos en acción, porque las fuerzas aerotransportadas británicas que habían llegado pocos días antes ya habían sido aniquiladas. La batalla de Arnhem y Nimega, con la que Montgomery pretendía atacar a los alemanes por la espalda y apoderarse de los puentes del Rin, no había tenido éxito. Así y todo, hubo tiempo para realizar los embrutecedores ejercicios militares. Nada más llegar nos recibió un sargento con las palabras: «¡Soldados! Mi nombre es Neuber. Soy el sargento mayor. De servicio soy un auténtico cerdo, pero fuera soy un tipo agradable. ¡Conocerán a los dos!». Y luego gritó de pronto con

todas sus fuerzas: «¡Soldados, a cubierto!».

A comienzos de octubre destinaron a nuestra unidad a un pueblo del Bajo Rin. Allí recibimos formación en el servicio de zapadores y en la construcción de pontones. Surgió una nueva amistad con el jefe de nuestra compañía, el subteniente Walter Kühne, que escogió a algunos camaradas para mantener una conversación de presentación. Tras unas breves palabras sobre la casa de mis padres y mi educación, enseguida pasó a preguntarme por Rilke, y yo le recité los tres o cuatro primeros párrafos de *La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke*, hasta que me hizo un gesto para que parara. Luego me enteré de que a otros les había preguntado por Kleist, Fontane o Stefan George. Con los cuatro o cinco jóvenes que habían satisfecho sus expectativas formó una tertulia de amigos de la literatura. Esto hizo que no fuera muy bien visto entre los de su rango. Una vez oí decir a dos oficiales: «¡El loco de Kühne! En vez de darles patadas en el culo, intenta hacerse el interesante con la cultura». Uno de esos días capté en el receptor, no sin numerosas interferencias, *Las bodas de Fígaro*. Una vez más lamenté que Reinhold Buck no estuviera allí. Me pareció que al final la literatura encajaba mal con la música.

Según avanzaba el mes llegaban de todas partes noticias de nuevas muertes. En un solo día cayeron cuatro camaradas que habían estado próximos a mí, y yo respiraba con alivio cada jornada que terminaba sin malas noticias sobre un conocido o un amigo. Poco después llegó una carta que Wittenbrink había dado a un miembro de la parroquia que pertenecía a la unidad de transmisiones y en la que me comunicaba que «a Wolfgang no le iba bien». El subteniente Kühne hizo todo lo posible por conocer más detalles. A mediados de octubre me hizo saber que se había enterado de que se había trasladado a Wolfgang, gravemente enfermo, a un hospital en Beuthen. Mi madre había abandonado Berlín precipitadamente y estaba día y noche a su lado. También mi padre intentaba conseguir un permiso especial. Ambos estaban muy asustados, y sobre todo mi madre estaba desesperada, decía la nota que había recibido a través de un sanitario y que estaba escrita en un trozo de papel. Cegada por las lágrimas, a menudo no encontraba el camino de vuelta en un entorno desconocido para ella, leyó Kühne. «¿Eso se lo ha dicho ella a un extraño?», pregunté yo; no lo podía creer. «Tiene razón —dijo él—, en el papel pone que no se orienta en esa ciudad desconocida y que le pide a Dios que perdone a su hijo». Decía también que el llanto le impedía hacer incluso las tareas más sencillas. Y acababa reconociendo que para ella sería muy importante que yo tuviera noticias de todo.

La noticia supuso una auténtica conmoción para mí, debido quizá a que era algo totalmente inesperado, pero que convertía en realidad los peores presagios. De todos los amigos que había tenido y que había perdido con el paso de los años, Wolfgang era el más querido. Con él no sólo había podido hablar en cualquier momento, sino además comentar muchas cosas que han permanecido en el recuerdo. Cuando se producía una divergencia de opiniones, sabíamos que en el fondo había una unión indisoluble. Libre de los celos propios del hermano pequeño, yo admiraba su ingenio,

su independencia y su orgullo. Casi diez años antes me había dicho, dándose un golpe en el pecho y mientras poníamos la mesa para la cena del segundo turno, que estábamos los dos frente al mundo. Yo entonces no entendí del todo esa fórmula tan grandilocuente. Cuando me di cuenta de lo que había querido decir, comprendí por qué las discusiones que ponen fin a muchas amistades no suponían un agravio duradero entre nosotros. Para mí era en cierto modo invulnerable. Ahora empezaba a sospechar que el mundo era más fuerte de lo que nosotros podríamos serlo nunca.

No recibí ninguna noticia nueva durante una interminable semana, en la que intenté en vano conocer más detalles y obtener un permiso corto. A veces, para distraerme, me marchaba a andar en la oscuridad y le pedía a algún camarada de la tertulia de Kühne que me acompañara; íbamos dando traspiés por el terreno accidentado de los alrededores. Yo evitaba hablar de mis recuerdos. Charlábamos sobre libros, películas o actores, y me acuerdo de un camarada que admiraba a Wilhelm Strienz, Rosita Serrano y Helmut Zacharias tanto como a Zarah Leander. También hablábamos del descubrimiento de aquellos años, Georg Trakl, y nuevamente de Stefan George. A veces sospechaba que con cada tema del que hablaban mis acompañantes querían atribuirme una confianza de la que yo mismo carecía.

Un luminoso día de noviembre, inolvidable para mí, llegó la noticia. Wolfgang había fallecido en el hospital militar de la Alta Silesia a mediados de octubre, justo una semana después de cumplir veinte años. Poco a poco fui conociendo los detalles, sobre todo por las noticias que me llegaban de mi madre por vías a menudo arriesgadas. Durante una misión cerca de Riga contrajo una pulmonía y fue trasladado con gran esfuerzo por dos camaradas al cuartel general. Allí, el comandante de su batallón le reprochó que lo que quería era sustraerse al servicio y le mandó de vuelta al frente. Dos horas después de llegar a las trincheras perdió el conocimiento, y lo trasladaron a un hospital militar. Pocos días después llegó a Beuthen en un tren de heridos.

Cuando mi madre se encontró con él, había pasado la noche con fiebre muy alta y grandes dificultades para respirar. El 13 de octubre, día de su cumpleaños, le dijo: «Hoy ha venido la muerte a verme. Hemos llegado a un acuerdo. Me ha concedido una prórroga». Después de haber sufrido dos intervenciones, en los siete días siguientes lo tuvieron que someter todavía a otras dos. «Aquí ya no tienen anestesia ni analgésicos —gimió tras la cuarta operación—, ya no voy a aguantar mucho más». El 19 de octubre llegó mi padre al hospital tras haber superado interminables dificultades, y pudo ver a Wolfgang todavía lúcido algunos momentos. Diez horas más tarde le dio un fuerte sudor y la cara se le cubrió de gotas brillantes. Escapando del coma, les pidió a mis padres: «Por favor, no pongáis "Profundamente apenados"». Luego quedó inconsciente, y pocos minutos después murió con un último movimiento de la mano. Según me informó mi madre, le dijo, para su consuelo: «¡No te preocupes! En la corta vida que he vivido no me ha dado tiempo a poner en marcha

muchas cosas». Y tras una pausa en la que respiraba con dificultad, añadió: «Me ha gustado mucho».

La muerte de Wolfgang fue una desgracia indescriptible para la familia. Mi madre había dicho en una ocasión que mientras todos estuviéramos vivos no se podía quejar. Entonces perdió ese consuelo. En los casi veinticinco años que vivió todavía, cada vez que se mencionaba el nombre de Wolfgang o un episodio en el que él aparecía, mi madre se ponía de pie y abandonaba la habitación. Algunas veces estaba yo presente y la seguía. Siempre la encontraba en la habitación de al lado, con la cabeza entre las manos, intentando serenarse. En una ocasión, a mediados de los años sesenta, hablé de Wolfgang sin darme cuenta, mi madre me miró y salió de la habitación con un suplicante «¡Por favor!». Posteriormente dijo que Hitler le había quitado, junto a todo lo demás, también un hijo, y que esperaba, sin ninguna caridad cristiana, que jamás se le otorgara perdón por ello.

La noticia del fallecimiento de Wolfgang también afectó profundamente a mi abuelo, que parecía tan inaccesible. Su villa próxima al Seepark había resultado destruida en un bombardeo, y se había trasladado junto con mi abuela a la entonces casi vacía casa de mis padres, ya que mis hermanas iban a un liceo de Neumark para evitar que las evacuaran al campo con otros niños. Allí se encerró durante dos días en su cuarto, sin dejar entrar a nadie y respondiendo con un golpe en la puerta cada vez que intentaban hablar con él. Mis dos hermanas, que decían que «tenía el corazón duro», aseguraron más tarde que, cuando volvió mudo a la mesa, tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Para mí también supuso un duro golpe la muerte de mi hermano. En cierta ocasión le había dicho a Reinhold Buck que toda persona vive cuatro experiencias determinantes en su vida: la emoción por una obra de música primorosa, la lectura de un gran libro, el primer amor y la primera pérdida irreparable. Pero a todas ellas había que añadir toda una serie de adversidades, muchas de las cuales me tocó vivir en aquellos días.

En nuestra unidad había un soldado sanitario que pertenecía a la peor especie de nazis, Schneider, un hombre de unos cuarenta años que se vanagloriaba de haberse afiliado al partido ya en 1933 y de ser enfermero de profesión. Algunos tenían la sospecha de que lo habían enviado como espía a nuestra compañía, integrada principalmente por estudiantes de clase media. En cualquier caso, le llamábamos «la oreja», pues siempre estaba escuchando y se dirigía a todos con la desconfianza del espía innato. Alguien le contó alguna de mis observaciones sobre la muerte de mi hermano y, en particular, sobre el jefe de batallón que le había mandado de vuelta al frente. Sin dudar, Schneider informó del «incidente» y, junto con el provocador sargento mayor Mahlmann, intentó llevarme ante un consejo de guerra. Pero el subteniente Kühne insistió en que, como jefe de la compañía, él era el último responsable y montó una escena de enfado fingido en la que comunicó al sargento que había tomado una decisión provisional. Se me haría una «última advertencia»,

pero al mismo tiempo se me declaraba insustituible por el momento, debido a la difícil situación de la guerra. Aunque tras la previsible victoria final, esperada con impaciencia también por mí dada mi plena confianza en el Führer, comparecería ante un tribunal de guerra y, si las acusaciones eran fundadas, caería sobre mí todo el peso de la ley.

Al día siguiente tuve que presentarme en la secretaría, y Mahlmann volvió a sacar enseguida el tema. Gruñó muy irritado: «¡Yo lo veo todo! ¡Siempre Kühne, Kühne, Kühne! ¡Esto se ha acabado! ¡Si no, me voy del regimiento vestido de gran gala!». Cuando se lo conté al subteniente Kühne, me dijo: «Mahlmann era antes de temer. En la situación actual no me causa grandes quebraderos de cabeza. Me preocupa más tu actitud. Aunque te entiendo. ¡Pero no hagas más tonterías! El que tiene los mejores motivos no se los deja ver a personas como Mahlmann o Schneider».

En noviembre de 1944 trasladaron nuestra unidad al campo de maniobras de Colonia-Wahn. Al poco de llegar comenzaron los preparativos para la fiesta de Navidad. Por todas partes se colgaron ramas de abeto con cintas doradas o manzanas y alguna que otra vela. Como siempre, la celebración se inició con una hora de reflexión tras unas audaces palabras del comandante sobre el Salvador, la devoción y la victoria final; luego le siguió un *O Tannenbaum* cantado a coro por todos. Franz Franken, el amigo de los días de ayudante en la artillería antiaérea al que había vuelto a encontrar en una de las unidades, había conseguido formar una orquesta de cámara que tocó la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart, y la *Música para los reales fuegos de artificio* de Händel. Con un *Noche de paz* entonado entre lágrimas, los casi trescientos participantes regresaron a la música de Navidad. Después reclamó sus derechos la llamada parte divertida. Por las mesas se extendió el desenfreno, y los que allí quedaron parecieron volver a los bosques de los que habían salido sus ancestros en tiempos primitivos.

Yo me escapé a refugiarme entre los libros en cuanto las circunstancias me lo permitieron. El segundo día de fiesta recibí la inesperada llamada de mi padre. Me dio a entender que esperaba el ataque de los rusos por el extremo de Prusia Occidental. Hablamos sobre temas familiares, también sobre la muerte de Wolfgang, y tuve la sensación de que escondía su necesidad de evitar cualquier sentimentalismo tras fórmulas algo desgastadas. Mencionó el lamentable estado de mi madre, la triste despedida cuando tuvo que regresar al frente, y que no tenía mucho más que decir: «Todo está dicho, y esta llamada sólo debe recordarte lo que tú ya sabes. Y en lo que a tu madre se refiere — añadió —, ya conoces sus penas y sus motivos desde hace tiempo».

Luego me preguntó por los libros, y yo le dije que me había llevado unos cuantos de Berlín o Friburgo, y que otros los había cambiado por cigarrillos u otras cosas. Un día conseguí una cartera para mapas en la que desde entonces guardaba mi «biblioteca». Estaba compuesta por lo más fácil de hallar: los *Poemas* de Goethe, baladas de Schiller, un volumen de Hölderlin y un par de cuadernos con citas de Jean

Paul, Schopenhauer y Nietzsche. A ello se sumaba el ejemplar de *Sobre los acantilados de mármol* de Ernst Jünger que él me había regalado, e incluso había conseguido *Selbstbildnis* (Autorretrato) de Josef Weinheber. «Pero nada de Thomas Mann», dije haciendo una pequeña broma. En la cartera de cuero llevaba, además de un mapa de la zona entre Colonia y Düsseldorf, trece libros o cuadernos. Luego se cortó de pronto la comunicación.

Al día siguiente me encontré de pronto a Reinhold Buck delante del Casino, y me quedé tan sorprendido que me tiré a su cuello en un gesto totalmente inusual. A partir de entonces, y siempre que las circunstancias lo permitían, fuimos inseparables y pasamos tardes enteras juntos en algún lugar tranquilo. Hablamos sobre las vivencias de las semanas anteriores y nos dimos cuenta de que, sin saberlo, habíamos estado todo el tiempo cerca el uno del otro. Yo le hablé de la retransmisión radiofónica de *Fígaro*, él mencionó la gran psicología de Mozart. Cuando le expliqué la «prueba de la existencia de Dios» de Wittenbrink, dijo que en un momento determinado de la historia se habían dado todas las condiciones del momento ideal: entonces había sido posible la obra de arte suprema, y una persona piadosa podía decir que se había manifestado Dios. Duró cincuenta años. Cuando murió Mozart, ese momento ya casi había pasado. Beethoven y Schubert lo habrían prolongado un tiempo, no sin un gran esfuerzo. Eso hacía que su mérito fuera aún mayor. Con Wagner ya se había pasado. Se oían muchos jadeos y muy fuertes. «Seguro que estás pensando en el comienzo de *El oro del Rin*», le dije con ironía. Pero él contestó que precisamente esta obra era una de las excepciones; incluso él, al que los nazis le habían quitado el gusto por Wagner, percibía sin problema la «respiración del mundo».

Cuando el Casino estaba vacío, podíamos escuchar la radio, y sintonizábamos las emisoras siempre que era posible. También hablábamos sobre literatura, en la que coincidíamos mucho menos que en la música, y sólo recuerdo que Buck consideraba a los poetas líricos de «segunda fila», como Eichendorff, Geibel o Kerner, «meros proveedores de textos» de Schubert o Schumann, y que Rilke era un «tornero industrial» que me había sorbido el seso. En algún momento le informé de la muerte de Wolfgang. Buck opinó que, después de la guerra, la justicia debería ocuparse del comandante que le mandó de vuelta al frente. Luego hablamos sobre los primeros caídos que habíamos visto, y yo mencioné al suboficial que descubrí en Düren colgado de un árbol destrozado, mientras él recordó a los seis o siete ingleses que habían perdido la vida al caer su avión en las proximidades de Groningen.

Buck volvía muchas tardes sobre el tema de la muerte. «No te engañes —decía—, no hay escapatoria». Tan sólo confiaba, añadió mientras avanzábamos por un pasillo del cuartel, en que la muerte se acercara pisando fuerte. Yo le pregunté a qué se refería, y respondió que no quería que la muerte le llegara por sorpresa. Como un ladrón en plena noche, añadió riendo un poco confuso.

¡Había que vivir la marcha con plena conciencia! «Pero sin sufrimiento, naturalmente». Aludió a la crucifixión y prosiguió, con su forma de llevar todo a lo

extremo: «No quiero morir agonizando como uno de esos que he visto en el hospital de campaña, tumbados como apestosos desechos humanos que no paraban de gemir». Me hizo prometerle que estaría su lado cuando muriera.

Pero, en contra de lo esperado, al día siguiente nos separaron de nuevo, y al despedirnos, Buck me dijo que esperaba sobrevivir, a pesar de todo. Con una sonrisa, añadió: «Lo mismo sirve para ti: nada de morir agonizando». Cuando se había alejado unos diez pasos, se quedó parado, se volvió y exclamó: «¡Es tan difícil encontrar un amigo!». Durante un par de días intenté conocer su lugar de destino a través del subteniente Kühne, pero no obtuve ningún éxito.

La compañía a la que yo pertenecía llegó a Euskirchen para colocar minas en un aeródromo a medio construir. Los cuerpos explosivos recién desarrollados eran como botes de conserva que, al explotar, reventaban en innumerables fragmentos diminutos que provocaban graves lesiones. Día tras día, mientras trabajábamos en campo abierto, aparecían aviones en vuelo rasante que realizaban prácticas de tiro sobre nosotros, indefensos en medio de artefactos brillando al sol. Ésa fue la siguiente serie de muertos que contemplé. Cuando oscurecía los recogíamos y los llevábamos a una nave que hacía las veces de capilla ardiente; al final, contando con el muerto del árbol, llegué a los veinte caídos. Ahí paré de contar.

De vuelta en Colonia-Wahn, seguimos ejercitándonos durante el día y a veces también de noche, en ocasiones metidos en el agua hasta las rodillas, en la construcción de pontones, y lo intentamos incluso en el caudaloso Rin. Aproximadamente catorce días más tarde se nos comunicó, cuarto por cuarto, que al día siguiente partiríamos hacia Mettmann. El motivo aducido fue que Montgomery, aunque con cierta demora, avanzaba hacia el Rin. El final de la guerra se hacía perceptible en la confusión con que nos mandaban de un lado a otro. Pues antes de que nos hubiéramos instalado en Mettmann, se ordenó el regreso al punto de partida.

Ese día estuvimos varias horas muertos de frío en un bosque de finos y desgarrados árboles. De pronto se oyó una especie de silbido, y en ese instante pasaron, a treinta o cuarenta metros sobre nuestras cabezas, dos sombras a las que tomarnos por un nuevo modelo de avión americano, por lo que nos tiramos al suelo en busca de protección. Más tarde supimos que se trataba del cazabombardero Messerschmitt Me 262, que gracias a su reactor fabricado en serie alcanzaba la velocidad del sonido. Enseguida se volvió a hablar de un «arma prodigiosa» decisiva para la guerra. Todavía se hablaba de ello cuando tuvimos que ponernos otra vez en marcha y recibimos la orden de subirnos a una columna de camiones que pasaban en aquel momento por allí.

Pero no era el final de la confusa situación. A los cincuenta kilómetros al sur se nos ordenó bajar y seguir a pie. En Leverkusen pasamos por delante de un hospital donde descansarnos un poco entre vehículos militares y ambulancias. De los edificios colindantes salían sonidos que provocaban lástima, los médicos y sus ayudantes corrían gritando de un lado para otro, en los pasillos descubrimos largas filas de

figuras envueltas en gasas como si fueran larvas y, entremedias, tinas con miembros amputados.

Alrededor de la medianoche cruzamos el puente del ferrocarril junto a la catedral de Colonia, adonde nos llegó desde la orilla un frío olor a quemado. Las calles por las que avanzamos tenían las casas destrozadas, nos abríamos camino entre montones de escombros quemados y cenizas. Fachadas enteras se mantenían en pie como fantasmas, con palabras escritas: «Hannes, ¿dónde estás? Gisela». Cuando el viento barría las ruinas, se notaba crujir el polvo entre los dientes. A veces alguien abría una trampilla o quitaba el cartón del tragaluz del sótano para ver quién pasaba por la calle; en otro sitio aparecían caras blanquecinas en un agujero en los ladrillos. De pronto sonaba alguna sirena de alarma sin sentido. El patético sonido recordaba sin querer a los *Preludios* de Liszt, que habían servido de acompañamiento a la victoria de la ofensiva contra Rusia y que habían enmudecido hacía tiempo. En su lugar se empezó a hablar de un «realignamiento del frente», expresión que los propagandistas del régimen inventaron para evitar hablar de retirada.

En la noche previa al 8 de marzo alcanzamos, después de cruzar de nuevo el Rin, la localidad de Unkel, que estaba justo enfrente de Remagen, en la orilla derecha. Agotados por las marchas a pie y las impresiones recibidas durante el camino, se nos concedió «una hora de parada». Cada uno recibió una munición de veinte halas y a continuación nos arrastramos por un bosque hasta llegar a un prado en cuyo extremo, a unos doscientos metros de distancia, había una granja solitaria y sin luz. Junto a los árboles recibimos la orden de cavar agujeros para uno o dos hombres, separados diez metros uno de otro. Allí nos enteramos de que la 9.^a división blindada americana había tomado pocas horas antes el puente de Ludendorff, que no había sufrido ningún daño, y lo había cruzado con una unidad de vanguardia acorazada. Los distintos intentos por parte alemana de destruir el puente o detener a las unidades americanas habían fracasado.

Una vez dadas las órdenes, Mahlmann me llamó y me encargó que cavara un hueco para dos hombres en una posición avanzada, a unos setenta metros de la granja. Sorprendentemente, me ordenó abrir el agujero a un par de metros del borde del bosque, en medio del prado, y me condujo hasta allí entre los árboles. Yo le pregunté que por qué no se hacía la zanja en el bosque, como todas las demás, pero él sólo replicó que yo no tenía que hacer preguntas. Además, añadió, el subteniente Kühne insistía en que yo estaba ansioso por que llegara la victoria final, por lo que debía acatar sus órdenes sin vacilar. Luego avanzó unos metros hacia campo abierto y me ordenó: «¡Venga, empiece ya de una vez!». Volvió enseguida al bosque para, según dijo, supervisar el trabajo de los demás. Mientras cavaba la tierra sufrí un ataque imprevisto, sin que pudiera saber de dónde procedían los tiros. Se oyó un grito que acabó en un gemido, pero tampoco se podía determinar si era un americano o uno de nuestros hombres. Entremedias, en la noche oscura, sonaban las ametralladoras.

Hacia las seis de la mañana regresó Mahlmann, y sólo entonces me di cuenta de

que quería ocupar conmigo la trinchera para dos hombres. Dejó caer a mi lado su robusto cuerpo, hizo alguna que otra objeción y me ordenó que me quedara de guardia, pues «quería permitirse un breve sueño». Empezó a lloviznar de nuevo, y yo extendí una lona para taparnos. Cuando se despertó con las primeras luces del amanecer, preguntó si había alguna novedad y si había observado algún movimiento en la granja. Yo le dije que no de un modo muy poco militar, con la boca llena, ya que, después de acabar mi «ración de reserva», estaba mordisqueando un trozo de pan que me quedaba. Él insistió en que mirara de nuevo. Cuando le repliqué que, después de dos días sin tomar alimento, antes quería terminarme ese trozo de pan, me gritó, en un tono imprudentemente alto, que yo siempre tenía algo que oponer. «¡Y eso con un procedimiento judicial al cuello! ¡Ya está bien! ¡De una vez por todas! ¡Esto es una orden!». Como yo seguí mordisqueando el trozo de pan, sacudiendo la cabeza y en una actitud algo más dócil comentó que todo lo tenía que hacer él.

Intentando tranquilizarse, preguntó en un tono casi resignado: «¿Dónde ha quedado la disciplina?». Se incorporó con cierta dificultad, se puso el casco y sacó la cabeza por encima del borde de la trinchera. «¿Qué, hay algo?», pregunté yo. «Tal vez al cabo Fest no le importe asomarse», gruñó de nuevo. Y cuando me disponía a hacerlo después de tragar el último mordisco de pan, de pronto vi que sus rodillas se doblaban. «Sargento, ¿qué ocurre?», pregunté tocándole la espalda. Como no respondía, repetí la pregunta. De pronto, sin que yo hiciera nada, Mahlmann se deslizó hacia abajo con la cara pegada a la húmeda pared de la zanja. Le volví con cuidado y descubrí en el centro del casco de acero un pequeño orificio de bala. Cuando le aparté la máscara de gas hacia la nuca y le levanté la cabeza, la sangre corrió por su cara sin vida y manchada de tierra mojada.

El sargento mayor Mahlmann estaba muerto. Pero su fallecimiento no me impresionó. Qué fácil le habría resultado, me dije a mí mismo, renunciar al juicio contra mí o decir una sola palabra de camarada. Pero no fue capaz. Nunca he podido olvidar lo que me pasó por la cabeza cuando le vi a mi lado, inmóvil y con la boca abierta, con la cara cubierta de sangre: a veces, aunque no sea con frecuencia, le toca a la persona adecuada. Debería sentir cierta compasión por él, me reproché junto al muerto en ese agujero en la tierra. Pero no lo logré.

Pasaron unos minutos. Cuando cesó el ruido del combate, salí del agujero de un salto, llegué en cinco pasos hasta el borde del bosque y, sin detenerme, corrí hasta una depresión del terreno bordeada de árboles que llegaba hasta la granja mientras las balas silbaban a mi alrededor. Unos cincuenta metros antes de la granja sus habitantes habían construido un refugio que en ese momento estaba vacío. Como estaba agotado, me tumbé, pero no conseguí conciliar el sueño. Me comí la «ración de reserva» que le había cogido al sargento Mahlmann antes de abandonar la trinchera. «Al menos me has hecho *un* favor», pensé cuando lo estaba haciendo. Entonces aún no sabía que iba a pasar los próximos seis días sin comer.

Acto seguido me arrastré hasta la granja, cuyos cuatro edificios rodeaban un gran

patio interior. La habitación que se veía por la pequeña ventana que encontré al volver la primera esquina estaba totalmente vacía. Cuando, unos pasos más allá, llegué hasta el final de la fachada y me asomé con cuidado por la esquina, me topé con un GI americano que sujetaba una pistola entre las manos y gritó en inglés sin esperar un segundo: «¡Manos arriba! ¡Venga! ¡Manos arriba, chico!». Me quitó el arma y todo el equipo, incluida la cartera para mapas: «¿Qué es esto?», preguntó. Cuando le respondí que sólo eran libros, dijo: «Lo comprobaremos». Luego cruzamos el patio sin que él dejara de proferir gritos histéricos. La habitación, con las paredes cubiertas de azulejos y cuya puerta abrió de una patada, debía de haber servido de vestíbulo a los granjeros. El GI se quitó el casco y me ordenó: «¡Siéntate! ¡Y no te muevas!». Sin quitarme ojo, abrió las tres puertas que había allí, detrás de las cuales conté unos veinte soldados americanos, y gritó algo incomprensible para mí.

El teniente que entró poco después hablaba un alemán perfecto, con un ligero acento del Palatinado, por lo que le pregunté si procedía del entorno de Mannheim. Pero él no levantó la vista de mis libros y replicó que no había hecho el camino desde Milwaukee hasta el Rin para mantener una conversación con un nazi. Registró mi cartera para mapas, miró pensativo los poemas de Goethe y Hölderlin, el cuaderno de citas y todo lo que yo llevaba encima. Tras echar una mirada furtiva a un lado y otro, tiró los libros al montón de basura donde se acumulaban trozos del enfoscado de las paredes, restos de fruta, latas de carne vacías y otros desechos. «¡Se acabó!», dijo. Cuando le pregunté qué se había acabado, respondió: «Todo». Y: «¡Nada de charla, chicos!». Lo último que cayó sobre el montón de basura fue mi cartera para mapas.

Antes de que el teniente comenzara el interrogatorio que era evidente que estaba previsto, me armé de valor y pregunté si no podría conservar alguno de los libros. «Aquí se van a pudrir», le reproché. Me miró enojado, si bien con cierta calma. Luego dijo con una severidad inesperada:

«Los nazis tenéis que acostumbraros a que ya no tenéis nada que decir. O mejor dicho: a que ya no podéis pedir nada». Por un instante quise replicarle que yo no era un nazi, que quizá hubiera notado que no había un solo libro nazi en mi cartera. Pero me abstuve de hacerlo. Éste es como Mahlmann, me dije a mí mismo. «¡Los militares de graduación son así!». Pero, como si hubiera adivinado mis pensamientos, el teniente se dirigió hacia el montón de desechos y recogió tres de los libros que había tirado: *Poemas* de Goethe, *Sobre los acantilados de mármol* de Ernst Jünger y *Selbstbildnis* (Autorretrato) de Josef Weinheber. Curiosa selección, pensé yo mientras lanzaba los libros delante de mí, y le pregunté por qué había eliminado todos los demás. Él contestó, algo más amable esta vez: «Otra vez la codicia alemana. El resto de los libros se quedan donde están».

Me ordenó que le siguiera a una habitación contigua. Allí había un joven capitán sentado junto a una mesa pequeña, aparentemente indiferente al fragor de los combates y con una revista entre las manos, y por primera vez vi a una persona de su rango con los pies sobre la mesa. Preguntó que a quién le traían. El teniente relató en

pocas palabras todo lo que había averiguado sobre mí, mi unidad y los nombres de los oficiales. Ambos intercambiaron algunas frases que sonaron más a galimatías que a inglés, y el capitán dejó los papeles a un lado para realizarme él mismo algunas preguntas. Cómo se llamaba el oficial operativo del lado alemán, qué sabía sobre el mayor Scheller y sobre el oficial nacionalsocialista al mando (Nationalsozialistischer Führungsoffizier, NSFO). Al final me pidió que me descubriera el brazo derecho, y dijo que la conversación había terminado. Cuando salí, tomó de nuevo la revista en sus manos, puso los pies sobre la mesa y exclamó: «Su ciudad natal, Berlín, se la dejaremos a los rusos. Se lo merecen».

En una habitación más apartada a la que me llevaron después había otros tres prisioneros, ninguno de los cuales pertenecía a mi unidad. Apenas habíamos intercambiado las primeras palabras cuando entró un sargento y nos ordenó que le siguiéramos. Escoltados por dos GI con ametralladoras y obligados a ponernos a cubierto en varias ocasiones por el fuego de granadas, llegamos a Unkel después de cruzar un extenso campo de cultivo. En las calles completamente vacías, delante de las primeras casas, se veían cuerpos caídos, la mayoría retorcidos, algunos tumbados de espaldas, con la cara sin ojos vuelta hacia el cielo. El color de la muerte por todas partes, pensé mientras avanzábamos por la calle. Entre los muertos también había una mujer, su delantal estaba empapado en sangre, y a unos metros de ella había un caído al que las ruedas de un tanque Sherman habían convertido en una masa aplastada de color rojo oscuro en los bordes.

«Como en el último dibujo de *Max y Moritz*», dijo el suboficial que corría a mi lado. Pero a mí me pareció que allí no había nada más que decir, y le reproché: «¡Cierra el pico! ¡No se hacen chistes sobre los muertos!».

Pasamos la tarde en la escalera del sótano de una de las casas. Con el paso del tiempo llegaron nuevos grupos de prisioneros. Enseguida nos juntamos veinte personas; en los empinados y estrechos escalones reinaba un cierto barullo. Cuando oscureció, se produjo de pronto un griterío y mucho movimiento, luego fuimos conducidos a la parte baja del pueblo y, por el túnel de Erpel, nos dispusimos a cruzar el Rin. Uno de los soldados de guardia, que hablaba alemán, nos dijo que tuviéramos mucho cuidado, ya que los distintos intentos de volar el puente lo habían dejado muy dañado, y de hecho pasamos junto a varios agujeros de gran tamaño por los que se veían las oscuras y turbulentas aguas del río. En la entrada, ya en la otra orilla, se agolpaban numerosos vehículos con soldados sentados en silencio o esperando sobre los tanques. Ocasionalmente sonaban disparos desde el lado alemán. Algunos GI tenían la radio puesta y escuchaban una música extraña, otros pasaban con tazas de café en la mano, algunos fumaban delante de sus oficiales, y el ambiente parecía muy relajado y nada militar. Nuestro grupo pasó junto a los vehículos y fue conducido hacia Remagen. Nos detuvimos ante un edificio que parecía un colegio, en cuyo patio esperaba ya un centenar de prisioneros. Se formaron cinco filas y, acompañados por los escoltas con el casco en la nuca y continuos «*Let's go!*» y «*Come on!*», fuimos

repartidos por las cinco plantas del edificio. A mí me tocó en el desván.

Pronto se formó un gran barullo entre las vigas y en los rincones. Todos intentaban hacerse con un sitio para dormir, si bien luego nadie se tumbó, como pude observar con asombro, sino que todos comenzaron a cambiar impresiones sobre sus respectivas experiencias: sucesos dramáticos, el enojo con algún superior, pequeños éxitos tácticos que se convirtieron en grandes batallas, o la muerte de algún camarada. De vez en cuando aparecía un sargento y gritaba «*Shut up!*» o un casi ininteligible «¡Silencio!», pero las conversaciones continuaban sin interrupción.

Hasta que de pronto, hacia medianoche, un fuerte rayo y el estallido de un trueno pusieron fin a todo. Tras el ruido infernal reinó un inquietante silencio durante unas décimas de segundo. Inmediatamente después todos fuimos conscientes de que una granada había impactado contra el tejado, y se desencadenó un tumulto indescriptible. La habitación se llenó de gritos, llamadas de auxilio y trozos de pared que volaban de un lado a otro, del estrépito del tejado al desplomarse y de otros sonidos difíciles de identificar. Al mismo tiempo volaron por los aires zapatos, escombros, trozos de uniforme, carteras. De repente recibí un golpe húmedo en la cara. Más tarde me enteré de que había sido una hombrera que se había desprendido y me había manchado la cabeza de sangre. Además, el humo y un olor apestoso inundaron el aire. El que pudo se levantó e intentó llegar a la escalera. El cabo primero que había estado sentado a mi lado, y que durante dos horas no había parado de hablar de su familia, me tendió una mano y dijo que no saldría de allí. Me pidió que saludara a su mujer, también a Mausí y a Háschen. Sin que apenas se me oyera a causa del ruido, le pregunté por su nombre y su dirección, pero él sólo arrugó la frente, buscó alguna palabra, pero no dijo nada.

Me metí como pude entre la multitud que se agolpaba en la escalera, conseguí bajar algún piso, pero allí acabó todo. Un americano armado con una ametralladora subía las escaleras gritando, esta vez con un inconfundible acento berlinés: «¡Permaneced donde estáis! La puerta de abajo está cerrada. ¡De lo contrario, disparo!». Y luego repitió: «¡Último aviso! ¡El arma está cargada!

¡Atención! ¡Disparo!». Pero al final tuvo que desistir, pues la presión desde la escalera era demasiado fuerte.

Entretanto había llegado un oficial americano de rango superior. Un capitán del lado alemán le había asegurado «bajo palabra (le honor militar» que podían dejar sueltos a los prisioneros incluso en la más absoluta oscuridad del patio, que ninguno escaparía. Había escogido como vigilantes a «gente de confianza» cuyo nombre y graduación le servían de garantía. Luego se habló de la asistencia a los heridos y se acordó una solución. A una señal salimos al patio los doscientos o más prisioneros por puertas y ventanas, y pasamos la noche a cielo raso con una heladora humedad. El fuego de artillería había cesado. A primera hora de la mañana llegaron los camiones, a los que se esperaba con impaciencia.

Cuando subimos a los vehículos le preguntamos a un americano negro bonachón

por el destino de nuestro viaje, a lo que respondió que íbamos a Francia, naturalmente. «¡A París! —añadió—, Pero no a un burdel». Empezó a reírse a carcajadas. No podía dejar de reír, e incluso cuando algo más tarde pasamos por el lugar donde él estaba de centinela, nos señaló con el brazo estirado diciendo: «*No girls! No fun!*». Poco después el miedo me hizo estremecer cuando vi que, poco antes de la frontera alemana, girábamos hacia Euskirchen y desde allí seguíamos en dirección al aeródromo en el que pocas semanas antes habíamos colocado las minas. Después de una hora de espera nos hicieron bajar del camión, y yo temía que en cualquier momento nos dieran la orden de rastrear las minas.

Abstraído en mis pensamientos, de pronto oí mi nombre. Delante de mí estaba Schneider, el soldado sanitario que hacía poco quería llevarme ante un tribunal de guerra y que ahora se mostraba muy amable y hablaba de su alegría por el inesperado reencuentro. «¿Dónde nos perdimos de vista realmente?», preguntó, y recalcó la simpatía que había sentido siempre hacia mí por mi valentía. Si hubiera sabido antes lo mentirosos e inhumanos que eran los nazis, habría sido mi amigo más fiel, pero no había sido consciente de nada, gracias a Dios.

Yo le objeté que no sólo había que sospecharlo, sino incluso saberlo; sobre todo cuando ya se pertenecía al partido desde antes de 1933. Pero Schneider hizo como que no oía mi observación y dijo que unos diez mil americanos habían cruzado el Rin por el puente de Ludendorff. Que Hitler, furioso, había convocado un consejo de guerra y ordenado sentenciar a muerte a los seis o siete oficiales responsables de Remagen. Yo fingí que no me interesaban sus confidencias y le dije: «¡Cállate ya, Schneider! ¡Ya ha vencido el plazo, como sabes!». Me miró estupefacto, y jamás olvidaré su cara de necio cuando simplemente le dejé ahí plantado. Dos horas más tarde volvimos a subir a los camiones, y la columna se puso en marcha de nuevo.

Nuestro punto de destino no era París, sino una localidad próxima a la capital francesa llamada Attichy, que en la última fase de la guerra había adquirido mala fama por ser un lugar de concentración de cientos de miles de prisioneros alemanes. Cuando nos bajamos de los camiones delante del campamento, aparecieron civiles franceses por doquier. Nos escupían o jaleaban a las mujeres que nos golpeaban con los puños cerrados, mientras los soldados americanos formaban una cadena para evitar el ataque. Eso era el inicio de la «heroica *Résistance*», dijo uno de mis compañeros, quien, una vez traspasada la puerta del campamento, se presentó como profesor de francés procedente de Hannover.

Lo que más recuerdo de Attichy es la *Incompleta* de Schubert, que a nuestra llegada atronaba por todos los altavoces, y que seguía haciéndolo nueve días más tarde, cuando abandonamos el campamento: día y noche, sin interrupción, y con un horrible chasquido después del compás 64. Cada vez que había un mensaje, se detenía la música, y luego un GI medio sordo dejaba caer el brazo del tocadiscos sobre el disco con un chirrido. Se hablaba también de un grupo de «anticuados», como se llamaban a sí mismos, que cazaban sin grandes cumplidos a todo prisionero

que se permitía hacer comentarios despectivos sobre Hitler y la guerra. Un comando le tiraba a un pozo negro inmenso, abierto, y cuando intentaba salir, le volvía a hundir en la cloaca.

Ocho días más tarde, poco antes de ser evacuados de Attichy, entablé conversación con un prisionero que me había llamado la atención porque creía conocerle. De hecho, hablando con él me enteré de que había pertenecido al grupo del que yo me separé en Landau. Le hablé de mi captura, de mi viaje desde Arnhem hasta Remagen y le pregunté si había conocido a Reinhold Buck. Pensaba que no habían sido amigos, pero había sentido gran admiración por «el Buck». «Era un genio —dijo—, le oí tocar el violín de forma magistral». Cuando le pregunté que por qué hablaba en pasado, respondió: «¡Ah, el Buck está muerto! Y si no calculo mal, murió a unos doscientos metros de distancia de ti, un poco al este de la granja donde te capturaron». Al ver mi sobresalto, añadió que Buck se había desangrado en una trinchera para dos hombres. Eso era, al menos, lo que él había oído. Había sufrido un tiro en la pierna, nadie sabía cómo, y no supo parar la hemorragia. En una bolsa de cuero que llevaba en el bolsillo del pantalón encontraron una pequeña medalla de Beethoven.

Yo guardé silencio perplejo, y él intentó consolarme de algún modo. «Puedes estar tranquilo — me dijo—, yo le vi con mis propios ojos, Buck estaba en paz». No he podido olvidar mi respuesta: «¡No quería escuchar algo así! —dije—. Buck no quería agonizar. Y yo no quería oír que murió tranquilo. Más bien la desesperación con la que luchó con el vendaje, sin poder salir adelante». En los tres días siguientes evité en lo posible acercarme al prisionero.

CAPÍTULO 9

LA HUIDA

Después de tres horas de viaje, a medianoche, el tren se detuvo con un fuerte chirrido de frenos. Al mirar por los tragaluces del vagón descubrimos, a un lado, almacenes y depósitos, y al otro, un campo amplio iluminado por potentes focos. Junto al tren corrían unos doscientos soldados con las armas cargadas y gritando los ya familiares «*Come on!*», «*Let's go!*» o «*Hurry up!*».

Apenas bajamos del tren vimos, a unos treinta metros de distancia, una puerta de dos hojas que daba acceso a un campo rodeado por una alta alambrada. Una unidad de zapadores levantaba, a la luz de unas lámparas, torres de vigilancia a intervalos de unos quinientos metros. El grupo de oficiales americanos que había llegado poco antes llamó al prisionero de mayor graduación, un teniente coronel, y le encargó que condujera a los casi diez mil prisioneros al campo vallado.

«¿Dónde se alojarán? —preguntó el oficial alemán—. ¡Tendrán al menos tiendas de lona!». Entonces un joven oficial se adelantó y dijo con voz cortante: «¡No estamos en un hotel!», y luego, moviendo la metralleta en el aire, añadió: «Pero tenemos la llave para cerrar la puerta. Ya puede avisar a sus hombres de que no intenten escapar. Nuestros soldados tienen orden de disparar de inmediato. ¿Ha entendido?». El teniente coronel se llevó la mano a la gorra y ordenó la marcha a través de la puerta de alambre. Los soldados americanos, con los cascos puestos, cargaron las metralletas con gran estruendo y formaron un estrecho pasillo.

Estuvimos unas seis horas dando vueltas por el recinto vallado, hasta que empezó a clarear. Alrededor había densos bancos de niebla, y cuando se dispersaron, se pudo ver al oeste un monte coronado por una catedral de tres torres. Pero apenas estaba tomando forma la imagen, desapareció de nuevo entre la nieve que empezó a caer. Creo recordar que estuvo nevando casi tres días. En ese tiempo prepararnos el trazado de las calles y cavamos zanjas para futuras conducciones. Entretanto, nos habían dividido en tres compañías. A los que habían reconocido como miembros de las SS los condujeron a un campo que se había habilitado para ellos apresuradamente; los que entraron allí se pusieron en cuclillas como obedeciendo una orden y miraban al frente con una expresión de insolente sumisión. La nieve seguía cubriéndolo todo, y al despertarnos por las mañanas el campo se veía cubierto por una serie de montones de nieve que, a medida que había más luz, empezaban a moverse y a tomar paulatinamente formas humanas.

El tercer día una columna de camiones cruzó la puerta del recinto vallado y fue

dejando a intervalos regulares armazones de camas, tiendas de campaña, mantas, palanganas y otros utensilios de primera necesidad. Al día siguiente ya estaban prácticamente montados los alojamientos para los prisioneros, y las torres de vigilancia levantadas alrededor de todo el recinto. Al mismo tiempo nos dividieron en diferentes grupos de trabajo, a cada uno de los cuales se le encomendó una tarea dentro de la zona de almacenes. A mí me correspondió el almacén de los artículos de oficina, una nave con unas altas estanterías en las que se apilaban desde lápices y todo tipo de pizarras, hasta máquinas de escribir y de calcular de diversas formas y tamaños. En otras naves se almacenaban uniformes, piezas de recambio para los vehículos, correajes y todo tipo de objetos de uso militar, a excepción de armas.

La tarde del primer día que pasamos en las tiendas llamaron a formar. En la amplia calle central que discurría entre las tiendas estaba el comandante, el capitán John F. Donaldson, escoltado por el joven oficial de la voz cortante, que se presentó como el teniente Bernard P. Dillon, y un segundo teniente, Charles W. Powers. Junto a ellos, a una cierta distancia, estaban el sargento primero Don D. Driffel, el sargento primero John S. Walker y el sargento Paul E Geary, así como otros suboficiales y subordinados. Tras una breve alocución difundida por los altavoces, en la que el capitán Donaldson habló ante todo de trabajo, disciplina y obediencia, éste pasó revista a las filas. Cada veinte pasos se paraba y dirigía la palabra a alguno de los prisioneros, mientras un cabo tomaba notas. La casualidad quiso que el capitán se detuviera ante mi grupo y me preguntara por mi edad, rango y lugar de captura. Antes de seguir pasando revista ordenó al cabo que anotara todos los datos.

Al día siguiente me llamaron al cuartel general, situado en el barracón que había delante de la puerta del campamento. Cuando llegué, había tres prisioneros que también habían sido reclamados por el capitán Donaldson. A mí me formuló básicamente las mismas preguntas que el día anterior durante la revista, si bien esta vez se tomó más tiempo y me preguntó también sobre mi familia, mis estudios y la profesión de mi padre. A mitad de la conversación hizo una interrupción y llamó a un intérprete, pues mis conocimientos de inglés, después de tan sólo año y medio de estudio en la escuela, eran insuficientes para mantener una entrevista complicada. Cuando me dejó marchar, me recomendó que perfeccionara mi inglés, pues le gustaría tenerme como asistente en el cuartel general. Añadió algo así como «*Don't worry!*», todo saldría bien.

El capitán era un hombre alto, elegante, con la cabeza rapada. Su rostro estaba dominado por una barba bien cuidada que terminaba en punta, lo que le daba un aspecto algo excéntrico. Daba una evidente importancia a los movimientos comedidos, y también su forma de hablar era bastante refinada. Su voz profunda tenía una gran calidez, más propia de un civil. Jamás hacía valer su rango superior adoptando un tono áspero, y la autoridad que ejercía era natural en él. Enseguida mostró una evidente predilección por mí, y cuando en cierta ocasión inicié una absurda discusión con él a causa de la admiración que tanto los alemanes como

numerosos extranjeros sentían por Hitler, el sargento primero Driffel me advirtió que no olvidara la «simpatía paternal» que el capitán Donaldson sentía hacia mí: de lo contrario, esa preferencia podría acabarse en un instante.

Donaldson era extremadamente discreto en los asuntos personales, de modo que en los casi dos años en los que estuve a sus órdenes no pude saber dónde vivía, si tenía familia, a qué se dedicaba en la vida civil o qué habría respondido a las preguntas que él me había formulado a mí. Parecía preferir los temas relacionados con la educación y la política en sentido amplio. En cuanto se enteró de mi gusto por la música empezó a preguntarme, en nuestras largas conversaciones vespertinas, por mis preferencias literarias, por cómo había llegado a la historia de la Roma antigua o a la Florencia del Renacimiento; todo ello dejaba ver la increíble mente que tenía para interesarse por temas tan dispares. Se sorprendió de que yo no supiera nada sobre Dreiser, Faulkner o Hemingway, cuyos nombres le oí a él por primera vez, y eso le hizo darse cuenta de lo alejada que había estado Alemania del mundo civilizado durante la época de Hitler. Cuando nos conocimos mejor, quiso saber más detalles sobre mi familia, mi hermano muerto en la guerra, mis hermanas y mis amigos. Yo no le hablé de las dificultades políticas que habían tenido mis padres, porque me pareció que eso era darme importancia. En cambio, le hablé de algunos amigos que habían tenido que huir de Alemania, de las humillaciones sufridas en el vecindario y de las miserias de una vida bajo una dictadura.

No me disgustaba estar al servicio del capitán Donaldson, y a raíz de su comentario sobre mi inglés me hice con un libro del Army Pocket Books titulado *The Loom of Language*. Como ya había pasado un periodo de prueba en el cuartel general, a menudo encontraba tiempo suficiente, sobre todo en el servicio de noche, para estudiar el libro página a página. A veces el capitán se asomaba por encima de mi hombro y me explicaba los giros menos habituales con unas palabras sobre el origen de una expresión o metáfora.

El 11 de mayo de 1945, cuando llegué a la puerta del campamento, vi que los prisioneros se agolpaban inquietos ante el tablón donde se colgaban las órdenes del comandante y las noticias importantes. Las informaciones que despertaban tan inusual interés procedían de distintos periódicos y mencionaban que, tras la capitulación ante las potencias occidentales en la cercana Reims, la Wehrmacht había depuesto las armas ante el conjunto de los aliados en Karlshorst. Ya de lejos se apreciaba una cierta agitación; cuando me acerqué, uno de los prisioneros le dijo al grupo que estaba a su lado: «¡Bien, por fin se acabó! ¡Ya era hora!». La mayoría de los presentes le miró sin decir nada.

A pocos metros de distancia había un sargento alemán que se acercó de forma tan brusca que hacía suponer que consideraba que aún tenía autoridad. No sin acritud, les dijo a los soldados: «¿Qué significa "por fin"? ¿Que hemos perdido la guerra? ¿Acaso es lo que querías?». Y miró a su alrededor buscando el apoyo de los demás. El soldado aludido, que ya se estaba marchando, se volvió, acercó su cara a la del

sargento y le respondió en un tono comedido, pero con fuerza: «¡No, sólo que la maldita guerra se ha terminado!». Un cabo intervino en la discusión gritando por encima de todos: «¡En cualquier caso, era una guerra de idiotas! ¡Desde el principio! ¿Quién creía en la victoria?». Otro añadió: «¡La genialidad del Führer! ¡Santo cielo!». Y enseguida se gritaron unos a otros, algunos incluso llegaron a las manos, y de nuevo se oyó lo de «guerra de idiotas» y la «grandeza del Führer». El enfrentamiento puso de manifiesto lo delicado que seguía siendo el tema.

En cualquier caso, los rostros dejaban ver que los reflejos aprendidos aún le hacían su servicio a muchos. No pocos gestos reflejaban la sorpresa por la claridad con que algunos hablaban sobre la época de Hitler. De pronto, el cabo que había dicho lo de «guerra de idiotas» se marchó muerto de risa. El sargento le gritó: «¡Traidor! ¡Falso!». Como nada de eso causó efecto, añadió: «¡Desertor!». Pero el cabo, un hombre de unos cincuenta años, alzó los brazos sin siquiera volverse y repitió sin dejar de reír: « ¡ja! ¡La genialidad del Führer!».

Cuando al día siguiente me encontré a ese cabo en la calle del campo de prisioneros, salió el tema del incidente. Me pareció una persona muy agradable, y al final me invitó a su tienda. Debido a su profesión de pintor y dibujante, dijo, siempre estaba «algunos pasos fuera del mundo». Pero nunca le había afectado la locura de esa guerra. Se decía que los alemanes no tenían contacto con la realidad: él creía que eso era un tópico estúpido, pero que Hitler lo había hecho realidad. Y también la estupidez. Contra el mundo: jamás podría entender lo que les había ocurrido a los alemanes. Y los alemanes tampoco lo sabían, como había quedado claro en la disputa del día anterior.

Sus opiniones dieron paso a una posterior conversación. Como se dedicaba a pintar o a hacer dibujos de los americanos y sus mujeres, niños o amantes a partir de fotografías, gozaba de ciertos privilegios. Además, pintaba vistas del campamento, paisajes o flores en pequeñas tablas de madera. Procedía de Berg y se llamaba Alfred Sternmann. Entre las ventajas de que gozaba se contaban, además de la tienda individual, un armario de verdad en lugar de una taquilla militar de metal, dos sillones y todo lo necesario para el té, incluidos un hornillo y un depósito de agua, aparte de un estudio independiente. Así, siempre que el servicio me lo permitía, tomaba el té con él por las tardes.

Para mejorar mis conocimientos de inglés, después de *The Loom of Language* conseguí que un GI del cuartel general me proporcionara otros libros de la biblioteca. Leí por segunda vez las aventuras de Tom y Huck, y el teniente Dillon, que tenía ciertos conocimientos de literatura, aunque no le gustaba reconocerlo, me consiguió algunos otros títulos, como *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Poco después un cabo me habló del autor cuyas obras me acompañaron durante largos ratos de mi cautiverio: W. Somerset Maugham. Influido quizá por los prejuicios de mi padre contra la novela, empecé a leer con cierto escepticismo *El filo de la navaja*. La historia de ese hombre inquieto me llevó, el mismo día en que terminé su lectura,

a la novela *Servidumbre humana*, el relato de una decadencia sin solución, y luego, no sin dificultad, a *La luna y sus seis peniques*. No se podían conseguir más obras del autor, sólo una serie de novelas con historias de amor dramáticas. Sorprendentemente nadie me recomendó a Steinbeck, Hemingway o Dos Passos, que en aquella época ya eran muy conocidos.

A lo largo de los meses en que me mantuve ocupado con Somerset Maugham no encontré una sola línea complicada o aburrida. Al igual que me ocurrió en mi primera conversación con Donaldson, la lectura me hizo ver que mis conocimientos literarios habían estado determinados hasta entonces casi exclusivamente por los textos alemanes clásicos, que no conocía ni a Musil ni a Heinrich, ni siquiera a Thomas Mann, tampoco a Balzac, Flaubert, Dickens o los grandes escritores rusos: nombres que aparecían con frecuencia y sobre los que yo no sabía qué opinar. A través de la revista *Die Brücke*, que se editaba expresamente para los campos americanos de prisioneros, conocí también los nombres de autores alemanes contemporáneos. Oí hablar por primera vez de Friedrich Reck-Malleczewen, Reinhold Schneider o Romano Guardini, y leí impresionado los poemas de Erich Fried.

Lo que me resultaba sorprendente era el trato tan distendido que tenían los soldados americanos entre sí. Entre las graduaciones superiores e inferiores no había gritos de «¡Firmes!», ni obligación de cuadrarse; sólo cuando se daba una orden había que estar firme, con el brazo doblado y la mano rozando el borde de la gorra. Incluso los oficiales de mayor graduación trataban de manera relajada a los miembros de la tropa, y a menudo se los veía a todos charlando amigablemente. También las medidas de seguridad eran suaves. Las columnas de trabajadores que entraban y salían sólo se controlaban con el recuento de los hombres; por tanto, era normal que algunas tardes se quedaran cuatro o cinco prisioneros en Laon, y en su lugar apareciera en el campamento el mismo número de prostitutas vestidas con el uniforme de trabajo. Por la mañana se volvían a cambiar unas por otros. El sargento primero Driffel me dijo en cierta ocasión que conocía nuestra artimaña: «Vosotros, los alemanes, Os creéis muy listos. Pero hace mucho que sabemos que en la ciudad os vais a los burdeles». A pesar de todo, no pensaba hacer nada para evitarlo. Pues ellos harían lo mismo en nuestra situación. Lo importante era que al final no faltara nadie.

Cuando tuve mayor confianza con el capitán Donaldson, conseguí algún que otro privilegio con el apoyo de otros prisioneros. Así, llevamos los torneos de balonmano y fútbol, que al principio se jugaban sólo dentro del campo de prisioneros, a localidades cercanas como Reims, Soissons o St. Quintin. Además, animamos a un grupo de interesados a que dieran clases de política, en las que debía hablarse de los principios de la democracia. El capitán Donaldson nombró a una especie de oficial de cultura, cuyas pretenciosas explicaciones la mayor parte de los participantes recibía con ironía. Pero las clases del «Commanding Professor», como llamábamos al capitán Grey en son de burla, no dejaban por ello de surtir su efecto. Lo más sorprendente era que no sólo no le importaba que sus oyentes estuvieran en

desacuerdo con él, sino que, además, exigía que lo hicieran. Un teniente de Hamburgo, al que enseguida me unió una cierta amistad, dijo después de uno de esos debates: «Muy convincente, el buen hombre. Pero los americanos son bastante ingenuos. Que el asunto de la libertad siempre fracasa, de eso, alguien como él no sabe nada».

Pero lo que se consiguió sobre todo, con la ayuda de otros prisioneros, fue llevar los excedentes de provisiones a la fortaleza de Laon. Los americanos tiraban regularmente los alimentos sobrantes a un montón de basura en el que merodeaban ratas, ratones y otros animales. En el campamento francés, en cambio, sobrevivían unos cuatro mil prisioneros de guerra alemanes en condiciones miserables. Durante una visita, uno de ellos me susurró que ya les gustaría tener el pan inglés, la leche en polvo, el huevo deshidratado y el *corned beef* que a nosotros nos sobraba cada día. No hicieron falta muchas palabras para explicar al capitán Donaldson lo absurdo de esa situación. No obstante, la burocracia militar precisó de un par de semanas para satisfacer la solicitud.

Cuando crucé la puerta de la fortaleza sobre la colina con uno de los primeros camiones, numerosas figuras hambrientas se acercaron a nosotros y comenzaron a descargar en silencio sacos y cajas. Nos estaba estrictamente prohibido hablar con los prisioneros de la fortaleza, pero alguno que otro conseguía intercambiar alguna palabra con ellos, y oímos hablar de hambre, inmundicia y carencias sanitarias. Las entregas se repitieron, y dos o tres de nosotros nos enteramos de que los vigilantes franceses sólo entregaban una pequeña parte de los alimentos a los prisioneros, mientras la mayor parte de la carga pasaba al mercado negro.

En el otoño de 1945, Hubertus zu Löwenstein, un amigo de mi padre que había emigrado a Estados Unidos, trató de conseguir mi liberación a través de sus influyentes contactos. Pero sus intentos fueron tan vanos como los del escritor Emil Lengyel, otro amigo de mi padre que había visitado a la familia varias veces durante la época de Hitler. En cualquier caso, ambos pudieron informarme sobre el destino de mis parientes, y así me enteré de que mi madre había sobrevivido, junto a mis hermanas, en algún lugar de Berlín. De Winfried sólo se sabía que «había escapado de los gendarmes en el último momento», mientras que el rastro de mi padre se perdía en Prusia Oriental. Al final de una carta de Löwenstein, éste añadía que le habría gustado mandarme alimentos, pero que, según le habían informado, no estaba permitido. Lo mismo me escribió Lengyel.

En aquel entonces empecé a escribir un diario. Un mundo en el que no ocurría nada, pensé, podía ser más rico en vivencias si plasmaba mis pensamientos por escrito. Anotaba las conversaciones con el capitán Donaldson, aunque no daban mucho de sí, o los enfados con el teniente Dillon, que sin duda era de la opinión de que a todo uniforme le corresponde una cierta dosis de mal humor. También reflejaba las discusiones de los soldados de guardia entre sí o con los comandos polacos recién llegados, así como las conversaciones en el seno del grupo de amigos, cada vez más

numeroso.

La figura central del grupo era Erich Kant, un hombre alto y corpulento, procedente del Sarre, al que le gustaba ejercer de cocinero, poeta y conversador; también estaba Wolfgang Münkler, que era devoto y razonable, así como Klaus-Jürgen Meise, de Hamburgo, que, como miembro de la generación del swing, había estado en prisión con los nazis, y que tenía la lona de la tienda totalmente cubierta de fotos de *pin-ups*. Y, naturalmente, prosiguió la estrecha relación con Alfred Sternmann. En mis anotaciones en el diario apenas aparecía Berlín; las tres o cuatro cartas que recibí de casa sólo decían cosas sin importancia por culpa de la censura: «¡Qué bien que estés vivo! Nosotros también hemos sobrevivido. ¿Cómo te va? ¿Os dan de comer?...», y cosas así. Las anotaciones más extensas y ricas en contenidos son las relativas al «Commanding Profesor», que, fuera como fuese, siempre volvía al acta de Habeas Corpus y a la Declaración de Derechos. Cuando alguno de los participantes en el curso criticaba las continuas repeticiones de Grey, él tenía preparada la contundente explicación de que ambos documentos no sólo eran de gran importancia, sino que, además, él los había amado desde joven. «¡Sí! —insistía con gran énfasis—. Amor es la palabra adecuada». Y eso es lo que debíamos aprender nosotros, por el bien de nuestro país.

También escribía sobre todo lo que me parecía importante en relación con el equipo de balonmano del campo, sus viajes a torneos y las experiencias que viví en ellos. Así desarrollé en poco tiempo la tendencia no sólo a hacer descripciones lo más exactas posible del paisaje, sino también a hacer de cada figura notable un retrato plástico, que el lector pudiera reconocer en sólo tres frases. Muchos años antes, cuando describí los tics de Hans Hausdorf mi padre me había reprochado mi falta de respeto total y absoluta; cuando yo le respondí que simplemente había descrito la realidad, él objetó: «¡Entonces, no mires tanto! También se puede describir a las personas de un modo más suave, más inteligente, si me permites la palabra». Ahora, en cambio, se trataba de mirar con precisión. Cuando le leí a Sternmann las tres páginas en las que había intentado representarle, tomó su cuaderno de dibujo y, mientras yo seguía exponiendo mi texto, comenzó a hacer los primeros bosquejos de mi retrato.

En esa misma época decidí plasmar en papel los conocimientos que había adquirido del Renacimiento durante años. No sabía los datos exactos de los personajes y los acontecimientos, pero sí conocía muchos episodios sobre Lorenzo el Magnífico, Verrocchio y Alejandro VI, sobre Pico della Mirandola, Miguel Ángel y julio II, Guicciardini, Botticelli o el inolvidable «gran Caravaggio». Driffel me consiguió un novelón truculento e imaginativo sobre Lucrecia Borgia titulado *Amor, poder y daga. Todo rojo como la sangre*, de un autor desaparecido hace tiempo del mundo y de mi memoria. Al final intenté hacer un ensayo con ese material tan confuso como pintoresco que desplegaba sobre mi escritorio del cuartel general durante las guardias de noche.

Aunque era consciente de las lagunas de mis conocimientos, esta actividad tan humana como grandiosa me producía tal satisfacción que, poco después, empecé un apunte biográfico sobre el mercenario Castruccio Castracani, de la provincia de Lucca. Había buscado durante semanas datos biográficos sobre su contemporáneo Maquiavelo, pero, en aquellas condiciones, sólo había encontrado algunas notas inconexas. Por tanto, sólo conocía de él su origen huérfano, rodeado de misterio por motivos propagandísticos, y las importantes relaciones que se creó ya en edad temprana, con una sorprendente visión de futuro.

En cualquier caso, descubrí algunos datos sobre las intenciones de Castracani, sobre todo, que al principio quería conquistarla Toscana, para luego someter Italia provincia a provincia hasta tenerla toda en su mano. Su toga de senador llevaba la inscripción: «Éste es el que Dios quiere». Además tenía, según mis fuentes, el sueño de todos los poderosos de la época, la unificación con los Estados Pontificios o, en caso de que ésta fracasara, su sometimiento. Cuando se disponía a ello con su irrefrenable ambición, una desgraciada gripe se lo llevó de este mundo. Mi obra abarcaba cuarenta páginas, y a veces pensé que este «pequeño» final después de tantos proyectos importantes, la idea central de Thomas Mann, era lo que más me atraía. También tenía título: es casi lo único que queda de aquel esfuerzo literario: *La hora de Gastruccio*. Werner Schreiber, que a veces venía a conversar en inglés conmigo, me reprochó: «¡Eso no es título! ¡Demasiado pálido!»; yo le respondí que es preferible que un primer título sea «pálido» a que «retumbe».

En la primavera de 1946 se corrió el inquietante rumor de que, en breve, se iba a entregar el campamento de Laon a los franceses. Además, se hablaba del acuerdo que se había cerrado formalmente con Washington antes del final de la guerra, por el cual, desde París, se enviaría a los aliados un millón de prisioneros para que realizaran trabajos forzados. El rumor, que aumentaba día a día, hizo crecer nuestra inquietud. Muchos prisioneros pensaban que de este modo los franceses, los grandes perdedores de la guerra, querían conseguir un premio mayor de lo que les correspondía, y algunos círculos radicales del campamento, que también los había, mencionaron incluso la posibilidad de un levantamiento violento. Casi todos los días se asediaba a los prisioneros que trabajaban en el cuartel general para que hicieran valer su influencia sobre el capitán Donaldson con el fin de que detuviera esos intentos. Pero cuando yo también se lo planteé, sacudió la cabeza y dijo que esas decisiones: «*Sorry!*», no eran de su competencia. «Me gustaría ayudarte, pero es imposible». Pocos días después decidí huir.

Tras los primeros rumores sobre la entrega a los franceses, fueron numerosos los intentos de evasión. Desde el punto de vista técnico, la huida era relativamente fácil de llevar a cabo, pues la vigilancia era bastante relajada, y cada semana salía un tren de mercancías de Laon hacia la zona de ocupación americana en Alemania. Los jefes del campamento se vieron obligados a incrementar los controles, idea defendida sobre todo por el teniente Dillon en colaboración con los mandos de Reims, mientras

que el capitán Donaldson opinaba que no había que tratar con injusta dureza a los prisioneros. De esa crueldad ya tenían bastante, su misión consistiría más bien en hacerles la vida más fácil, me dijo en cierta ocasión con su sonrisa de *gentleman*. Pero él no podía hacer nada contra la orden de que, poco antes de partir, una unidad especial enviada desde Reims revisara todos los trenes.

Para poder responder mejor ante los imprevistos, lo habitual era intentar la evasión por parejas, y yo me dirigí en primer lugar a Walter Heuser, que parecía audaz, aventurero y altruista. Sorprendentemente, rechazó mi oferta; alegó que no sabía adónde debía escapar, pues toda su familia había muerto en los bombardeos. «¡Lejos de la alambrada —le repliqué—, lejos de los franceses! ¿No es suficiente?». Pero Walter no cambiaba fácilmente de opinión; me pareció que, a pesar de la valentía que se le atribuía, consideraba que era muy arriesgado intentar escapar. Luego le pregunté a Wolfgang Munkel, que se mostró decidido y al mismo tiempo prudente. Procedía de Mannheim, que pertenecía a la zona de ocupación americana, y no sólo aceptó sin vacilar, sino que, además, enseguida empezó a pensar qué había que tener en cuenta durante la huida para no fracasar como la mayoría de los que lo habían intentado en los últimos tiempos.

En primer lugar hicimos una lista con los objetos necesarios. Comenzaba con una caja de víveres que contenía ocho latas de *corned beef* y cuatro latas de *meat and beans* para cada uno, algunos paquetes de bizcochos, tres latas de cerveza y un paquete de cigarrillos por persona. A ello había que sumar dos bidones de agua para beber, dos mantas de lana y, con la colaboración de un oficial francés de la fortaleza tan amable como callado, los papeles de licenciamiento auténticos, extendidos a nuestros nombres. Los objetos los reunimos en tres semanas. Y, naturalmente, yo guardé mi diario y los dos textos sobre el Renacimiento en mi cartera de cuero, que había conseguido salvar de todos los controles. A finales de abril, los rumores decían que la entrega estaba prevista para el 1 de julio, por lo que había que darse prisa. Pocos días después conseguimos unos horarios, en los que se indicaba que el 16 de mayo saldría un tren hacia la zona de Stuttgart. La descripción de la mercancía incluía uniformes y neumáticos, y se añadía que los ocho últimos vagones irían cargados de revestimientos de amianto embalados en cajas de madera alargadas. Nos decidimos por uno de esos vagones, porque eran los que parecían más seguros.

Con el fin de camuflarnos, encargamos en la carpintería del campamento unos contenedores de la misma madera, pero la caja que nos hicieron, como debían caber en ella dos personas, era cuarenta centímetros más larga y casi veinte centímetros más alta que las de los revestimientos de amianto. En el último momento nos enteramos, gracias a una observación casual del sargento primero Driffel, de que, desde mediados de mayo, no sólo se auscultaban los trenes que salían, sino que además se rociaban con gas lacrimógeno para detectar a posibles fugitivos. Unos días después nos hicimos incluso con una máscara antigás, aunque este accesorio no formaba parte de los equipos que se guardaban en los almacenes. Por desgracia, nuestro intento de

conseguir una segunda máscara resultó inútil.

Cuando estuvo todo reunido y guardado en el menor espacio posible, dijimos a los embaladores en qué vagón debían colocar nuestra caja. Luego explicamos a los dos gruistas que entraríamos en el cajón en el almacén 7 y que queríamos que una carretilla elevadora nos llevara a la grúa situada fuera, en las vías; allí seríamos la primera pieza cargada en la plataforma del vagón; en la caja había indicaciones de «arriba» y «abajo», «izquierda» y «derecha». Después debían almacenar las cajas del amianto a nuestro alrededor y encima, hasta que no se viera nada de nuestro escondrijo. Al lado debía quedar un hueco de unos cuarenta centímetros para poder escapar en caso necesario. Los gruistas nos prometieron hacer todo tal como les indicamos.

A las tres de la tarde nos introdujimos en el cajón con aspecto de ataúd, y el embalador Loisl nos dio la clavija con la que podíamos abrir y cerrar la caja desde el interior. Nos condujeron hasta la grúa, oímos dar órdenes, sentimos que nos movíamos hacia arriba y hacia un lado, hasta que, con un golpe que sacudió toda la caja, aterrizamos en la plataforma. Poco después escuchamos pasos y voces amortiguadas. «¿Queréis algo más?», preguntó alguien, y luego otro dijo: «Ahora cargaremos las cajas del amianto. Con eso se acaba el acuerdo». Después de darles las gracias, escuchamos varias veces «¡Buen viaje!» y «¡Saludos a la patria!». Luego depositaron las otras cajas alrededor, y la nuestra temblaba cada vez que otra caía sobre el vagón.

Comenzó la espera. Mientras los grupos de trabajo se mantenían activos por las vías y reinaba el ajetreo del día, pudimos movernos más o menos libremente. Pero enseguida empezamos a notar brazos y piernas, estaban siempre en medio y no dejaban de molestarse entre sí. Pasó una hora tras otra. Intentábamos estirarnos, pero enseguida nos chocábamos y volvíamos a acurrucarnos con los miembros entumecidos. Hablamos sobre vivencias de la infancia, recordamos a nuestros padres, profesores o amigos, y yo hablé de mi entusiasmo por los equipos de fútbol del Rapid y del Admira de Viena, con Sindelar, Pesser y Hahnemann. También intenté relatar *El tesoro del lago de la Plata* y *Los ladrones del desierto* y recitar versos de Wilhelm Busch, mientras que Münkler volvía siempre a la bella muchacha que había conocido en Holanda cuando ya era soldado y que era su gran amor; la resistencia de la familia de ella sólo había conseguido aumentar el afecto que se tenían. Luego intentamos hacer palabras con las letras de «lata de sardinas», pero no llegamos muy lejos. El movimiento no cesó en el interior de nuestra caja de madera. El dolor de brazos y piernas tampoco.

Por la tarde y por la noche se acabó todo. En las semanas previas habíamos examinado la zona de las vías al anochecer y habíamos observado el fuerte eco que producía el suelo de hormigón. Por ello, durante la noche teníamos que guardar absoluto silencio, y sólo cuando, cada cuarenta minutos, pasaba un tren de largo podíamos permitirnos unas palabras, un carraspeo o cambiar de postura. Cuando

comenzaron de nuevo los sonidos del ajeteo del día nos volvimos a sentir algo más seguros. A veces el tren se trasladaba a otras vías. Ése era el mejor momento para el aseo diario. Consistía en unas gotas de agua en un pañuelo, con el que nos limpiábamos la cara, el cuello y las manos.

Hasta entonces, todos los trenes de mercancías habían abandonado la zona de almacenes tres días después de ser cargados, pero esa vez parecía ocurrir algo. En cualquier caso, empezamos a abastecernos de nuestra provisión de víveres. Si al día siguiente no había indicios de partir, me dije a mí mismo, iría al campamento a conseguir al menos un par de latas de *corned beef*. Con las provisiones que nos quedaban sólo podríamos llegar hambrientos a Alemania, pero, para la parte final de la huida, necesitaríamos todas nuestras fuerzas.

Münkel consideró mi idea como una auténtica locura y puso innumerables reparos, casi todos fundados. Pero yo le repliqué que una pizca de «locura» es la sal de la vida. A veces nos alterábamos tanto que nos pedíamos mutuamente que reserváramos los arrebatos para los minutos en los que pasaban los trenes. Luego nos echábamos a reír, y una vez que yo le dije que guardara silencio, él dijo: «¡Qué gracia! ¿Qué ocurre ahora?». «Sólo la crisis que acompaña a toda empresa arriesgada», respondí yo. A la noche siguiente, en cuanto oscureció, sin decir una sola palabra solté la clavija que cerraba la caja, me arrastré por el hueco libre hasta la escalera del vagón y, después de echar un vistazo a las instalaciones iluminadas, bajé los escalones.

Pasé sin problemas por el puesto de guardia del campamento. El centinela era uno de los soldados polacos recién llegados, y estaba sentado en la garita deletreando una tira de cómics con gesto pensativo. La mayoría de los prisioneros también pasaba a mi lado sin prestarme atención, era evidente que todavía no se había corrido la noticia de nuestra fuga. El mayor riesgo era la primera tienda a la izquierda de la entrada, en la que yo había estado alojado junto a siete camaradas. Visitar a Erich Kahnt en la tienda de al lado también era peligroso, pues era fácil que uno de los ocupantes me reconociera y quisiera delatarme. Por tanto, recorrí el camino más largo hasta la tienda de Sternmann, comprobé que estaba solo y me di a conocer mediante unas palabras susurradas. Por supuesto, él ya estaba al tanto de mi evasión, sobre todo porque durante los días en que la idea fue tomando forma le hice varias insinuaciones al respecto.

Él también estaba furioso por la entrega prevista a los franceses, aunque luego reconoció que pintaría mujeres francesas y, en lugar de las bellezas vacías de Kansas, los rostros más vivos de París o Niza. Le gustaban más, como yo ya sabía, los rasgos marcados que los equilibrados, y siempre había considerado más atractivos los retratos de Goya que los de Ingres. Luego me entregó su provisión de latas de carne, además de unas galletas envueltas en papel celofán. Al despedirnos prometimos retomar nuestra amistad después del regreso.

Como disponía todavía de mi pase especial, el centinela polaco me dejó pasar con

un breve saludo, y Münkkel se sintió muy aliviado cuando a medianoche volví a meterme en nuestro cajón. Admitió que incluso había pensado en abortar toda la operación. Pero ahora estaba tan contento con el éxito de mi expedición y con las provisiones que había conseguido que, cuando le conté lo fácil que había resultado todo, quiso intentarlo él mismo a la noche siguiente. «Pero no va a poder ser — dijo —, porque seguro que mañana salimos. Todavía nos quedan para Alemania un par de latas de carne y los dos paquetes de la más valiosa de las monedas que allí existe». Inconscientemente tuve que pensar en mi abuelo y en la historia del embutido. Pero decidí guardar silencio para no desanimar a Münkkel. Luego vinieron otra vez la noche y la falta de espacio.

Naturalmente, el tren tampoco partió al día siguiente. Aunque movieron los vagones varias veces por las vías, al final oímos las voces de siempre: las órdenes del sargento Stracker, las indicaciones del cabo Weiland con su inconfundible falsete y los gruñidos del suboficial Bauer. Al final de la tarde el tren se puso en marcha después de dar un tirón, y nos dimos unas palmadas de alegría en la espalda, en la medida en que podíamos hacerlo. «ya nos vamos!», exclamamos cuando oímos un par de estridentes silbidos. Sentimos el golpe seco de un tope, y luego la locomotora se alejó sola. No teníamos explicación alguna para lo ocurrido, pero escuchamos a los grupos de trabajo que se alejaban, luego, por última vez, las órdenes del suboficial Bauer. Después reinó el silencio.

Cuando se hizo de noche, Münkkel se acercó al campamento. Como antes de escapar había hecho de sacristán con el sacerdote católico, se dirigió entre las tiendas hasta donde éste se alojaba, después fue hasta las cocinas y trajo de allí una bolsa llena de alimentos. A la vuelta había tenido serias dificultades al pasar ante los centinelas polacos, que acababan de hacer el relevo. Pero ahora estábamos contentos con el aumento de nuestras provisiones. Con ellas aguantaríamos otros cinco días, opinó, aunque después de pensarlo un poco decidimos abandonar el intento de fuga si no partíamos a la mañana siguiente.

Las horas transcurrieron en una agobiante espera. Teníamos los nervios a flor de piel. Cuando, al atardecer, quisimos comprobar si podríamos abandonar el escondrijo sin problemas, los centinelas se acercaron justo en ese momento. Hasta entonces había tres parejas a lo largo del tren, una al principio, otra a la mitad y otra al final del tren, y nuestro vagón siempre había estado a unos cincuenta metros del puesto del final. Pero esa noche los dos centinelas se situaron justo delante del vagón en el que estaba nuestra caja. Durante toda la noche escuchamos su charla incomprensible, sus bromas, su risa contenida, así como los sonidos que hacían al fumar. Las circunstancias nos obligaban a guardar un estricto silencio, y debíamos evitar cualquier tos, el más mínimo movimiento, cualquier susurro. Sólo podíamos aprovechar el escaso minuto en que, cada hora, pasaba un tren de pasajeros a toda velocidad; pero esos viajes se acababan a medianoche. El sueño también era posible sólo de forma intermitente.

Agotados por las fatigas de la noche y con las extremidades casi paralizadas, a la mañana siguiente pensamos en cómo y cuándo podíamos abandonar nuestro plan. Habíamos pasado casi seis días en el cajón de madera y no se veía un final para nuestra aventura. Al fin, cuando ya habíamos acordado aguantar un día más, el tren empezó a moverse. Esta vez no cubrió sólo los escasos ochenta metros de otros días para volver a pararse. Recorrió unos trescientos metros y, cuando se detuvo con un fuerte ruido, reconocimos por el eco del sonido que nos encontrábamos en uno de los dos almacenes cerrados al final de la zona de carga.

Estuvimos parados aproximadamente una hora, en la que se oyeron órdenes y golpes de las puertas corredizas. Sonaron voces americanas justo encima de nosotros. Varios hombres manejaban algún aparato, uno se quejó de que el vagón no estaba cubierto, mientras su compañero opinaba que de ese modo el gas sólo haría efecto a medias y eso facilitaría la huida a los «*german bastards*».

De las manifestaciones de ambos soldados dedujimos que la partida era inminente: sabíamos por referencias anteriores que el gaseado se realizaba en la última estación de control. Minutos más tarde se oyó un tintineo que se acercaba, seguido de una especie de silbido; evidentemente era el ruido del gas que iban echando entre la carga vagón por vagón. Al cabo de unos cuatro minutos cesó el ruido, y nosotros estuvimos una hora sin movernos dentro de la caja. Luego llegaron los miembros de una unidad especial hablando fuerte y auscultaron las paredes con instrumentos especiales por si detectaban una tos o un gemido reprimido. Munkel se había puesto la máscara de gas, yo me tapaba la nariz y la boca con un paño húmedo. Al final oímos que llamaban a todos los miembros de la unidad y que se abrían con gran estrépito las amplias puertas corredizas, de unos diez metros de ancho. Apenas cesó el ruido, uno de los oficiales dio una orden. Se produjeron algunas carreras apresuradas, y poco después el tren abandonaba la nave.

Debíamos de estar justo en la parte exterior, en la zona de carga, cuando, para nuestra desesperación, el tren se detuvo de nuevo. Se oyó cómo enganchaban otra cabeza tractora; pero en el momento en que el tren, de casi un kilómetro de longitud, se puso en movimiento, supimos que se había terminado nuestra angustiada espera. Nos abrazamos sumamente felices, y enseguida notamos que por primera vez volvíamos a hablar en un tono de voz normal. Fuera cual fuera el lugar al que nos dirigíamos, pensamos a la vez, allí estaba la libertad. Teníamos una botella de coñac o algo parecido, y brindamos con ella.

En ese mismo momento la caja dio un salto, cayó, dio otro salto y otro, y luego empezó un ruidoso traqueteo. Inmediatamente después, se abrieron en dos o tres puntos grietas grandes entre las gruesas tablas longitudinales de nuestro habitáculo. Se oía muy cerca el estridente silbido de la locomotora. Mientras la caja empezaba a romperse bajo el peso de la carga de amianto, el vagón se inclinó hacia un lado, golpeó contra las vías y volcó por un terraplén. En el interior de la caja todo se movió de un lado a otro. El pesado bidón del agua cayó sobre mi rodilla derecha, y mientras

yo me tocaba la parte dolorida, se hizo un silencio absoluto.

Debieron de pasar unos diez minutos hasta que volvimos a recuperarnos. Mi primera idea fue deshacernos de los papeles de licenciamiento conseguidos de forma ilegal, ya que su descubrimiento tendría nefastas consecuencias no sólo para nosotros, sino también para el amable francés que nos los había conseguido. Tras ponernos de acuerdo, rompimos el duro y tieso papel de los documentos impresos en pequeños trozos que pudiéramos tragar con la ayuda de agua.

Ya habíamos empezado esta incómoda operación cuando en el exterior se oyó el ruido de gente que venía a mirar y a ayudar y que movía nuestra caja. El tren había descarrilado a escasos seiscientos metros del campamento debido a las piedras acumuladas sobre las vías. Tratarnos de tragar todos los papeles, y todavía estábamos mascando el último trozo cuando abrieron la caja con una palanca. Apenas nos pusimos de pie reconocimos justo delante de nosotros la imponente figura del sargento primero Driffel, que se frotaba las manos y exclamaba con las mejillas infladas que pocas veces se había alegrado tanto de volver a ver a alguien. Luego nos tendió la mano con un gesto alentador, y cuando nosotros, todavía obnubilados, intentamos marcharnos, nos cogió con fuerza y dijo: «*No kidding, boys! ¡A la jaula!*». A continuación, nos entregó a los guardias.

La «jaula» era un espacio de unos treinta metros cuadrados cercado por una espesa alambrada. Se encontraba dentro del campo de prisioneros, muy cerca de la puerta de acceso. Cuando entramos en ella, nos saludaron dos prisioneros que llevaban allí más tiempo a causa de un robo; poco después llegaron otros dos fugitivos que habían sido capturados en el mismo tren que nosotros. Cuando ya empezaba a anochecer, se acercó el teniente Dillon y nos explicó que seríamos juzgados por un consejo de guerra en Reims. Yo le pregunté si, según el Convenio de La Haya, los prisioneros no estaban autorizados a huir, pero él me miró indignado y contestó brevemente: «¡No!». Luego se giró sobre los talones y se marchó.

Por la mañana nos llevaron a la barbería. El soldado que estaba de servicio nos preguntó si queríamos mantener el pelo largo o nos lo cortaba a un centímetro, como era habitual en el ejército. Cuando yo me decidí por el largo normal, exclamó con fingida amabilidad: «*Aye, aye,, Sir!*», pero las ordenanzas le obligaban a hacer una raya estrecha por el tupé. Yo me encogí de hombros y le respondí: «*Na Bitte! Go ahead!*», y él cogió la maquinilla y me hizo una raya de unos cuatro centímetros de ancho en medio de la cabeza. Parecía un simio. Para no darle motivos de alegrarse del mal ajeno, cuando me preguntó si estaba bien, le respondí: «*It's all right!*». Pero días después, cuando había otro peluquero de servicio, me corté el pelo al uno. Los demás presos, incluido Munkel, hicieron lo mismo.

Desde la barbería nos llevaron al campamento de los polacos, y a cada uno nos adjudicaron dos vigilantes encargados de mantenernos ocupados. Los dos eran tan incansables como ocurrentes a la hora de pensar nuevas misiones. Me ordenaron cavar con una pala un agujero de dos por dos metros y, cuando el trabajo estuvo

terminado, hicieron una «inspección» con una cinta métrica. Uno exigió unas líneas más rectas y, al final, dijo: «¡No está bien! ¡Aleman y mal! ¡Pero bueno para mí!». Luego tiró una colilla pisoteada en el agujero que había en el suelo junto a él y me ordenó: «¡A taparlo! ¡Pero más deprisa!», y añadió que tenía al menos otros diez cigarrillos para tirar al suelo. «¡El campamento tiene que estar limpio, lo dice siempre el capitán Donaldson!».

Y así día tras día. El clima era soportable en esa época del año; más problemas nos daba la lluvia con el techo de alambre. A veces nos azotaba un frente o alguna racha huracanada y nos apretábamos mojados y muertos de frío en un rincón. Peores eran las vejaciones de los guardianes. Yo no sabía entonces hasta qué punto se puede humillar a alguien con una carretilla, unos cubos de agua o una pala. Pero por la noche, cuando volvíamos a la «jaula», nos prometíamos unos a otros que no manifestaríamos nuestras quejas ni protestaríamos.

Uno de los primeros días de cautiverio apareció el capitán Donaldson ante la jaula y dijo en tono de reproche, dirigiéndose evidentemente a mí: «¿Por qué lo ha hecho?». Durante un instante pensé en estirar hacia él mi mano cubierta de sangre y pus y preguntarle: «¿Y por qué hace usted esto?». Pero sólo le dije que ya conocía mis motivos. Habíamos hablado a menudo sobre ello. No tenía derecho a entregarnos a los franceses, y además los prisioneros de guerra tenían derecho a escapar. El capitán se tocó pensativo la barba y se marchó con paso firme.

Mis reproches no le dejaron tranquilo. Al día siguiente apareció el sargento primero Driffel y me dijo en nombre del capitán que, según los acuerdos internacionales, los prisioneros de guerra sí tenían derecho a huir. Pero que no se nos acusaba sólo de escapar, sino de una «*conspiracy of escape*», esto es, de un acto de conspiración, pues habíamos sido dos. ¡Y eso era punible! Además, se nos inculparía por robar uniformes, pues al fin y al cabo llevábamos las chaquetas del ejército americano. Driffel añadió por su parte que no se nos condenaría por huir, sino por habernos dejado «atrapar». Cuando le pregunté al sargento si el capitán había dicho realmente esa tontería de la «*conspiracy*», me dijo en tono imperioso que él siempre decía la verdad. Yo le repliqué que entonces me tenía que dar su palabra de que había puesto en lugar seguro los manuscritos que debían de haber encontrado en la caja. Me contestó que los estaba examinando el tribunal y que me los devolverían al final del periodo de prisión. «¡Quizá!», añadió Driffel.

Así transcurrieron unas seis semanas con las mismas adversidades diarias. Una tarde, un suboficial polaco discutió con un prisionero de la jaula, y después de golpearle, le tiró al suelo sin dejar de darle patadas. Luego siguió golpeando con la culata de su fusil al pobre hombre tirado en el suelo, que no se atrevía a defenderse. Nosotros instamos al suboficial a que dejara de maltratar al prisionero indefenso, pero él continuó con la tortura y continuó golpeándole, incluso con más fuerza, casi fuera de sí de la rabia. La víctima dejó de moverse, y el cuerpo del prisionero quedó tendido como un bulto sin vida. Entonces pasó por allí por casualidad el capitán Grey.

Inmediatamente puso fin a la paliza y mandó al soldado a su barracón. Al día siguiente mandó abrir la jaula y nos mandó a nosotros dos y a los otros dos prisioneros de vuelta al campamento.

El juicio en el tribunal de guerra de Reims, del que tanto se había hablado, no se celebró nunca. Tras la intervención del capitán Grey y la desaparición de la «jaula», me ordenaron prestar servicio en el guardarropa del campamento polaco. Cuando me crucé en una de las calles con el capitán Donaldson, que me saludó con frialdad, aunque esbozando una sonrisa, no pude por menos que decirle, mostrándole mis manos llenas de heridas a punto de cicatrizar: «Usted nos ha condenado sin un juicio formal. Esto queda pendiente entre nosotros».

Donaldson parecía desconcertado por el reproche que escondían mis palabras y no encontró respuesta alguna. Como yo me quedé esperando, decidió contestarme; al principio, en la calle del campamento, me había tornado por un joven alemán típico: romántico, franco, serio. Era la idea que él se había formado. Sobre los alemanes se decían cosas disparatadas, pero él pensaba que era cosa de la propaganda. Ahora sabía que estaba equivocado. Yo era tan sólo un alemán como todos los demás. Estaba profundamente decepcionado. Luego añadió, incurriendo en la contradicción: «¡Siento no tenerte ya más con nosotros!». No supe responderle, y durante mucho tiempo me he preguntado qué podría haberle dicho. A continuación, después de mirarme fijamente, se acercó a mí: «*All the best for you, Joachim!*». Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Sacudiendo la cabeza, se marchó dejándome allí plantado.

Un día de septiembre pasó por el guardarropa del campamento polaco el sargento primero Walker, que en los tiempos del cuartel general me visitaba en sus tardes libres para charlar. Había sido trasladado durante varios meses, y yo le saludé no sin ironía preguntándole si había estado preparando la acusación contra mí en Reims; eso explicaría por qué no se había celebrado el juicio. Él se rió y dijo que seguro que les habría planteado muchas dificultades. Luego añadió que él no tenía nada que ver con esa denuncia, sino que había estado trabajando en Le Havre, y ahora estaba contento de poder regresar en breve a Chicago. Le dije que le envidiaba, sobre todo porque había sabido recientemente que mi padre había conseguido volver a casa, si bien en un estado deplorable, después de haber sido prisionero de guerra en Rusia.

«Quizá puedas ver pronto a tu padre», dijo Walker. Cuando le pregunté algo nervioso qué es lo había hecho al respecto, respondió: «Estoy precisamente en ello, *my friend*». Esos días había visto papeles en los que aparecía el «*Top secret!*» utilizado en la correspondencia oficial. Dijo que era un secreto, y luego me anunció como si hablara de la cosa más normal del mundo, «El caso está decidido. No vais a ser entregados a los franceses. Vais a volver a casa». Yo le miré estupefacto, y él añadió: «Todavía otra cosa confidencial: ¡me alegro mucho de ello!». Y «lo más confidencial de todo: ¡Ni una sola palabra a los demás!».

Pasaron todavía cinco meses antes de que el tren saliera de la estación de

maniobras hacia Alemania. No sabíamos adónde íbamos. Había indicios de que se trataba de algún lugar en la zona de ocupación americana. Yo había indicado Friburgo como mi ciudad natal porque tenía amigos en la ciudad y Berlín me parecía demasiado inseguro. Dos días después, el tren que nos llevaba a Alemania paró en un campamento en Heilbronn. El buen humor y el ambiente cargado de alegres canciones sobre todas las Rosemaries, Erikas y Heidis se disiparon en un instante, pues todos supusimos que nuestro campamento simplemente se había trasladado de Laon a Heilbronn. Pero enseguida se extendió la noticia de que Heilbronn era un campo de tránsito previo al licenciamiento.

Estuve más de dos horas esperando en la cola hasta que llegó mi turno. Un sargento barrigudo y con gafas me exigió, mientras examinaba mis papeles, que me pusiera firme. Yo le pregunté, con el entusiasmo provocado por la libertad inminente: «¿Me cuadro?». Él me reprendió con unas palabras dichas en el más áspero acento hamburgués. Ahora, al final del cautiverio, un alemán de otros tiempos, me dije mientras él revisaba mis pertenencias. Por suerte me dejó los tres libros que yo había conseguido salvar después de todos los peligros vividos. Mientras se rascaba la cabeza, leyó con interés algunas hojas de mis diarios, se rió en algunos puntos de mis textos sobre el Renacimiento y comentó sobre el relato de Castruccio: «¿Qué es esto?». Yo intenté explicárselo brevemente, pero el gordinflón hizo un gesto con la mano: «¡Déjalo!». Luego tiró todo lo escrito a un montón de basura que había detrás de él y dijo: «¡Ya no necesitas nada de esto!». Yo intenté disuadirle con un par de palabras amables, pero él me cortó muy enfadado: «¡Se acabó! Aquí están los papeles. ¡Fuera!».

Al principio no pude decir nada. Me quedé allí plantado, mientras el sargento hacía gestos de echarme. Al final pronuncié lo que me pareció una respuesta acertada: «Dentro de diez minutos atravesaré la puerta del campamento. A partir de entonces mi mayor felicidad será que gente como usted tenga que volver a llamarme de usted».

Se quedó sorprendido. Luego me tiró contra el pecho el volumen encuadernado en piel con mis poemas favoritos, que estaba también entre los libros; yo lo sujeté con fuerza, sin prestar atención a sus gritos. Hacer como que no le oía fue mi primer acto de libertad. Cuando le miré por última vez mientras me alejaba, seguía observándome con la boca abierta mientras hacía un gesto al siguiente de la fila para que se acercara. Por un momento creí que le había abierto los ojos. Más tarde me di cuenta de que no había entendido nada de lo yo le había querido decir.

Diez minutos más tarde salí por la puerta del campamento.

CAPÍTULO 10

AÚN NO EN CASA

Desde Heilbronn viajé, como ya lo había hecho una vez, a lo largo del valle del Rin hacia Friburgo. En el saco de campaña llevaba algo de ropa, útiles para el aseo, los tres libros que me habían dejado en Unkel y, encuadernados en cuero, los poemas que en parte había apuntado de memoria y en parte había tomado de escritos a los que había tenido acceso en el campo de prisioneros. Hojeando el libro sin querer, me puse a leer los versos de nombres desconocidos por mí hasta hacía poco tiempo, como Blake y Keats, también Mallarmé y Baudelaire, así como alguno de mis poemas preferidos, como «Si te lo pudiera decir», de Auden, y «Ozymandias» de Shelley. Los había copiado durante las noches ociosas en el puesto de mando y se los había entregado al encuadernador Franz Scheuer como un paquete de hojas. Este hombre había convertido esas hojas en una obra encuadernada en cuero sacado de guantes de béisbol y de botas de oficiales. El resultado fue un ejemplar espléndido, que incluso le encantó al gordo sargento del campo de licenciamiento.

Cuando bajé del tren en Friburgo, me alegré de estar por fin en una ciudad poco destrozada, después de los muchos lugares devastados del ruinoso paisaje europeo por los que había pasado en el curso de los últimos tres años. El peor ataque aéreo había sido relativamente moderado, si exceptuamos un pasillo en ruinas entre la catedral y la estación central. En cualquier caso, no te topabas con los sucios colores que dominaban los desertizados perímetros de las ciudades hasta Berlín, y el tono aguatinta de la ciudad me recordaba enormemente el suelo de mi tierra, el suave color rojo de la arenisca y los grises discretos, y detrás el verde del Schlossberg. En una carta a mis padres, en la que por primera vez después de unos cuantos años podía expresarme con cierta libertad y en la que explicaba por qué no había solicitado el licenciamiento en Berlín, escribí: «En resumen, yo estaba fuera del mundo. Ahora ya estoy de vuelta. Aún no en casa. Pero al menos en Friburgo, que se ha convertido un poco como en mi hogar. ¡Quién lo habría imaginado!».

La madre de mi amigo Helmut me acogió en su casa de Herdern. Su marido había muerto víctima del bombardeo de la ciudad, y el hijo estaba enterrado en Francia. Pero su atractiva hija todavía estaba aquí, y Winfried ya vivía allí. Después de unas horas de entusiástica conversación, mi hermano y yo emprendimos, al igual que haríamos en los días venideros, largos paseos por Sonnhalde o subíamos al Schlossberg. Me habló de nuestros padres y de nuestras dos hermanas, que en el año 1944, después de un tercer requerimiento, habían entrado a formar parte de la Liga de

las Muchachas Alemanas (Bund Deutscher Mädchen, BDM), si bien se lo habían ocultado a nuestro padre. Después me habló sobre la expulsión de Karlshorst, la pequeña vivienda en Neukölln que le habían asignado a la familia y el destino de los abuelos, y también me habló de mis compañeros de clase en Friburgo. Según me dijo Winfried, casi la mitad de los antiguos compañeros habían sido ejecutados en los últimos días de la guerra por orden del general Lattre de Tassigny, no muy lejos, en la falda de una montaña en Alsacia, ya que no querían hacer prisioneros.

Winfried me preguntó cómo había podido resistir la guerra y el cautiverio, y entonces yo le hablé de los seis días sin alimento, del intento de fuga, del teniente de Heidelberg en Unkel y del capitán Donaldson. Mientras dábamos nuestro paseo, se me ocurrió que en lugar de escribir un libro sobre el Renacimiento italiano, durante los años venideros me podía dedicar a los grandes hundimientos ocurridos en la historia. Las catástrofes históricas no son solamente tema de épocas pasadas, sino también de nuestra vida. Winfried se sonrió y me dijo que volviera a poner pronto los pies en el suelo. Primero tenía que terminar el bachillerato y estudiar algo de provecho. «Los grandes proyectos son para una etapa más avanzada de la vida —añadió—. Además, el tema es distinto a como lo planteas tú, no es tan interesante». La gente no quiere oír hablar sobre las desgracias vividas hasta que no han salido de lo más duro; y todavía no lo han hecho. Ni siquiera él mismo.

En este asunto chocaban dos temperamentos diferentes. Por entonces, Winfried tenía un mayor sentido de la realidad y tenía ingenio. Durante nuestro segundo o tercer paseo le pregunté por sus vivencias, y me contestó con su extremada modestia: «Ah, nada especial». Yo seguí indagando y le pregunté qué era eso tan especial que quería esconder dentro del «nada especial», y me contestó: «Bah, una pequeña fuga». Tuve que insistirle para que me contara esa historia y sus últimos días de la guerra. Durante los últimos días de marzo de 1945 las tropas francesas habían alcanzado la otra orilla del Rin, en Breisach. Acto seguido, Winfried fue llamado a lilas, y decidió pasar «las hipotéticas próximas horas» escondido cerca de Friburgo. Por consideración a los Weidner, les hizo creer que iba a seguir el llamamiento. Pero, de hecho, ya había acordado con el panadero Welle, que vivía al final de la calle, que esperaría la llegada de los franceses escondido en una pequeña cabaña que tenía fuera de la ciudad.

Pero la espera se alargó. Las tropas francesas dejaban pasar los días simplemente en preparativos para atravesar el Rin. Tras pasar dos semanas entre montañas de carbón, montones de patatas y trastos viejos, una noche Winfried decidió dar un pequeño paseo «para estirar las piernas», pero a los pocos pasos cayó en manos de la Gestapo. Le llevaron al mismo puesto de policía en el que me habían interrogado unos meses atrás. Muy prudente, no mencionó ni dónde se alojaba ni quién era su cómplice. Al tercer día le llevaron al cuartel militar. En la celda común coincidió con otras once personas que habían desertado o que, al igual que él, no habían obedecido su deber de alistarse, y ninguno sabía decir qué era lo que les esperaba. Algunos

opinaban que les iban a fusilar a todos sin excepción; otros, por el contrario, decían que no había ejecuciones sin un proceso previo, y una minoría hablaba de informaciones según las cuales los dejarían en libertad en un plazo de cuarenta y ocho horas. Al fin y al cabo, el Führer «no era un monstruo».

Días después llevaron a los prisioneros al patio del cuartel. Allí los esperaba un subteniente con un pequeño bastón y un grupo de cuatro soldados mayores, muy cansados. Un sargento les informó de que iban a marchar hacia St. Peter, ya que los mandos supremos de la Wehrmacht consideraban como un riesgo demasiado grande tener en las propias filas tantos «elementos indeseables» de cara a la batalla que se preparaba contra los franceses, y que suponía la victoria final. Se dio la orden de partida después de algunas disposiciones disciplinarias.

Escortados por el sargento y los cuatro soldados, por la tarde empezaron a subir por el valle del Dreisam. Winfried aseguró que nunca le había cabido la menor duda de que en St. Peter los iban a colocar delante de un pelotón. Para no despertar sospechas, se metieron por un camino del bosque; a los dos o tres kilómetros hicieron un pequeño descanso, y ahí decidió de repente «hacer una auténtica locura», como dijo más tarde. Cuando menos se lo esperaban, se lanzó pendiente abajo en un punto donde no había nada más que algún arbusto, y, después de un momento de desconcierto, oyó tras de sí gritos y órdenes irritadas.

Empezaron a sonar los primeros disparos. Pero daban en los troncos que había alrededor y los rebotes le zumbaban en los oídos. Cuando se escondió en un hoyo que había en el terreno, pudo oír dos voces que le buscaban unos veinte metros por detrás de donde se encontraba. Después, el sargento, que se había quedado con el grupo para evitar otros posibles intentos de fuga, ordenó a los dos soldados que regresaran. Winfried esperó hasta que todo estuvo en completo silencio, y entonces emprendió el regreso a Herdern. Cerca del instituto Friedrich vio venir a una patrulla por la calle, pero consiguió esconderse en el portal de una casa. «Eso habría sido realmente el final», pensó cuando oyó pasar a los dos hombres hablando por delante del portal. En la casa del panadero estaban horrorizados, pero no vacilaron en ofrecerle de nuevo el escondite.

Esta vez fue más precavido. La mayor parte de los días los pasaba debajo de un montón de madera que dejaba cuidadosamente colocado cuando salía por las noches a dar un paseo de quince minutos para respirar aire fresco, y que organizaba cuando volvía a modo de caos decorativo por encima de sí mismo. Algunas veces oyó voces muy cerca de él. Al cabo de más de dos semanas, el 20 de abril, los franceses entraron por fin en Friburgo. «Yo aún no estaba liberado —concluyó su relato—, pero al menos podía volver a mover mis agarrotadas extremidades. Eso ya era bastante. Pasaron días hasta que mis huesos estuvieron en condiciones». Más tarde se dijo que sus compañeros de prisión habían sido fusilados en St. Peter, pero él no llegó a saber si se trataba en verdad de algo más que un rumor. Probablemente fuera eso lo que pasó, pero nunca llegó a verificarlo. Nunca quiso considerar su fuga como algo

especial.

Algunos días después de mi regreso, poco antes de las Navidades de 1946, fui a visitar al director de mi colegio. El doctor Breithaupt había sido el profesor encargado de mi clase, y las vicisitudes de la época le habían llevado a ser el director del instituto Friedrich. Nada más acceder al despacho de la dirección me di cuenta de que seguía siendo el hombre austero e inflexible que nos había iniciado en el griego y nos había enseñado a leer *La Odisea*. Dado que algunas veces me había encomendado que le realizara algunas gestiones privadas, yo esperaba de él cierta comprensión. En lugar de ello, permaneció sorprendentemente indiferente y escuchó con aire de superioridad el breve resumen de mis avatares antes de contestar un tanto seco a la cuestión, nada irrelevante, de qué clase me recomendaba: «Usted puede incorporarse al noveno curso, entonces le quedará medio año para acabar el bachillerato. O puede entrar en el curso anterior, y en ese caso perderá más de un año entero, diecisiete meses y medio para ser exacto. Pero tendrá mejores posibilidades para la obtención del certificado de estudios secundarios. La elección es libre. Como director del instituto Friedrich sólo me queda una cosa por decirle: no hay favoritismos». El doctor Breithaupt pareció un tanto consternado cuando murmuré un simple y desencantado «Gracias», y me di la vuelta para marcharme. Ese mismo día decidí incorporarme a la clase de noveno para no perder el tiempo y terminar el colegio cuanto antes.

Mi madre vino a Friburgo por Navidades y se alojó en casa de los Weidner. Ya desde finales de verano había solicitado a las autoridades americanas el permiso pertinente, y finalmente la autorizaron a viajar a la zona de ocupación francesa. Contemplamos horrorizados el aspecto esmirriado y esquelético que ofrecía, y su mirada tan vacía. Ahora íbamos a enterarnos por primera vez de los detalles de la evacuación de Karlshorst a comienzos de mayo de 1945, detalles que se habían ocultado en las cartas dado el control a que estaban sometidas. Íbamos a saber de la única maleta que podía llevar cada uno y en la que mi madre, por la urgencia, sólo había podido amontonar lo imprescindible: algo de ropa, pan, un traje y un jersey para mi padre, Persil y algunos documentos cogidos precipitadamente. Su querido «cofretillo» enterrado en el jardín lo tuvo que dar por perdido.

Merecen un capítulo especial los numerosos actos de violencia perpetrados especialmente contra las mujeres de la familia paterna. El tío Berthold, en Walken, había soportado con cólera impotente las atrocidades de los ocupantes, pero cuando las brutalidades contra su mujer y sus hijas sobrepasaron toda medida, le había pedido a un soldado que tuviera un poco de consideración humanitaria. En lugar de escucharle sin más, sacó su pistola y le disparó un tiro junto a la sien. Más estremecedor resultaba el destino de la «otra» tía Franziska, paralítica desde niña: arrancada de su silla de ruedas y violada varias veces, la colocaron de nuevo en su silla y la tiraron por la escalera del sótano, donde murió al cabo de dos horas de lamentos. Se trataba de una larga serie de crueldades que mi madre nos reveló a

regañadientes y sólo después de insistirle.

Era como si cada historia tuviera que terminar con una barbaridad del tipo que fuera. Al aproximarse el ejército rojo, mis hermanas habían abandonado la escuela superior en Neumark y habían regresado a Berlín; allí se enteraron de que sus compañeras, la mayoría entre los doce y los quince años, habían sido violadas, raptadas y, finalmente, habían desaparecido en la vasta Rusia. La guerra que había empezado de manera tan altanera y convencida de la victoria final se había vuelto contra Alemania de la manera más siniestra.

Mi madre no habló de la muerte de sus padres hasta pasado bastante tiempo desde su llegada, y Winfried compartía mi impresión de que le disgustaba hablar de ello. La abuela había fallecido en 1945, más o menos cuando mi captura. Ya desde la destrucción de su casa por las bombas y la muerte de su hija paralítica, que habían sido la recompensa por sus fatigas de tantos días terribles, había perdido por completo las ganas de vivir. No me había dado esa impresión cuando la visité en la Riastrasse, y cuando la abracé para despedirme me había dicho con sonrisa tímida: «¡Ahora te tienes que convertir en adulto! A tu edad hay algo mejor que abrazar. ¡No precisamente a la abuela!». Y después me había dado un abrazo. A continuación se había lamentado con frecuencia de que durante treinta años había vivido sólo para su familia. ¿Y ahora? ¿Qué hacía ahora con una vida que carecía de sentido? En sus últimos tiempos había pasado muchas horas en la iglesia y «había ido a menos». Algunas de sus postreras palabras fueron que «durante su vida había servido a Dios y a su pobre hija con la mano y con el corazón». Por eso no le preocupaba el final. Al día siguiente los médicos certificaron su fallecimiento. El diagnóstico señaló una avanzada inmunodeficiencia. Pero uno de los médicos dijo que, sencillamente, había muerto de falta de ganas de vivir.

Mi abuelo la siguió poco más de un año después. La confusión de la evacuación había llevado a trasladar el hospital de Karlshorst, en cuya fundación había colaborado él, a Friedrichshagen, a un antiguo hotel; allí estaba él. Al igual que mi abuela, todos los días preguntaba al vacío por el sentido de todo eso. Siempre había estado rodeado de respeto y consideración; ahora, después de unas semanas de acá para allá, se encontraba en una sala de hospital con sesenta camas más en las que pacientes gemebundos esperaban su final. Varias veces le preguntó a mi madre qué planes tenía la vida para él, y cuando ella le contestó perpleja: «¡Nada de planes, nada de obligaciones! ¡Simplemente vivir!», él respondió que la vida le había engañado. Siempre había creído que podría conseguir, al cabo de casi ochenta años, algunas explicaciones de para qué estamos en este mundo. Pero ahora sabía que la vida te toma el pelo.

Cuando buscó refugio en su querido hospital, ya no poseía nada. En el curso de la evacuación los soldados rusos le habían quitado, primero, la cartera y el reloj de bolsillo, después, la chaqueta y el chaleco, de manera que él, el *chevalier à la mode*, llegó ante las monjas en camisa y tirantes. Las pocas cosas de valor que había

conservado se las robaron un buen día junto con su billetero, que guardaba debajo de la almohada, y al poco también le quitaron las últimas prendas de vestir que le quedaban, hasta que, literalmente, sólo le quedó la camisa de dormir que llevaba puesta. Le preguntaron por su estado de ánimo, y él contestó que se avergonzaba de su pobreza. Entonces las enfermeras le colocaron la cama detrás de una mampara para que estuviera más tranquilo. «Sí, es cierto, a la hora de morirte estás mejor solo», comentó. Las enfermeras le regañaron, le dijeron que no debía hablar de esa manera un tanto blasfema, y él sólo comentó que lo había dicho totalmente en serio. A lo largo de su vida todo el mundo afirmaba que su mujer le había seguido sumisa como una criada. Ahora, él la seguía a ella. Faltando ella, ya no sabía para qué seguía en el mundo. Él se marchaba «a pasos agigantados» de esta vida.

Después preguntó por la fecha. Al oír que era 14 de julio, comentó que ya no tenía nada más que hacer, nada más que decir y nada más que celebrar. Como causa de la muerte había que apuntar: ausencia total de alegría de vivir. Les dio las gracias a todos, estrechó la mano a las enfermeras que rodeaban la cama, juntó sus manos y se encomendó a Dios. Era una muerte deseada, pecadora, reconoció por último. Pero Dios tendría compasión: Él ama a los pecadores que confiesen sus pecados. Los médicos certificaron el tifus como causa de la muerte. Dos días más tarde lo llevaron al cementerio en una caja de madera y lo enterraron en una bolsa de papel.

Durante los paseos casi diarios que dábamos con nuestra madre, nos enteramos de muchos más detalles sobre los acontecimientos en Berlín hacia el final de la guerra, del coraje de Hannih y Christa y de las tragedias que ocurrieron en el vecindario. A mi madre le gustaban los bancos en el Schlossberg, pero a veces también subíamos por la colina hacia Sonnhalde, para seguir después hasta las «casitas de profesores» en el Rötebuckweg, donde vivía Martin Heidegger. Por lo que respecta a nuestro padre, nos contó que, tras ser liberado del cautiverio ruso en otoño de 1945, apareció de repente como una sombra en la puerta de casa, había dado unos pocos pasos tambaleantes apoyándose con una mano en la pared y había caído al suelo. Luego, durante unas cuantas semanas, una enfermera «le había estado cuidando para devolverle a la vida». En esas semanas recuperó la mitad de los casi cincuenta kilos que había perdido, y con ello «se había andado la mitad del camino». En cuanto pudo mantenerse en pie, empezó a visitar organizaciones políticas, se sentó en las mesas presidenciales de la CDU con uno de los dos trajes que habían conseguido rescatar, a pesar de lo sumamente holgado que le quedaba.

A partir del verano de 1946 volvió, debilitado pero entero, a su actividad como orador. Hablaba sobre los temas que habían marcado su vida: sobre la progresiva desintegración de la República de Weimar, sobre el Reichsbanner y la indecisión de las fuerzas republicanas, del «abandono de la ley» durante la toma del poder y del deber de la responsabilidad política; y cada una de sus alocuciones, que generalmente tenían lugar en cervecerías llenas de humo de tabaco, finalizaba con las frases con las que también acababan las cartas que nos dirigía a nosotros: Lo que había ocurrido

con este país no podía volver a pasar una segunda vez. Una sola vez ya era vergüenza suficiente.

A comienzos de 1947 volví a sentarme en el pupitre del colegio en Friburgo. Seguían siendo las mismas habitaciones, los mismos profesores, las materias y los nombres de antaño: Cicerón y Homero, Lessing y Goethe. Y aunque las caras de mis compañeros, un año más jóvenes que yo, me resultaban familiares, tenía la sensación de haber desembarcado en un mundo desconocido. Era como si estuviera en una especie de agujero unipersonal del que los demás no hubieran oído hablar. Sus problemas, sus discrepancias o sus conformidades, e incluso sus bromas, venían como de muy lejos. Al contrario de lo que había escrito en mi primera carta a casa, yo todavía estaba fuera de este mundo.

Roger Reveille anunció en abril su visita a Friburgo. Tenía cosas que hacer en la cercana Colmar y, tal como yo le recordaba de nuestros días en Berlín, seguía igual de afable e imaginativo. Se desconcertó un poco cuando, a raíz de una observación casual, llegamos a hablar del comportamiento de los franceses como fuerza de ocupación, y añadió algunos ejemplos de la agresiva arrogancia de sus compatriotas. A mediodía me invitó a comer en el casino, que estaba reservado a franceses eminentes, y luego regresamos a casa a tomar café. Allí le enseñé el volumen de los poemas manuscritos encuadernado en cuero que yo había traído de mi cautiverio. Roger me comentó que le gustaría mucho tener una copia, y yo le contesté que, como podía comprender, sólo existía un ejemplar. Eso no le importaba, añadió riéndose, pero yo me mantuve firme: «Por desgracia, no hay nada que hacer. ¡Es mi recuerdo más importante!».

A la hora de marcharse, cogió el volumen y lo metió en su cartera como si tal cosa. «¡Hey, hey, Roger!», le grité, eso no es así. Teníamos que haber hablado del tema de manera civilizada. No se tenía que comportar como un oficial de la ocupación; yo no podía prestar el libro, mi corazón y mis recuerdos estaban en él. Pero él hizo como si no me oyera y siguió andando hacia su coche. «¡Roger! —repetí bien fuerte—. ¡Por favor, deje aquí el libro! ¡También es un trofeo! ¡Se lo puedo explicar!». Pero Roger hacía como si estuviera muy ocupado. *¡Pardon! —dijo desde la puerta de su coche, y palmoteó la cartera con la mano extendida—*. Desde el primer momento he querido tenerlo. Y ahora mucho más. No le des tanta importancia. ¡Un pequeño desagravio!». Antes de que arrancara me fui a casa muy enfadado. Más tarde, Roger me escribió una carta agradeciéndome la cariñosa acogida que le había dispensado y que nunca olvidaría. Tampoco llegué a contestar nunca una segunda carta que me mandó unas semanas después.

Muy pronto pude volver a dedicarme de nuevo a mis aficiones, que había tenido abandonadas durante tanto tiempo. En el primer concierto para el que pude conseguir entrada, Wilhelm Backhaus interpretaba el quinto concierto para piano de Beethoven. Empecé a hablar con otro espectador, que consideraba el *pathos* del compositor profundamente francés, a lo que yo le repliqué que la metafísica de Beethoven, en

cambio, era incorregiblemente alemana. El vecino comentó que ya no se hablaría de una manera tan «nacional»; al menos no durante una generación entera. Después se desarrolló una discusión, en el curso de la cual me enteré de que mi oponente daba clases en la Universidad de Tubinga. El intercambio de palabras terminó con mi pregunta de si acaso ya no se podía considerar a Beethoven como alemán. Comentó que eso era indiscutible, pero que era mejor dejarlo estar. «Nuestra tierra —concluyó— actualmente no está *à la mode*». El se preguntaba si yo todavía no me había dado cuenta de eso.

Con Fritz Werner, director de la librería universitaria del Museo Agustino, entablé una amistosa y duradera relación. Esa presencia callada y con gafas delataba sin ninguna duda a una persona que amaba apasionadamente la literatura; él mismo parecía incluso una figura salida del gabinete humorístico de Thomas Mann, aunque otro amigo opinaba que más bien parecía proceder de la galería de Carl Spitzweg. Era delgado y llevaba el pelo cuidadosamente peinado sobre su calva cabeza, bordeada por unos cuantos rizos rebeldes. Su gran pasión era Gottfried Benn, y ya la tercera o cuarta vez que acudí a visitarle me llevó a su despacho, donde, entre montañas de libros, me enseñó algunos poemas como «La novia de negro», «Jena» o «Más oscuridad ya no es posible» y me hizo entender el inequívoco «tono berlinés» del poeta. Gottfried Benn me enseñó una arrogancia que nunca había oído en la escritura en verso, además de expresiones como «congestión de la sangre», «incendio de retama», «tierras de miel» u «onda de alhelí». Ante mí se abría una parcela lírica totalmente nueva y, cuando Werner se dio cuenta de mi conmoción por Benn, me preparó un rinconcito para que me sentara a leer los ensayos del poeta, bastante problemáticos y con frecuencia arrebatados por su propio brillo. Pero no los prestaba: demasiado valioso, me aseguró; para él, Benn figuraba en lo más alto, pues por todas partes amenaza el sufrimiento.

En lugar de eso me ofreció algunos títulos de su «arcón secreto»: yo tenía que conocer *Grosstyrann* de Werner Bergengruen, así como todo lo de Stefan Andres. También apareció una obra de Knut Hamsun, a quien hace tres años aplaudíamos, como observó maliciosamente, y en ese momento estaba prohibido. Pero se acordaría de mí, añadió, y de las primeras ediciones de periódicos de Ernst Rowohlt recibí *Adiós a las armas* de Hemingway, así como *El palacio de Gripsholm*, de Kurt Tucholsky, este último como «prueba de amistad». «Nadie recibe más de una edición», me dijo, y yo era la excepción. A pesar de todo, desde entonces le di la lata, como todavía me reprochó años más tarde, con el ruego de que me consiguiera alguna gran obra americana o francesa encuadernada en tela. Suspirando, Werner tomó nota, y para empezar me llevó a un círculo de jóvenes poetas fundado por Claus Bremer y Rainer Maria Gerhardt, que se reunía una vez al mes en una tienda de la plaza de la catedral.

Una vez recité dos poemas delante de las pocas personas que nos reuníamos en las veladas de la tienda. Los dos se han perdido, pero de uno de ellos recuerdo el

irónico verso final, según el cual un enamorado se rompe el cuello ante el primer abrazo con un ramo de flores.

Por esas mismas fechas aprobé el bachillerato y, gracias a la Paukschule berlinese, obtuve buenas notas en latín y griego, al igual que en historia y alemán, de manera que conseguí sin dificultad la nota media necesaria entonces para acceder a la universidad. Diez días después, Winfried y yo emprendimos viaje hacia la familia, a Berlín, gracias a una autorización americana especial para perseguidos políticos, entre los cuales también se contaban los reclutados a la fuerza.

Interrumpí el viaje en Mannheim para volver a ver a mi compañero de fuga Wolfgang Münkler, mientras que Winfried continuaba hasta Fráncfort. Estaba con mi amigo intercambiando recuerdos, pasada ya la medianoche, en medio de la ciudad hecha escombros, cuando de repente escuchamos como si alguien tirara piedrecitas contra el cristal de la ventana al tiempo que gritaba algo. Era una voz femenina, en un alemán con acento gutural. Wolfgang me miró indeciso. «¿Abrimos? —preguntó—. ¿De noche?». Yo le repuse que éramos dos y que apenas teníamos nada que temer. Bajó las escaleras con precaución, yo le seguía a cierta distancia. Después escuché un chillido seguido de un largo silencio. Yo seguí bajando con algo de recelo y lo que vi fue a una pareja en la puerta abrazándose apasionadamente. Poco después Wolfgang me presentó a Archivolde, la joven holandesa sobre la que hablaba continuamente cuando estábamos metidos en el cajón para fugarnos. Era la primera vez que se veían desde hacía unos dos años, y Wolfgang comentó como señal de buen augurio la coincidencia de nuestro reencuentro con el de su gran amor. Ahora se iban a poder superar todas las dificultades.

Me reencontré con Winfried en Fráncfort. Nos subimos a un avión de transporte en el que había dos plazas, y, por primera vez, la imagen de la que yo apenas había percibido algo durante mi etapa en prisión tomó cuerpo de manera más clara: ese nuevo mundo fortalecido que se nos brindaba. Los auxiliares de vuelo que nos guiaron mostraban la elegancia relamida de los soldados americanos, y las impecables azafatas que nos indicaron nuestros sitios y nos sirvieron las bebidas pusieron de manifiesto no sólo que se había ganado en amabilidad, sino que cada detalle, desde el rubio pelo ondulado hasta la sonrisa cautivadora, era una cuestión de habilidad.

En el aeropuerto de Tempelhof nos esperaban «con todos los honores». Había acudido la familia al completo, y se produjo un entusiástico recibimiento con muchos «¡Holas!», abrazos y lágrimas. Junto a mis padres y mis hermanas habían acudido unos diez amigos: Hausdorf y la familia Ernst, Wigbert Gans y su madre, Paul Mielitz, así como algunos amigos de Winfried, y también la tía Dolly con un atuendo que había perdido el esplendor que solía mostrar en otros tiempos. Propuse que entráramos en uno de los locales de Aschinger que había por allí, donde yo, con mucho gusto, me comería una salchicha de bienvenida, siempre que mostrara indicios suficientes de que estaba hecha de carne. Dos de los que habían acudido a recibirnos

lo habían hecho en coche; Wigbert Gans, su madre y, sobre todo, los amigos de Winfried habían ido en bicicleta, y así, después de tantos años recordando el divertido ir y venir de Aschinger, pensé en la historia que Fritz Kortner había contado cuando estuvimos con Walter Hirsch: cómo un taxista le había reconocido en el Tempelhof durante su primera visita a Berlín después de la guerra y le había saludado llamándole por su nombre y quitándose la gorra. El visitante le preguntó qué tal había ido en los años precedentes, a lo que el conductor respondió señalando las ruinas de alrededor: «Bueno, sepa usted, estimado señor, que no se ha perdido nada». Kortner había añadido que una frase de este tipo sólo podía decirse en Berlín y que por un momento le había hecho olvidar el repugnante nazismo y había hecho más fácil la vuelta a casa.

El aspecto de Berlín era desalentador. Yo había pasado por Fráncfort, Colonia, Düsseldorf y otras ciudades de la cuenca del Ruhr, pero ninguna como Berlín. Ya cuando el avión sobrevolaba la ciudad y se aproximaba al Tempelhof, lo único que se veían eran ruinas parduzcas que se extendían por todo el horizonte. Distinguí el eje Este-Oeste, con el parque zoológico, y era una completa desolación. Reconocí el entorno de la plaza Nollendorf y el barrio del centro de la ciudad, pero por todas partes se levantaban montones de escombros junto a fantasmagóricas fachadas vacías. En el barrio donde antes se reconocían las iglesias, los comercios o los edificios públicos, ahora solamente habían quedado en pie los letreros; con frecuencia andabas durante minutos enteros junto a montañas de cascotes tan altas como casas, y te preguntabas cómo podía vivir la gente en ese erial. No obstante, reinaba una animada actividad, todos tenían ocupaciones urgentes, la mayoría de ellos con ropa andrajosa pegada al cuerpo, y, extrañamente, los transeúntes enflaquecidos por el hambre aparecían muchas veces manchados por el hollín, con una especie de sucia palidez esperpéntica en los rostros.

Entre las curiosidades de las primeras impresiones que recibíamos hay que mencionar la extraña música que sonaba por todas partes: *boggie-woogie*, Glenn Miller, y, entremedias, notas de clarinete. En el Hasenheide, en la Schlosstrasse cerca de la plaza de Innsbruck, y en muchos otros puntos había salas de baile con grupos de música ligera americana que retumbaba por la calzada. *Don't fence me in*, *Sentimental journey* o *I'm beginning to see the light* eran melodías que muy pronto no conseguiría quitarme de la cabeza. Pero también la AFN y las emisoras alemanas adoptaron esa música que cada vez tenía más aceptación y que se silbaba en los autobuses y los tranvías. En cada cervecería había máquinas de discos, Coca-Cola, Nescafé y tabletas de chocolate Hershey. Era el choque de un mundo extremadamente joven, desaliñado, complaciente, con una cultura de caras pálidas y cabezas con pelos de hambre. No cabe imaginar un mayor contraste con Friburgo y, a pesar de encontrarme en Berlín, que era mi patria chica, algunas veces me sentía como en otro planeta.

Cuando se despidieron los amigos, subimos al tercer piso de nuestra vivienda en Neukölln; mi madre estaba orgullosa de lo amplias que parecían las habitaciones. Yo,

sin embargo, estaba estupefacto. Pues allí había un sofá descolorido, un mueble alto y estrecho muy deteriorado, una mesa y seis sillas conseguidas en el mercado negro. Al lado había una cama de matrimonio. La cocina se había venido abajo, pero mi madre había conseguido lustrarla un poco, y cerca veía yo dos camas de hierro para mis hermanas. «Katlowski estaba mejor instalado», comenté, y mi padre replicó: «Con los trabajadores todo es siempre *picobello*. Pero mira cómo están hoy el SO 36 o Lichtenberg. Un montón de escombros».

La presión para guardar silencio, que durante tantos años nos había agobiado, se disolvió por fin y estalló un ir y venir de conversaciones entrecruzadas. Mis hermanas hablaron de la toma de Karlshorst, de cuando las chicas se escondieron en la torre de la iglesia y del desalojo posterior, y Hannih contó cómo la pequeña Christa, a pesar de contar sólo trece años, no había vacilado ni un momento en sacrificar, durante el asedio ruso, a las dos gallinas supervivientes y a su mimado conejito favorito *Lippenfromm*, aunque lo hizo con lágrimas en los ojos.

Posiblemente para desviar la atención, Christa habló sobre los molestos detalles de la expulsión, pero añadió que nuestra delicada madre, durante el año y medio en que nuestro padre había estado ausente, se había descubierto como una persona fuerte y había dejado totalmente de lado la afabilidad y mansedumbre de Liebenthal. Sin muchos cumplidos, había ejercido el mando entre los habitantes de la casa, había dado las órdenes necesarias, negociado con obstinación en el mercado negro y había viajado a los alrededores montada en los techos de los trenes locales para hacerse con un puñado de patatas, un repollo o una bolsa de rugosas manzanas de invierno. En un momento dado, Christa la llamó «la mujer fuerte de la Biblia», pero nuestra madre lo rechazó enojada diciendo que esa expresión no cuadraba con ella: «Y sobre todo, no lo digáis en mi presencia», para añadir más tarde: «Todavía preferiría sentarme al piano, a pesar de lo torpe que estoy por la edad».

Pero cuando poco después, y de manera inevitable, salió el nombre de mi hermano mayor, un gesto involuntario sacudió su cara. Nosotros intentamos encontrar un tema inocente de conversación, pero ella, después de moverse inquieta en su silla, se levantó y abandonó la habitación. Luego regresó y preguntó si, a pesar de haber estado en Aschinger, queríamos comer por segunda vez.

El estado de mi padre me pareció mucho más alarmante. Apenas se le podía reconocer: se había convertido de golpe en un hombre menudo y enjuto de pelo gris. La mayor parte del tiempo simplemente estaba allí, con los ojos hundidos, cuando antes era siempre él quien marcaba la pauta. Después de reiteradas preguntas, al final empezaba a hablar, como si tuviera que rebuscar entre sus recuerdos, de la lluvia de granadas que había caído sobre Königsberg en los últimos días, de los lanzallamas y del espantoso olor a cadáveres que desprendían las ruinas, que le había echado a perder su sentido del olfato. El 8 o el 9 de abril, poco antes de que cesaran los combates, al pequeño grupo de defensores al que pertenecía mi padre le salieron al encuentro un par de paisanos, que llevaban una bandera blanca y armas recogidas, y

que intentaron que cumplieran con su obligación de rendirse. Pero la aceptación de la rendición era tan letal como el combate contra los rusos. Al final, consiguieron que el grupo de la bandera blanca entrara en razón, y se habían escondido todos juntos. «Bah, y después van y me cogen prisionero», apostilló, para por fin sumirse otra vez en el silencio.

Cuando terminamos de cenar y mi padre se retiró, nos preguntamos si los comentarios agudos que antes emitía con tanta convicción se habían debilitado tanto como nos había parecido percibir, o si la impresión de fatiga que nos había transmitido su relato se debía, más bien, al tono apagado de su voz, que parecía salir del fondo del sillón. A lo largo de la noche se lamentó una vez por la pérdida de su biblioteca, sobre todo de la edición de Goethe que había comprado con su primer sueldo, de Shakespeare y de algunas otras obras como las de Hin tze, las de Kugler con sus inolvidables dibujos de Menzel, o la voluminosa edición de Górrés. Estas pérdidas le afectaron mucho más que el abandono de la casa con todo lo que contenía, del jardín y de los amigos respectivos que quedaban por allí. Pero incluso esto lo contaba con indiferencia. Mi madre comentó que nuestro padre no había recuperado todavía el último tercio de su peso y de su fuerza; teníamos que tener paciencia.

A lo largo de los días siguientes salieron temas que habían pasado desapercibidos durante el caluroso recibimiento. En algunos momentos mi padre llegó a dejar vislumbrar un poco su antiguo temperamento, e incluso volvió a surgir su ácido humor: «Nos han quitado la casa de Karlshorst — dijo un día —, a pesar de que no teníamos cadáveres en el sótano». Y después de una breve pausa añadió: «Hoy los producirán los rusos y nos los apuntarán en la cuenta». Cambiando de tema, señaló que ahora el país estaba lleno de gente que siempre había estado «en contra». Pero él no quería contarse entre ellos. El coraje no daba para mucho con una mujer y cinco hijos. A excepción de alguna ayuda mínima, él no había podido emprender trabajo alguno, lo más importante para él había sido mantener apartados de la infección totalitaria a su familia y a algún que otro amigo. Ocurre como con determinadas enfermedades, continuó, que primero tienes que infectarte para terminar muriendo. Con los nazis había bastado la idea de entreguismo, y ya estaba uno perdido.

En otro momento habló de la equivocación principal en que habían incurrido sus amigos y él, al haber creído sin reservas en la razón, en Goethe, Kant, Mozart y en toda la tradición que venía de entonces. Hasta 1932 habían confiado en que un pandillero como Hitler nunca alcanzaría el poder en Alemania. Pero se ve que no tenían ni idea. Entre sus experiencias más estremecedoras se contaba la de que era imprevisible cómo se podría comportar un vecino, un colega o incluso un amigo a la hora de tomar decisiones morales. Todavía hoy no tenía la respuesta.

También pertenecía a una cámara de desnacificación, aunque cada vez que se celebraba una reunión volvía a casa muy desanimado. Muy pronto empezó a hablar de ella como de una «cámara de fanfarrones»; toda la «tribunalización» de la época

de Hitler le parecía sumamente cuestionable, aunque justificaba por completo el proceso de Núremberg por crímenes de guerra. Y las primeras bromas que le oímos, aunque con muy poca gracia, se referían a las 131 preguntas del interrogatorio americano. Por este motivo no se consideraba competente, tal como requería uno de los casos que se habían tratado durante los últimos días, para sentenciar como «comprometido» a un padre de familia con tres niños que, a finales de los años treinta, había sido nombrado jefe de una agrupación local. «¡Espantoso!», añadió. Winfried le comentó que él, con cinco hijos, no había colaborado, pero él replicó: «A pesar de todo, ¡espantoso!». Seguirnos hablando durante largo tiempo, y he olvidado los detalles, pero en la memoria se me ha quedado una frase que venía a decir que la vida tiene razones que ningún tribunal del mundo comprende.

Yo le animaba a que nos contara algunos episodios de todo lo que había vivido, pero él rehusó la propuesta con una firmeza cercana al enojo. El no era un pedestal sobre el que se apoyaran los escritores de memorias. Deberíamos saber lo que tienes que contar, le insistí; en el mejor de los casos, la familia sólo conocía algunos fragmentos, y la mayoría guardaba silencio; sus motivos tendrían. «Si tú no hablas — me apoyó Winfried—, muchas cosas no saldrán a la luz».

Mi padre permaneció un rato pensando, y finalmente dijo que ya estaba bien. «Todos guardamos silencio. Por vergüenza, miedo angustia. Yo también lo hago. ¡No tiene sentido hablar!». Cuando oía a otra persona hablar sobre el tiempo pasado y las experiencias vividas solía pensar que los nazis debían haber eliminado también el sentimiento de pudor. «Quizá necesitáis tiempo para comprenderlo», apostillaba. De todas formas, él quedaría mal sobre el puesto elevado en el que le colocaría inevitablemente el relato de su vida: «Yo no pertenezco a él. Tomadlo como queráis».

Y poco más. Atropelladamente, con pausas, pero ni la más mínima inseguridad. Hacia el final de mi estancia con ellos le pregunté si había sufrido alguna otra arremetida estéril después de su extraño arranque de cólera durante la visita de mis amigos del colegio; durante un paseo por la Wuhlheide había hecho insinuaciones sobre delitos cuyo conocimiento me perjudicaría sin necesidad. Le pregunté si fue entonces cuando se enteró por primera vez de los crímenes masivos que estaban ocurriendo en el Este y que poco tiempo antes no creía que Hitler y sus secuaces pudieran cometer. No le conté que yo estaba al corriente de todo desde la primavera de 1944 a través de Wittenbrink y algunos otros. Mi padre se quedó un rato como ensimismado: «¡No fue la primera vez! —dijo después—. Había rumores, y una emisión de la BBC habló de ello. Espantado ante estos indicios, a comienzos de 1943 me puse a buscar pruebas concluyentes durante casi tres meses, hasta que tuve la certeza: ¡asesinaban como posesos!». Al cabo de un rato continuó: «¡Ni entonces quise ni ahora quiero hablar sobre ello! Cuando lo recuerdo, siempre pienso que, a pesar de todo lo que sabía, nunca pude hacer ni lo más mínimo. ¡No quiero hablar de ello! Espero que lo entiendas». Y terminó: «En casa de los verdugos se sabe guardar silencio. ¡Tampoco se habla delante de fosas comunes!».

El día que Winfried y yo nos marchábamos, mi padre aprovechó un rato de silencio para decirnos que quería que nunca más le preguntáramos por los años del nazismo y lo que había pasado entonces. Tampoco quería que le preguntáramos por sus recuerdos. De alguna manera, eso servía para darse importancia, y eso no iba con él. Al final, fue Winfried quien, con su estilo a veces un tanto descarnado, redujo la creciente tensión diciendo que a un puesto tan alto se llegaba inevitablemente «como un héroe o como un villano». En su empeño por infravalorar su conducta y su actitud, mi padre comentó que, durante los años de Hitler, había pensado a menudo que estaba encarnando la situación original de Prusia: solo, rodeado de enemigos y sin aliado alguno por ninguna parte. Así había visto él el mundo, y no podía abandonar ese punto de vista sólo porque las circunstancias precisamente fueran favorables.

A veces, nuestro vecino el señor Gravenholt, que irradiaba una vitalidad inquebrantable, al igual que su no menos enérgica mujer, llegaba de repente, se sentaba en el sillón sin ser invitado, y, en medio de la abatida conversación, espetaba: «Qué, ¿otra vez con el fin del mundo?». Las ruinas de ayer no le suponían una sobrecarga especial. «¡Todos sin excepción hemos nacido con buena estrella! —decía intentando darnos ánimos—. Y nos encontramos ante un progreso fantástico. Los escombros son nuestra promesa más bonita. Ante ello, sólo cabe una cosa: ¡Fuera con todo lo que uno tiene!». Yo pensé en Reinhold Buck, en Helmut Weidner y en todos los demás. La guerra que habíamos vivido es la que nos había convertido en personas afortunadas. Y Gravenholt opinaba que a los que habíamos sobrevivido a los tiempos pasados no nos detendría nada, los buenos espíritus estaban de nuestra parte. Se recostó en su sillón suspirando, se pasó un pañuelo por la cara y resopló: «No se lo creerán, pero el mercado negro requiere un hombre íntegro». Sacó un salami de su cartera y pidió un cuchillo y una jarra de cerveza. «No de las finas», facilitó él mismo. «A partir de pasado mañana todo empezará a ir bien. Yo ya estoy un poco en el camino. ¡Salud!».

Durante mi estancia en Berlín, mi padre se encontró un día, en una calle cerca del Tempelhofer Damm, con el señor Fengler, ese vigilante del bloque que había hecho de «inspector único» de la Hentigstrasse y que a mi madre le había supuesto dos pecados mortales, como ella decía entonces. Mi padre le paró en la acera donde no tenía escapatoria, y le espetó que nadie más que él había podido avisarle de las visitas de la Gestapo y apagar los ecos de su acceso de cólera contra los «granujas de las Juventudes Hitlerianas». Asimismo, que su negativa a participar en la construcción de barreras antitanque no había llegado a los mandos del distrito militar debido a la intervención de Fengler, pues todo el mundo sabía que el partido haría un «proceso corto» a quien se negara a cumplir un servicio. Y le dio las gracias por ello.

Fengler lo negó todo: él no era un traidor, y había jurado lealtad al Führer. Una persona íntegra como él no podía ir haciendo esas cosas. Cualquiera que tuviese ojos en la cara reconocería de un vistazo que el país que el Führer había levantado y que él mismo había puesto en el punto de atención de todo el mundo ahora era sólo una

montaña de escombros. ¿Y mi padre intentaba acusarle ahora precisamente a él de complicidad en este fracaso? «¡Ni pensarlo!».

Mi padre dijo que se había percatado de la intención de Fengler de arrastrarle a una discusión política, pero que él no se había prestado a ello. No quería más historias inútiles, le había dicho a Fengler, lo único que deseaba era una respuesta para una sencilla pregunta, que además le honraba. Después de un largo tira y afloja, Fengler reconoció que había sido él quien le había llamado. Cuando mi padre quiso saber por qué lo había hecho, respondió: «Quizá porque era lo conveniente». A continuación mi padre le preguntó por qué entonces le costaba tanto hacer una confesión así, a lo que el otro respondió que él no era un canalla. Y al indicarle que él no había estado sólo al servicio de una idea, sino también de las personas, Fengler comentó que posiblemente eso era lo que le había hecho ser débil. Pero su comportamiento había sido imperdonable, y todavía iba a tener que cargar muchos años con el peso de su felonía. «Por lo menos, no se ha hecho pasar por opositor a Hitler —concluyó mi padre—, ni me ha pedido un certificado de no objeción».

Entre los recuerdos que guardo de Berlín está un encuentro con Jean-Paul Sartre, que en el momento de las presentaciones comentó que se alegraba de haber llegado a la ciudad sin ser reconocido. Fue en una de las llamadas pequeñas veladas, con unas treinta personas, en una vivienda de Charlottenburg. Un profesor de francés me había invitado y me había comentado que el autor había venido para preparar la representación de *Las moscas*, que se produciría durante la visita programada para el año siguiente. Sartre fue uno de los primeros en tomar posiciones respecto a la cuestión alemana: el punto de partida era el problema de la culpa colectiva y la orfandad, en la que tanto los unos como los otros estarían desnudos ante los poderosos. Pero, en su papel de «gran visir», como le llamaba yo por entonces, habló también sobre Alemania, Francia, Europa y el despertar de la libertad. Todo lo que expuso me pareció extrañamente acertado y, a pesar de todo, desorganizado, a veces incluso absurdo, pero en general relacionado con nuestro estado de ánimo. Todo el mundo estaba impresionado.

De Sartre aprendí que una cierta exaltación puede resultar absolutamente fascinante, una apreciación que cambió a medida que empecé a verle de una manera más serena y conforme al espíritu dominante en esa época. Esto comenzó durante su polémica con Camus y mucho antes de que visitara a Andreas Baader en Stammheim. Por entonces había comentado a la gente de su entorno: «¡Vaya hijo de puta!». Pero después había desconcertado a la opinión pública con la denuncia de las condiciones de su encarcelación. Durante una de las veladas en Charlottenburg, uno de los asistentes planteó una pregunta sobre el futuro de la libertad. Sartre se puso a hablar sobre las nuevas modalidades artísticas, la novela americana, Dos Passos, el jazz y el cine contemporáneo. Uno de los invitados interpretó con sus palabras nuestras impresiones: él veía al poeta como un campesino sudamericano que se preparaba el terreno con el machete entre la espesura de los desconcertantes fenómenos que se

estaban produciendo. Yo añadí que lo que encontramos parece no tener ningún sentido. «Sí, sí», comentó el otro, pero los papagayos que están encima de las ramas muestran los más bonitos colores de sus alas cuando emprenden el vuelo. «Sólo que Sartre se ve no como un papagayo, sino como un profeta», apuntó un tercero.

Durante estos días vino a visitarnos la tía Dolly. El paso de los años había deslucido su elegancia, y tampoco su humor era el mejor, como si quisiera ir acompasado con su aspecto. Cuando le pregunté si le gustaría que fuéramos a la ópera, como antiguamente, me respondió: «¡Si encuentras algo!», y me enredó en una discusión sobre la ópera berlinesa venida a menos. La conclusión que saqué fue que no se trataba de la ópera, la vestimenta o algo parecido. Ella no podía olvidar el desencanto de su vida. Hannih y Christa me contaron más tarde que se había vuelto mucho más amargada y que recientemente había apuntado que jamás perdonaría a la vida lo que le había hecho.

Tía Dolly tomaba sorbitos de su taza de té muy desanimada cuando llamaron a la puerta. Se trataba de un desconocido que, después de una detallada presentación, le entregó a mi madre un paquete pobremente envuelto. «Esto es para usted, estimada señora —dijo—, o mejor, para su esposo, que, según he oído, aún vive». El recién llegado siguió contando que había encontrado el paquete en una montaña de desperdicios en la Wuhlheide y como, al menos en los libros, había podido leer el nombre del dueño, después de diversas gestiones había conseguido encontrar nuestra dirección. Mi madre le invitó a sentarse y abrió el paquete delante de todos. Lo primero que apareció fue el registro de la gran edición de Goethe, a continuación, una obra de Jean Paul y otra de Emil Julius Gumbel, a quien la inquisición había señalado como traidor. Y también había un libro de formato más pequeño sobre un viaje por Italia con el título, que no he olvidado, de *Arkadien liegt am Arno. Eine Reise nach Florenz* (La Arcadia está junto al Arno. Un viaje a Florencia).

La alegría del primer momento se vio turbada por una profunda desilusión. Los libros estaban totalmente mohosos y la encuadernación deshecha, por lo que faltaban pliegos enteros. Incluso las partes mejor conservadas se habían visto afectadas por la acción del viento y el clima, las páginas estaban pegadas entre sí y apenas se podían leer. Mi padre, que ya se había unido a nosotros, tenía lágrimas en los ojos, como más tarde comprobamos casi asustados, y al día siguiente fue al lugar del hallazgo en la Wuhlheide, pero no encontró más que una masa de pasta de papel. En algún momento desaparecieron también los cuatro volúmenes restituidos. Mi padre comentó que no iba a hacer nada por volver a encontrarlos, ya que le recordaban demasiadas cosas que se habían perdido por culpa de la condenada etapa de Hitler. Todos tuvimos la sospecha de que él mismo se había deshecho de los libros.

Muchas tardes venía a casa Paul Mielitz a tomar el té. Desde hacía bastantes años, incluso en la época del Reichsbanner, se había mostrado como un amigo de los de verdad. Una de esas tardes estábamos hablando precisamente sobre el sencillo libro de Italia que había aparecido, y mi padre se lamentó de no haber podido ir más que

tres veces a ese país: siempre por los eternos problemas de dinero, dijo. Pero quizá también porque su simpatía por el «país de los limones» siempre había estado ligada para él con «huida y diversión», nada de formalidad como Inglaterra, donde próximamente se proclamarían en Wilton Park las razones filosóficas y prácticas para la constitución democrática. Para él Italia era como un capricho, el capricho más amado del mundo, pero para los prusianos, y al fin y al cabo él era uno de ellos, todos los caprichos rayaban en lo prohibido; a veces incluso lo sobrepasaban. «Un encanto único —se dirigió al invitado—, pero ¿qué sabe de eso un sindicalista? Aunque no sé si hoy en día en Italia, después de Mussolini, vuelven a tener sindicatos».

Se notaba que Mielitz escuchaba con impaciencia los caprichos italianos de mi padre. Después exclamó: «¡Gran novedad! ¡Inaudito! ¡No os lo vais a creer! —y así más veces—. ¡Sensacional! Me han concedido una casa en Lichterfelde. ¡Qué diablo! ¡Una verdadera villa por mi casita perdida! Imaginaos: una villa en el selecto Lichterfelde. Mami siempre había dicho: este Paul nunca llegará a nada siendo socialista; pero me alegro de contradecirla. ¡Ahora ella ya no puede verlo!».

Mi padre estrechó la mano a su amigo y le dijo algo así como «¡Suerte! ¡El equipo ascendente llega!».

Nosotros asentimos. Luego estuvimos un rato hablando del anterior propietario, que había subido con una notable falta de escrúpulos la escala del funcionariado del NSDAP. Aunque hablamos mucho más sobre los planes para la fiesta de inauguración, la lista de invitados, la fecha apropiada, el mobiliario, las bebidas y de lo poco correcto que resultaba que unos simples berlineses un tanto andrajosos pudieran hacer los honores a las medianoches y a las rosquillas. Después, Mielitz se volvió a su pequeña vivienda de Kreuzberg.

Apenas había salido por la puerta empezó el parloteo. Hablamos de restituciones legítimas, de la legitimidad, nos imaginamos una serie de habitaciones y el jardín que volveríamos a tener dentro de poco. «Pero, por favor, sin arbustos frutales. Desgarran los vestidos y los brazos», dijo Hannih algo acalorada, y Christa comentó que en Lichterfelde sólo se permitían jardines de recreo y que ella, además, prefería una piscina. Mientras duró ese girigay, del que mi madre se mantuvo, aprensiva, al margen, mi padre permaneció con semblante reservado y sin decir una palabra. En un momento de pausa, noté en su frente profundas arrugas de enojo.

«¿Acaso he caído en una panda de locos? —surgió de su interior—. ¿Estáis en vuestro sano juicio? ¿De verdad queréis que deje que me paguen por mis decisiones políticas? En ese caso, habría sido mejor haberme afiliado al partido y haber hecho carrera. Una villa en el "selecto Lichterfelde", dice Paul. En Zehlendorf y en Grunewald las hay más selectas. Pero un luchador de clases no hace eso. ¡Y listas de invitados con medianoches! ¡Santo cielo! ¡Y nada de frutales! Antes me he preguntado si había caído en una panda de locos. Ahora lo tengo claro: ¡estoy justamente en medio de ellos!».

Tosió ligeramente un par de veces mientras nosotros, confundidos, guardamos silencio. «¡Y ni una palabra más sobre el tema, al menos en mi presencia!».

Apartó la silla y abandonó la habitación.

Allí nos quedamos todos, perplejos. Me parecía que algunas de sus furibundas objeciones eran justas, pero fue el sensato Winfried quien empezó a hablar: «¡Tiene toda la razón! Nos hemos querido apoderar de su vida. Todo lo que hemos dicho ha tenido que sonarle como un agravio. Nos hemos comportado como bellacos. Y a no mucho tardar nos van a seguir otros y van a hacer su agosto con la época de Hitler. Ya los veo venir...». Y continuó hablando de manera tan convincente que todos asentimos. La última palabra la dijo mi madre al poco de irse mi padre: «Después de este incidente, ya habéis podido comprobar que sigue teniendo su genio. Las tribulaciones volverán. Estoy segura. ¡Pero también su temperamento! Tenemos que tener paciencia». Nunca más se volvió a hablar de una villa en Lichterfelde o en cualquier otro lugar.

A través de mi madre supe que, cuando en 1946 designaron a mi padre inspector de enseñanza, se atormentó con la idea de si debía aceptar la candidatura de diputado que le ofrecían desde distintos sitios. Al final se decidió por una «marcha de entrenamiento», como decía él, en la junta de distrito de Neukölln y, si su salud lo resistía, al año siguiente entraría a formar parte de la candidatura para la Cámara de Diputados. Al mismo tiempo asumió la presidencia de la asociación para la colaboración judeocristiana «en memoria de mis buenos amigos el doctor Meyer, el doctor Goldschmidt y los Rosenthal. Tampoco hay que olvidar —añadió una vez— al "pobre" Sally Jallowitz». La última vez que estuvo de visita en Karlshorst, a comienzos de 1943, Jallowitz había rechazado la propuesta de mi padre de que viviera escondido con estas palabras: «Estimado señor, ¡a mí no me matarán!». Tiempo después mi padre comprobó, con alegría pero también con profunda tristeza, que su nombre aparecía en una lápida conmemorativa en Israel.

La lista de personajes que la casualidad me puso en el camino en las pocas semanas que duró mi estancia en Berlín se puede ampliar tanto como se quiera. En ella no puede faltar Peter Schulz, que ese semestre acudía a la Universidad Humboldt a un curso de Derecho y que vivía realquilado en el piso de encima de nosotros. Era sagaz y, dentro del estilo jurista, indiferente pero al mismo tiempo cínico. En las conversaciones con él, las circunstancias nos llevaban a confrontar los sistemas políticos, y él hablaba con frecuencia de su disposición a marchar «al Este».

Peter Schulz tenía puestas grandes expectativas en el comunismo, y mantenía la opinión de que el Occidente capitalista sólo podía proporcionar una bonita imagen engañosa. «¡Para eso tienen sus especialistas!», repetía con frecuencia. En cualquier caso, el futuro pertenece al Este: «¡Por allí sale el sol!». En seis u ocho años, a más tardar, el socialismo estaría a la vanguardia. «¿Y la libertad?», le pregunté. «¡Ésa viene después!», respondió. La libertad es una consecuencia del bienestar, no una condición para éste. Eso son «rumores incontrolables de los capitalistas».

Pasábamos noches enteras discutiendo sobre estas cuestiones, y con Peter Schulz me di cuenta por primera vez de que personas testarudas y normales, que en la vida corriente no pasan de decir tópicos, pasan a manifestar tonterías fantasiosas en cuanto

se llega a los asuntos políticos. Precisamente los pueblerinos más incultos eran, también en Occidente, los más fáciles de ganar para cualquier locura.

Peter Schulz hizo un gesto desdeñoso cuando le pregunté cómo se comportaría en caso de que las cosas no salieran como él calculaba. Muy sencillo, replicó. Si se quedaba en Berlín Oeste y los rusos ocupaban la ciudad, le enviarían a una mina: «¡Punto final! ¡Luces fuera!». Y si se iba al Este y el Oeste asumía el poder, lo único que tendría que hacer es asistir a un curso de «reeducación», o quizá a dos. De ahí saldría con la patente de demócrata. Y después de reflexionar un poco apuntó:

«Esto no es una mamarrachada que me permito. Aunque lo haya aprendido en las Juventudes Hitlerianas. ¿Entiendes?».

«Bueno —me preguntó al poco tiempo cuando le visité para despedirme—, ¿he aprendido mi lección de idiota?». Yo sacudí la cabeza. «¡Solamente lo equivocado!», le repuse. Seguramente Peter Schulz trabajó duro para llegar alto, pero desde finales de 1948, cuando se trasladó a la zona de ocupación soviética, nadie de la familia ni de los amigos ha tenido noticias de él, a pesar de los esfuerzos realizados.

Otra persona que hay que citar dentro de la galería de amistades breves de Berlín es Otto Zarek, que en esas fechas había llegado a Berlín «simplemente para mirar». En los años veinte había recibido el Premio Kleist y ahora quería conocer a algún joven alemán. Llegó hasta mí por mediación de un miembro de la asociación judeocristiana. Quedamos en reunirnos en el restaurante de un club de oficiales francés, que tenía fama de servir una gastronomía de categoría internacional. Zarek venía acompañado de un prometedor autor, William Golding, que más tarde alcanzó fama internacional con *El señor de las moscas* y que llegó a obtener el premio Nobel.

Ambos eran divertidos, ingeniosos e incansables en su malicia hacia sus colegas ingleses, daba igual que hablaran de Shaw, T. S. Eliot o Christopher Fry. Pero lo que más me llamó la atención de Otto Zarek fue que evidentemente se tomaba demasiado al pie de la letra la excentricidad británica. Interrumpía incluso las anécdotas más taimadas con exposiciones detalladas de los mejores restaurantes del mundo, cosa que no pegaba con lo interesante de la conversación. Después de la huida y el terror, ahora buscaba solamente «servicios selectos» y bebía siempre renombrados vinos blancos italianos o un burdeos clásico.

No obstante, en el transcurso de la noche no pude dejar de tener la impresión de que ni los manjares ni el burdeos madurado durante años significaban algo para Otto Zarek. Para mi asombro, engulló a toda prisa los platos del menú según llegaron, y después de mirar el vino con ritual de experto, se lo bebió por copas. Durante este espectáculo de gula estuve pensando que también William Golding se daría cuenta con estupor de que Zarek ya no era capaz de disfrutar de nada. Más bien parecía como si quisiera cerciorarse de que habían pasado los tiempos del espanto. Con el tiempo, cuando llegó al teatro Schiller como director artístico de Boleslaw Barlog, nos convertimos en buenos amigos. Durante los años siguientes me cité dos o tres veces con William Golding, pero nunca llegamos a encontrarnos.

Para cerrar las semanas pasadas en Berlín, y cuando yo ya tenía las maletas hechas, apareció Walter Kühne de su reclusión en Lüneburg. En su momento, había impedido el consejo de guerra contra mí con pretextos que resultaban totalmente evidentes, y ahora quería conocer a mis padres. De ellos había obtenido un informe sobre la muerte de Wolfgang, que me había pasado a mí. Esta vez me traía *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, y mientras le hacía a mi padre un guiño en busca de comprensión, comentó: «Espero que usted lo pueda perdonar y olvidar». Mi padre le contestó con una fatigada sonrisa: «Perdonar sí, pero lo de olvidar lo tengo más difícil». Más allá de sus propios límites, el libro me abrió grandes puertas a la literatura de mediados de siglo. En la época posterior descubrí a Gide, Borchardt, Henry James y hasta a Oswald Spengler, del que me molestaba el tono con el que hablaba como si estuviera en la balastrada del universo, sin ninguna preocupación por el hundimiento. Después, al igual que en los días lejanos, marcharnos hacia Potsdam, nos topamos repetidas veces con la indicación de paso prohibido, hablamos, bebimos jarras de cerveza aguada, más bien por motivos nostálgicos, y corrimos hasta la estación pasando junto a la tumba de Kleist. Por entonces, por primera vez tuve la sensación de que poco a poco la vida regresaba a su cauce habitual.

En la estación de Friburgo me encontré al doctor Kiefer, que estaba consultando los horarios. Había sido mi profesor de alemán durante la época de Friedrichshafen. Seguía siendo corpulento, amable y con chispa. Me contó que todos los miércoles organizaba en su casa de la Jacobystrasse un *Jour fixe* para un grupo de amigos escogidos, y dado que yo había sido uno de sus alumnos preferidos, me invitaba con mucho gusto. Yo tenía noticias de Willibald Knecht, a quien también había mandado una invitación, como me hizo saber dándose un par de palmaditas en el pecho, el hijo del editor, ya sabe. Willibald Knecht ha muerto, interrumpí al doctor Kiefer, pero no se inmutó y siguió hablando de profesores, periodistas y escritores a los que había avisado, e incluso había algún artista. «Bueno, espero que se haga usted una idea. Entonces, ¡hasta el miércoles!». Hacía poco había invitado también al gran Martin Held, me gritó desde la entrada de la estación, donde lo podía escuchar todo el mundo; en breve se le iba a poder ver en Friburgo interpretando un papel protagonista. *El general del diablo*. ¿Había oído hablar yo de esta obra?

De esta manera volví a ver al doctor Kiefer, que había logrado reunir un interesante grupo. Allí se hablaba con gran franqueza sobre todos los asuntos: sobre el prestigio intacto de la universidad de Friburgo, sobre la escena musical de la ciudad con Carl Seeman, Edith Picht o Marga Höffgen, sobre el comportamiento de los franceses durante la ocupación y sobre todo lo que el día diera de sí. Sin embargo, el máximo centro de atención de estas veladas era su hija Juliane, en torno a la cual se apiñaban los docentes y, sobre todo, los profesores entrados en años. Parecía como si acabara de salir de un cuadro de Rafael, y no he olvidado las miradas celosas y de reprimenda que me echaban cuando la guapa Juliane se ponía a mi lado, cosa que ocurría con mucha frecuencia.

Estas veladas también ayudaban a reforzar la impresión de normalidad. Bien mirado, se puede decir que los veinte años que ya había vivido habían transcurrido fuera de lo habitual: bajo la presión que siempre había sobrevolado la casa paterna, en el colegio, en el internado, en la milicia y en prisión. Sin embargo, los hermanos nunca nos quejamos de las dificultades que habíamos padecido durante años; bajo la protección de nuestros padres, más bien las vivíamos como una aventura afortunada y nada arriesgada. ¿Pero era así la vida?

En cuanto a los estudios, me decidí por la carrera de Derecho, en parte para lograr un equilibrio con mi predilección por el Renacimiento. También tenía la impresión de que la visita a Berlín y las conversaciones con mi padre me habían hecho acercarme más a la realidad. «Weimar no ha muerto para los soñadores que huyen del mundo — me dijo una vez—, está en Italia. Allí aprenderás a entender el presente. Pero nunca olvides Berlín». Y más tarde añadió: «Cuanto más te acerques a la realidad política, más cosas tendrás que dejar detrás de ti. ¡También mucho de lo que Wolfgang llamó una vez, y nunca lo he olvidado, tu romántico capricho! La realidad nunca te hará completamente feliz. Pero no hay elección si no queremos volver a naufragar».

Cuando le pregunté por qué no se podía combinar lo uno con lo otro, el Renacimiento con la actualidad política, respondió indulgente que él no se molestaba en explicar lo que se sobrentendía que era el deber de cada ciudadano. No creía que yo estuviera llamado a la política en su sentido más estricto; tenía demasiadas inquietudes intelectuales y era inquisitivo en exceso. Por el contrario, la democracia, entendida como un sistema consciente de su responsabilidad, es un fenómeno sumamente aburrido, ya que los grandes conceptos ya están formulados y nadie tiene posibilidad alguna de ser original. Para eso había que estar predestinado. Y si no, mejor dejarlo estar. Después concluyó: «Te puedes dejar un camino abierto. En vez de Historia Medieval puedes estudiar Derecho. Con esa carrera todo es posible».

Así, por consejo de mi padre y por convencimiento, llegué al Derecho. Algunos amigos me ayudaron a reforzar mi decisión. En las muchas pausas que me dejaban los estudios jurídicos escuché a Gerhard Ritter hablar de Nueva Historia, a Tellenbach sobre la Edad Media, a Hugo Friedrich sobre Montaigne y, algo único, al germanista Walter Rehm una conferencia sobre imágenes del hombre europeo, desde Don Quijote, pasando por Hamlet y Fausto hasta Don Juan. Indiscutiblemente, éste fue el profesor universitario más digno de admiración que yo he conocido. En conjunto, la universidad daba la imagen de una arcadia, pero esta vez también junto al río Dreisam. A todo esto cabe añadir nuevos contactos, asistencia al teatro y a conciertos, las charlas con Marcienne, una encantadora estudiante de intercambio venida de París, y las excursiones en bicicleta por la Selva Negra.

Cada una de estas actividades representaba una faceta distinta de la normalidad tan deseada. Sin embargo, cuanto más te acostumbrabas a la nueva experiencia, más se preparaba ésta para un choque. Encontraba que la vida normal carecía de interés, y buscaba distracciones, pero de todo esto no sacaba ninguna satisfacción especial. Sin

embargo, un día, ya hacia el final de mi estancia en Friburgo, asistí a un concierto de *Metamorfosis*, de Richard Strauss, y durante el pasaje cifrado de la «Heroica» me sentí a gusto y pude comprender al hombre mayor que estaba sentado a mi lado. De repente, se volvió hacia mí con los ojos húmedos y dijo que a partir de ese día no pensaba asistir a ningún otro concierto. ¡Nunca más en su vida! No iba a los auditorios a llorar. ¡Para eso se quedaba en casa! Sobre todo a su edad. No había tardado mucho en empezar a llorar: comenzó con un *adagio*. Y a partir de él, toda la música ejecutada le había hecho perder la serenidad. Me pedía disculpas. Sin embargo, yo conocería estas lágrimas con el paso de los años.

Al día siguiente fui a visitar a Fritz Werner. Le vi radiante detrás de sus gruesas gafas: «¡Por fin! —gritó—. ¡Buenas noticias para usted! Dos libros. Y ahora los títulos: *El ángel que nos mira*, de Thomas Wolfe, y de Hemingway, la novela *Fiesta*. ¡Ambas en tela! ¡Y ahora, alegre esa cara!».

Le di las gracias y acto seguido bajé por la Salzstrasse hacia la antigua Adolf-Hitler-Strasse, que de nuevo se llamaba Kaiser-Joseph-Strasse. Cuando llegué al cruce, pensé que ahora ya todo estaba en su sitio. Vas al librero y compras, sin que te pregunten o sin necesidad de una autorización especial, simplemente pagando unos veinte marcos, dos obras de literatura americana. Sin embargo, la siguiente reflexión fue: ¿Eres libre realmente? Se trataba sencillamente de comprar unos libros. Quizá la normalidad sea la tarea más difícil. Ahora empieza. ¿Lo lograrás? ¿Y cómo lo harás?

CAPÍTULO 11

RECAPITULACIÓN Y ALGUNAS PREMONICIONES

El tiempo pasaba, pero me costaba adaptarme a la normalidad tras mi regreso de la guerra y la prisión. La propia idea de normalidad ya me planteaba algún problema. Todo el mundo hablaba de que había que restablecer unas relaciones normales. Pero en cuanto preguntaba qué entendían bajo esa expresión, se ponía de manifiesto su carácter puramente formulario. Había existido una dictadura y un derrumbamiento nunca visto que había dejado tierra y hombres detrás de sí. Tampoco nadie sabía decir en qué medida eran válidas las antiguas reglas y los antiguos modales, ni qué sentido tenía restablecerlos. Todo aquel que pudiera ver se daba cuenta de que los años pasados habían arrasado con casi todo. ¿Con qué se podía enlazar?

También hay que añadir que estos cambios en los fundamentos de la existencia coincidieron, en mi caso, con el proceso de separación de la casa paterna, que se venía retrasando desde hacía tiempo. Es cierto que los hermanos mostrábamos un profundo respeto por la trayectoria vital de mi padre y mi madre, y que en nuestras esporádicas desavenencias procurábamos no perder de vista su actitud íntegra durante los años del nazismo. Esto ponía ciertos límites a todos los conflictos, aunque fueran inevitables. Sin embargo, como también reconoció Winfried, eso tenía una vertiente más problemática. A diferencia de la gran mayoría, nosotros no teníamos que ofrecer una conversión con la que numerosos contemporáneos, en cuanto salían en la conversación los años treinta o cuarenta, se atribuían algo de dramaturgia del alma y, a ser posible, alguna pátina de arrepentimiento. Nosotros gozáramos del dudoso privilegio de seguir siendo los mismos que éramos, y, por segunda vez, eso nos situaba fuera de la fila.

En consonancia con la confusión de la época, se puede decir que yo tuve ante mí a dos padres. Uno era el que surgió en los años de Hitler, el hombre de los años treinta propenso a la cólera y al humor ácido, y el otro, el de la personalidad físicamente lastrada por el cautiverio ruso y menguada en su ingenio. Su sarcasmo, que había supuesto una satisfacción durante nuestra juventud y que en parte había sido también una especie de enseñanza, volvió a aflorar en muy contadas ocasiones y muy poco a poco. Desde siempre le habían gustado a mi padre las frases breves, aforísticas. Recuerdo lo que decía ante cualquier decisión arbitraria tomada por gente que no era nada y que de repente se había crecido: «Soporta a los *clowns*». Muy pronto se convirtió en una máxima familiar que para nosotros adquirió un significado muy expresivo. En cualquier caso, y de acuerdo con su afición a utilizar máximas

como guías para la vida, nos recomendó la expresión como axioma para los años siguientes y, a ser posible, para toda nuestra vida. Una vez le oí terminar un relato sobre la época nazi con las siguientes palabras: «En circunstancias como éstas, a veces hay que encoger el cuello. ¡Pero sin agachar la cabeza!».

Había llevado una vida con muchas privaciones, que él mismo había elegido después de un comienzo muy prometedor y siendo totalmente consciente de las consecuencias, incluida la renuncia a cualquier futuro. A menudo me he preguntado cuántos de los actuales maestros de la retórica heroica que pululan por las tribunas de las manifestaciones conmemorativas se habrían comportado de una manera tan firme como él. Como compensación, mi padre contaba solamente con sus rigurosos principios y con la convicción de haber salido airoso de su prueba con el destino. Y cuando esta reflexión no bastaba, sobre todo para mi madre, y la llevaba a veces a caer en la desesperación, para él aún había allí una fuente de satisfacción.

Mi madre, en cambio, que en cuestiones políticas no pensaba distinto de mi padre, lo tenía mucho más difícil para vivir el día a día. Para ella, la familia estaba por encima de los principios; una muestra de ello es la disparidad de criterios que durante años resultó imperceptible para nosotros y que solamente estalló una vez. Ella no tenía nada más que cargas, ollas que fregar, tablas para lavar la ropa y cocinas de carbón. Y también la esperanza de sacarnos adelante a cada uno de nosotros con salud y, al mismo tiempo, «con decencia». Mucho tiempo después de acabada la guerra, la escuchamos decir una vez, no sin amargura: «Él tenía sus grupos de amigos, Hans Hausdorf, el doctor Gans, el doctor Meyer y muchos otros. Yo sólo tenía la carga de cinco niños. No es que me lamente. Pero era una distribución desigual. Creo que yo no estaba hecha para este tipo de vida. Pero ¿quién lo está? Hemos pagado un alto precio por ello».

Hacia finales de los años cuarenta progresamos algo más en el camino hacia la normalidad. Éramos jóvenes, emprendedores y, a pesar de las restricciones de la época nazi, inclinados a distintas aficiones intelectuales. Pero al mismo tiempo se nos exigía comprensión, discernimiento y sensatez. Esto tenía que chocar de manera inevitable. Por entonces, nadie podía dar una respuesta convincente a las cuestiones más estrictamente históricas sobre cómo se pudo producir el fenómeno Hitler y todo lo que conllevó. Era cierto que sólo una minoría había querido la guerra, o llegar en la Rusia Blanca hasta los Urales, y que nadie había pretendido defender las cumbres del Cáucaso contra la población montañesa musulmana. Incluso la fe ciega en la raza del norte había perdido adeptos rápidamente.

En general, fueron pocas las motivaciones intelectuales que habían llevado a Hitler al poder; fueron más determinantes las experiencias vitales de la gente. Entre ellas estaban la inflación y la crisis económica mundial, junto con el derrumbamiento de la clase media que tradicionalmente había llevado el peso del Estado. A partir de ahí, cualquiera que se hubiera visto afectado por esos problemas temía hundirse aún más en el vacío. A esto hay que añadir el desgarramiento ideológico de la idea del

Estado y el hecho de que la tendencia de la época se orientaba hacia sistemas totalitarios o al menos dictatoriales, especialmente cuando su portavoz era un especialista en el manejo de la opinión pública y un demagogo como Hitler. Por ello, amplias e indecisas capas de la población que habían simpatizado totalmente con la República no sólo se creían amenazadas por los radicales de derechas y de izquierdas, sino que se rendían cada vez más ante la opinión de que nada menos que el llamado espíritu de los tiempos imponía un cambio de rumbo. Con Hegel en la mochila, la idea resultaba familiar.

No obstante, hoy uno se pregunta todavía cómo todos estos motivos pudieron hacer enloquecer a un viejo pueblo civilizado como el alemán. ¿Cómo los dirigentes del movimiento nacionalsocialista pudieron pisotear todas las garantías constitucionales sin que hubiera la más mínima resistencia? ¿Cómo fue posible tanta arbitrariedad jurídica en una nación amante del orden? Una vez le escuché a mi padre decir que los alemanes ya no eran alemanes: «Han perdido su pasión por la reflexión y han descubierto su afición por lo primitivo. El tipo de erudito reflexivo del siglo XIX ya no es el modelo en que se fijan. Lo fue durante mucho tiempo. Ahora se fijan más en el guerrero tribal que baila en torno a un poste y que orienta hacia el cabecilla su rostro pintarrajeado. ¡El pueblo de Goethe!».

La explicación más sencilla para el auge del nacionalsocialismo era que, al igual que todos los grupos lucrativos y dispuestos a utilizar la fuerza, atrajo a los oportunistas. Esto queda demostrado tanto por el tumultuoso desbordamiento de los llamados «caídos de marzo», que se contaban por cientos de miles y que se afiliaron al partido a última hora durante la primavera de 1933, como también por la desaparición del partido en 1945 sin dejar rastro. Nadie deseaba haber pertenecido a algo que había resultado tan estéril. Durante años no se habían querido ver los atroces delitos del régimen y se había dado caba a los poderosos: altos funcionarios ministeriales, empresarios, generales y cualquier otro. Cada cual se hacía su composición tranquilizadora. La excepción la tenemos en una salida de la actriz Adele Sandrock. Cuando Hitler, durante un «té para señoras» celebrado en la cancillería del Reich, se mostró muy enérgico en contra de los judíos, ella le cortó diciendo: «¡Mi Führer! ¡Ni una palabra en mi presencia en contra de los judíos, por favor! ¡A lo largo de mi vida han sido mis mejores amantes!». Pero esto era solamente una anécdota que se contaba con la boca pequeña. Después uno se colocaba la insignia del partido en el ojal, luego se iba a celebrarlo, y por fin, en 1945, vino el gran desmentido.

La adaptación durante los primeros años de la posguerra se ha calificado posteriormente como «silencio elocuente», lo cual no suponía simplemente una forma de represión. Más bien en él se mezclaban el desencanto, la vergüenza y el despecho, en un conjunto impregnado de rechazo de la culpa. Hay que añadir la tendencia a interpretar papeles protagonistas. Unos se inventaron actos de resistencia que nunca realizaron, otros, en el juego del arrepentimiento, se esforzaban por buscar un sitio

bien visible en el banco de la autoacusación. Sin embargo, en medio de sus lamentos parecían dispuestos a calumniar a quienes no hicieran como ellos y se dieran continuamente golpes en su pecho pecador. Cuando Günter Grass o alguno de los innumerables autoacusadores manifestaban su sentimiento de vergüenza, en modo alguno querían llamar la atención sobre su propia culpabilidad, más bien sobre los muchos motivos de todos los demás para avergonzarse. No obstante, según ellos, para su escándalo y el de todos los demás, la gran masa no estaba preparada para esto. Ellos se sentían ya libres de cualquier reproche gracias al reconocimiento de su vergüenza.

En conjunto, lo que yo viví fue el desmoronamiento del mundo burgués. Ya se veía venir antes de que Hitler apareciera en escena. Lo que sostuvo su vigencia fueron sólo caracteres individuales, nada de clases, grupos o ideologías. Demasiadas fuerzas sociales colaboraron en la destrucción de ese mundo, la derecha política, así como la izquierda, el arte, la literatura, los movimientos juveniles y otros más. En esencia, Hitler únicamente recogió los restos que quedaban. Era un revolucionario. Pero mientras procuraba dotarse de una apariencia burguesa, arruinó las fachadas vacías del orden burgués con la ayuda de los propios burgueses: el deseo de acabar con él era demasiado poderoso. Ese deseo inspiró también los cambios que se produjeron a lo largo del camino, lleno de confianza en el futuro de la historia, de los años de la posguerra, ya que la necesidad de chivos expiatorios siempre ha sido enorme, al igual que antes había sido el inspirador y en parte el ejecutor de los innumerables crímenes del régimen.

Como ya se ha mencionado, de los doce inquilinos que habitaban en Hentigstrasse 13, sólo uno pertenecía al NSDAP, y, por lo que yo sé, en los edificios del vecindario la situación no era muy distinta. Si se le hubiera preguntado a cualquiera de los que vivían en esa casa, se habría mostrado totalmente convencido de la civilidad y sus valores. Pero, internamente, esta fachada hacía tiempo que estaba podrida; en consecuencia, me educaron según los principios de un orden caduco. Ese orden me ha legado sus reglas y sus tradiciones y hasta su canon de poesía. Y todo eso me ha hecho apartarme un poco de mi tiempo, pero, a la vez, este orden me ha proporcionado una parcela de tierra firme que, en los años siguientes, me aportó cierta fuerza moral.

Como resulta evidente cuando echas la vista atrás, cada miembro de nuestra familia tenía su manera personal de enfrentarse a las exigencias de los tiempos, y todos juntos representábamos un reflejo de las distintas posibilidades que existían de esquivar el Régimen. Mi padre poseía la testarudez, emparejada con un desdén jamás menguado que no toleraba la más mínima indulgencia. La resistencia de mi madre provenía de toda su escala de valores, impregnada de religiosidad y que solía utilizar con asombrosa destreza. Wolfgang solía dar jaque mate a todas las dificultades con su perspicaz encanto; yo lo hacía mediante alguna osadía, incluso política, contemplada por mis padres con bastante preocupación por lo que pudiera pasarme; Winfried,

mediante su serena introversión. Mis hermanas vivían según un estilo en parte tranquilo y en parte provocador, y no tuvieron ningún problema ni con el mundo ni con su percepción irónica del mismo. Este catálogo familiar de tipos incluye el comportamiento de amigos o vecinos: cualquiera que perteneciera al círculo de amigos más cercanos tenía su propio estilo para subsistir con el menor sufrimiento posible.

Entre los factores que hicieron que el Reich nazi sobreviviera, aunque con consecuencias terribles, se contó durante años la relación entre alemanes y judíos. Durante la primera época de la posguerra coincidí con testigos de ese tiempo pasado, que eran inteligentes, cultos y generalmente simpáticos, y puedo relatar como uno de los momentos más felices de mi vida cuando, en los años cincuenta, en casa del prestigioso médico Walter Hirsch, presencié un breve resurgir de ese mundo. Él, que había nacido hacia el cambio de siglo, intentaba recrear el esplendor de los años veinte en su villa del Grunewald y dejar resurgir el recuerdo de los desvanecidos días de juventud. Esas reuniones se celebraban cada pocas semanas, y allí podías conocer a Fritz Kortner y Joachim Prinz, Wolfgang Lukschy, Hans Scholz y Sebastian Haffner, también al pintor Heinrich Heuser, JeanPierre Ponnelle, Melvin Lasky y otros muchos. Busqué a ver si por alguna casualidad veía al doctor Meyer y a los Rosenthal, pero nunca aparecieron; tampoco Walter Hirsch había oído hablar de ellos.

Bien pasada la medianoche, cuando ya se había despedido la mayor parte de los casi sesenta invitados, aún quedábamos como una docena de personas, y a tres de ellos se los animaba a una especie de prueba para ver quién contaba la mejor historia. Los presentes recordarán los relatos hilvanados con maestría y narrados con brillantez, que solían tener como ganador al anfitrión o al escritor Hans Scholz, que todavía no había alcanzado su gran éxito. Aún hoy lamento que estos textos no se recopilaran por escrito. Se han perdido para siempre, al igual que la comunidad judeoalemana que los generó y los trajo al mundo.

Numerosas voces encabezadas por Gershom Scholem han asegurado que la tan discutida simbiosis judeoalemana nunca llegó a existir. Resulta comprensible, como respuesta a la injusticia cometida durante generaciones y, sobre todo, a los horrores de los años nazis. Pero el supuesto no es correcto. La conexión entre judíos y alemanes ha sido siempre más profunda y basada en sentimientos de parentesco, mucho más que, por ejemplo, en el caso de la relación entre judíos y franceses, judíos e ingleses o judíos y escandinavos.

La sensación de unión contaba con tres pilares fundamentales. En primer lugar, la disposición a un espíritu imaginativo y especulativo, una reflexión en la cima que lleva a nuevos espacios de meditación, ya que todo radicalismo confiere al pensamiento la clarividencia necesaria y a veces, incluso, una bendición especial. En segundo lugar estaría la tendencia a construir edificios ideológicos demasiado complicados que, a ser posible, posean un acabado teológico y que finalmente terminen en una meta utópica, ya que mundo y hombre buscan constantemente la

salvación. Y, por último, cabría mencionar el obsesivo amor por la música en la medida en que ésta tenga un trasfondo metafísico, sobre todo como es el caso de la música alemana desde Beethoven hasta Richard Wagner. Al final, esas comunidades aparecen en las relaciones entre Richard Strauss y Hugo von Hofmannsthal, o entre Bertolt Brecht y Kurt Weill, así como en la infinidad de destacados directores de orquesta, desde Otto Klemperer hasta Leonard Bernstein. Por ello, no resulta tan descabellado considerar el odio alemán hacia los judíos y a su labor de exterminio como una especie de fratricidio, aun siendo consciente de todos los argumentos en contra.

La mayor parte de éstas y otras muchas relaciones se perdieron también con ese odio, y el intento de Walter Hirsch de hacerlas revivir en su casa solamente duró lo que duraron las vidas de los que participaban en ellas. Hoy en día, la relación entre alemanes y judíos está atrofiada y ampliamente trivializada. Ya no hay grandes comunidades, no hay resultados que se puedan exhibir. Entre todos mis papeles encontré unas notas tomadas en los años cuarenta durante mis conversaciones con el doctor Meyer, justo antes de que yo me fuera a Friburgo, y suenan como un canto de cisne anticipado: «No tenemos ningún futuro —replicó a una observación que había hecho yo sobre cómo seguiría todo—. Con nosotros se hunde el mundo. Todos nosotros participamos en una tragedia. Pero no existe un quinto acto. No hay continuación. El final del libro de nuestra vida se quiebra de repente. Alguien ha arrancado la última página». Si uno se quiere quedar con la imagen, Walter Hirsch intentó encajar la página en su sitio. Pero por poco tiempo.

El país asolado al que yo regresé en 1947 no era un mundo de tantas estrecheces y miserias como se suele presentar hoy en día. Más bien ofrecía espacios libres y superficies vacías sin destino determinado. Los esfuerzos restauradores de los que todavía hablan los interlocutores sociales y los gobiernos fueron débiles intentos de encontrar reglas concretas que posibilitaran la convivencia social.

Desde el punto de vista intelectual, también fueron años irregulares. Las oportunidades que se ofrecían se aceptaban como cosa natural. Esta seducción fue una de las razones, y no la menor, que me indujeron a no regresar inmediatamente a Berlín para comenzar los estudios en la Universidad Humboldt, pues yo no podía creer que en Unter der Linden, en el sector oriental de la ciudad, hubiera la libertad que reinaba en Friburgo. Además de dedicarme a mi carrera, proseguí con las lecturas sobre el Renacimiento italiano y amplié mis conocimientos sobre el hundimiento del Imperio Romano; leí todo lo que descubrí de Thomas Mann, toda la literatura americana que me resultaba accesible entre John Steinbeck y William Faulkner, los franceses desde Raymond Aron hasta Emmanuel Mounier, y asistía al teatro siempre que era posible. Entre las representaciones que recuerdo están *Las moscas*, de Sartre, *The Lady's Not for Burning*, de Christopher Fry, así como *The Skin of our Teeth*, de Thornton Wilder. Profundamente impresionado, después tropecé con *Los últimos días de Hitler*, de Hugh Trevor-Roper, y *Kaputt*, de Malaparte.

Hacia el final de mi carrera conocí a Eckart Peterich, a quien alegró bastante saber que había influido en mi elección de profesión. Con él estaba su hija, a la que llamaban con el simpático nombre de «Coccolo», y ambos me invitaron a su encantadora casa en los alrededores de Florencia, «al otro lado» del Amo. Las dos semanas que pasé leyendo y escribiendo en la habitación superior de la torre de su casa de campo hicieron que volviera a pensar en convertirme en «intelectual independiente», sobre todo cuando, al final, viajamos a la finca, bordeada por un pinar, que los Peterich tenían en Forte dei Marmi, por entonces todavía un pueblito. Allí me di cuenta por primera vez de cómo podía transcurrir la vida diaria de un hombre de letras cuando gozaba de posibles y de las condiciones adecuadas desde el punto de vista intelectual: en una campiña mediterránea, estudiando durante el día y luego, hasta bien entrada la noche, reuniones con amigos ante mesas bien surtidas.

La villa estaba abierta a invitados de todo el mundo. Allí coincidí con Ernst Jünger y Aldous Huxley, Hilde Spiel y Peter de Mendelssohn, Luigi Barzini, Indro Montanelli y Elio Vittorini. Un día pasó por allí Arthur Koestler con una hermosa mujer, y entre los invitados mensuales había un general inglés jubilado que contaba aventuras de la India y de otros lugares, aunque lo que más le gustaba era pasar las largas noches delante de la chimenea en silencio. Llamaba la atención el hecho de que, en este entorno tan internacional, nadie te tratara como miembro de un país caído en el descrédito. Todos los asistentes se sentían europeos, o al menos miembros del ámbito cultural europeo-americano.

André Germain, escritor francés de éxito, también solía aparecer con frecuencia, ya que vivía en un palazzo en Florencia. Precisamente se le acababa de marchar su joven secretario homosexual. Y el hecho de que éste hubiera convencido precisamente a la mujer del cónsul general británico en Florencia para escaparse juntos indignó muchísimo monsieur Germain. Por aquel entonces él estaba ocupado al mismo tiempo en una biografía de Lucrecia Borgia y en otra sobre Benito Mussolini, que años más tarde encontré en la biblioteca de Gaston Gallimard, cuando yo también era uno de los autores de la editorial. Yo mismo colaboré durante algún tiempo con André Germain cumpliendo funciones de secretario, y mientras tanto escribí unas dos docenas de cuentos que una agencia vendió en mi nombre a una serie de periódicos pequeños, y por los que obtuve unos diez marcos. Simultáneamente, esboqué una extensa obra sobre el periodo de los Borgia.

Italia, al menos la zona que yo conocía, poseía casi todo lo que me faltaba en Alemania: calor, ligereza, ingenua animalidad y esplendor teatral. Y, al igual que mi padre, encontraba que, como país, constituía una especie de contramundo fascinante. Le faltaba esa fina pátina de inercia histórica que con frecuencia me había llamado la atención en todos los viajes que había realizado a Francia, incluso ya desde Friburgo. Después de dos meses en Forte dei Marmi me sentía ya como en mi casa y, a la vez, lejos del mundo. ¿Durante cuánto tiempo, me preguntaba yo, podría conciliar ambas cosas? Pero llegó un momento en que ya no progresaba más y sentí la necesidad de

regresar a Alemania.

A comienzos de 1950, al poco de mi regreso, empecé a dedicarme a temas más rigurosos. El primer ensayo corto, que en recuerdo del «romántico» Reinhold Buck ofrecí a la Nordwestdeutscher Rundfunk, llevaba el título, demasiado ostentoso para la importancia de la obra, de «El Romanticismo alemán en el crepúsculo de las experiencias contemporáneas». He olvidado los títulos y los temas de las composiciones posteriores, pero sí sé que la experiencia vivida en los años de Hitler se colaba, aunque yo no quisiera, en casi todo lo que escribía. Poco a poco, la emisora americana RIAS se convirtió en el punto fuerte de mis primeros pasos periodísticos. Yo ya veía mi futuro como editor o autor de reflexiones sobre la interacción entre los sucesos de actualidad y el «espíritu de la época».

Al mismo tiempo, estaba escribiendo mi tesis doctoral en la recién creada Universidad Libre. La tesis, de tema jurídico, estudiaba la influencia de los anunciantes en la prensa diaria. La tenía casi terminada y con una fecha fijada para su lectura, cuando me llegó una propuesta de la RIAS. Mantuve una larga conversación con mi padre, que me aconsejó que terminara la tesis, por lo que rechacé la oferta. Sin embargo, más tarde recibí una propuesta mejorada. Esta vez acepté. Poco después de incorporarme a mi trabajo, el subdirector, el señor Bloomfield, con quien había coincidido ya en privado en alguna ocasión, me llamó a su despacho y me propuso, entre otras cosas, la redacción o, mejor aún, la realización de una serie de emisiones sobre la historia alemana. La idea era abarcar desde el despido de Bismarck hasta el año 1945 a través de una serie de monográficos que estudiaran las causas del desastre. Hay que tener en cuenta que los oyentes de la zona de ocupación soviética recibirían una imagen totalmente intervenida del pasado alemán.

Se produjo una larga polémica durante la cual yo me opuse a la propuesta con todas mis fuerzas. Le dije al señor Bloomfield que era mejor que algo de ese estilo lo llevara un redactor profesional. Aunque hubiera asistido a más cursos de Gerhard Ritter, Hans Herzfeld, Gerd Tellenbach y otros conocidos historiadores, había evitado la historia contemporánea en la medida de lo posible. Nunca me había interesado especialmente. Por tanto, no me sentía capacitado, ni profesional ni personalmente, para realizar una serie sobre el periodo propuesto.

El señor Bloomfield se mantuvo inflexible, y durante un rato me dio la impresión de que mi desacuerdo le reforzaba en su insistencia. Sin embargo, a mí me rondaba por la cabeza la conversación que había mantenido hacía poco con mi padre sobre un comentario acerca de la elección a presidente del Reich de 1932. Había alabado el escrito desde un punto de vista formal, pero argumentó que, con el «elevado estilo» por el que me inclinaba, situaba a la «cuadrilla nazi» en un plano equivocado. Entonces surgió la cuestión que me ha acompañado durante toda mi vida. Hitler y su dominio no eran tema para un historiador que quisiera que le tomaran en serio, decía él, sino que era decididamente un «tema basura». De ahí venían sus partidarios, a ella pertenecían. En mi exposición adquirirían inevitablemente una dignidad histórica que

no les correspondía.

Le hice ver a mi padre que detrás de esa apreciación se percibía un concepto de la historia pasado de moda y un tanto patético. Los libros de historia solamente se atienen a acontecimientos pasados, en sus páginas aparecen por igual violentos, comicastsos, asesinos y santos, y nadie resulta ennoblecido por el hecho de que su nombre figure en ellos. Al mismo tiempo, entendía esa postura en un hombre que había vivido y padecido la época de Hitler. Sin embargo, los jóvenes querían saber cómo se había podido llegar a eso.

Mi padre siguió en sus trece, y pocas veces percibí de una manera tan clara como en esta conversación de comienzos de los años cincuenta lo profundamente que le seguía afectando la humillación sufrida y que le había robado los mejores años de su vida. Debería haberme dedicado mejor, decía, a Colleoni, a los Gonzaga o a Lorenzo el Magnífico, en lugar de cambiarlos por gentuza como Streicher o Sauckel. Ellos no se merecían ningún «apuntalamiento literario», añadió hacia el final de nuestra conversación. Él se dio cuenta de la tensión que siguió a la expresión de su parecer. Sin embargo, la oposición resultaba inevitable. En consecuencia, yo debía retomar mi antiguo tema predilecto, el Renacimiento italiano. Yo le habría hablado al señor Bloomfield de esta predilección, repliqué, pero él me había comunicado que, tras la catástrofe hitleriana, la emisión de ese tipo de temas remotos no se podría programar hasta pasados por lo menos diez años.

Cuando volví a visitar al señor Bloomfield, éste seguía tan inflexible como mi padre, a quien quiso conocer cuando le conté nuestra conversación. Al final me pidió que «sencillamente empezara a trabajar» en la serie. Si no quería comprometerme para la totalidad del proyecto, no sería difícil encontrarme luego algo distinto que hacer entre las nuevas tareas que se me encomendarían. Para poner fin a este callejón sin salida en que nos encontrábamos, al despedirme le dije, ya desde la puerta: «Por lo que a mí respecta, ¡tendremos esa docena de manuscritos sobre la historia alemana!». El señor Bloomfield se mostró sorprendido. «Me temo —empezó a decir al tiempo que me llevaba de nuevo junto a su mesa— que hay un malentendido. Yo no estaba pensando en doce, sino en unas ochenta emisiones; en cualquier caso, pienso en un programa de larga duración». Otra vez volvíamos a estar enfrentados, y en un momento dado le dije: «¡Usted quiere que la atroz historia contemporánea se convierta en el objetivo de mi vida!». No obstante, al final me mostré dispuesto a intentarlo. El señor Bloomfield estaba más convencido que yo: «Esto no se quedará en un proyecto», me dijo desde la puerta de su despacho. Así llegué a la historia contemporánea.

He seguido con ese tema a lo largo de muchos años, pero siempre con una pizca de mala conciencia, pues nunca se me fue de la cabeza la calificación de «tema basura». Al tiempo conservaba mi inclinación hacia el Renacimiento italiano. Con el fin de no perder los conocimientos ya adquiridos, en los lapsos que tenía libres leía todo lo que caía en mis manos sobre el tema, hasta llegar a las «cartas

confidenciales» del presidente De Brosses, el diario florentino de Landucci, y también los recuerdos de Margarita de Valois. Algunas de estas obras han caído en el olvido. No obstante, el Renacimiento italiano ha seguido siendo mi objetivo predilecto a la hora de elegir un tema.

Mi padre falleció a comienzos de los años sesenta. El día anterior a su muerte pasé muchas horas en la clínica junto a su cama, y dejamos transcurrir el tiempo y su vida en trazos fugaces. Algunos han aparecido en estas memorias, como por ejemplo el razonamiento que le llevó a su decisión de acudir en 1933 ante el Reichstag incendiado con Wolfgang y conmigo. Después habló sonriente sobre sus esporádicas pérdidas de autocontrol, sobre cuando echó a los dirigentes de las Juventudes Hitlerianas o sobre la carta en la que protestaba contra su obligación de incorporarse a la construcción de barreras antitanque. Repasando su vida, y a veces totalmente lúcido, acertó a decir uno de esos juegos de palabras tan suyos que Wolfgang había calificado como «paradojas pedantescas»: «He cometido muchos errores en mi vida. Pero nada impropio».

Una parte del tiempo la empleamos en hablar del paradero de los amigos de antaño y en cómo los desórdenes de la guerra habían hecho que todo se perdiera. «*Que sont devenus mes amis?*», dijo, citando una canción popular francesa que había aprendido con los Straeter. De ahí pasamos a Karlshorst y le dije que entre mi madre y él habían hecho de nuestra juventud unos años muy felices, a pesar de todas las desgracias. Después se fue sumiendo lentamente en un estado de aletargamiento, pero me dijo: «Por favor, ¡cuéntame algo! ¡Cualquier cosa!». Y me vino a la cabeza una parábola de la vida, tomada en parte de cosas que había leído y, en parte, inventada. Quizá era absurdo emparentarla con *La Odisea*, pero pensé que a él, un instruido ciudadano prusiano, le complacería.

La historia, muy resumida, dice así: el hombre, cuando pisa este mundo, debe conocer primero el jardín, los animales y los arbustos, como nosotros en la Hentigstrasse. Cuando ya más o menos lo ha conseguido, entonces tiene que recorrer la ciudad, tanto la parte cercana como la más lejana, tal como hacíamos nosotros cuando íbamos a Linden, a Potsdam y al Stechlinsee. En algún momento encontrará una mujer, fundará una familia y saldrá al mundo, donde le esperarán numerosos desafíos, incluso alguien que, como Hitler, desencadene una guerra. En todas estas vicisitudes, y otras diversas, tendrá que aceptar muchas cosas que no sirven para nada, o incluso se perderá. Y moviéndome cada vez más hacia *La Odisea*, continué, en algún momento alguien tendrá que acabar con un Polifemo en versión moderna; el mundo sigue estando lleno de monstruos, aunque ahora con aspecto de técnicos o jerarcas. Más adelante se trataría de no sucumbir ante la hechicera Circe, vencer a Escila y Caribdis y, como le ocurre a uno con frecuencia, de no olvidar a la encantadora y casi irresistible Nausicaa con sus lágrimas. También durante la vuelta a casa se topa uno con algunos intrusos que se comportan con insolencia, y cuando por fin está en casa, entonces, ¿qué? ¿Qué hay que decir entonces? Entonces viene el

aburrimiento. Las fatigas no acaban, según lo había entendido yo. Me pareció que mi padre inclinaba un poco la cabeza en su almohada; me pareció, incluso, que sonreía una vez más.

La vida profesional continuó su curso. De momento estaba en la RIAS, principalmente como redactor de historia contemporánea; durante un corto pero agradable periodo, también como una especie de empresario de la orquesta juvenil de la RIAS, bajo la dirección de Willy Hannuschke, en la exposición internacional de Bruselas de 1958; a partir de 1961 entré en televisión, y poco después me convertí en redactor jefe de la Norddeutsche Rundfunk. Por entonces se publicó mi primer libro, que recopilaba unos veinte retratos tomados de las emisiones radiofónicas contemporáneas con las que me había comprometido con el señor Bloomfield tiempo atrás. Esta publicación no era sólo una transcripción literal, sino que también planteaba algunas otras cuestiones, como el hecho de si yo sería capaz de decidirme a escribir una biografía de Hitler. Naturalmente, me vino de nuevo a la cabeza la definición de «tema basura» que había dicho mi padre; pero al mismo tiempo también me acordaba de otra norma que había regido su vida: nunca hay que dejarse llevar por la opinión de los demás. Cuando aumentó la presión de los partidos sobre las emisoras de radio hasta resultarme casi insoportable, me despedí del trabajo en la emisora para dedicarme a escribir la biografía de Hitler. También influyó el hecho de que quería cumplir mi sueño de los catorce años y, tal como escribí en una carta dirigida a mi casa en noviembre de 1941, vivir y trabajar como intelectual independiente.

Mi madre se preocupó bastante cuando dejé el trabajo en la Norddeutsche Rundfunk. «No me gustan las repeticiones», dijo, al tiempo que veía su propio destino dibujado en la pared, o mejor dicho, añadió, sólo le gustaban las repeticiones en la música, en la poesía lírica y a veces en las caras de los niños. En los demás casos solía ser señal de que algo no iba bien: «Y con el tema Hitler es casi inevitable. Tendrás serios disgustos». Amigos a los que consulté también me advirtieron del nefasto riesgo que iba a afrontar, y me dijeron que era un insensato. Sin embargo, no me dejé convencer, y, para compensar, me marché a Italia, como he hecho desde entonces casi todos los años, a terminar mi libro sobre el Renacimiento, que estaba esperando un final.

Cada vez que llegaba a ese país, y más viniendo de una Alemania que casi ahogaba con su estrechez, era como si se abrieran muchas puertas. A veces también me parecía como si me encontrara en el presente a los hombres y al mundo del Renacimiento, aunque a pequeña escala. Y también a cada paso tenía la impresión de encontrarme al otro lado del lago de Garda con el «paraíso» perdido de mi niñez, la fascinante combinación de belleza natural y arquitectónica. Al mismo tiempo, era un país lleno de perfiles muy bien definidos y de historias interesantes, y no puedo por menos que contar uno de estos encuentros. Una de las primeras personas que conocí en Italia fue el conde F., perteneciente a una familia de Florencia olvidada por el

tiempo. Las piezas narrativas con que entretenía a su entorno brindaban un vivo destello de su mundo todavía colorido en medio del olvido mundial.

El conde era un hombre bajo y corpulento, que encanecía visiblemente a medida que se hacía mayor, y lleno de la vigorosa energía de muchos nobles italianos de provincia. Pero, asimismo, poseía una gentileza absoluta: como una vez le calificué, en cierto modo un *condottiere* que se ha ido civilizando a lo largo de generaciones. Como respuesta, se limitó a reírse y a decir que con su reuma, sus gruesas gafas y su abdomen prominente ya no podía saltar sobre los caballos para la batalla: «¡Hable con mis hijos!».

Se llamaban Fabrizio y Camillo. Fabrizio era correcto en exceso, pedante y con tendencia a ser demasiado estricto consigo mismo, mientras que Camillo disfrutaba sin hacer nada y, en todo caso, se portaba como un inglés excéntrico. Cuando coincidí con el conde por primera vez, en su entorno se hablaba únicamente del último escándalo de Camillo, que había citado a dos notables locales en el reservado de un club, y al que su sorprendido invitado halló, después de llamar varias veces, tumbado en el sofá con una mujer completamente desnuda al lado. Como no podía ser de otra manera, pocos años después tuvo un penoso final, justo cuando Fabrizio entraba a formar parte de la junta directiva de un acreditado banco. Cada vez que los dos nombres surgían en la conversación, no podía por menos que acordarme del poema de Eichendorff de los dos «compañeros audaces», y de *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh, con los amigos Charles y Sebastian. También me acordaba de los dos hijos Buddenbrook, uno de los cuales, Thomas, regresó de sus estudios en el extranjero con una formación mercantil y llevando consigo a su futura mujer, mientras que el «vividor» Christian no sabía más que contar historias de Johnny Thunderstorm y cantar «That 's Maria!».

Profundamente inmerso en mis impresiones sobre Italia, pensé por entonces que el episodio florentino de la familia del conde F. atestiguaba la pervivencia del Renacimiento, mientras que la novela inglesa y las dos historias alemanas no eran nada más que literatura, y en cada renglón se percibía su carácter imaginario. Partiendo de esta observación, creí que podría llevarse a cabo una investigación sobre la historia de las ideas, y una vez más lamenté tener que ocuparme precisamente entonces de la bohemia múniquesa y de su marcha hacia el palacio. Pues por entonces, cuando el conde me hablaba de sus hijos, mis «dudas» intelectuales habían acabado ya. Hacía ya bastante tiempo que había tomado la decisión.

Más o menos por la misma época, mi madre me pidió que escribiera lo que recordara de los años nazis, diciéndome que ella estaba dispuesta a ayudarme con sus recuerdos. Al comentarle que mi padre no había querido conservar nada de eso en la memoria, me dijo que sólo él se había negado a anotar sus experiencias. La conversación duró toda la noche, y en algunos momentos tuve la impresión de que consideraba su vida como un fracaso. Le pregunté si no había sido ella la que llevó la mayor parte de la carga, pero lo negó con determinación. «Fue su decisión —

respondió—, su responsabilidad», ella solamente había tenido que llevar las cargas externas, mientras que a él le habían destrozado la vida. ¿Se sufría más delante del fogón, me preguntó, o a causa de la desesperanza para el resto de tu vida? Eso depende del punto de vista, le repliqué, a ella también le habían arruinado la vida. Pero mi madre nunca lo había visto de esta manera, y tampoco lo quería ver así. Además, «arruinada» era la palabra equivocada. Lo único que se había roto eran sus sueños de jovencita. ¿Pero qué pasaba con los que se habían cumplido? A medida que ella hablaba de lo poco que había sacado, pensé yo, de cada una de sus frases se podía deducir que aún no había terminado con los años hitlerianos, con lo lejos que quedaban ya.

Cuando Winfried también se negó a escribir un libro de memorias, no volvió a mencionar nada sobre esos años. Fue como si, en un último sacrificio, hubiera borrado de su cabeza la época de Hitler. En una ocasión, una de mis hermanas volvió sobre el tema, pero ella permaneció callada sin apuntar la más mínima respuesta. Incluso cuando Christa señaló como incomparablemente mayor el saldo de las cosas positivas que el de las negativas en los años de su juventud, mi madre se mantuvo callada. Únicamente se permitió un comentario cuando leyó un capítulo del libro que estaba escribiendo sobre Hitler, y fue en el sentido de que, desde la distancia, las causas de los acontecimientos se ven con más claridad; si se consideran los destinos individuales, se descubre mucha pobreza, impotencia y miseria. Pero de sus propios sentimientos no dijo ni una palabra.

Poco tiempo después enfermó. Cuando la visité por última vez en la clínica, uno o dos días antes de su muerte, ya se encontraba sumida en un coma del que sólo salía en algunos momentos. Hablaba sin cesar y cada vez más deprisa. La desdicha de su vida le brotaba en cada palabra que se le conseguía entender. Por primera vez la escuché quejarse de su destino: los miedos permanentes, las necesidades padecidas, los peligros por todas partes, y especialmente el dolor por el hijo perdido por causa de la guerra de Hitler. De vez en cuando regresaba a este mundo desde su confusión, se daba cuenta de que estaba allí con ella, y me hacía una seña de reconocimiento sacando su mano de debajo de la colcha. A continuación, volvía a caer en ese estado de penumbra y condenaba, con expresiones que nunca le había oído, el mundo y su vida echada a perder. Esta situación se prolongó durante horas. Al anochecer fue capaz de expresar algunas ideas coherentes pero con bastantes interrupciones: «Los días no han pasado en vano. ¡Dios no lo sabe! ¡Hay que volver a contarlos! ¡Por cada uno que pasa te quedan veinticuatro horas menos! ¡Me lo repito con frecuencia! ¡Ése es mi consuelo!».

Dos días después fallecía, y en sus últimos momentos ya no se percibía nada de la irritación que la había atormentado hasta pocas horas antes en su estado de semiinconsciencia. Tras los felices días de su juventud, que se prolongaron hasta los dichosos primeros años de casada, había descubierto que existía el mal. Se podía percibir sin la menor dificultad en las sencillas imágenes que para ella componían el

mundo. Se materializaban en borrachos, estafadores, asesinos y nazis. Años después de que acabara el nazismo, seguía diciendo que siempre había que mantenerse alerta ante el mal. Es totalmente impredecible. Eso se lo había enseñado la vida. Se suele presentar con apariencia afable, como flirteador, bienhechor, halagador y hasta como una especie de dios. Los hombres caen como moscas ante él.

Durante una conversación que mantuvimos pocos meses antes de su fallecimiento, comentó que en su época los disfraces preferidos del mal habían sido las consignas, los desfiles o las fiestas populares de los nazis y los comunistas. Como yo bien sabía, ella siempre había rebatido el pesimismo de mi padre, y su exclamación «¡No pienses de una manera tan apocalíptica!» se había convertido casi en una expresión familiar. Pero en su fuero interno tenía que darle la razón. Todavía entonces seguía sin entender por qué tan poca gente a su alrededor había observado la desnudez; ningún «ropaje» marrón o de cualquier color había podido encubrirlo. La obscenidad de los uniformes políticos. Un asco. Al contrario de lo que siempre había dicho el doctor Gans, ella no creía que al final de los tiempos reinaría la razón. Más bien estaba segura de que triunfaría el mal. El mal resiste a todo tipo de razonamientos. Y puede hacerlo porque los hombres están locos por él. Al menos actualmente. Ella había formado parte de la generación equivocada, y esperaba que nosotros lo tuviéramos mejor. Esto venía a ser lo que la vida le había inculcado a ella. Winfried también participó en esta conversación, y cuando regresaba de su casa de Zehlendorf, comentó que las palabras de mi madre habían constituido una opinión sencilla y concluyente sobre el mundo del ensueño político.

Si recuerdo bien, a raíz de esta visita volvimos a hablar sobre cómo nos había marcado la casa paterna. Recordé los múltiples ataques de los que yo había sido objeto como resistente a la tendencia izquierdista de la época, y entre risas nos acordamos de todas las tonterías que circulaban sobre mí. En realidad, añadió Winfried, nos ha inculcado en nuestros años jóvenes una especie de orgullo por la discrepancia, algo que ninguno de estos «don nadies engrandecidos» vislumbraba, y que tampoco ninguno de ellos había llegado a conocer. Cada vez que alguien me preguntaba por los principios que me guiaban, yo decía que tenía que referirme a mi criterio escéptico y a mi aversión contra el espíritu de la época y sus simpatizantes. Nunca me había parecido cuestionable el «Ego non!» de aquel día inolvidable en que mi padre instituyó los dos turnos para cenar. La lección que me enseñaron los años del nacionalsocialismo se resume en oponerme a las corrientes de opinión y no dejarme llevar por ellas. Así, nunca me planteé en serio la tentación del comunismo, al contrario que otros contemporáneos, algunos incluso casi amigos, que sucumbieron a él, al menos temporalmente. En el curso de los años siguientes, el ejemplo de algún amigo de juventud que permaneció en la zona oriental me ha enseñado que la vida cotidiana bajo el régimen comunista de la RDA solía estar más llena de obstáculos y dejar menos resquicios que la dominación parda, y que no habría permitido una supervivencia familiar más o menos dichosa como la que pudimos tener nosotros. En

cualquier caso, nunca tuvimos la sensación de carecer de futuro, cosa que sí les ocurría a los amigos del colegio que habían quedado en la parte oriental. A todo esto, no hay que olvidar que el comunismo ha conseguido evitar a la larga que se lo compare con el nacionalsocialismo. Éste era, y es, su mayor éxito de propaganda.

Si echo la vista atrás, hacia las experiencias decisivas de mis primeros años, puedo decir que tanto mis orígenes como mi educación me enseñaron a ser desconfiado en política. Especialmente frente a las ideologías en alza de cada momento. En el 68 y en otras coyunturas similares, nunca me ha convencido la impaciencia con la cual una juventud políticamente confusa y moralmente jactanciosa trató de explicar el mundo desde un punto de vista unilateral. La ceguera y los horrores de este modo de ver las cosas se habían hecho demasiado evidentes en mi propio país. Y por lo que respecta a los adultos que de repente se pusieron pantalones vaqueros, se dejaron crecer el pelo hasta los hombros y se presentaban en público con una imagen de estudiado desaliño, no he tenido palabras o no he querido encontrarlas.

Los extravíos de los gestos dictados por el espíritu de los tiempos eran claramente visibles para cualquiera que supiera entender las señales del propio tiempo. Ya en los años treinta, el comunismo y su imitador, el nacionalsocialismo, deberían haber puesto en guardia a todo observador imparcial frente a los radicalismos. Las atrocidades resultantes de las fórmulas de interpretar el mundo del uno y del otro eran demasiado evidentes. Pero muchos no podían resistirse a la seducción de una utopía muy alejada de la realidad. Incluso hoy sigue habiendo no pocos habladores retóricos que conservan un apego sentimental a un Ismo ideologizado y deplorable de uno u otro signo. En cambio, ya en mi época en la RIAS tenía muy grabada una cita de Henry David Thoreau, mucho más inteligente, el cual, ante un visitante que decía que le quería hacer el bien, le contestó que él prefería escapar y vivir su vida.

Tiempo después, utilicé estas observaciones como temas de algunos de mis trabajos, observaciones que forman parte de las premoniciones a las que aludía en el título de este capítulo. Las menciono en este punto porque me parece que eran, y siguen siendo, importantes. Otra premonición se refiere a uno de los acontecimientos más importantes de nuestra vida. A veces recuerdo el estado de ánimo siempre pesimista de mi padre y de la mayoría de sus amigos. Una vez, uno de los asistentes a las veladas junto a la mesa del jardín cifró la relación entre sentido y contrasentido en el proceso histórico en la fórmula de diez a diez mil. Los tiempos que corrían proyectaban la imagen más sombría posible del hombre y de la historia, a la cual la generación de mi padre no podía sustraerse. Yo también participé de esa apreciación con mi observación de que la señal de la trompeta liberadora en *Fidelio* apenas se había escuchado a lo largo de la historia, y de que sólo era «una ocurrencia de ópera». Igual sucedía con mi afirmación de que el espíritu del siglo, en caso de que exista, está siempre de parte de los Pizarros.

Me siento feliz cada vez que bajo por la larga Chaussee hacia el puente Glienicke, donde una vez me abrazó la temperamental Sophie y donde terminaban todos los

caminos después de 1961. Pues me cuento entre los que presenciaron un acontecimiento histórico en el que, excepcionalmente, el sentido se ha impuesto a todo el fanatismo y la atrocidad. Por una vez al menos, y contra todo pronóstico, se había podido escuchar la trompeta. Había derribado muros y había hecho que los que ostentaban el poder renunciaran a él.

Ese 9 de noviembre de 1989 yo me encontraba en Palermo, en Sicilia, había llegado tarde a casa y a la mañana siguiente tenía una entrevista con el corresponsal del periódico comunista *l'Unità*. Habíamos quedado en que hablaríamos sobre los acontecimientos políticos más recientes y sobre el periodismo alemán, y yo le quería contar algo sobre esa «*République de lettres*» que por entonces era nuestro orgullo y nuestra inspiración en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del que yo era, en parte, responsable. Sin embargo, antes de que yo pudiera decir una palabra, pegó un salto detrás de su escritorio, extendió los brazos y gritó: «*Signare! Il muro della vergogna é caduto!*» (¡Señor! ¡Ha caído el muro de la vergüenza!). En un primer momento yo pensé que se refería a las condiciones exigidas para viajar, que se habían suavizado ya desde hacía semanas, y le dije: «¡Sí, sí! ¡Es mejor!». Pero mi entrevistador, un hombre joven de rebelde pelo rizado, volvió a gritar: «¡No, no es mejor! ¡Ha sido derribado! ¡Fuera! ¡No existe!». Entonces es cuando me enteré de los detalles y mantuvimos una larga entrevista. Yo expresé mi pesar por vivir la caída del Muro desde la lejana Palermo, pero él comentó que mi presencia ese día era para él la gloria de un reportero. Por desgracia, no pude salir inmediatamente para Berlín siguiendo mi primer impulso, ya que dos días más tarde tenía una cita inaplazable en Roma. Me pasé los días 10 y 11 de noviembre de 1989 delante de la televisión y recordé las palabras de Enrique IV: «*Pends-toi, brave Crillon; nous avons combattu à Arques et tu n'y étais pas!*»^[11]

El 12 de noviembre, muy de mañana, volé hacia Berlín.

NOTA FINAL

Deseo terminar mis memorias de esta manera. No se me oculta que tienen muchas lagunas. Los años de los que tratan abarcan, al fin y al cabo, una vida entera y se basan, al menos en lo que respecta a detalles de la infancia, en relatos familiares. También soy consciente de que algunas vivencias, al escribirlas, adquirieron una lógica y una emoción que debería haber evitado. «¡Esto no es riguroso! —decía una vocecita interior, que recibía una respuesta—: Pero casi todos los detalles han sido contrastados y han superado el examen de los implicados». Inmediatamente después, las imágenes volvían a descomponerse y se combinaban de nuevo de una manera difícil de desenredar.

Éste no es su único problema. Otras cosas no han aparecido, porque la memoria, a la fuerza fragmentaria, las ha sepultado para siempre y ha sacado a la luz nada más que unas cuantas ruinas incoherentes. O porque el ambiente propio de una época, su tono o el color de una vivencia no se podían expresar con palabras. Pues lo que la memoria conserva no es, en sentido estricto, lo que una vez ocurrió. El pasado es siempre un museo imaginario. Con posterioridad, uno no escribe lo que ha vivido, sino lo que el tiempo, el cambio de perspectiva y la propia voluntad que se imprime a las formas han hecho en el caos de las vivencias medio sepultadas. En conjunto, uno es menos fiel a cómo pasaron las cosas que a cómo era él, a quién es. Ésta es no sólo la flaqueza de los libros de memorias, sino también su justificación.

Las preguntas que eso suscita reaparecen. «¿Qué es la verdad?», quise saber entonces, y una y otra vez tropezaba con una opinión de Sigmund Freud. La verdad biográfica inalterable, le escribía a Arnold Zweig, a pesar de todos los esfuerzos, «es imposible de lograr». He pensado con frecuencia que ninguna otra reflexión podía figurar al comienzo y al final de unas «memorias». Por eso está aquí.



JOACHIM FEST (Berlín, 8 de diciembre de 1926 - Kronberg del Taunus, 11 de septiembre de 2006), historiador y periodista alemán, fue redactor jefe de la radiotelevisión alemana NDR (1963-1973) y editor del prestigioso periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (1973-1993). Como autor de ensayos de historia, se le considera uno de los escritores alemanes de postguerra más exitosos, sobre todo por su biografía de Hitler y por el libro *El hundimiento*, que se utilizó como base de la película del mismo título.

Notas

[1] Organización no partidista de la época de la República de Weimar, integrada por combatientes alemanes de la Primera Guerra Mundial y por republicanos sin armas, para proteger a la República de sus enemigos políticos. *[N. de la T.]* <<

[2] En alemán, Titine rima con uva pasa (*Rosine*); mayordomo (*Mayer*) rima también, de manera un poco forzada, con Himalaya, y lo mismo sucede con papagayo (*Papagei*) y huevo (*Ei*). [N de la T.] <<

[3] Juego de palabras con el apellido, que significa astrónomo. Veía las estrellas cada vez que le daban un golpe. *[N. de la T.]* <<

[4] «Tú, pueblo en las profundidades / tú, pueblo en la noche / no olvides el fuego / permanece vigilante». *[N. de la T.]* <<

[5] Los húsares, flor y nata de la caballería ligera de los viejos ejércitos europeos, tenían a gala su amor por el riesgo. Como solía decir cierto general napoleónico, comandante de una brigada de húsares, «un húsar que no esté muerto a los treinta años es un manta». [*N. de la T.*] <<

[6] En alemán coloquial se usa «denkste» en vez de «denke» (piensa). De ahí el chiste cuando, para decirlo en inglés, usan «*thinkste*» en vez de «think», [N. de la T.] <<

[7] Cuento clásico infantil alemán compuesto de breves historias en verso escritas por Heinrich Hoffmann para sus hijos. *[N. de la T.]* <<

[8] En dialecto berlinés, el juego de palabras queda mejor. En la palabra inteligente (*intelligent*) un berlinés genuino suele comerse la primera sílaba, como hace Goderski al principio de la frase. En cambio, la segunda vez pronuncia la palabra entera. Como, al igual que en español, el prefijo «in» indica negación, el término viene a decir exactamente lo contrario de lo que figura en el diccionario. Obviamente, Goderski está aludiendo a que los tiempos que corrían eran mejores para los tontos que para los listos. (N. del T.] <<

[9] Friburgo se encuentra en la región de la Selva Negra. *[N. de la T.]* <<

[10] «Estoy tan solo». «Pero ¡ahora voy hacia la victoria! ¿Quién me lo podría impedir? Yo, el único e inigualable Federico... no, ¡Otto Gebühr!» [N. de la T.] <<

[11] «Ahórcate, valiente Crillon; hemos combatido en Arques, y tú no estabas». [*N. de la T.*] <<